JOHANN WOLFGANG GOETHE

FAUSTO

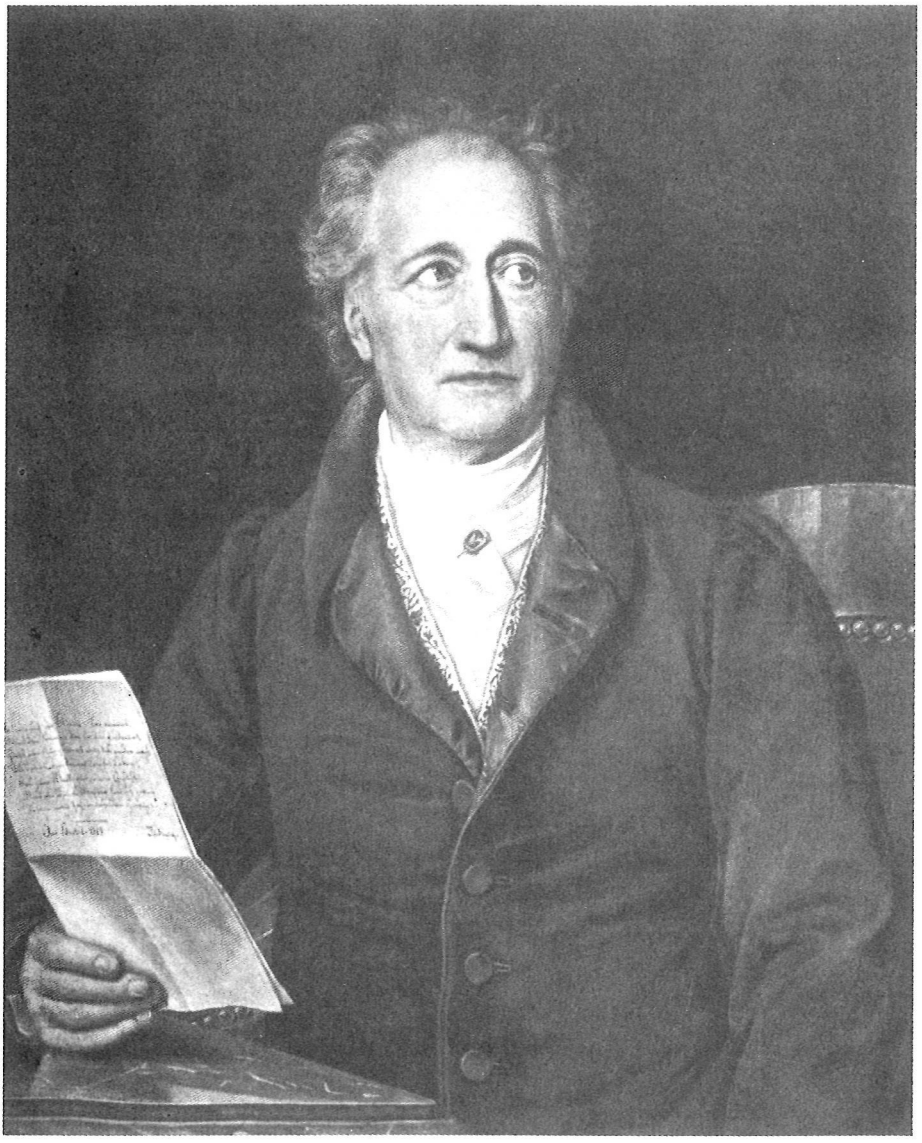
II

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

La primera parte del *Fausto* de Goethe posee un atractivo que la convierte en la obra predilecta de su autor gracias a la hondura humana que revelan sus personajes en el desarrollo del argumento. El segundo *Fausto*, construido sobre sobre la estructura del primero, es una obra más ambiciosa que transcurre en el mundo de lo inconmensurable. Pero, como bien ha afirmado T.S. Eliot «esta segunda parte es más grandiosa que la primera». La dificultad de lectura de la segunda parte del *Fausto* radica en su infinita riqueza de significados que la elevan a alturas difíciles de alcanzar y recorrer. Hay que tener presente, sin embargo, que cuando Goethe escribe la segunda parte siempre está comentando, desarrollando y ampliando la primera para coronar su gran poema de la humanidad.

Manuel Antonio Matta Goyonechea nació en Copiapó en 1826. Se trasladó a Europa para estudiar en Alemania en 1844 de donde regresó a Chile en 1849. Inmerso en la política, como ideólogo del Partido Radical, sufrió prisión y fue condenado a muerte por haber convocado a elecciones populares. Desterrado, sin embargo, por el gobierno chileno solo pudo regresar a su patria en 1862, gracias a una amnistía. Trabajó largos años de su vida como diputado y luego como senador. Durante la Guerra Civil permaneció en Buenos Aires. En 1891 fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores pero falleció al año siguiente, en junio de 1892. Su traducción de las dos partes de *Fausto* se publicó póstuma en 1907.

FAUSTO II



JOHANN WOLFGANG GOETHE

FAUSTO
II

Traducción y presentación de Manuel Antonio Matta

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

37

EL MANANTIAL OCULTO

Colección dirigida por Ricardo Silva-Santisteban

Edición auspiciada por el Rectorado
de la Pontificia Universidad Católica del Perú

© Pontificia Universidad Católica del Perú

ÍNDICE

Indicaciones preliminares para la lectura de la segunda parte de *Fausto* 7

ACTO PRIMERO

Comarca amena 63
Corte imperial 67
Gran sala 79
Jardín de recreo 118
Galería oscura 127
Sala bien iluminada 134
Salón principal 139

ACTO SEGUNDO

Estrecho cuarto gótico 151
Un laboratorio 163
Noche clásica de Walpurgis 171
En lo alto del Peneo 175
En la parte inferior del Peneo 184
En la parte superior del Peneo 196
Ensenada rocosa del Mar Egeo 222

ACTO TERCERO

Delante del palacio de Menelao en Esparta 245
Atrio interior del castillo 274
El proscenio cambia enteramente 292

Acto Cuarto

Alta montaña 315
En el primer cordón de cerros 328
Tienda del Anti-Emperador 347

Acto Quinto

Campo 361
Palacio 366
Noche oscura 372
Medianoche 376
Gran vestíbulo de palacio 383
Deposición en la sepultura 388
Yermos de las montañas 398

INDICACIONES PRELIMINARES PARA LA LECTURA DE LA SEGUNDA PARTE DE *FAUSTO*

Por mucha que sea la diferencia que los lectores y, sobre todo, que los críticos y criticones y criticastros, hayan puesto y querido poner entre la Primera y la Segunda Parte del *Fausto*, nunca será mayor que la que hay, en realidad, y que la que hubo en la mente del poeta, al trazar la una y la otra. Sin embargo, esa diferencia no va hasta hacernos aceptar, como verdad inconcusa, como hecho demostrado que todo lo que es de inteligible, de transparente, de luminosa, la Primera Parte, sea de abstrusa, de oscura, de ininteligible, la Segunda.

Lo que hay de cierto, de positivo, de evidente, es que en la Primera, el brío juvenil, el estro espontáneo, la originalidad, más al alcance de todos y a menor distancia y con menos choque en contra de hábitos y de creencias generales y que se ejercitaban en una acción dramática más circunscrita y entre personajes y sucesos comunes, no han necesitado ni necesitarán nunca del lector otra cosa que una atención y una ilustración ordinarias para sentir todos sus efectos artísticos, las grandes y numerosas bellezas de invención y de ejecución que aquella contiene.

En la Segunda Parte, no son menores las bellezas de invención y de ejecución y el brío y el estro, por no ser tan juveniles y espontáneos, dejan de ser notables y aun superiores, a veces, a aquellos en los cuales el poeta ideó y trazó sus mejores cuadros de la Primera Parte.

«Nunca segundas partes fueron buenas», de Miguel de Cervantes Saavedra, más que expresión de un hecho positivo y cierto, es lo de una creencia rutinera, una cuasi malévola opinión muy difundida y que ha estado a pique de prevalecer en más de un caso, sin excluir el del mismo *Quijote*; a pesar de

que tal creencia y tal opinión no son quizá fruto sino de la pereza y de cierta envidia mucho más generales que lo que se cree en lectores y en censores.

Todo el aplauso, todo el prestigio de las primeras partes que los conquistan de golpe, como de sorpresa, cuando el público y el autor no han estado en contacto, vuélvese en contra de las segundas partes, en las cuales el público, y, más que él, los críticos y criticastros, prefieren buscar y hallar defectos, errores, caídas, fracasos antes que primores, aciertos, vuelos, triunfos; con los cuales el público y los censores se sentirían empequeñecidos, quizá, en un grado igual a aquel en que crecería y se agigantaría el autor.

Empero, sin imaginarnos ni creer nosotros que la Segunda Parte de *Fausto* pueda nunca ser tan popular como la Primera, creémosla comprensible, explicable, al alcance de todo lector medianamente instruido y que tenga la mediana curiosidad de saber y de conocer algo más que lo que la vida diaria y ordinaria ofrecen a su mente.

Muchas de las dificultades, oscuridades y enigmas indescifrables que se ven en la Segunda Parte no lo son sino por obra y para satisfacción de los que tales cosas han querido ver, empezando por querer dar otro andar y colocar en otra luz las escenas del poeta que el andar y la luz que, en la mente de éste, han tenido y deben tener.

Y no ha sido manantial poco fecundo de dificultades y oscuridades imaginarias, el de no fijarse en el escenario de la tragedia, en sus divisiones sucesivas y encadenadas, en el modo de proceder del poeta que va, adelantando siempre en el desarrollo de su idea, formando cuadros completos, diseñando conjuntos acabados que subsisten y pueden subsistir por sí.

Esto que habíamos indicado respecto de la Primera Parte es aun más resaltante, más decididor respecto de la Segunda Parte del *Fausto* y es cosa en la cual Goethe mismo se afana porque los lectores paren mientes y sepan apreciar.

Otra de las causas de la dificultad que se halla en leer y en comprender la Segunda Parte es la antojadiza preocupación de que en ella sea del mismo carácter, de la misma entonación,

del mismo colorido, del mismo diseño que la Primera, cuyo objeto y cuyos resortes inmediatos son diferentes y casi opuestos de los resortes y del objeto inmediatos de la Segunda, escrita en otra época de la vida del poeta y que tiene el propósito de exhibir otras fases, más amplias y más elevadas de la existencia del hombre, del vivir de la humanidad.

La misma decisión de Goethe, anciano y antes de dar remate a su grande obra, de publicar aparte y como un todo independiente el acabado y atrayente episodio de Helena, vino a acentuar el error, originado en el entusiasmo y el convencimiento tan universales por la Primera Parte, de querer que la Segunda fuere un reflejo, un eco, de la Primera, negando a la Segunda la importancia, la novedad, la originalidad y, al mismo tiempo, la verdad de las cuales tenía que ser y es una espléndida muestra.

Hay en la Segunda Parte, casi en cada acto, una acción dramática completa, trágica o cómica, que no cede en trascendental significación y en interés y afecto casi a la Primera, sino en cuanto los lances de amor tienen de superior a los demás lances de la vida humana.

Y esto quizá lo que quiso indicar el mismo Goethe cuando dejó correr, tan sin dirección de escenario, sin división en jornada, sin distribución en escenas, la Primera Parte, habiéndolas precisado en la Segunda, dividida en cincos actos y con prolijas disecciones para formarse una idea y darse cuenta cabal del sitio en que pasa la escena y se mueven los personajes.

No es esto decir ni pretender inducir a nuestros lectores a creer que no haya gran diferencia entre las dos partes del *Fausto*, para el público, en general, y en cuanto a la impresión inmediata, en cuanto al efecto artístico, si es permitido decirlo así, de una lectura o representación; lo que negamos, lo que no nos parece probado ni posible de probarnos es que la Segunda Parte sea tan abstrusa, tan intrincada que no se pueda leer ni comprender, sino después de haber trabajado en ello más que lo que Goethe trabajara para escribirla en su más castigado estilo.

El *Fausto*, que como la *Divina Comedia*, para el Dante, es

el reflejo, siempre exacto y variado, para Goethe, de la transformación y purificación de su vida de hombre y de poeta, no exhibe las mismas figuras siempre con el mismo diseño y en el mismo marco; de ahí que, antes del viaje a Italia, Goethe escribiese la Primera Parte, en todo el fuego de un romanticismo, un goticismo que era, siendo en apariencia un esfuerzo hacia las regiones y las creencias del pasado, un enérgico y luminoso bólido hacia las creencias y las regiones del porvenir.

Lo que él sentía, lo que él pensaba, lo que él ideaba, lo que él ejecutaba como artista era lo que sentían, pensaban e ideaban muchos de su época; y por eso es que fue tan honda y tan grata la impresión que dejara en la mente de sus contemporáneos, de la cual es eco fiel la palabra de Johann Herder en sus *Fragmentos literarios.*

Entremos en materia, advirtiendo que nosotros, para nuestras indicaciones, no nos servimos sino del mismo ejemplar que nos ha servido para la traducción y que no tiene más notas que la que hace referencia al verseto 21 del capítulo I de los Reyes al comentar Mefistófeles la destrucción de la pequeña habitación de Filemón.

Escribiendo estos preliminares, como hecha la traducción para Chile y para América, no creemos necesario ni indispensable recurrir a otras fuentes ni buscar otros puntos que los que mejor cuadren al estado de las inteligencias y a los propósitos de nuestros lectores.

ACTO PRIMERO

COMARCA AMENA

El primer acto se abre con una escena, en la cual, el poeta, desarrollando el plan que la escena del pacto nos indicó, de hacer sentir y conocer a Fausto cuanto pueda conocer y sentir el hombre, nos lo muestra en medio de una comarca rodeado de una atmósfera y acompañado de seres que, para que él se recobre de la postración incalculable en que lo sumergió la desaparición trágica de Margarita, dejando en sus oídos el nombre de él, lanzado como el alarido más doloroso y al mismo tiempo como el acento más cariñoso, es menester que la naturaleza, con su poderosa influencia, y la imaginación con su menos poderosa fantasmagoría, lo vigorizan, lo sacudan, lo vuelvan a la existencia real, a la vida de acción, es decir, de pasiones y deseos del hombre.

Eso prometen, eso cantan, eso se proponen los espíritus que, en coro o individualmente, hablan en la escena, preparando el espléndido monólogo de Fausto, quien, sin haber olvidado quizá el pasado, se siente dispuesto, ganoso de confundir los raudales de su propia vida con el raudal de la vida universal que lo arrastra, sacándolo de la oscuridad de una pesadilla dolorosa, para lanzarlo al mundo real y positivo, en el cual, junto con otros hombres, y superior o igual a ellos, puede y quiere vivir.

No es quizá una alegre y vivaz esperanza de goces y placeres, sino una heroica aptitud de vivir y para vivir que lleva en adelante a Fausto, rejuvenecido y alegrado por la magia, entristecido y avejentado más por dentro que por fuera, por la

realidad de una pasión tan encantadora para él como destructora para todos los que se encontraren en la estela de su vertiginosa carrera.

Fausto, llevado por el raudal de sus deseos que, satisfaciéndose siempre, se multiplican y se fortalecen sin destruir su anhelo de elevarse, y sin extinguir la inquietud, la desconfianza de lo poco que el individuo puede en medio y en contra de las fuerzas naturales, continúa experimentando, gracias a la habilidad y casi omnipotencia de Mefistófeles, las diferentes satisfacciones del vivir.

Por eso, luego que en el seno de la naturaleza real y gracias al hálito de la imaginación, recobra sus viriles aptitudes, Fausto aparece en la Corte Imperial, única esfera en que él puede y debe hallar incentivo a sus aspiraciones, al mismo tiempo que ocasión y resorte para saciarla, en parte, avivándolas siempre en su totalidad.

CORTE IMPERIAL

La comedia de la Corte, con sus miserias y sus grandezas, y en la cual las costumbres y las supersticiones de la Media Edad se dejan ver a la luz de las doctrinas de la época moderna, no necesita comentarios ni explicaciones que aclaren y completen lo que cada personaje viene sucesivamente y a su turno diciendo para expresar sus sentimientos, diseñar su carácter y deslindar su situación.

El eco lejano de las voces, de las ideas, de los sucesos y de los hombres de la Revolución Francesa que atraviesa el diálogo y los gritos, las lamentaciones y las esperanzas, las desconfianzas y las ilusiones del Emperador y todos sus cortesanos, desde el más encumbrado hasta la más despreciable mujerzuela, no hace sino comprender mejor el propósito del poeta, dándonos una clave para explicarnos y justificarnos, al parecer, algunos anacronismos que, en puridad de verdad, no son sino la repetición de hechos idénticos en épocas diferentes.

No apostaríamos, sin embargo, que Goethe, al satirizar, al

ridiculizar con chispa e ingenio, la situación y los personajes de la Corte Imperial, no fuese sincero, exacto y preciso, como lo es la lámina de una máquina fotográfica al reflejar, reproduciéndolas, las líneas de una figura, humana o natural y que él, además de la veracidad de la sensibilísima lámina, no tuviese también intensa y sabrosa complacencia al inmortalizar lo que veía cerca y lejos de sí.

La entrada de Mefistófeles, su acción y sus promesas, pronto efectuadas, para sacar al Emperador y a su Corte de los, para ellos amarguísimos trances de la impetuosidad, cuando se acercaba el Carnaval, junto con los lamentos, murmuraciones y los cambios de sentimientos de los cortesanos, dan a esta escena un sabor de buena comedia que no hay para qué analizar, exponiéndose a debilitarlo, con pías e innecesarias palabras.

Las que dicen todos y cada uno de sus personajes, sea de los cortesanos, sea de la turba, bastan para que todo se comprenda y se explique de la mejor manera posible.

GRAN SALA

Que podría titularse la fantasmagoría de la riqueza, hábil y completamente preparada por la escena anterior.

Esta fantasmagoría que, en las obras y en la existencia del poeta, tiene más de una hermana, menor o mayor, y todas parecidas en el modo de iniciarse y desarrollarse, sirve, en el desenvolvimiento de las fases del poema, para asegurar y desarrollar el terreno en que han de espaciarse el carácter y las situaciones de Fausto.

En ella, gracias al papel del Heraldo que va anunciando y explicando cada aparición de nuevos personajes, se ve, con bastante claridad, lo que el poema tiene de deficiente, en ciertas partes, para la mente del lector que no siempre va a buscar, entre los versos y en las indicaciones del escenario, la preparación o la justificación de lo que los versos van diciendo: y esto nos sugiere la opinión de que si Goethe, incorporando esas indicaciones, en personajes o en discursos parecidos a los del

Heraldo, o mejor, en narraciones o descripciones hechas en nombre del poeta, aun cuando habría alargado su obra, la habría hecho menos sujeta a críticas y censuras que nacen de la distracción o impotencia de los que en su mano critican y no de los defectos de la obra.

Ésta, en la mente del poeta, fue siempre dramática y no épica y por eso es que la escribió y la efectuó en la forma en que la vemos y en la que tenemos que considerarla.

Considerada así, la obra del poeta propendiendo al desarrollo de las situaciones y a la manifestación del carácter de los personajes que en ella intervienen, es clara, lógica y bien dispuesta, con relación a los antecedentes como a los consiguientes de su propósito artístico.

Los personajes que toman parte en esta escena y que son mitológicos, alegóricos, emblemáticos y representativos de clases, de gremios y de oficios, se explican y se comentan por sí solos con sus propias palabras o las del Heraldo; y podrían dar a largos comentarios, en los cuales se podría hacer disertaciones teológico-históricas o comparaciones histórico-literarias que probarían la erudición y el humor del comentador, pero que no harían valer ni desmerecer un ápice la deliberada y no despreciable obra del poeta.

Pasan de treinta los personajes que intervienen en el diálogo, sin contar para nada los comparsas y los grupos que hablan, individual o colectivamente, todos los cuales dan lugar a un episodio que prepara, dando a conocer las tendencias y aspiraciones de la Corte Imperial en la que Fausto ha de encontrar campo e incentivo al desenvolvimiento de otras fases de su carácter, las complicaciones imprevistas pero motivadas, así como el desenlace de la acción del drama.

Entre los numerosos, y a veces, hermosos, agudos, satíricos, cómicos o sentidos diálogos que tienen los treinta o más personajes, podría haber algunos que, aun suprimidos, no habrían dejado vacío alguno; pero todos ellos están bien traídos y una vez que se les oye o se les lee, aparecen justificados, indispensables, casi tales como era necesario que fuesen; porque

cada uno alude a algo, representa alguna cosa, recuerda algún suceso o personaje, se refiere a alguna doctrina o creencia que tiene relación con la idea fundamental o con los resortes del poema trágico que se va desarrollando.

Quizá, para algunos lectores distraídos o ya predispuestos, esta escena, con la múltiple voz de seres reales o imaginarios, de personajes simbólicos o mitológicos, es innecesaria o, por lo menos, demasiado desleída, y en su juntación con diálogos y escenas posteriores, peor aun; pero si se atiende a cómo hablan las Jardineras y el Jardinero, cómo se expresan las Flores y cómo todo se mueve y se agita para formar un conjunto, en el cual la realidad y la fantasía se confunden, se verá que no está fuera de lugar ni es de poca importancia.

Sin querer comparar dos cosas que se expresan por medios tan diferentes y se mueven en terrenos tan distintos, como es el Carnaval de Venecia y esta fantasmagoría de carnaval de Goethe, creemos que la una puede ser comentario de la otra, pudiendo el que siente y comprende la obra de Niccolo Paganini darse cuenta de la obra de Goethe, como el que comprende y siente bien la obra de Goethe darse cuenta anticipada y explicarse con claridad la de Paganini.

Goethe, en la suya, ha acentuado, como sucede en toda la Segunda Parte respecto de la Primera, su panteísmo, su naturalismo que han hecho decir a algunos —como a George Sand— que el *Fausto* es la Biblia del panteísmo; pero esa acentuación ni choca ni disgusta, antes bien prepara a las ulteriores vicisitudes que, partiendo de una realidad positiva, individual, van a desarrollarse en una colectividad imaginaria e ideal.

Además, con los diálogos o con las opiniones de los treinta y más personajes que intervienen en esta escena de máscaras y la animan con su voz y con su actitud, dibújase a la mente del lector o del autor, la región, la existencia excepcionales y especiales en las cuales se mueve el poeta y por las cuales nos quiere llevar hasta que lleguemos a su meta.

No creemos que todo en la fantasmagoría sea de igual valor; pero todo tiene el que necesita para que los pormenores y el conjunto produzcan el efecto deseado y buscado. Así las Ro-

sas de la Rama de Olivo, de las Espigas, del Ramillete y de la Guirnalda de fantasía, de los Botones de Rosa, aun quizá pueriles, completan la palabra del Jardinero y de las Jardineras que forman figuras y agrupaciones coreográficas que tienen su atractivo y su significado.

Aunque no sea trascendental, lo tiene y expresado en versos vivos y decidores los personajes emblemáticos —representativos, como diría Ralph W. Emerson— Madre e Hija, Leñador, Polichinela, Parásitos, Borrachos y el Satírico, que llega a cerrar ese grupo con una de sus generalidades, completada y amplificada por la indicación de escena que, en prosa y entre renglones, traza el poeta, pensando en su tiempo y refiriéndose a cosas y a escuelas en las cuales tenía que luchar cuando él escribía esta escena.

Las Gracias, las Parcas, las Furias, Pluto, los Faunos, los Sátiros, los Gnomos, los Gigantes, las Ninfas que forman el grupo mitológico, no necesitan sino sus propias palabras para explicar su aparición y el significado de ellas.

La Mediocridad, la Esperanza, la Prudencia, Zoilo-Tersites, el Niño-Amigo, el Avaro que forman el grupo alegórico, completan la mascarada de la Corte Imperial y con el ansia, la codicia, la desconfianza, la lucha, el terror o la admiración que expresan los grupos de hombres y de mujeres durante el desarrollo, dan todo su colorido y todo su significado a esta parte del poema que el Heraldo apenas tiene necesidad de describir para comentarla en forma.

El eslabón de esta escena con el desarrollo de la tragedia está visible en las primeras palabras de la siguiente que empieza con las palabras de Fausto al Emperador:

¿Señor, perdonas el fingido incendio?

JARDÍN DE RECREO

En esta que explica, comenta y da los resultados materiales, pecuniarios de la escena anterior, esparcen, cada cual ad-

quiriendo nuevos medios de seguir manifestando las cualidades que lo constituyen tal como es, el Emperador, Fausto y todos los dignatarios y miembros de la Corte.

Goethe que vio la creación de los asignados en Francia, por Joseph Cambon, y la falsificación de ellos, por los emigrados y los Reyes que iban a atacar la Revolución y que fueron vencidos en Jemmpes y Valmy, Goethe que no comprendió y quizá nunca quiso empeñarse en comprender lo que es la moneda fiduciaria, la moneda de papel, trasportando a la Media Edad casi lo que él había visto y cuyos efectos, después de haber sido condenados por todos los gobiernos europeos que anatematizaron a la Revolución Francesa y que, queriendo destruirla, la imitaron hasta en sus errores, Goethe poetiza aquí, fabuliza, si puede decir así, la emisión del papel moneda.

El papel moneda imperial no se diferencia del revolucionario sino en que la prenda que lo garante y que le da valor son los tesoros enterrados en vez de las propiedades eclesiásticas y aristocráticas que contribuyen a la garantía del otro.

Sin prolongar ni oscurecer lo que está bien claro en esta escena que deja, sobre bases de plata y oro, asentados el crédito y el mérito de Fausto, bástenos decir que, aun cuando con relación a la ciencia económico-política habría que disertar, discutir y rectificar mucho de lo que expresa el poeta por la boca de sus personajes, ella no solo convierte la fantasmagoría de Carnaval en la más positiva y abultada realidad, sino que prepara, en el Emperador y en la Corte que se ven libres del cuidado de no tener cómo pagar sus antiguas deudas e instigadas a contraer otras nuevas, y en Fausto y Mefistófeles, que se ven obligados, para conservar su prestigio y su puesto entre ellos, a satisfacer los deseos y los apetitos más extravagantes.

De allí que, viendo convertirse la fantasmagoría carnavalesca en una realidad de holgura pecuniaria, Corte y Emperador, Fausto y Mefistófeles, pidan los unos, emprendan los otros, convertir la realidad en fábula, el presente en pasado, suprimiendo, de golpe, los espacios y los tiempos.

Ni al Emperador ni a Fausto bastan ya la verdad ordinaria, la realidad de todos los días y es menester que busquen algo

que sea distinta de ellas, aun cuando sea opuesto a ellas si fuera casi del alcance de ellos.

GALERÍA OSCURA Y SALA BIEN ILUMINADA

Y esto es lo que expone la escena en la cual Fausto pide a Mefistófeles y éste indica y proporciona los medios de satisfacer los deseos imperiales y de cumplir su propia promesa.

En esta, la conseja de la Media Edad y la mitología de la Grecia se adunan para contribuir al desarrollo de la acción y sin ostentación de políglota erudición, fiándonos en lo que dice y muestra el poeta se comprende lo que los personajes quieren y ejecutan y que, aun cuando en el mundo real y común sea inverosímil, en el mundo ideal y extraordinario es no solo verosímil sino verdadero y necesario.

Sin ese resorte, por desgracia, forjado por y en la superstición, no sería posible lo que la leyenda ha trasmitido y lo que el poeta, para más altos fines, actualiza e incorpora en lances y en personajes, capaces de transformar la obra de la superchería y de la superstición en instrumento de sincera y verdadera doctrina humana.

La verdad relativa del mundo de las artes, tan invocada frecuentemente, es aquí de exacta y estricta aplicación.

Quienes quiera que sean y como sean las Madres, invocadas y evocadas, ellas son el resorte de la acción dramática y en ese carácter están justificadas y tienen suficiente explicación.

Y si la necesitamos todavía, allí están las conversaciones de dignatarios, damas, pajes de la Corte Imperial con Mefistófeles, mientras Fausto va y vuelve con el fin de cumplir lo prometido, pidiendo y dando recetas para males del cuerpo y pasiones del alma; conversaciones que concluyen con la descripción de la sala que hace Mefistófeles y que anuncia la aparición de los Espíritus.

Esta aparición, sin ser obra de espiritistas y demostración del espiritismo de estos días, nuevo en sus formas, antiquísimo en su esencia, llena el salón principal.

El Heraldo, el Arquitecto, el Astrólogo, con todo el escenario, con sus luces y sus músicas, anuncian debida y claramente la evocación de Helena y Paris, hecha por Fausto, ante la Corte Imperial, tan curiosa de los efectos de ella como absorta en su contemplación, no siempre respetuosa y religiosa.

El evocador, aquel que debía ser y a quien debíamos suponer el más dueño de sí mismo, dominando los Espíritus evocados y los contempladores de ellos, es el que más poderosa y eficazmente se deja sobrecoger por la ficción actualizada y cae víctima de la aparición que él suscitara.

Fausto, el Fausto de los insaciables deseos, de las aspiraciones nunca satisfechas, el Fausto que no se adormeció en los brazos de Margarita y que, en el laboratorio de la bruja, al sentirse rejuvenecido, entrevé a Helena, el Fausto del pacto con Mefistófeles, reaparece y convirtiendo ahora en realidad la ficción, y vuelve a caer víctima y victimario de sí propio.

Restablecido, apenas, de la mortal postración en que le viéramos al principio de este primer acto que es —como acaba de mostrarse— una verdadera tragedia, también Fausto, al primer contacto con la mitología griega, cae fascinado y agobiado, más de lo que él pudo imaginarse y de lo que podía creer el mismo Mefistófeles que saca la moral de esta imprevista tragedia.

En la transparencia y tersura del estilo de esta escena no creemos que haya lugar ni siquiera a la menor duda respecto a la significación y a la intención, inmediatas, por decirlo así, de ella, en la mente del autor y para la inteligencia de los lectores.

La significación trascendental, la segunda intención y aun más allá, ulterior de Goethe, en esta como en otras escenas del *Fausto*, son verosímiles, probables y aun prestándole muchas no habríamos podido ni sabido darle todas las que supo y pudo poner en sus poéticos personajes y en sus delicadísimos versos.

El simbolismo de las cosas y de los seres que en el poeta es tanto más variado y más variable, tanto más adaptable y adaptado a situaciones y personajes diferentes, cuanto esas co-

sas son más perfectas en su forma y en su esencia poéticas; Goethe mismo, si mal no recordamos, hace una reflexión de esta clase y aun se nos antoja que da esa adaptabilidad, como una prueba de lo perfecto que es la obra del poeta o del artista.

No sería, por eso, difícil ni tal vez ingrato, lanzarnos a la interpretación del lance que pone fin a este primer acto de la tragedia, pero, sin ilustrar la inteligencia del texto, arrebataríamos al lector el placer de buscarla y de hacerla, en la medida y a la luz de sus propios pensamientos y sentimientos.

Lo que hay de cierto, lo que debemos señalar y en lo que podemos insistir, es que este primer acto constituye, por sí solo, un drama, variado, profundo, poético, en el cual, si hay arcanos, son los que presenta siempre el corazón humano y que se traslucen, a medida de las pasiones, de baja o elevada especie, lo van tocando con la punta de sus pintadas alas o de sus agudas serras.

Nada falta en este primer acto para que por sí solo y en sí mismo forme un conjunto dramático que, si se representase con el auxilio de las decoraciones, la música, los trajes y los hombres y mujeres que están indicados en todas sus escenas, causaría una de las impresiones más gratas y completas.

Y fuera de las numerosas segundas intenciones que se podrían atribuir a Goethe, en esta y en otras de sus obras, la de que este acto, como cada uno de los siguientes, tiene su marco preciso, dentro del cual se desarrolla y remata una acción dramática completa que, sirviendo al desenlace de situaciones anteriores, sirve de origen a situaciones posteriores con las cuales se ha perfeccionado la idea del hombre y del universo que el poeta pretendió dar en su colosal y variadísima obra.

Pero no nos detengamos, que la carrera es larga y no estamos más que en su comienzo.

ACTO SEGUNDO

ESTRECHO CUARTO GÓTICO

El imprevisto y trágico desenlace de la evocación de Helena, irónica y completamente comentada por la chuscada de Mefistófeles, abre otras perspectivas y otros horizontes, tras de los cuales no se puede ir sino después de haber vencido o hecho desaparecer las dificultades criadas y que serían insuperables si, con Mefistófeles y en las regiones poético-legendarias en que todo se mueve, no hubiese recursos y resortes capaces de sobreponerse a toda especie de obstáculos y de peligros.

Mas sean estos los que fueren, el hecho es que han sobrevenido y que Fausto, en la primera visión de Helena, como si fuese el resultado del sol de la mitología griega en las neblinas que envolvían el alba del Renacimiento, cae deslumbrado, paralizado, yerto, y es menester que Mefistófeles, llevándolo a su lugar natal, a su habitación, a su atmósfera material y moral, le devuelva el vigor de sus músculos, la sensibilidad de sus nervios, la vital actividad de todas sus potencias físicas e intelectuales.

Eso es lo que dicen las palabras de Mefistófeles, eso es lo que confirman los cantos de los insectos, eso es lo que repiten las aprehensiones y las afirmaciones del Fámulo de Wagner, tan admirador de Fausto como respetuoso y sumiso con éste.

El diálogo entre el Fámulo y Mefistófeles no hace sino explicar y justificar, dados los antecedentes de la leyenda que el poeta ha tomado por tema de su obra, los resortes diversos y extraordinarios que necesita y va a poner en juego para situaciones que no son menos diversas y extraordinarias.

Y mientras él aguarda el efecto que ha de producir su tentativa sobre el ánimo de Wagner, Mefistófeles, como para pro-

barnos que la primera y la segunda parte del multiforme y siempre idéntico *Fausto* se corresponden y se contraponen en muchos de sus lances, comentándose y completándose por sí solos, tiene otra conversación con el mismo estudiante de marras, quien, adoctrinado, amaestrado y perfeccionado por la experiencia, quiere hoy disputárselas al mismo Diablo que le hace la broma de darle a creer que le es ya inferior en malicia y en conocimiento de la vida.

Es verdad que, dejándonos otra prueba más de la identificación, a ratos, por ocasiones y en sucesos diferentes, de la obra del poeta con su propia vida y de los sentimientos de muchos de sus personajes, en situaciones dadas, con los de él mismo, Goethe no solo quiere agregar una pincelada más al cuadro de la enseñanza y de la ciencia escolásticas, sino lanzar sus agudos epigramas contra la filosofía y los filósofos, hijos de Emmanuel Kant, y que, en la época en que él escribía, se personificaban en el vehemente, en el sincero, en el patriota y estoico Johann T. Fichte, a quien sus discípulos perjudicaran más que sus propias doctrinas.

El coro mismo de los insectos, la voz de la polilla que, en abundancia, salta del capote de piel de Fausto, descolgado de su envejecida percha por la mano de Mefistófeles, es un epigrama, como la acentuación cada vez más naturalista y panteísta de las opiniones del poeta, contra las tendencias fichtianas y de la filosofía alemana de entonces.

No creemos que los pormenores y el propósito de esta escena, fuera de lo relativo a la región y a las circunstancias excepcionales que, a pesar de todo y en contra de lo que cada cual puede creer, deben aceptar los lectores para comprender y gustar la obra del poeta, necesiten aclaraciones ni dilucidaciones que sería fácil deducir de ellos y agregar a los personajes que intervienen en ella.

A pesar de que el autor y su obra van siempre interpretándose, las escenas y situaciones sucesivas del *Fausto* no dejan nunca de representar, de reflejar, de repetir el eco, por lo menos, de la época a la cual se refiere la acción de la tragedia y en la que tuvo origen, de las creencias y las aspiraciones populares, la leyenda o conseja que suministró al poeta sus principales caracteres y peripecias.

El laboratorio en que encontramos a Wagner, las cosas en que él piensa en el momento en que le volvemos a ver, el modo cómo las expresa, el anhelo que lo hace, con un ahínco y un esmero estoicos sino verdaderamente heroicos, consagrar toda su vida a la realización de un solo propósito, persistente, invariable, casi inmutable, lo que estudia y lo que sueña, lo que ve y lo que imagina, lo que sabe y lo que quiere saber, lo que aprende y lo que no puede aprender, todo, todo, revela y prueba que entramos a las inverosímiles pero no inciertas, a las ficticias pero no inexactas, a las imaginarias pero no indefinidas regiones de la leyenda.

Al entrar y permanecer en ellas, tenemos que hacer el esfuerzo de mente y ejecutar las operaciones intelectuales indispensables para que, recibiendo como realidad convencional, como verdad relativa, los sucesos y personajes excepcionales que se mueven y hablan en presencia nuestra, comprendamos y apreciemos, cómo son y en lo que valen, esos personajes y esos sucesos.

Wagner, al hablar consigo mismo y al dialogar con Mefistófeles, como al entusiasmarse con la creación y al lamentarse de la partida de Homúnculus, es el hombre de la leyenda, el personaje que la Primera Parte nos mostrara tan anheloso de igualar y seguir a Fausto, tan respetuoso y admirador de sus actos y de su ciencia que, a menos de sucumbir, debía, al fin, llegar, en parte siquiera, a la consecución de sus deseos y anhelos inextinguibles.

No creemos, cualesquiera que sean las extrañezas, espontáneas o deliberadas, las pullas y las alusiones que, a cosas y

doctrinas de sus tiempos, como a las de todos los otros, abundan en esta originalísima y no por eso menos natural escena, dados los antecedentes de la leyenda, que sean menester disertaciones para que el lector atento la comprenda, se la explique y la saboree a su placer.

La maligna obsequiosidad de Mefistófeles que, por medio de Wagner y para logro de sus propias aspiraciones, cría a Homúnculus y le hace creer a él que es su sabiduría y su constancia las que lo han criado, las chuscadas y cuchufletas que, a la sombra y bajo el velo de las inocentadas del discípulo y el émulo de Fausto, hace serpentear el poeta, durante los diálogos, soliloquios de esta escena; los comentarios que ya Mefistófeles, ya Wagner, ya Homúnculus van sucesiva y alternativamente haciendo acerca de la situación que se desarrolla poco a poco hasta llegar a su término, mostrando los sutiles y necesarios vínculos que la ligan con la existencia anterior y con la ulterior de Fausto, dictan mejor que lo que pudiera y sabría hacerlo el más solícito comentador la norma clara y sencilla con la cual nos damos cuenta de lo que el poeta quiso y de lo que supo realizar.

Lo emblemático y lo simbólico, así como lo local y lo personal de toda la escena, conducen, guían y dirigen al mismo punto del horizonte, por el mismo camino, con el mismo vehículo de la vida; punto del horizonte que puede ser el contacto del ocaso de la Media Edad con el alba del Renacimiento, camino que es quizá el de la ciencia y el arte, vehículo que es la imaginación, la fantasía.

¿A qué comparaciones, a qué confrontaciones, a qué deducciones no se prestaría cada uno de los personajes que intervienen en esta escena —incluso Fausto, a quien solo se divisa tendido y yerto en la cama, alumbrado por el fantástico resplandor de Homúnculus—, cada una de las palabras que articulan? Con una muy mínima parte de las que pueden ocurrirse habría para llenar muchas páginas y oscurecer una de las más artísticas, mejor concebidas y mejor realizadas del grandioso y multiforme poema de Goethe.

La respuesta, humorística en su esencia y en sus efectos, candorosa y cómica en los labios de Wagner, que éste da a la pregunta de quiénes están haciendo un hombre, así como la despedida, no menos traviesa y maliciosa de Homúnculus, y la chuscada habitual de Mefistófeles, a guisa de moraleja de cada situación importante que no es definitiva, compensan toda la atención que uno pueda consagrar a esta importantísima escena.

Y con motivo de ella no haremos notar sino una sola circunstancia que pudiera no haberse ocurrido a la mente del lector y que emana, sin embargo, de todos los preliminares y consecuencias de la escena misma.

El ideal y la realidad, la poesía y la prosa, constantemente en lucha y gracias a eso, criando perennemente situaciones y desenlaces que son la urdiembre de la vida de los individuos y de los pueblos, encuentran, en las obras de la imaginación como en los sucesos de la historia, su expresión indefectible, cada uno en un personaje: pudiendo citarse, como ejemplos los más notables y los que más se han grabado en la mente de las naciones y de las épocas a que pertenecieron sus autores, el Quijote y el Fausto.

Ya, anteriormente, hemos dicho que Wagner era una especie de Sancho de esa otra especie de Quijote, más elevado, más instruido, más activo, más trágico y —si se puede decirlo— más trascendental, Fausto; y ahora, al estudiar esta escena y al fijarnos en los resortes y en los propósitos de los grandes poetas que criaron, idealizándolos, los personajes respectivos, no podemos desentendernos de la necesidad y de la oportunidad con que Cervantes y Goethe, para dar toda su expresión y presentar en toda su luz al contraste entre el ideal y la realidad, entre la poesía y la prosa, realizaron —cada uno según su época y en las condiciones de un poema— en parte la aspiración, el sueño, el anhelo, el ideal —para decirlo con una palabra— que tenía y no puede dejar de tener la misma realidad, la misma prosa, personificada en Sancho o en Wagner.

El gobierno de la ínsula Barataria del uno y la creación y los gestos de Homúnculus del otro son la encarnación poética del contraste que vieron y trazaron con tanta maestría Goethe y

Cervantes; encarnación que demuestra la vitalidad eficaz y productiva de ese mismo contraste que, en la lucha de los elementos y los seres que componen el Universo, se comporta como en la fantasía de los artistas que, criando un mundo, quieren interpretar aquel en que estamos viviendo.

Sin rebajar ni falsear a los personajes, como sin querer contraponer ni desmedrar a los grandes poetas que los criaron, nosotros creemos que se podía y se debía parar mientes en la similitud de situación y de significado que, para el lector y para el poeta, tienen los imperecederos tipos del Quijote y Sancho, por una parte —en una esfera más reducida y mejor deslindada geográfica e históricamente— y Fausto y Wagner, por otra —en una esfera mucho más extensa y que no tiene otros límites geográficos e históricos que los de la humanidad misma.

Pero Homúnculus no ha nacido para la vida contemplativa ni en virtud de una casualidad estéril, sino para la vida activa, y en virtud de las necesidades y de los fines a que él tiene que servir llevándonos de Alemania y el crepúsculo del Renacimiento, a Grecia y al mediodía de la ciencia y del arte en la más espléndida y conocida de sus épocas.

NOCHE CLÁSICA DE WALPURGIS

Llegamos a una de las secciones del *Fausto* que, aparentemente y en realidad, ha dado, y puede dar pie para la numerosa, casi unánime aseveración de la oscuridad, de las dificultades, de ininteligibilidad —a tales palabras es preciso recurrir— de la obra de Goethe.

Ya que de aquelarres se trata y aunque lo sean clásicos, bueno es no penetrar y moverse entre las filas de los brujos y brujas que los constituyen, con tiento y con cautela.

No siendo adoradores, ni de Goethe ni de Fausto, nosotros no suponemos que sea imposible encontrar y señalar defectos; pero no reconocemos como tales y sobre todo en la extensión y en la intensidad que se les atribuye, aquello que aquí se pueden señalar y se deben reconocer.

El número de personajes que interviene, el lenguaje que usan, el terreno en que aparecen y desaparecen son, por sí solas, circunstancias suficientes para suscitar desconfianzas en la mente de algunos lectores, primero, y después, cansancio, desagrado, hastío que impide forzosamente se comprenda el valor y se aprecie el significado de los siempre hermosos y variados versos que se van sucediendo con una rapidez y una luz verdaderamente caleidoscópicas.

La historia y la mitología, no siempre aceptas y gratas a todos los lectores, contribuyen, por su parte, a adensar las nieblas criadas por el escenario incierto, cambiante y multiforme —si se puede decir así— por el cual el poeta, siguiendo a sus personajes, tiene que llevar al lector.

Empecemos, pues, por darnos cuenta de ese escenario por el cual han de pasar tantos personajes, dejando caer, a su paso, sus discursos, sus cantos, sus estrofas, sus dísticos, por lo menos.

Oscura está la noche y son los campos de Farsalia los que miramos. Y en medio de la oscuridad divísase, mientras Ericto se describe a sí misma y da cuenta de lo que ha pasado antes en Farsalia, y de lo que va a pasar, ahora, con la legión de los seres legendarios de Grecia, por el aire, Homúnculus, Mefistófeles y Fausto que es traído por ellos, y al tocar tan solo el suelo de la leyenda helénica, vuelve en sí y exclama: «¿En dónde está ella?»

Dejado solo por sus compañeros, Fausto, sorprendido y satisfecho de hallarse en Grecia y de pisar la tierra, de respirar el aire de Helena, lánzase a buscarla por entre los seres y las llamas del laberinto mitológico en que ha caído y va a seguir viviendo.

EN LA PARTE SUPERIOR DEL PENEO

El laberinto contiene, en la sucesión de sus calles y callejuelas, solitarias o pobladas, yermas o floridas, respirando ascuas o exhalando perfumes, más de cincuenta diversos y, a ve-

ces, extraños y aun monstruosos personajes, con los cuales, más o menos, entran en relación Fausto y sus compañeros y gracias a cuya cooperación se va desenvolviendo la acción de la tragedia, la cual se detiene, se ilumina, se diversifica y se completa con todo lo que se ve y todo lo que se oye, reflejo o eco de un mundo de belleza que se repercute en un mundo de arte.

Las conversaciones de Mefistófeles con los Grifos, con las Hormigas, con las Arismaspes, con las Esfinges, al mismo tiempo que insinúan los vínculos ciertos, pero arcaicos, que ligan las leyendas de la antigüedad con las consejas de la Media Edad, nos revelan el grande y fecundo contraste que hay entre las creencias, los personajes, los resortes y la superstición de la mitología helénica y la superstición, los resortes, los personajes y las creencias del catolicismo romano.

Por eso, no solo conversan entre sí, no solo disputan, sino que se cortejan, se hacen advertencias y se dan lecciones que, para el lector, son un vivo y continuo comentario de los pensamientos del autor.

Las Sirenas, no menos que los otros personajes mitológicos tienen su parte y tal vez mayor, pero más melodiosa y siempre atrayente en el cuadro que se va desarrollando y que proporciona a Fausto pábulo incesante a sus aspiraciones sin satisfacer nunca su deseo, su anhelo más vehemente que, tras de la imagen de Helena, lo lleva a ir preguntando, a cada paso y delante de cada personaje que suscita en su mente grandiosos recuerdos, en dónde y cómo encontrara aquella, cuyo solo trasunto es hoy todo el fondo de su memoria y toda la superficie de su esperanza.

Una de las Esfinges le indica que el centauro Quirón es el único que puede darle noticias veraces y Fausto se alejan en busca de él.

Mefistófeles conversa todavía y se deja instruir por las Esfinges que le prometen permanecer firmes en sus puestos, hasta que él vuelva después de haberse confundido con los personajes que van en la ronda fantástica, pero no disparatada,

merced a la cual Helena ha de recibir cuerpo y Fausto ha de encontrar satisfacción a su ideal aspiración.

No hay en esta escena, de los cincuenta y más personajes que comparecen en todo el cuadro, ninguno que no sea comprensible, ninguno que no hable en lenguaje inteligible y entendido.

Sería menester comentarlos mucho para lograr oscurecer el ambiente en que se mueven y por entre el cual se ven y se dejan ver tales como los ideó y como los necesita el poeta y puede gustarlos el lector.

EN LA PARTE INFERIOR DEL PENEO

Fausto no quiere ni puede detenerse y corriendo desalado tras de su aérea y deseada visión, llega a las márgenes del Peneo, el río, poético por excelencia, entre cuyas ondas y entre cuyas cañas, nacieron y pueden vivir todavía todos los cantares y todos los reveses de la mitología griega.

Y es la voz del río, coreada y, mejor todavía, completada por las Ninfas, lo que a Fausto hace sentir y comprender su propia situación, explicarse sus propios sentimientos, despertando a la vida de espectáculos, de visiones que, siendo de la mitología, del arte más exquisito, son elemento y resorte indispensable para seguir en el desenvolvimiento de su carácter y en la prosecución de la satisfacción de su pasión.

Así es que, mientras se deleita en voluptuosos cuadros que parecen arrancados por la mano del poeta a los muros de Pompeya, Fausto siente el traqueteo formidable de los cascos del centauro Quirón, a quien suplica se detenga y el que, no pudiendo hacerlo, lo toma consigo sobre su lustroso y pujante lomo.

El diálogo, cada vez más cercano a su objeto principal, de Fausto con Quirón, no necesita, a no ser que uno suponga ignorantes a los lectores, de los principales y ya casi comunes nombres de la mitología, de comentarios, glosas ni notas.

¿Quién no sabe lo que es Quirón, pintado o, más bien, esculpido, con toda su rústica y fantástica belleza, en los versos que forman su diálogo con Fausto?

¿Quién no sabe cuántos fueron y cómo se llamaban los Argonautas, de quienes, al pasar, va dejando bajorrelieves preciosos y vivientes?

El poético y vivo cuadro de Hércules, recordado por Fausto, y que se anima y suspira, en la palabra de Quirón, suscitando un justo dolor y una admiración todavía mayor, ¿necesitaría que se le prosase con acotaciones y disertaciones eruditas?

Más claro, más lógico, más preciso y eficaz es lo que efectúa la escena misma, en la cual Fausto, pasando del elogio del hombre más fuerte y hermoso, pasa, con razón, a indagar y preguntar de la mujer más hermosa.

A cada respuesta de Quirón acerca de Helena, siéntese Fausto más conmovido, más en poder de la visión que lo trae desalado por las regiones de la mitología; y a pesar de ciertas alusiones y pullas de erudito, la conversación de Helena y los consejos y amonestaciones de Quirón, quien lo deja a las puertas del Templo de Manto, única que puede hacer entrar a Fausto al mundo de los espíritus, toda esta original escena es clara, sencilla y conspira eficaz y prontamente al desarrollo natural de la acción del poema.

Si alguien no la entiende, si no es capaz de comprenderla y de gustarla es porque no ha comprendido ni comprenderá nunca lo que es arte, lo que es poesía.

Personajes, estilo, lenguaje, propósito, movimiento, todo es como podía y debía ser en la situación que se va magistralmente desenvolviendo, al mismo tiempo que se justifica y que se explica, con los resortes que la impulsan y la sostienen.

EN LA PARTE SUPERIOR DEL PENEO COMO ANTES

Continuando el poeta, en hacer ver, sea en la escena, sea en las palabras, lo que va sucediendo y los personajes que van interviniendo, aparecen de nuevo, a orillas del Peneo, las Sirenas

y las Esfinges y los conocidos Mefistófeles y Homúnculus, quienes, mientras Fausto es adoctrinado por Manto para penetrar en las oscuras regiones de los espíritus, andan el uno, en busca de los seres que se le parecen y son algo parientes suyos, y el otro, encerrado en su vaso de cristal en acecho de la ocasión o de la cosa o del hombre que lo haga tomar otro cuerpo que le permita figurar en la vida y vivirla como cualquier otro.

El nuevo personaje Seísmos (temblor de tierra), las Sirenas y las Esfinges, ocupando el escenario y dialogando entre sí, dan al poeta motivo para exponer las pretensiones de las escuelas rivales y opuestas, acerca de la formación de las líneas materiales, de la topografía de nuestro mundo. El neptunismo y el vulcanismo que, en la madurez de la vida de Goethe, ocuparon tanto la atención de los creadores y adeptos de la ciencia recién creada y que abría tan nuevos y tan amplios horizontes —la geología— son, en el fondo el pensamiento del poeta, los que han dado lugar a toda esta curiosa escena, apenas ligada, por las reflexiones de Mefistófeles y por las aspiraciones de Homúnculus, con la acción dramática que se va desarrollando.

Los Grifos, los Pigmeos, las Lamias, los Dáctilos, la Empusa, en este episodio de la Noche Clásica de Walpurgis, suministran la prueba y los ejemplos de cómo el mundo griego, el mundo de la juventud y de la belleza, tenía también sus monstruos, sus fealdades que tienen no solo afinidad sino estrecha relación con las fealdades y los monstruos del mundo católico, del mundo de la maceración y de la superstición.

Anaxágoras, Tales, con sus doctrinas contrapuestas y sus aspiraciones y sus actitudes que no lo son menos, contribuyen al mismo propósito científico, así como la novedad del préstamo que a Mefistófeles hacen las Fórcidas de la cara de una de ellas es el remate del propósito histórico de ligar la superstición helénica con la superstición cristiana, convirtiéndolo en resorte dramático para la prosecución de la tragedia, gracias al cual se tiene el conocido y magnífico episodio de Helena que forma el tercer acto.

Esta escena, a pesar de hallarse bien sostenida por el ingenio, la agudeza, la profundidad y exactitud innegables del au-

tor, es de aquellas que el lector puede encontrar y casi siempre encontrará como despegada, innecesaria —salvo el diálogo y el trueque entre Mefistófeles y las Fórcidas— de la acción principal.

El interés que uno puede tener no es ya el de los caracteres, el de la acción de la tragedia, sino la habilidad, las genialidades del autor, las cuales les pagan, con usura, en esta como en otras superfetaciones deliberadas, el tiempo y el esfuerzo empleados para darse cuenta de ellas.

Antes de concluir, no podemos dejar de señalar las alusiones o, más bien, la concordancia que hay entre algunas de las palabras de los personajes y algunos de los hechos de esta escena, con lo sucedido en 1805, en Jorullo, en México, y de la cual dan cuenta las obras y las cartas del Barón Alexander von Humboldt. El modo como en la altiplanicie de los Hornitos se levantaron de repente el Jorullo y los otros montecillos que lo rodean son un comentario físico-histórico de ciertas palabras de Seísmos, de Mefistófeles y de Oreas que nos ceñimos a señalar, bastando sin más por la cuarta o quinta vez, la interpretación recíproca de la obra, de la vida y de la época de Goethe y del *Fausto*.

Quizá esta y la mayor parte de las dos siguientes, son la que ha dado origen a la fama de dificultades y de oscuridades de la Segunda Parte, que mucho ha perjudicado y perjudica a la popularidad de ella, no solo por los muchos lectores que le enajena sino por los comentadores y glosadores que le ha atraído y que se creen justificados para exagerar, con los suyos propios, el error o el defecto, pequeño en el poeta, colosal en el comentario.

ENSENADA ROCOSA DEL MAR EGEO

Las Sirenas, Nereidas, Tritones, Nereo, Proteo, Homúnculus, en toda esta escena no hacen sino seguir desenvolviendo en diálogos y en cuadros, valiosos por el sentido y por la expresión, el propósito del poeta, extendido e intensificado cada vez

más, de explicar el mundo antiguo, la creación y hacer brotar de esa explicación, la identidad y la diversidad de la naturaleza, siempre la misma y siempre diferente, siempre destructora y creadora, y a la cual, cosas, hombres, dioses, sirven tan solo de expresión.

Comentar y seguir paso a paso el diálogo, turbando su armonía y enturbiando su diafanidad, sería casi un atentado y mejor es dejar que el que lea, a medida que vaya leyendo, descubra los horizontes, oiga los sonidos que proclaman todos y a una voz el panteísmo de Goethe, oculto en la mitología helénica como en el cristianismo católico. (Basta recordar y señalar el final del libro tercero de las *Geórgicas* de Virgilio).

Teniendo el más somero conocimiento de los filósofos y de los dioses de la Grecia, es fácil seguir, comprender, gustar al poeta, no menos cambiante e irónico, a veces, que su personaje Proteo, ni menos fosforescente y frágil que su Homúnculus, que indica y aprende bien cómo se puede y se debe pasar de una forma a otra forma de la vida.

La sinfonía del panteísmo, en la cual no alcanza a percibirse, o más bien se deslíe y se desvanece Homúnculus, cierra este acto, con una música y con un esplendor que encubre, si los hay, los defectos que pudieran reprocharse al poeta, en cuanto a la acción del drama.

Verdadero y poético episodio en la enmarañada intriga de la tragedia y de la leyenda, la traslación del mundo helénico al mundo cristiano ofrece al autor la ocasión y le da el motivo para la glorificación final del naturalismo que, por boca y con la persona de los Telquinos, de las Sirenas, de Proteo, de Galatea, de Tales, de Nereo, de Homúnculus, de las Dóridas, entona y refleja el triunfo del neptunismo, no sin dejar los mejores y más suaves ecos, así como los más vivos reflejos del panteísmo, irresistible e invencible para toda inteligencia independiente, soberana, verdaderamente de hombre libre.

Este final, al que es lástima no acompañe una melodía musical mientras se va leyendo, es la glorificación de la Naturaleza, interpretada por la voz del panteísmo más amplio y más elevado que pueda concebirse y al cual todos los personajes

que intervienen no hacen sino prestar la suficiente cantidad de forma y de color para que se exhiba y, transfigurándose en su exhibición, se transforme en los seres que la acción de la tragedia, que el anhelo de la leyenda hacen necesarios, indispensables.

Además y aun cuando nos repitamos al dar remate a estas observaciones sobre el segundo acto, debemos hacer notar que él empieza y concluye como un conjunto completo que pudiera subsistir por sí; testimonio de ello la creación de Homúnculus en las primeras escenas, el viaje y la transfiguración de este en todas las demás hasta llegar, en la triplemente maravillosa marcha de los espíritus, a confundirse en la belleza encantadora del húmedo seno de la mar.

Todo ello apenas es una preparación para la creación que mayor impresión dejara en la mente de los contemporáneos del poeta y que es el símbolo más noble, más hermoso y más fecundo de todas las elevadas aspiraciones de la humanidad: preparación al episodio trágico, sin el cual, la Segunda Parte del *Fausto* habría quedado incompleta, deficiente, inferior a las aspiraciones de la leyenda popular y a las aptitudes del poeta de más estro y de más cálculo que haya habido en la época moderna; preparación, en una palabra, al episodio de Helena.

ACTO TERCERO

DELANTE DEL PALACIO DE MENELAO EN ESPARTA

Delante del pórtico del palacio de Tíndaro, se abre la escena primera del acto tercero con la presencia de Helena, acompañada de las troyanas prisioneras que los griegos vencedores de Troya, de quienes es uno de los jefes Menelao, le han dado por séquito, hasta su llegada a Esparta, a la mansión conyugal, el palacio de familia.

Helena misma, por su boca, exhalando en fluidos y armoniosos versos, el sentimiento de su corazón, el anhelo de su alma, el grato recuerdo del pasado, el inquieto recelo del porvenir, el arcano del presente, dice bien claro y con voz más penetrante y dominadora, cuál es la situación, quién es el personaje, dejando entrever desenlace que no es de satisfacción completa ni de amenaza decidida para nadie, pero que, como una atmósfera de dolor que acaba y de alegría que puede empezar, rodea a Helena y sus compañeras.

La belleza actual, siempre elogiada por todos los que la miran; la memoria de los distantes y nebulosos días de la infancia, a los cuales sucedieran los días de gratas y nobles aprehensiones, transcurridos entre héroes que podían ofrecer sus grandes almas y proponerse conquistar la mayor hermosura; después, la elección, el novio, el hogar, el marido, la hija, la vida de reyes que vivían en la guerra, la cual, con sus exigencias, los separaba a veces por largo tiempo; el rapto por Paris, la mansión en Troya, causa de la prolongada y costosa lucha a que pusiera fin la conquista y la destrucción total de Ilión, todo tiene un eco en las palabras de Helena o en las de las troyanas.

La escena que, como un sereno y hermoso bajorrelieve en mármol de Paros, cincelado por hábil discípulo de Fidias, se deja ver, tranquila, completa, honrosísima en todas sus líneas, de repente y gracias a la aparición de Fórcida, agítase, se altera, casi se confunde y se desparrama en acentos y en actitudes de espanto, de ira, de dolor.

El contraste indescriptible del ideal de la belleza, cuyo trasunto se ve en Helena, y el ideal de la fealdad, cuya copia se ve en Fórcida, trae nuevos elementos de emoción a la escena en que la Reina, sin saber explicarse ella misma su propia situación, ni casi su propia existencia, recibe, del coro de troyanas, de los discursos, a veces sumisos, a veces rebeldes, de Fórcida, explicación, ánimo, salvación, en la incierta vorágine de peligros que la rodean.

Los pensamientos de Helena, al divisar a Fórcida, los del coro, y después el altercado, al principio acompasado y decoros, después entrecortado y violento entre Fórcida y las troyanas, no necesitan, para ser comprendidos en su verdadero sentido y para ser apreciados en todo su valor, de comentario alguno.

La forma que ha escogido y necesitaba el poeta, el escenario que exigía el asunto, los personajes y la época, todo de la fábula y de la mitología griega, suminístranle un marco y resortes que no solo diseñan sino que completan y perfeccionan su pensamiento y sus intenciones.

La vaga y poética situación de Helena que parece haber salido de las sombras de la fábula para entrar en los esplendores de la historia y que sin embargo vuelve a quedar, como incierta, entre la ficción y la realidad, se dibuja bien, se precisa con los recuerdos que ella trae a la memoria, de su viaje a Esparta y de los encargos de Menelao al separarse de ella, encomendándole la preparación de un holocausto a sus dioses.

El coro, comentando, amplificando, completando lo que Helena siente, piensa y dice y que es lo que quiere hacer comprender y gustar el poeta, representa una parte activa y eficaz en el desenvolvimiento de la tragedia, la cual, en este punto,

consta ya de tres momentos diferentes, de tres situaciones notables que se van desarrollando una de otra.

Así vemos, estatua hermosa pero tranquila, casi inmóvil en sus contornos, en sus ropajes, en sus actitudes, a Helena contemplando la mansión conyugal y evocando todos los recuerdos del pasado y todos los recelos del porvenir en cuya expresión podemos oír el eco y ver el reflejo de los mejores días de la Grecia, hasta que, con la visión de Fórcida que la sorprende, la disgusta, la espanta, la hace sufrir, entra un poderoso elemento de acción, empieza un nuevo lance dramático cuyo movimiento y cuyo significado se van precisando con las palabras y los actos de todos los personajes de la tragedia, para venir a concluir, después del hermosísimo diálogo entre Helena y Fórcida, en la posibilidad y en la necesidad de salvarse de un riesgo inminente, de un peligro mortal para todas las hermosas que se complacen y complacen en su hermosura.

Persistir en comentar las tres escenas hasta que la Reina y sus compañeras se deciden a ponerse bajo la dirección de Fórcida y a entregarse a sus manos para librar de la muerte, esas tres escenas tan llenas de vida y de belleza y tan hábilmente ligadas entre sí, sería como manosear un hermoso grupo de un escultor, creyendo, con eso, hacerlo sentir y gustar mejor a los espectadores que lo pueden estar contemplando arrobados en sus primores.

El desquite de Fórcida, la humillación de las troyanas, al tener que pedir al ser a quien más repulsión tenían, auxilio, salvación, es no solo la expresión de lances conocidos y repetidos, sino que trae el motivo, proporciona la ocasión, cría el vínculo, necesario al poeta y al público, para que la Edad Mitológica y la Media Edad, para que los tiempos heroicos de Grecia y los tiempos feudales de Europa, época y tiempos que la leyenda de Fausto ha querido confundir, se unan, se interpreten, se amalgamen en uno solo.

Al correr del diálogo, hay más de una frase, más de una máxima, más de un apotegma, más de una imagen, con los cuales el poeta, indudablemente, ha querido recordar, a cada instante, que, bajo el velo de la leyenda mitológica y cristiana

de Fausto, a cuyo reflejo se ven moverse los conocidos personajes, se ocultan otros conceptos, se deslizan otras ideas, se trasparentan otras aspiraciones que serán de mayor o menor eficacia y de más o menos agrado, según sean las susceptibilidades de pensamiento y de sentimiento, las aptitudes de conocimiento y de deducción que tengan las personas que miran, obran y escuchan hablar a esos personajes.

El simbolismo, cada vez más grato a Goethe a medida que avanzaba en años y se elevaba a regiones superiores, tiene su lugar indudablemente en el contexto general y en cada una casi de las circunstancias particulares de este famoso y hermosísimo episodio, cuya belleza, cuyo sabor demostraríamos, si incubásemos en lo que nos parece digno de elogio y atención para oportunas y curiosas explicaciones y alusiones.

Lo simbólico y emblemático de los personajes y de las escenas de este acto tercero, no quita que él sea uno de los más vivos, de los más dramáticos, de los más originales de Goethe y que no podía ser pensado y escrito sino por el hombre que tenía la invención más calculadora y la ejecución más rápida, espontánea y ardorosa.

El momento trágico, la transición de las angustias del peligro y de la muerte al sosiego y al solaz de la seguridad y que constituyen el mágico eslabón entre la Media Edad y la mitología griega, gracias al cual puedan encontrarse y reducirse Fausto y Helena, están trazados con mano maestra, formando el remate de las tres primeras escenas y el principio de las siguientes, no menos originales e intencionadas.

Después de haber exacerbado el terror, Fórcida sabe excitar la curiosidad y por resortes y por caminos que sus diálogos con Helena y que el coro de troyanas va describiendo en melodiosos y gratos versos, lleva por fin a Helena y sus compañeras a un castillo feudal, en donde, renaciendo la inquietud, las tímidas hermosas mujeres encuentran, por fin, bálsamo a sus inquietudes, pábulo a su curiosidad, satisfacción a sus gustos y sus deseos.

La entrada de Fausto, después de tantas peripecias, en medio del esplendor de la mansión feudal, apareciendo a la her-

mosísima comitiva como un ser tan extraordinario cuanto atrayente, da a la escena todo su colorido, en contraste con la de la Reina y las prisioneras.

Hay que ver, que oír lo que sigue, no hay necesidad de comentarlo ni explicarlo.

El grito de simpática admiración que lanza el coro al divisar a Fausto, que llega con un hombre encadenado, prepara la extraña pero bellísima escena entre Helena, Linceo y Fausto.

PATIO INTERIOR DEL CASTILLO

El primer contacto del mundo helénico y del mundo feudal se efectúa por los hábitos, el lenguaje, los sentimientos de caballería, de galantería que se ven en Fausto y en Linceo y con los cuales Helena se encuentra tan sorprendida como complacida.

Fausto, admirado y fascinado por la belleza de Helena, no se presenta ante ella sino para darle prueba, ofrecerle el testimonio rindiéndole el homenaje del caballero que se somete al superior.

Sus palabras, al hacerlo, como las de Linceo, al obedecer a Helena quien, desde luego, se pone al nivel de los sentimientos y de los deberes de la caballería, nos revelan con toda precisión cuál es el propósito y cuáles son los resortes del poeta, que al traer en conjunción el mundo griego y el mundo europeo, transfigurando la realidad en ideal y transformando el ideal en realidad, nos expone bajo el símbolo más arrobador —el del amor— cómo la civilización helénica vino a producir la civilización europea.

Pero, las segundas intenciones de los personajes y de los lances de la tragedia que pueden dar materia a largas y disputadas lucubraciones histórico-literarias, no son las que el lector, el autor, buscan y hallan en estas prodigiosas escenas del episodio de Helena.

Esta que semeja a veces una aparición que apenas ha alcanzado a tomar forma corpórea, impregnada de belleza y exhalándola e irradiándola como exhala su perfume la flor, su

luz, el sol, es, sin embargo, en la tragedia, no solo real, sino el personaje más necesario, más completo, sin el cual Fausto dejaría de ser lo que es y no alcanzaría a ser lo que él pretende.

Lo mitológico del fondo, lo etéreo de la forma del fantástico y clásico drama de Helena no le quitan la vivacidad, la novedad, la naturalidad incomparables que reinan en todo él y que van, ya por las indicaciones del escenario, ya por las descripciones de algunos de sus personajes, ya por las explicaciones y amplificaciones del coro, siendo a cada paso notadas y mejor comprendidas y gustadas por el lector; y no seremos nosotros los que vayamos a perturbar tanta armonía o a enturbiar tanta transparencia; basta ver y oír para sentirlas y gozarlas.

Si es cierto que a veces Helena, en raptos pasajeros de melancolía, parece insinuar que no es más que un sueño y que aun siendo tal, trae siempre guerra, destrucción y muerte; si es cierto que Fórcida, cuya naturaleza podemos adivinar por los antecedentes que ya conocemos y por su lenguaje y sus propósitos mefistofélicos, acentúa la especie de contradicción, al mismo tiempo que la verdadera unión entre los tiempos y los hombres de Agamenón y los tiempos y los hombres de Fausto; también es cierto que, en el drama, en los gestos, por las actitudes y en las palabras de cada uno de los personajes y de todos ellos, solo se ve una grata y hermosísima acción que se desarrolla por medios y en un campo que son tan reales cuanto pueden serlo pasiones humanas y anhelos humanos.

El amor arcádico que, entre rocas que se transforman en árboles, esconde sus misterios para no venir a revelar su fascinadora y arcana progenie, sino en época y en región que no son las de ninguna parte de nuestro universo, sin dejarse, por eso, de ser muy reales porque son la época y la región misma del ideal, no es un capricho del poeta ni es un emblema tan recóndito que no aparezca perfectamente claro en el desenvolvimiento del drama, no menos atrayente y conmovedor porque se pase en aéreas y casi incomprensibles, pero continuamente halagüeñas regiones de una serena fantasía.

Antes de que este aparezca en la escena deslumbrándola con su brillo y anunciándola con su música, Fórcida y el Coro anuncian su nacimiento, describen su persona, y él viene a completar la trinidad del amor: padre, madre, hijo; trinidad en la cual, bajo su triple aspecto, el hombre-humanidad ha venido desplegando y tendrá que desplegar por siempre toda la actividad y todas las aptitudes de que sea susceptible.

Lo que es la situación, lo que es el desarrollo, lo que es la peripecia de este lance dramático que viene a coronar de una manera tan imprevista como espléndida el episodio de los amores de Fausto con Helena, no tienen para qué comentarse, ni es posible que lo sean de otro modo que leyendo y releyendo los hermosísimos versos en los cuales ese lance está contenido.

El asombro, el interés, el cariño, la curiosidad, el terror, atorbellinando el corazón y la imaginación del lector, pasan por su alma conmovida tanto cuanto puede serlo, al ver cómo aparece, vive y muere Euforion; en medio de la actividad, de la aspiración a mayores alturas, entre las hondas de luz y de música que suben al firmamento, dejando a Fausto, a Helena, sobrecogidos de terror y de dolor.

El Coro sabe hacerse intérprete de ellos y lamentando el trágico suceso, deja nacer alusiones e insinuaciones que transfiguran al Euforion de la fantasía de Goethe en un poeta de Europa, arrebatado a la admiración de sus contemporáneos en todo el vigor de sus facultades y en el período más fecundo de su actividad.

Helena, dándose cuenta de su semiexistencia en el pasado y en el presente, pero henchida y dominada por su dolor de madre, abrazando a Fausto, desaparece y no quedan entre los brazos de éste sino su túnica y su manto, los cuales transformándose en nubes, levántalo hacia el cielo y lo separa de la escena, en donde Fórcida, entre burlesca y seria, maliciosa y candorosa comenta lo que va sucediendo, lo que ha sucedido y lo que puede suceder.

El Coro, que cada vez se acentúa más como la voz de la Naturaleza, como del naturalismo helénico, quizá como poética fórmula del panteísmo de Goethe, da remate al drama conmovedor con palabras que dominan y apaciguan la corriente de las cosas y el sentimiento de los hombres.

Ni Helena ni sus compañeras parecen poder morir y volverse en nada, sino transformarse para seguir viviendo en la vida universal e impersonal que no es muerte nunca y que es siempre capacidad, origen, condición, germen de vida.

La nota final en la que Fórcida, echando a un lado máscara y velo para dejarse ver tal como es y lo que es —Mefistófeles en persona— pone una mueca, introduce una uña de la ironía con que el gran artista, después de efectuadas sus creaciones, las despedía para que entrasen a la sociedad de los vivientes.

Después de la escena en la cual Mefistófeles tomó prestada la cara con que aparece en el episodio de Helena, quizá no había necesidad de la advertencia con que se cierra uno de los más originales y de los más hermosos cuadros poéticos de Goethe que ha sabido trazar tantos.

ACTO CUARTO

ALTA MONTAÑA

Fausto, sobre una de las cumbres de una alta sierra, desciende de una nube que se abre para darle paso y que nos indica que la acción de la tragedia, aunque diferente en los lances y en las regiones, es siempre una tela cuyas mallas están todas ligadas entre sí.

Las vestiduras de Helena, convertidas en prodigiosas nubes, al desaparecer esa entre los últimos abrazos de su amante, son tal vez, en la mente de Goethe, el emblema de todos los elementos y los resortes externos que la antigüedad legara a las edades modernas, merced a los cuales la humanidad ha ido efectuando sus evoluciones sucesivas y realizando su progreso creciente.

De todos modos, las nubes, originadas en las vestiduras mágicas de Helena, uniendo el mundo mitológico y el mundo real, explican bien claramente lo que Fausto piensa, siente y dice al poner el pie en el borde de una de las cúspides de esas elevadas soledades.

El eco del pasado resuena en ellas y el reflejo del porvenir no resplandece menos en sus misteriosas cumbres, para acompañar el desenvolvimiento de la eternamente renovada y eternamente diversa tragedia de la actividad del hombre.

El desencanto y el dolor, la postración y la desgracia, la enfermedad y la impotencia, todo puede venir a interrumpir o destruir sus proyectos a medio realizar, o sus propósitos a medio concebir y, sin embargo, en la necesidad y en la complacencia del ejercicio de su actividad, el hombres se esfuerza, se encamina, sube, baja, ataca, resiste, vence y sucumbe, dando testimonio y dejando ejemplo de lo que cada cual debe y puede ser.

Apenas Fausto, sumergiéndose en las anhelosas soñadurías de lo que su corazón sintiera y de lo que su cerebro concibiera en las regiones fantásticamente iluminadas por la abnegación de Margarita y por el predominio de Helena, está a punto de caer en un período de inacción, cuando Mefistófeles, con su espíritu de contradicción que es estímulo a la acción y con su lengua de ironía, que suele ser correctivo a los devaneos de la imaginación, aparece y sacude y arranca a Fausto de su somnolencia.

Y si este, reuniendo en sí y en sus exterioridades los elementos remotos y contradictorios a los cuales debe su existencia legendaria, nos llega traído en mágica y voluptuosa nube que recuerda a las Juno y las Venus de la mitología griega, Mefistófeles, fiel a su origen y no menos fiel a los propósitos del poeta, se nos aparece en las botas de siete leguas, una de las cuales se muestra primero en la escena y después la otra, atravesando el proscenio, en el cual déjanlo, sin sorpresa ni asombro para Fausto ni para nadie: la conseja y la leyenda, los mitos de las religiones y los emblemas de cuentos tienen igual razón de ser y duran y persisten igualmente.

El diálogo que entre el servidor y el servido, entre Mefistófeles y Fausto se entabla, no necesita otro comentario que las propias palabras de los personajes, en algunas de las cuales el poeta, completando lo que, al fin del segundo acto había dicho acerca del origen de ciertos rasgos y sucesos del universo, hace ver cómo no olvida ni desdeña las teorías geológicas de Leopold von Buch y Elie de Beaumont, que van siendo ratificadas cada día más por la deducción y por la experiencia.

Y cuando Fausto, probado, curtido, envejecido, quizá por las vicisitudes de la vida, volviendo de las etéreas regiones del ideal de amor y de poesía que lo había hecho volar por ellas, piensa en los goces o, más bien, en la necesidad de la ambición, del poder, de los medios de dominar la tierra y las cosas, Mefistófeles le anuncia la adversidad, la casi ruina en que el Emperador, aquel con quien tan raras y tan buenas relaciones habían tenido, en que se encuentra y de las cuales es posible y

sería prudente sacarles, obteniendo, en cambio, los medios de poseer las playas del mar sobre las cuales empezaría Fausto a ejercer su dominio y a satisfacer sus deseos de propiedad, de conquista, de gobierno absoluto.

Los juicios de Fausto acerca del Emperador y sus contrarios y sus apuros bien podían tener, para el autor que vio y acompañó a los guerreros de Alemania que invadieron a Francia, a fines del siglo pasado, como acompañó a los reyes y emperadores de Alemania cuando ésta fue invadida por los franceses, sufriendo él todos los pesares y las desgracias del vencimiento, bien podían tener, decimos, sus gérmenes y sus raíces en esa época, cuyos personajes y cuyos sucesos se explica Goethe de una manera desdeñosa y despreciativa.

¿Con razón o sin ella? Si se mira a los grandes, a las Cortes, a los pocos que hacían y deshacían la tumultuosa algarabía del orden y del derecho divino, con razón; y sin ella, si se mira a los pequeños, a los pueblos que sufrieron y pudieron sacar de esas luchas borrascosas, el fruto más espléndido: la libertad, condición de la investigación y de invención de la verdad, como es elemento indispensable del progreso.

La aparición y el papel de los Tres Valientes, personajes bíblicos, se explican por el predominio en la educación de los pueblos del norte en Europa, de la lectura de la Biblia, a la cual nunca Goethe fue extraño, ni en su juventud, cuando la comentaba y quería explicársela con claridad, ni en su madurez, cuando se la había explicado y la consideraba como uno de los libros en los cuales están depositadas algunas de las tradiciones de ciertos pueblos que han influido en la formación y en el desarrollo de la civilización moderna.

Fausto, obedeciendo, sin saberlo quizá, y de seguro sin poderlo impedir, a sugestiones nuevas, a presión de circunstancias diferentes, no deja de ser lo que ha sido: el hombre de ímpetus vehementes, de nobles anhelos, de aspiraciones ideales en todo, en su lenguaje y en sus propósitos, en toda esta escena como en las siguientes, revela la nota fundamental de su carác-

ter, como Mefistófeles las suyas, y con las cuales el poeta desarrolla su sinfonía trágica.

No sería difícil, en algunas de las máximas y observaciones de Fausto acerca de la guerra y de la política, como en algunos de los sarcasmos desdeñosos de Mefistófeles, mostrar el pensamiento, el juicio, la opinión del gran chambelán y ministro universal del pequeño ducado de Weimar que pudo ver y supo dominar tantos intereses, tantas pasiones, tantas intrigas, sin dejarse cortar las alas de su genio ni menoscabar su sincero amor a la humanidad y su respeto ferviente por la verdad.

EN EL PRIMER CORDÓN DE LA MONTAÑA

Las indicaciones y advertencias del escenario, así como el diálogo entre el Emperador y su general en jefe, junto con las noticias de los preparativos, avances y ventajas que traen los emisarios, dan suficiente idea de los personajes y de los sucesos, a los cuales viene a dar distinto significado y a abrir probabilidades, seguridad de victoria, la aparición de Fausto, seguido de Mefistófeles y los Tres Valientes.

Los ímpetus heroicos del Emperador, así como los planes de batalla infalibles de su general en jefe, decaen poco a poco, a medida que se sabe que el enemigo va ganando terreno, hasta que, desesperanzados de todo y fiando tan solo en Fausto, que se anuncia como salvador enviado por un nigromántico propicio, la dirección de la batalla y el desenlace de ella quedan en manos de Fausto y su comitiva.

La manera cómo la batalla se presenta, cómo prosigue, cómo, después de prometer una derrota completa, se convierte en una victoria decisiva, se van escuchando y contemplando en la escena misma, a la cual, los discursos de Mefistófeles, la aparición y desaparición de los cuervos que conversan con él y que llevan a otros y a otras regiones sus órdenes, dan cierto resplandor y cierto sonido de hechicería que se hermana bien con las costumbres, los caracteres y los personajes de la época

que no son inconveniente para que el autor, a través del velo extraño, haga ver la miseria, la inutilidad, la ridiculez, aun de lo que para muchos pueblos y para muchos individuos que no son, sin embargo, insensatos, es el colmo de la gloria, el pináculo de la fortuna: la guerra victoriosa.

A querer y poder hacer glosas y deducciones y aplicaciones y comparaciones, no habría pocos elementos que sacar de los cuervos de Mefistófeles y de toda la fantasmagoría con que derrota por completo al Anti-Emperador y devuelve al Emperador su trono y su prestigio, proporcionando a Fausto los laureles innegables e inmarcesibles —como son todos los otros— de la victoria alcanzada por él.

Antójasenos que, conociéndolo o sin conocerlo, hay en esta escena el mismo juicio y el mismo desdén por el genio militar y por la guerra que, con tanta agudeza como deliberado propósito ostenta Pablo Luis Courier en su Conversación con Lady Blemington acerca de Napoleón I y sus aptitudes.

¡Si los cuervos de Mefistófeles hubiesen hablado o hablaran! Pero no nos detengamos a imaginarlo ni a esperarlo; porque la guerra, en sus peripecias, de llanto y de alegría, de ruina y de prosperidad, de desesperación y de esperanza, no se detiene tampoco en esta que es solo un incidente de la gran tragedia.

TIENDA DEL ANTI-EMPERADOR

Agarra-Pronto y Roba-Aprisa aumentan con sus actos y sus palabras en la tienda del Anti-Emperador las consecuencias y derechos de la guerra, cuyo ejercicio los guardias del Emperador no se atreven a impedir, dándonos en esto un ejemplo, si no fiel y exacto, muy aproximativo de lo que ha sucedido, para escándalo de nuestra cultura y para dolor de toda alma noble, en las últimas y recientes guerras así de Europa como de América.

¡Cuán lenta y cuán incompleta es todavía la desbarbarización de los individuos y de los pueblos!

Exhibido el trasunto de la guerra y de la victoria por el lenguaje y la conducta de los Valientes, así como por las reflexiones de los guardias del Emperador quienes, dándose cuenta de lo malo y lo punible de tal conducta, no se atreven, sin embargo, a castigarla, quedaba por exhibirse los efectos y los sentimientos inmediatos a la victoria en las filas y en los jefes de los triunfadores: y este es el objeto de la última escena del cuarto acto.

La importancia, el oficio, el rango, la alcurnia de los personajes contrastan notablemente con los de aquellos que nos exhibieron, en toda su bestial franqueza, algunos de los acostumbrados frutos de los laureles obtenidos en las batallas.

La Corte del Emperador no podía presentar los mismos personajes y hacer oír las mismas palabras que la tienda del Anti-Emperador, entrada a saco por la turba de soldados; pero el espectáculo es el mismo: olvido de la justicia y predominio de todas las más ruines codicias.

Lo trágico y casi respetable en su bestialidad destructora como un elemento desencadenado, desciende entre los príncipes y grandes dignatarios de la Corte, a lo cómico, a lo repugnantemente cómico de la vanidad fatua de un potentado y de la hipocresía y voracidad de los que pretendiendo servirlo, pero solo adulándolo, lo dirigen, lo explotan y lo dominan.

La vaciedad del cerebro como la no plenitud del corazón del Emperador se revelan en toda su vulgar ridiculez que bien pudieran hacer pensar que Goethe, quien había visto, comprendido y podido juzgar los dolorosos y al fin eficaces sacrificios del pueblo alemán y para rescatarse de las garras napoleónicas, al mismo tiempo que el desdén y el olvido con que, pasado el peligro, lo trataron y siguieron estrujándolo o pisoteándolo los reyes y príncipes, que Goethe, decimos, haya querido dejar el rastro de su ironía al pintarnos el uso que sabía hacer de sus no merecidos triunfos el Emperador, protegido por Fausto y Mefistófeles.

Para completar el cuadro y dejándonos comprender cómo el mundo moderno, en las pretensiones y en la adquisición de

las playas del mar por Fausto, se anuncia en su carácter industrial, de acción aplicada incesante y triunfalmente al dominio de la naturaleza bruta, Goethe, haciendo hablar al Archicanciller Arzobispo el lenguaje eclesiástico que insinúa peligros, chismea, desacredita todo lo que viene de la iglesia y puede llegar a sus arcas o a sus agentes, da la última pincelada a la comedia de la victoria del Emperador, tan fácilmente obtenida después de los mortales trances y tan tontamente despilfarrada antes de saber si producirá frutos duraderos.

Para quien escribiera las mascaradas, los prólogos, las piezas de circunstancias que, en el apogeo del imperio napoleónico, se representaron más de una vez en homenaje a las personas reales e imperiales que pasaban deslumbrando a las pequeñas cortes de Alemania, obras artísticas, elevadas por la dicción y magnificadas por la poesía, muchas de las cuales se pueden leer entre los notables versos de Goethe, para quien las escribiera no es difícil que pudiera hacer hablar y obrar a los personajes de la Corte de su Emperador como se puede ver en esta escena; la cual, por lo demás, parece sugerida no solo por las costumbres y los sucesos de la Media Edad, sino por los acontecimientos y los vicios a que dio campo y prestó bríos la Restauración en Europa que, imaginándose haber triunfado de la Revolución, es decir del derecho humano y, por consiguiente, del progreso verdadero, pretendió resucitar el derecho divino y poner insuperables barreras a la libertad y a la verdad que ella no reconocía sino cuando cabían dentro de las alcobas reales o de las sacristías sacerdotales.

Los que quisieran buscar alusiones a esa época y a ciertos personajes, no dejarían de encontrarlas y abultar el comentario de la tragedia —en esta parte, altamente cómica— con las anécdotas y los chascarrillos de las Cortes de Francia, de Austria y de Prusia, como las de los principados y ducados de Alemania e Italia, todas tan abundantes en doctrina y prácticas contrarias a todo buen gobierno, como escasas en sabiduría y religiosidad verdaderas.

El asunto, en sí mismo, no es de lo más fecundo y sublime y, sin que Goethe haya quedado muy abajo de sí mismo, este cuarto acto es el menos importante de la obra del poeta, aun cuando, como se puede ver en todas sus escenas, él es un pedestal para su principal personaje, Fausto, quien conserva para sí y en torno de sí toda la grandeza que falta a los magnates a quienes se ve obligado a servir para servirse de ellos.

¿Habría en esto sus puntas de ironía? ¿Por qué no?

Pero no es a nosotros a quienes ahora incumbe el dilucidarlo y el comprobarlo con las numerosas o las pocas pruebas que supiéramos encontrar en las páginas de la historia y en las biografías de los pueblos, de los gobernantes y de los publicistas de los primeros treinta años de este siglo que, como Fausto, en contraposición al teologismo y a las supersticiones de la Media Edad, se anunció y se ha acentuado como el resultado y como la impulsión de la ciencia y de la industria que no es, en fin de cuenta, sino una aplicación consciente o inconsciente, deliberada o involuntaria, de la primera a la realización de sus propósitos de dominio, como fruto y transformación del mundo material en que vive el hombre y del cual necesita para desarrollar todas sus múltiples e incoercibles aptitudes de conocimiento y de sentimiento.

No en vano pide y recibe Fausto, como recompensa a sus oportunos e impagables servicios al Emperador, las extensas y desoladas playas del océano que han de darle pie para lanzarse a la realización de otros ideales en que halle empleo su actividad incurable e indomable.

No es raro que los hombres de los ensueños acaben por convertirse en los hombres de los trabajos industriales que, a su modo y en cierto sentido, son también poemas que se manifiestan en diverso lenguaje.

Pero no nos dejemos detener antes de tocar al término de la empresa que ya se acerca.

ACTO QUINTO

CAMPO

La ley de contraposición, la generación sucesiva o alternativa de antítesis que se observa en el universo, no dejan de imperar en la obra de los poetas; y como se habrá podido notar más de una vez, las antítesis que se contraponen o se suceden vienen a dar realce a los actos, a los sentimientos, a las palabras, a los lances de la tragedia, preparando y llevando a remate verdaderas peripecias que conmueven el alma y se graban, de manera imborrable, en la memoria de todos.

Por eso, después del poema grotesco-terrible de la guerra, el idilio ameno y halagador de la paz; tras de los sentimientos y de los actos más violentos, borrascosos e injustificables, los actos y los sentimientos más sosegados, más serenos y más envidiables; como antítesis del odio, de la fuerza, de la codicia, de la destrucción y la muerte; en las últimas escenas del cuarto acto, el trabajo, la hospitalidad, la generosidad, el amor y la vida de las primeras escenas del acto quinto, en las cuales Baucis y Filemón, los personajes que la poesía, la escultura, la pintura de la Grecia nos han transmitido como el ideal de la existencia dichosa, sirven a Goethe para expresar su pensamiento y preparar el desenvolvimiento de la trágica situación de su héroe.

El encuentro, en el campo libre, antes de penetrar en la mansión de los ancianos, felices, ni envidiados ni envidiosos, al parecer, de nadie, el encuentro y el diálogo del Peregrino con Baucis, primero, y con Filemón después, respirando afecto, quietud y anhelo del bien no necesitan comentario y basta prestar atención a lo que los sencillos y candorosos versos dicen para comprender lo que tiene de sensible, de grato el re-

cuerdo del Peregrino, favorecido, años atrás, por los mismos que hoy, con mayor edad pero con no menos afectuosidad para consigo mismos y para con él, le ofrecen su cariñoso hospedaje.

En la amena y quieta campiña, atendida y cultivada por los dichosos ancianos, apenas, como en firmamento azul suele aparecer una nubecilla que hace mancha pero pasajera en el limpio y terso campo, si se refleja la sombra, y se repercute el eco de las obras y de los obreros que, en la vecindad abren anchos canales por la tierra para dar paso a las naves y elevan sólidos diques contra el mar para aumentar el terreno en que se hagan más provechosos cultivos y se levanten poblaciones industriosas.

Por eso, en la conversación con el Peregrino, cuando se sientan a la mesa, los ancianos explican lo que sucede a su alrededor, sin olvidar que el hombre, imperioso, acaudalado, fantástico, impío, como cree Baucis, quiere la posesión de su cortijo, la cual, según Filemón, les ofrece una bonita propiedad en otras tierras.

Pero, ¿qué paz hay estable?, ¿qué dicha hay segura? No serían dicha ni paz humanas si estuviesen fuera del alcance de las codicias o de las iras de los hombres.

A la choza, a la capilla, al vergel de los quietos, sencillos y contentos ancianos que no desean más que lo que tienen y que no pueden ni intentan más tampoco, viene a contraponerse en la escena segunda un palacio.

PALACIO

Un palacio en medio de un gran parque cruzado por canales navegables, y en el cual, meditabundo se pasea otro anciano, Fausto.

Linceo, el atalaya, grita señalando las naves que vuelven y entona el elogio del dueño a quien todos sirven y de quien todo recibe movimiento.

El dueño, entre tanto, Fausto el acaudalado, el casi todopoderoso, el envejecido en la lucha que ha ido haciéndole subir hasta la mayor altura, se desespera al escuchar el tañido de la campana y siéntese el más desgraciado por no ser dueño de esos miserables edificios y esos estrechos campos cercanos en que se levanta la capilla y en que moran Baucis y Filemón.

La peripecia que se va preparando y se ha de desarrollar, aunque por deseo y sin participación de Fausto y para su infortunio y su castigo, se hace más notable con la entrada, en el momento del disgusto desesperado del héroe, de Mefistófeles y los robustos compañeros; entonando también su cantar de alabanzas al patrón y de elogio de la tarea y de los obreros que la ejecutan y que saben que guerra, negocio y piratería son una trinidad que todos pueden adorar y que nadie podría separar.

Mefistófeles, antes que ciertos grandes ministros y publicistas, había dicho y no pocos han practicado la máxima de que en «Teniendo fuerza, tiénese derecho».

Lo rico y variado del cargamento que se ha traído, lo expedito, sumiso y oportuno del servicio de Mefistófeles y sus fieles no bastan, ni siquiera a minorar el dolor, la desesperación que causan a Fausto esos pobres campos y esos mezquinos edificios que, en sus cercanías, poseen esos viejecitos.

Mefistófeles oye, explica y comenta sus palabras de desesperación y sabe comprender y mandar cumplir sus órdenes y sus deseos de que, en cambio de la propiedad por él escogida para la anciana pareja, se le consiga el campo, de donde viene retañendo esa desesperadora campana.

Los fieles de Mefistófeles, quien oportunamente —con acotación al canto— recuerda la viña de Nabot, apresúranse a cumplir los deseos de Fausto y las órdenes de aquel que sabe servirle por sí mismo y por los suyos.

NOCHE OSCURA

Es alta y oscura noche y el vigía, desde la atalaya, cuando estaba complaciéndose en el desempeño de su importante y no

muy fatigoso oficio, empieza a divisar chispitas, rastros de fuego, columnas retorcidas de humo y después voraces llamaradas que van, entre los árboles y los edificios, con el más terrible de los estrépitos destruyendo, en unos pocos minutos, lo que se había construido o criado durante tantos años.

Fausto, desde el balcón, alcanza a percibir los alaridos del atalaya, pero complacido en la realización de su deseo, no piensa sino en el placer que la venerable pareja gozará en la nueva mansión que le va a proporcionar.

De golpe y precipitadamente llegan Mefistófeles y sus tres ejecutores que relatan el modo cómo caen muertos de pavor los dos viejecitos y el Peregrino, de los golpes que recibiese en el combate por defenderlos.

Aunque tarde, Fausto maldice inútilmente a los hechores de tanta maldad y quédase adolorido, pensativo, preso de su remordimiento por haber ordenado lo que tan precipitadamente se ejecutó.

No queda más tranquilo y contento que antes y no podría quedarlo sin duda, en medio de los vapores y de los sonidos dolorosos de esa inútil y maligna destrucción.

MEDIA NOCHE

Transcurre algún tiempo, no sabemos cuánto, a media noche, estando Fausto en su cuarto, penetran en él cuatro mujeres, cuyos nombres —la Miseria, la Culpa, la Cuita, la Necesidad— dicen bien claro lo que significan, pues no son sino alegorías que, personificando ciertos estados del alma humana, ahorran al poeta muchos desenvolvimientos para hacernos ver lo que es entonces el alma de su héroe, cada vez menos independiente de las influencias extrañas, aun cuando ella reaccione y se revele altiva contra ellas.

El modo como se anuncian las importunas pero frecuentes e inevitables visitas; el diálogo que entre ellas tienen y el que traba la Cuita con Fausto hasta llegar, en su disputa, al enceguecimiento de este por obra de ella, nada puede ganar con

explicaciones y disertaciones que sería muy fácil multiplicar y prolongar con traer a la memoria y poner en parangón las realidades de la vida humana, comunes, ordinarias, conocidas, temidas y sentidas por todos, con las alegorías de la tragedia que encuentra en ellas nuevos resortes para precipitarse a su desenlace, dejando ver la entereza, la persistencia, la heroicidad verdaderamente trágicas de Fausto quien, ciego y viejo, no pretende llegar menos lejos, volar menos alto y seguir menos seguro hasta la última y cada vez más retirada meta de sus aspiraciones.

No hay comentario mejor que sus propias palabras, las cuales, negando la prepotencia de la vejez y de la ceguera, incitan a la acción, convocan al trabajo, apelan y convidan al porvenir, en nombre de la inteligencia.

GRAN VESTÍBULO DEL PALACIO

Ellas son escuchadas y obedecidas. Mefistófeles con los Lémures, sus servidores, aun cuando se burla del vigoroso y altanero ciego, cumple y ejecuta sus órdenes, tendentes todas a criar, a fertilizar, a hermosear las tierras, a orillas del mar, proporcionando a los hombres nuevos campos de acción y de industria.

Fausto se complace en oír el sonido de los instrumentos con que se estrecha al mar y se ensancha la tierra y no exige ni espera sino obreros y más obreros para llevar a cabo sus planes grandiosos y fecundos.

Y sabiendo que sus órdenes se cumplen, que sus ideas se incorporan en objetos visibles, palpables, que no solo dan testimonio de la eficacia y de la fecundidad de la inteligencia del hombre, sino que proporcionan a este los medios y los recursos para ir aumentándolas cada día más; Fausto, de la realidad y del presente, arrebatado al ideal y al porvenir, divisa en su mente y pronostica en sus palabras, extrañas al mismo tiempo que bien calculadas y calculadoras, el triunfo de las artes humanas, de la industria, de la civilización; el hombre-humanidad

que es él, viendo lo que es hoy el siglo diecinueve, todo actividad, todo fruto y simiente de progreso; todo acción, energía, belleza, industria, ciencia, quiere, complacido y extasiado en su visión, detener ese momento como el mejor de todos, cayendo al punto, según su promesa y en conformidad al pacto con Mefistófeles, exánime en los brazos de los Lémures que lo acuestan en el suelo.

Sus últimas palabras, como las de Mefistófeles y el Coro recuerdan, por contraste, las primeras de Fausto, y aquellas del pacto, con todas las cuales debe explicarse el carácter, la situación y la muerte del principal personaje de la gran tragedia humana.

Y aquí concluye esta, en efecto, aun cuando el poeta para seguir la leyenda, completándola y amplificándola según la doctrina y las creencias supersticiosas de la época que dio origen a la creación de Fausto y Mefistófeles, la continúa en otra región, en otro mundo y con otros personajes de diferente significado y muy diversa actitud.

DEPOSICIÓN EN LA SEPULTURA

Esta escena que, para los que hemos estado acostumbrados al lenguaje, al escenario y a los personajes de las piezas morales y de los autos sacramentales del teatro español no tienen novedad ni originalidad, le pareció oportuna y necesaria a Goethe, indudablemente por no sacar a Fausto del cuadro de las consejas católicas en que fue colocado por la imaginación popular en el siglo XVI.

El ingenio, la travesura, la broma, la sátira que hay en todo el monólogo de Mefistófeles, alentado por el recuerdo de antiguas promesas, derrotado por los ángeles que lo hieren y lo desesperan con rosas de amor, son quizá, bajo el velo de una creencia y conseja populares, algo distinto y más elevado, pero que, indudablemente, no es ya ni de los resortes, ni de los personajes ni del campo dramático de la gran tragedia.

En el paralelismo a que sometió su obra, Goethe quiso en el *Fausto* completar el ciclo de la leyenda y por eso se afana en ser ultracatólico, por escenario, diremos, aunque no lo sea ni pueda serlo por convicción.

Pero no concluye ahí; al monólogo suceden el diálogo y la lucha entre los satanases y los ángeles buenos y las Dominaciones, mucho más animadas y en forma que se acerca a las cantatas musicales, a las cuales, en su época, Johann Herder, Friedrich Schiller, Johann W. Goethe y otros poetas y todos los potentados de Alemania eran muy afectos, concluyendo en que los ángeles, a pesar de Mefistófeles y los diablos y todas sus diabluras, se llevan, elevándose más alto, la parte inmortal de Fausto.

YERMOS DE LAS MONTAÑAS

La parte final, más desprendida todavía de la tragedia e imposible de sujetar ni a melodía ni a simetría, es una sucesión de estrofas místico-poéticas que entran, por ciertos y no muchos lados, en la región del catolicismo, pero que por todo su significado son de su transhumanismo que pisa en el naturalismo y en el panteísmo ingénitos, a lo que parece, en Goethe.

Ninguna parte de la obra del poeta ha dado y puede dar ocasión a mayor número de lucubraciones y disertaciones, sin que se llegue a otra cosa que admirar la concisión, la habilidad refinada del autor.

Leídas como estrofas sucesivas, la parte de cada uno de los personajes es siempre atrayente y en todo digna de Goethe: forma y fondo, pensamiento y estilo, a pesar de esa tendencia quintaesencial que tuvo siempre el poeta y de la cual ha hecho gala más de una vez, no son inferiores a muchos de los mejores trozos líricos que en el *Libro de los cantares*, en el *Diván* y en otras obras epigramáticas pueden admirar los lectores.

El misticismo y el ascetismo cristiano que Goethe comprende no están expresados sin garbo ni maestría y, a veces, sin ternura ni emoción en lo que dicen el coro de los Santos Ana-

coretas, el Padre Estático, el Padre Profundo, el Padre Seráfico y el Coro de los Niños.

Si los antiguos doctores viniesen a examinar lo que se canta en la Gloria por los Padres y por los Niños, no creemos que viniesen a quedar muy satisfechos de la ortodoxia de ese panteísta heleno, alejándose, que no se contenta con lo que la teología enseña sino que inventa, poetiza y transforma a su modo y para su manera de concebir y de explicar el universo.

El cantar que los Ángeles, cerniéndose en la atmósfera, al llegar a la región más alta con la parte inmortal de Fausto, es hermoso y digno de Goethe, pero antójasenos que no ha de ser muy de la aprobación de los teólogos y los devotos del catolicismo ni del protestantismo.

Lo que cantan los Ángeles más jóvenes, recordando su triunfo sobre Mefistófeles y los Ángeles más completos, explicando cómo permanecen unidas la naturaleza terrestre y la celeste, aunque sea grato al oído de cualquiera no podrá serlo a la fe de un buen católico.

La formación y transformación de los Ángeles que se devuelven y salen de una crisálida es materia para muchas disquisiciones teológicas propias de un católico que respeta la Santa Inquisición y maldice la endiablada libertad de examen.

El doctor Mariano, sin exceder a Francesco Petrarca ni a San Buenaventura, ni siquiera a Fray Luis de León en las alabanzas de la Virgen, no se expresa mal ni espera poco de la situación de los pecadores que se dejan arrastrar por ciertos instintos y apetitos que son respetables, puesto que son de todo ser humano que sienta y que viva.

El Coro de las Pecadoras, con el tono, y aun con algunas de las palabras de Margarita, en la escena de la Primera Parte del *Fausto*, al pasar la Madre Gloriosa, flotando cerca de ellas.

Y el trío de la gran pecadora, la Mujer Samaritana y María Egipciaca —sus nombres están en latín y con las acotaciones respectivas de San Lucas VIII, 55; San Juan IV Acta Sanctorum— implorando el perdón de esa alma que solo faltara una vez, son más de esta tierra que de ese cielo.

La estrofa, paralela a la que otro tiempo dijera, en que Margarita exhala hoy su gozo, anunciando la vuelta del bien amado es, por cierto, el hermoso y tierno eco de una heroica pasión que no puede dejar de alcanzar el premio de ver satisfecho su anhelo.

Agüero y prenda de ello son las palabras de la Madre Gloriosa que subiendo más arriba, dice a Margarita que la siga para que el alma de Fausto vuele tras ella.

La oración, sencilla, mística, fervorosa del Doctor Mariano, como el Coro místico que pone el sello a esta extraña parte del *Fausto*, tan hermosa y acabada por la dicción como es defectuosa por el fondo y por el pensamiento, no necesitan comentarse aunque hayan sido y puedan ser más comentados que el *Apocalipsis* y que el *Cantar de los Cantares.*

El paralelismo deliberado que el poeta ha establecido entre las principales situaciones y caracteres de la gran tragedia y que, en la mayor parte de ésta, lejos de aminorar, acentúa el significado de las palabras y el alcance de los actos; en el epílogo transmundano y que no alcanza a ser intraceleste produce efecto contrario que no se armoniza ni se concilia con nada, sino, buscando y viendo, bajo el velo extraño de la conseja católica, la lumbre misteriosa y vivífica de un panteísmo que tiene su raíz y su terreno en Baruch de Spinosa y el cual ha sido, desde su juventud hasta su muerte, la inalterable creencia de Goethe.

¿Por qué, el poeta, en vez de ceder a las exigencias de una simetría material, querida, deliberada y preparada y que vino a nacer sino después que la gran tragedia humana estaba a mitad concluida y ya publicada y admirada, cuando él quiso emular y simulándolos, el comienzo del *Libro de Job* y el prólogo del *Sacuntala*, por qué el poeta no siguió el rumbo de sus propias creencias y no cedió a las inspiraciones de su propia alma?

Nosotros no lo sabemos; pero ese es el hecho, el cual se explica lo suficiente con echar de ver y con señalar que un marco ya recibido, un aire ya conocido, un dogma ya respeta-

do son para el pintor, para el músico, para el filósofo, tentación demasiado poderosa y disculpa valedera para someterse al marco, al aire, al dogma.

En la lucha borrascosa y en la confusión todavía no llegada a término de la ciencia y del arte en la época en que Goethe daba remate a su *Fausto*, esa conducta, sino la más lógica, la más digna, la más hermosa, aparece como ordinaria, natural, espontánea, porque era la menos molesta y menos peligrosa.

Ni sería imposible que, a la edad de Goethe y cuando Alemania y Europa se conmovían con el empuje y el brío de un Romanticismo que tenía por hálito creador y por inspiración el Renacimiento y la transfiguración del cristianismo, se hubiese visto tentado y cayese en la tentación de hacer algo parecido, pero guardando él su carácter y no desechando todas sus segundas intenciones.

Pero todo ello sería materia de mera curiosidad y no es de necesidad alguna para entender, criticar en pequeñas partes y gustar en todo la obra del poeta: único propósito que hemos tenido y podíamos tener para escribir estas advertencias preliminares a la lectura del *Fausto*.

Mineral de El Chimbero, Diciembre 19 de 1880

MANUEL ANTONIO MATTA

FAUSTO

SEGUNDA PARTE

ACTO PRIMERO

COMARCA AMENA

Fausto, recostado sobre florida grama, fatigado, inquieto; buscando el sueño. Crepúsculo. Ronda de espíritus que flotan; pequeñas figuras graciosas y movedizas.

ARIEL, *canto acompañado por arpas eólicas.*

Cuando la lluvia de flores
flota en verano doquier
y los campos brilladores
lucen para todo ser;
vos, elfos, de cuerpo alado,
doléos de todo mal
y, sea santo o malvado,
¡compadeced al mortal!

Los que os cernís por sobre esa cabeza,
de elfos, mostrad la mano bonancible,
calmad, de su alma, la hórrida fiereza;
del reproche alejad la púa horrible,
y limpiad su interior de la tristeza.
En cuatro pausas se divide el sueño:
¡ea!, ¡acudid, al punto, con empeño!
En fresca almohada reclinad su frente;
después, dadle el rocío del Leteo;
sus miembros contraídos libres siente,

vuelto hacia el sol, del sueño en el recreo.
De elfos, cumplid la obligación más bella
y devolvedle la alma luz, con ella.

CORO, *alternando o todos juntos, cantan de a uno, de a dos y de a muchos.*
¡Cómo hinchen los airecillos
la verde campiña, ved!
¡Nieblas, suaves vaporcillos,
el crepúsculo traed!

¡En su alma, paz y reposo,
infantiles, susurrad
y a su ojo triste y lloroso,
del día, el velo cerrad!

Cayó la noche y los astros
santamente se unen ya;
grandes luces, chicos rastros
rebrillan aquí y allá;

y en el agua, reflejando,
dan a la noche esplendor;
la luna, a todo encantando,
lanza nítido fulgor.

Ya las horas han pasado;
con ellas, dicha y pesar;
ya puedes, pues ha sanado,
en el nuevo sol fiar.

Bellos valles y colinas
se te ofrecen a tus pies,

y ve, en ondas argentinas,
cómo se mece la mies.

¡Para que sacies tu empeño,
mira solo ese fulgor!
¡Alza! ¡Cáscara es el sueño
que cederá a tu valor!

No tiembles, do irresoluta
se encuentra la multitud;
el noble todo ejecuta,
teniendo ciencia y virtud.

(Un espantoso estrépito anuncia la aproximación del sol.)

ARIEL

¡Oíd fragor repentino!
Las Horas en torbellino,
anuncian con gran estruendo
que ya el día está naciendo.
Las puertas de piedra crujen;
las ruedas de Apolo rugen
con estridor estupendo.

¡Qué estrépito la luz trae!
El oído absorto cae
ante tanta bulla y grito
pues no se oye lo inaudito;
del ruido, nada guarece,
ni las plantas, ni las flores,
ni rocas ni cenadores;
do os alcanza, os ensordece.

FAUSTO

Latir siento mi vida nuevamente,
un crepúsculo etéreo saludando;
hoy, tierra, tú estuviste consistente,
y a mis plantas, aroma respirando,
me comunicas, de placer, la esencia.
Con él, más fuertes bríos despertando
de lanzarme a más límpida existencia.
Allí está el mundo, en tenue luz bañado;
la vida al bosque da varia cadencia,
el valle está con nieblas cobijado;
mas luz celeste baja a las honduras
y al punto brotan, del abismo helado
donde dormían, débiles y oscuras,
las hojas de cogollos tembladores;
unos de otros, en pos, de las impuras
regiones, se desatan los colores;
en mi redor se extiende un paraíso;
perlas goteando están plantas y flores.
¡Allá, a lo alto miremos! Ya diviso
que anuncia el monte en su empinada cumbre
el más solemne instante; y es preciso
que él, antes goce de la eterna lumbre
a fin de que a nosotros después baje.
Por las verdes praderas la vislumbre
poco a poco se extiende sin que ataje
nada su esplendidez. La luz se lanza
y me intimida y ciega su celaje.
Y así sucede cuando la esperanza,
a su mira más alta y más incierta,
confiada y sedienta se abalanza,
viendo de par en par, libre la puerta;
mas de ese eterno abismo do se anida,
llama descomunal nos desconcierta

y queriendo la antorcha de la vida
encender, nos hallamos rodëados
por una mar de fuego que intimida.
¿Odio es o amor? Ardemos angustiados,
monstruosos alternando goce y duelo,
de suerte que los ojos aterrados
bajamos, anhelando el puro velo
de nuestra juventud. ¡A mis espaldas
quédese, pues, el sol! Con gran anhelo
miro la catarata que en las faldas,
retumba, de los cerros estridentes:
de salto en salto, su onda de esmeraldas
desparrama, en mil rápidos torrentes
lanzando al aire bramadora espuma;
el iris, con mil tintes esplendentes
difundiendo color entre la bruma,
ya decidido, fúlgido o perplejo,
a la borrasca con su aspecto abruma.
¡Del afán del mortal, ese es espejo!
Medita bien y entenderás en suma,
que toda nuestra vida es un reflejo.

CORTE IMPERIAL. SALA DEL TRONO.

El Consejo Imperial aguardando al Emperador. Trompetas. Cortesanos de toda clase, lujosamente vestidos van entrando. El Emperador llega al trono, con el Astrólogo a su derecha.

EL EMPERADOR

A mis fieles, salud y bienvenida.
A la mano derecha, al sabio tengo,
¿mas, dónde el loco está?

UN HIDALGO

Escala abajo
rodó, señor, en vuestro manto envuelto,
y el lío levantaron, no se sabe
si embriagado o totalmente muerto.

SEGUNDO HIDALGO

Mas, casi por encanto, ya otro viene
a llenar la vacante; viste arreos
muy ricos y su hablar a todos pasma:
al umbral lo detienen los maceros,
mas ahí ved al atrevido loco.

MEFISTÓFELES, *arrodillándose ante el trono.*

¿Qué es lo que maldecimos y queremos?
¿Qué se anhela y rechaza? ¿Qué se ampara?
¿Qué se llora y critica con empeño?
¿A quién llamar no puedes, y a quién oyen
todos nombrar con gusto? ¿A tu excelso
trono que se aproxima? ¿Qué, a sí propio
se desterró?

EL EMPERADOR

De enigmas, no es hoy tiempo,
y son la ocupación de esos señores.
Mi antiguo loco fue, creo, muy lejos,
ven y a mi lado su lugar ocupa.
(Mefistófeles sube y colócase a la izquierda.)

MURMULLOS DE LA MULTITUD

—Nuevo bufón. —Para dolores nuevos.
—¿De dónde y cómo vino? —Cayó el otro.
—Era una cuba. —Y éste, un palo seco.

El Emperador

Amigos que venís de todas partes,
los astros nos miran lisonjeros
y escrita arriba está nuestra ventura.
Pero decidme, ¿por qué, tales momentos,
en que libres de cuitas, pensar solo
debiéramos en bailes y festejos,
hemos de acibararnos por consultas?
Mas, como lo queréis, así sea hecho.

El Canciller

La más alta virtud que, cual un nimbo
ciñe la imperial sien, que como dueño
puede él solo ejercer, es la justicia.
Solo él puede otorgar, amigo, al pueblo,
lo que cada uno pide y necesita.
¡Mas de qué sirven, ay, entendimiento
al alma humana; al corazón, bondades,
prontitud, a la mano, cuando vemos
que males sobre males se acumulan
sin cese en el Estado! Si el Imperio
miramos de esta altura, nos parece
alguno de esos horrorosos sueños
en que monstruos engendran otros monstruos;
ya la ilegalidad es el derecho
y un mundo de mentira vese solo.
Con el alarde del crimen, sano, ileso,
éste roba rebaño; mujer, otro,
cáliz y candelabro y cruz del templo.
Mientras al tribunal llegan las quejas
y el juez se ostenta en su elevado asiento,
descarado, el motín doquier se extiende:
impune, infamias, crímenes horrendos,

comete quien en cómplices se apoya
y al inocente que no tiene empeños
oyes tan solo declarar culpable.
Todo así es ruina, todo, vilipendio:
¿cómo desarrollarse podrá nunca,
de rectitud, el alto sentimiento?
El hombre honrado acaba por doblarse
a los aduladores y perversos;
y el juez que castigar no puede, se une,
al fin, al criminal; cuadro tan negro,
con un crespón, arrebozar quisiera. *(Pausa.)*
Ya hay sin demora que poner remedio,
pues cuando todos dañan, todos sufren,
y de un asalto no está libre el cetro.

El General en Jefe

Entre sí todos luchan siempre sordos
a sus jefes. ¡Oh, qué días tan funestos!
El burgués, tras sus muros, y el hidalgo,
en su nido de rocas, ya, sin miedo,
allegando sus fuerzas, se conjuran;
los mercenarios pídennos sus sueldos
y todos, en desorden desertaran
si no les estuviéramos debiendo.
Rehusar lo que todos nos exigen
es, Majestad, pisar un avispero;
y el Estado ya talan y saquean
los mismos que debían defenderlo.
Solo escombros será la tierra toda,
dejada a su furor y desenfreno;
hay otros reyes cerca, mas ninguno
piensa le atañan tales desafueros.

El Tesorero

¿Quien fía en sus aliados? Los subsidios
tan prometidos, humo solo fueron.
¿Quién posee, señor, todas tus tierras?
Casas nuevas, doquier, y como en feudo,
cada cual vivir quiere independiente;
hemos dado, señor, tantos derechos
que a nosotros ninguno ya nos queda.
No se puede contar, en el momento,
ni con lo que partidos llaman. Nada,
ni los dulces elogios ni denuestos
les puede sacudir su indiferencia,
y ya los gibelinos y los güelfos
solo por descansar, todos se esconden.
¿Quién, al vecino ayuda? Su provecho,
su interés propio cada cual persigue:
de las arcas están firmes los cierres;
todos rasguñan, buscan y atesoran
y queda nuestro erario siempre escueto.

El Chambelán

¡Qué de desgracias oigo! Cada día
se quiere que los gastos sean menos
y día a día, sin cesar, se ensanchan,
y así van, redoblando mis tormentos.
Nada sufre con esto la cocina:
venados, jabalíes, liebres, ciervos,
gallinas, gansos, patos, con las congruas,
como es de ley, no faltan a su tiempo;
pero, en fin de cuenta, fáltanos el vino.
Si las cubas contábamos, por cientos,
de caldos celebrados y exquisitos,
la sed de tanto noble caballero
todas las agotó. Que vender tienen

su provisión los mismos del Consejo
y en arbitrios disípanse sus gustos.
Yo, que pagar y hacer regalos tengo
pues nada nos perdona el ruin judío
cuyos caros servicios van comiendo,
antes que nazca, ya el caudal del año.
Engordar no se pueden ni aun los puercos;
la cama ya empeñé; nuestro pan mismo
está acabado aun antes de comerlo.

EL EMPERADOR, *a Mefistófeles después de haber pensado un rato.*
¿No sabes tú, bufón, otro infortunio?

MEFISTÓFELES
¡Oh! ¿Qué infortunio, en el fulgor que vemos,
puede caber? ¿Faltará confianza
do está la Majestad? ¿Cuándo, provecho
tendrá ningún contrario, donde abundan
coraje, actividad y entendimiento?
Donde astros tales brillan, ¿podrá nada
jamás, en las tinieblas, envolvernos?

MURMULLOS DE LA MULTITUD
—Es un bribón. —Lo entiende. —Mentiroso.
—Ya yo sé qué hay. —¿Qué cosa? —Algún proyecto.

MEFISTÓFELES
¿A dónde, algo no falta en este mundo?
A uno, esto o lo otro; aquí, falta el dinero:
de la losa es verdad que no se saca,
pero, para la ciencia no hay secretos.
Oro acuñado o no, bajo los muros
se encuentra y en las venas de los cerros.

Y si me preguntáis quién capaz sea
de sacarlo, sabed, pues, que hay sujetos
a quien naturaleza y el Espíritu,
de ejecutarlo, dan seguros medios.

El Canciller

Naturaleza, Espíritu no suenan
muy bien entre cristianos. Los ateos
van a la hoguera por discursos tales
que entrañan los peligros más horrendos.
Naturaleza es el pecado solo,
el Espíritu, el Diablo, y va con ellos
su hija querida, la disforme duda.
Dos clases solo apoyan el imperio
y en ellas dignamente confïamos:
los santos, los nobles caballeros
que arrostran las borrascas y se guardan
la Iglesia y el Estado, por sus sueldos.
Muy al contrario, a la grosera plebe
acompañan herejes y hechiceros
que son peste de campos y ciudades.
Contra aquellos diriges tus denuestos
y alabas estos otros porque tienen,
con vosotros, bufones, parentesco.

Mefistófeles

¡En eso reconozco al hombre sabio!
Lo que vos no tocáis, está muy lejos;
lo que asís, no existe enteramente;
lo que vos no sumáis, eso no es cierto;
lo que vos no pesáis no pesa nada;
lo que vos no acuñáis creéis sin precio.

El Emperador

Así no se remedian nuestros males;
¿a qué, pues, tu sermón? Con el eterno
cómo y cuándo ya estoy muy aburrido;
lo que falta, procuramos: ¡dinero!

Mefistófeles

Lo que queráis y aun algo más. Es fácil
mas lo fácil aun tiene sus tropiezos,
allí está; pero el arte, en alcanzarlo
consiste. ¿Quién lo hará? Pensad en esto:
en los terribles días en que ahogaban
olas de hombres los campos y los pueblos,
por aquí y por allá, cada cual iba,
medroso, sus tesoros, escondiendo;
pues lo que se hizo en la época romana
se hizo después y se hace en nuestros tiempos:
tal riqueza, en el suelo está enterrada
y del Emperador, siendo el terreno,
solo a él le pertenece.

El Tesorero

Mal el loco
no habla; de la corona es un derecho.

El Canciller

Os echa Satanás culebras de oro,
mas nuestra fe se opone a tales medios.

El Chambelán

Que a la Corte nos traiga la abundancia,
aunque todo no sea lo más recto.

El General en Jefe

Sabio, el bufón, lo que conviene ofrece;
nadie indaga el origen del dinero.

Mefistófeles

Y si creéis quizá que yo os engaño,
preguntad al astrólogo, al momento
las horas, por sus círculos, conoce
que diga la apariencia de los cielos.

Murmullos de la Multitud

—De acuerdo están los dos. Bufón y loco.
—Tan cerca al trono conocido cuento.
—El loco está soplando y habla el sabio.

El Astrólogo, *habla y Mefistófeles le sopla.*

Oro puro es el sol; el mensajero
Mercurio, por salario sirve; amiga,
a todos mira la señora Venus:
la casta Luna está casi amurrada;
hace Marte, aunque inútiles, esfuerzos;
con la más bella faz, Jove reluce;
el gran Saturno, chico por lo lejos:
como metal no lo apreciamos mucho
pues vale poco y tiene mucho peso.
Sí, cuando luna o sol bien se reúne,
oro o plata, mil goces ya tenemos
y otros después vendrán. Jardines, casas,
sonrosadas mejillas, lindos senos,
procurárnoslos puede el hombre sabio
que nuestras fuerzas vence con su genio.

El Emperador

No me persuade, y doble oigo lo que habla.

Murmullos de la Multitud

—¿Qué nos quieren? —Sus burlas. —Sus misterios.
—Y su alquimia. —No viene lo que anuncian.
—Y si viene una vez es solo juego.

Mefistófeles

Atónitos no fían en la ciencia
y creen ver mil hórridos espectros;
de brujería, se lamentan tristes
si, por suerte, uno siente un hormigueo,
si le come la suela del zapato,
si no se nota en caminar tan diestro.
De la naturaleza siempre activa,
sentís vos todos el obrar secreto
y una viviente huella a la luz brota
de sus más hondos y escondidos centros.
Cuando mal os sintáis en vuestros sitios,
y cuando os hormigueen vuestros miembros,
rasguñad y cavad, en el instante,
que allí el tesoro encontraréis soberbio.

Murmullos de la Multitud

—En los pies tengo plomo. —Yo calambres,
en el brazo. —Eso es gota. —En el gran nervio
yo siento tirantez. —A mí me duelen
las espaldas. —Entonces, según eso,
aquí hay numerosísimos tesoros.

El Emperador

¡Manos a la obra! Basta de rodeos
y tu magia señálenos el sitio.

Quiero la espada deponer y el cetro
y trabajar con mis excelsas manos
en la empresa yo mismo. Si es que ciertos
tus pronósticos son; mas, si nos mientes,
te arrojaré yo mismo a los infiernos.

MEFISTÓFELES

Yo sé bien qué camino allá nos guía.
Mas, para los tesoros que sin dueño
yacen en tierra no hay voces bastantes:
vasos de oro, en su surco, alza el labriego
y halla, espantado, rollos de oro puro
cuando busca salitre en los cimientos.
¡Qué de bóvedas, cuevas, galerías
hay que romper en los oscuros centros
del mundo, hasta llegar a los tesoros!
Se ven en anchos sótanos, dispuestos
en filas, vasos, fuentes, platos de oro
y anchas copas espléndidas de inmensos
rubíes que aun aroma suave vino.
Y —creed a los que son en ellos expertos—
podrida la madera de las cubas,
el mismo vino, su tonel se ha hecho;
no solo tal esencia, joyas y oro
se embozan con la noche y con el miedo.
Quien es sabio, escudriña altivo todo;
esto no es nada al sol; mas los misterios
habitan siempre lóbregas tinieblas.

EL EMPERADOR

Guárdalas para ti, ¡yo no las quiero!
Salga a la luz del sol lo que algo vale.
¿Quién conoce al bribón en noche envuelto?
De noche, dicen, son los gatos pardos.

Trae aquí, pues, los vasos de oro llenos,
con tu arado, del fondo de la tierra.

MEFISTÓFELES

Toma pico y azada, en vez de cetro,
que el trabajo, señor, te hará más grande
y verás levantarse de los suelos
una manada de becerros de oro.
Y al punto, con espléndidos arreos,
podréis, tu amante y tú, bien ataviaros,
que ricas pedrerías dan más precio,
como a la majestad, a la belleza.

EL EMPERADOR

¡Ea! Mas, ¿cuánto durará todo esto?

EL ASTRÓLOGO, *como antes.*

¡Señor, modera tus ardientes ansias!
Deja que pase el sin igual contento;
la meta, con tesón, solo tocamos.
Es preciso, al principio, contenernos
para asir lo inferior por lo más alto;
que sea bueno aquel que quiera bueno;
quien goces quiera, enfrene sus impulsos;
quien quiera vino, cuide su majuelo;
su fe acreciente, quien milagros ansíe.

EL EMPERADOR

¡Y así se pase en alegría el tiempo!
Miércoles de Ceniza llega a punto
y un carnaval alegre nos daremos.

(Trompetas. Salen.)

MEFISTÓFELES

¡Cómo el mérito y suerte se encadenan,
no alcanzan nunca a comprender los necios,
y si el secreto tuviesen de la ciencia,
sabio no habría, al fin, para el secreto!

GRAN SALA

Con piezas a los lados, adornada y preparada para la mascarada.

EL HERALDO

No os creáis en regiones alemanas,
entre danzas de loco, Diablo o Muerte;
no; tendréis la mejor de las jaranas.
En sus guerras romanas
hizo el señor de suerte
que los Alpes pasó. Con esto ha hecho
gran placer a nosotros; a él, provecho,
un imperio ganándose en persona.
El buen Emperador, pues, solicita
piadoso ese derecho
que su poder abona
con el agua bendita
y yendo, por buscar una corona,
trajo también el gorro.
Vuelto a nacer habemos;
un experimentado
sin el menor engorro
y sin hacer extremos

a cabeza y orejas se lo apropia
y gana faz de loco rematado
siendo, de un sabio, copia.
Ya veo que se forman
todos en quietos grupos; se separan,
unísonos, los coros, se conforman,
y ni aquí ni allá paran;
mas tras de tanta farsa y desacato,
siempre es el mundo un pobre mentecato.

LAS JARDINERAS, *cantan acompañadas con mandolinas.*
Vuestro aplauso pretendiendo,
los adornos nos pusimos
e hijas de los huertos siendo,
el gusto alemán seguimos.

Mucha gaya flor se enreda
en nuestros negros cabellos;
hilos y copos de seda
su papel tienen en ellos.

Graves somos y empeñosas
en no cometer engaño,
y se ostentan siempre hermosas
nuestras flores todo el año.

En los detalles el arte
se empleó punto por punto;
si halláis mal alguna parte
os encantará el conjunto.

Nuestra gracia sin igual
a admiración os provoca

porque siempre el natural
de mujer al arte toca.

El Heraldo

Bajad los tan ricos cestos
que en los brazos y cabezas,
con tal gracia tenéis puestos
porque puedan escoger.

¡Pronto! entre las galerías
y ramas un jardín se alce:
vendedoras, mercancías
son asaz dignas de ver.

Las Jardineras

¡Que un alegre espacio se abra
pero no haya venta alguna!
¡Y en breve y sabia palabra
se anuncie a todos cada una!

Una Rama de Olivo con Fruto

No envidio ninguna flor;
evito toda disputa
que es en contra de mi honor;
por mí, abundancia disfruta.

El país y goce sincero;
paz anuncio a toda gente
y hoy yo coronar espero
una digna y bella frente.

Una Guirnalda de Espigas Doradas

Para adornaros, los dones
de Ceres son lindo arreo;

unid, en las ocasiones.
a lo preciso el deseo.

Una Guirnalda de Fantasía

¡Oh! ¡Cuánta flor que relumbra
en bello musgo se encuentra!
Natura no lo acostumbra
mas, la moda ¿dónde no entra?

Un Ramillete de Fantasía

Nunca deciros mi nombre
Teofrasto emprendería;
mas si no a todos, hoy día,
cuento a muchos agradar.
¡Yo sabré tener encantos
si ella en sus crenchas me pone,
si en su pecho se dispone
a dispensarme un lugar!

La Provocación

Que las fantasías raras
florezcan para las modas;
sean maravillas todas
como el mundo nunca vio,
verde tallo, cáliz de oro
brillen en la frente hermosa.
Mas los botones de rosa.

Los Botones de Rosa

Estamos do no entra el sol.
¡Feliz el que nos descubre!
Cuando el verano fulgura
y la rosa se empurpura,
¿quién no es dichoso, quién?

Rigen dones y promesas
en el imperio de Flora;
su ley la razón adora
ojo y corazón también.

(Bajo verdes cenadores acomodan
gentilmente sus tiendas las jardineras.)

UN JARDINERO, *canta acompañado por tiorbas.*
Las flores se reproducen
y en ornaros se complacen;
los frutos no nos seducen;
solo gustándolos, placen.

Comprad, pues, a vuestro antojo
durazno, ciruela, guinda.
Que entre los gustos, el ojo
muy mal los fueros deslinda.

De estos frutos, los mejores
comed. Ninguno está verde.
Se hace versos a las flores
y en las manzanas se muerde.

Permitid que nos juntemos
a vuestra tropa gentil;
útiles ornar podremos
vuestro grupo juvenil.

En la enramada donde entra
aromoso el aire astuto
a un tiempo todo se encuentra:
botón, hoja, flor y fruto.

(Con cantos alternados que acompañan guitarras y tiorbas continúan ambos coros acomodando y exhibiendo sus mercancías.)

Una Madre y su Hija

La Madre

Cuando en tu infancia primera,
niña, yo con alegría,
que tu rostro tan lindo era
como tu talle, veía.
En mi orgullo desmedido
ya del más rico marido
mujercita te creía.

¡Ay! ¡Los años inclementes
volaron y de qué modos!
Y los muchos pretendientes
cuán pronto ¡ay! pasaron todos;
con uno alegre danzabas
y al otro señales dabas
a hurtadillas con los codos.

Fue por más ¡ay! que se emprenda
todo baile inoportuno;
juguetes, juegos de prenda
no fueron de uso ninguno.
Hoy los locos van sin lazos,
abre querida los brazos
quizá al fin se pesque alguno.

(Otras niñas jóvenes y bellas se les juntan y se oye una familiar y fuerte chachara.)

PESCADORES Y PAJAREROS, *con redes, anzuelos, liga y otros útiles entran y se mezclan entre las bellas niñas. Las varias tentativas para ganar o para asir algo, para libertarse o detener a alguno dan ocasión a los diálogos más agradables.*

LOS LEÑADORES, *entran con grosería y violencia.*

¡Espacio y campo!
¡Dadnos lugar!
Campo queremos
a nuestro afán;
si el hacha para
tropiezos hay.
En nuestro elogio
esto notad.
¿Sin los groseros,
cómo jamás
los refinados
pueden mostrar
su arte e ingenio?
¡Bien! Confesad
que el frío a todos
os matará
cuando queramos
no sudar más.

POLICHINELA, *con aire socarrón.*

Vos encorvados,
vos siempre así;
míseros locos,
arte sutil,
a nos los hábiles
hizo hasta aquí
independientes.

Pues siempre al fin,
manto y harapos
con muy gentil
gracia y donaire
se han de lucir
en el mercado
y en el jardín,
sacando siempre
de aquí y de allí
lo que conviene,
entre los mil
grupos y gritos
y entre el motín,
cual las anguilas
sabemos ir,
solos o juntos,
a nuestro fin,
de vuestra crítica
o elogio vil
no nos cuidamos
ni tanto así.

PARÁSITO, *saboreándose.*

El carbonero
y el cargador
de nuestro gusto
los hombres son.
Las agachadas,
el sí señor,
las frases largas
sin ton ni son,
las vaciedades
¿de qué, ¡por Dios!
servir podrían

en conclusión
si no les diéramos
algún valor?
Cierto y muy cierto
tendría el sol,
sin leña estando
y sin carbón,
a la cocina
que dar calor.
¡Ah! ¡Cómo hierve!
¡Oh! ¡Por quien soy,
qué dulce aroma
el del fogón!
El lame-platos
nunca perdió,
de pez o asado
el buen olor
que anuncian siempre
un buen patrón.

UN BORRACHO, *sin conciencia.*
¡No me deis hoy más pesares!
Que libre, alegre me siento.
Fresco aire, buenos cantares
son todo mi pensamiento.

¡Y así bebo! ¡Que se beba!
Brindemos ¡ea! ¡tin! ¡tin!
¡Venga ese que allí se lleva!
¡Golpead, bebed en fin!

Si rabia mi mujercita,
se lamenta y me regaña

pediré yo otra copita,
pediré otra media caña.

¡Y yo bebo! ¡Que se beba!
¡Chocad los vasos! ¡Tin! ¡tin!
¡Adelante! ¡Copa nueva!
¡Ese ruido anuncia el fin!

Respetadla vida mía,
yo me estoy donde me agrada;
y si el huésped no me fía
su mujer lo hace o criada.
¡Siempre bebo! ¡Que se beba!
¡Con todos brindo! ¡Tin! ¡tin!
¡A todos lo que les deba!
Ya llegamos, creo, al fin.

Do y cómo esté divertido
lo mismo siempre ha de serme:
¡oh!, dejadme aquí tendido;
no puedo en mis pies tenerme.

El Coro

¡Oh! ¡Bebed, bebamos todos!
¡Más y más brindis! ¡Tin!, ¡tin!
Y que caigan los beodos
bajo de la mesa al fin.

(El Heraldo anuncia distintos poetas, poetas de la Naturaleza, cantores de las Cortes y de los paladines, poetas tiernos y entusiastas. En la confusión de los pretendientes de toda clase no se deja a ninguno ocasión de hacerse oír. Uno de ellos logra deslizar unas cuantas palabras.)

UN SATÍRICO

¿Sabéis el mayor encanto
que yo, poeta, prefiera?
Tener palabras y canto
que escuchar ninguno quiera.

(Los Poetas de la Noche y los de la Tumba se disculpan con estar justamente en la más interesante conversación con un vampiro recién resucitado de la cual quizá pueda nacer una nueva especie de poesía; el Heraldo se da por satisfecho y entre tanto llama a la Mitología Griega, la cual, aun con máscara moderna, no pierde ni su carácter ni su agrado.)

Las Gracias

AGLAE

Gracia damos a la vida;
¡vaya al don la gracia unida!

HEGUEMONE

Y no falte a quien reciba
porque así el goce se aviva.

EUFROSINE

Y bella sea en su esfera
la gratitud verdadera.

Las Parcas

ATROPOS

A la más vieja hiladora,
a mí, me han hoy invitado;

mucho me ocupa a toda hora,
del hombre, el hilo delgado.

Escarmeno el mejor lino
para que flexible sea
y en que salga liso y fino,
hábil mi dedo se emplea.

Si ansiáis el placer y holgura
con demasiado transporte,
pensad que el hilo no dura:
¡cuidado que no se corte!

CLOTO

En estos últimos años
las tijeras se me dieron,
pues con los usos extraños
de la vieja se aburrieron.

Ella la tela más fútil
tardía siempre alargaba
y la esperanza más útil,
precoz a la tumba echaba.

Joven desapercibida
yo también erré primero
y hoy, para tenerme en brida,
pongo en su vaina el acero.

Con amigos sentimientos,
por hoy, veo este lugar,
así en tan libres momentos
gozad, vivid sin pesar.

LÁQUESIS

A mí, como inteligente,
me tocó el orden cuidar;
nunca mi mano prudente
se dejó precipitar.

Los hilos por más que abundan
a mi voluntad se vuelven
no dejo que se confundan
y en ruedas, quietos, se envuelven.

Si una vez yo me olvidara,
males viera el mundo, extraños,
porque a mí se me ordenara
medir bien las horas y años.

EL HERALDO

Aunque seáis profundos eruditos
a estas tres no podréis reconocerlas:
las que derraman males infinitos,
buenos genios creyerais quizá al verlas.

Que son las Furias no querréis creernos,
gentiles, bellas, dulces, jovencitas;
mas, cerca os allegad, veréis que tiernos
colmillos tienen tales palomitas.

Son malignas es cierto, mas hoy día
que sus faltas los locos nos expresan,
ellas no quieren de ángel nombradía
y como horrendas plagas se confiesan.

ALECTO

Siendo, cual los gatitos, zalameras,

en nos confía cada cual rendido;
y si tienes muchacha a quien tú quieras,
tanto te rascaremos el oído.

Hasta que al fin decirte se nos vea;
que a este y aquel, de amor dio una mirada,
que es tonta, con joroba, que cojea
y que para mujer no vale nada.

A la novia también sitiar sabremos:
él no hace mucho tiempo, en cierta rueda,
en contra de ella hablara qué de extremos
y aunque se reconcilian algo queda.

MEGERA

Eso es nada; si están tal vez ligados
yo bien sé sus venturas más reales
amargar con caprichos infundados;
que hombre y tiempo son siempre desiguales.

Si lo que deseaba alguno alcanza,
loco eleva más alto ya su anhelo
tras dicha que tenía en esperanza:
huye el sol y calor dar quiere al hielo.

Así con todas juego a las seguras
y Asmodeo el más fiel de mis parciales
a buen tiempo derrama desventuras
y así por pares daño a los mortales.

TISÍFONE

En vez de lengua, al traidor,
veneno alcanzo y puñal.

Y si a alguien tienes amor,
tarde o temprano harás mal.

Hiel y acíbar lo más suave
es preciso al fin que se haga;
remedio a esto no se sabe:
como se hizo así se paga.

¡Que nadie al perdón incite!
Mi queja las rocas mueve;
¡venganza! el eco repite.
Quien cambia vivir no debe.

El Heraldo

Volveos a este lado si os parece;
no es de vuestra calaña
lo que ahora aparece;
ya veis cómo se acerca una montaña
que sus lados guarnece
con el tapiz más rico:
faz con largos dientes,
de culebra el hocico
misteriosa y con ello a los presentes
la clave les indico.

Bella mujer en el testuz se asienta
que con su frágil varilla la dirige;
la otra, arriba, magnífica se ostenta
y, mis miradas, su esplendor aflige.
Dos mujeres atadas van al lado:
la una de rostro riente
la otra en llanto bañado;
ser libre una desea

la otra libre se siente;
cada cual nos anuncie, pues, quien sea.

TEMOR

Lucen humosos hachones
en esta algazara inquieta
y en tan hórridas visiones
mi cadena ¡ay! más me aprieta.

¡Fuera, fuera estrafalarios
que reís con malos gestos!
Aquí todos mis contrarios
para herirme están dispuestos.

De amigo a enemigo vino
aquel: bien lo conocí;
ser quiso ese mi asesino;
descubierto huye de aquí.

¡Ay! Yo al mundo con qué gusto
fuera en esa dirección;
mas se cierne, en tanto susto
sobre mí, la perdición.

ESPERANZA

¡Salud, hermanas queridas!
Que por siempre divertiros
queréis, de disfraz vestidas;
pronto vais a descubriros.

Y cuando de hachas la lumbre
opaca nos cause enojo,
a donde el sol más relumbre
iremos a nuestro antojo.

Solas o juntas vagando
por los campos, sonriendo,
de nada nos acuitando
y de nada careciendo.

Nuestro vivir vagabundo,
de todos, tendrá el amor;
en algún sitio del mundo
ha de hallarse lo mejor.

PRUDENCIA

Los enemigos peores
del hombre, Miedo, Esperanza
de vos aparto señores,
¡haced lugar sin tardanza!

Llevo al coloso viviente
cargado con una torre
y paso a paso el pendiente
desfiladero recorre.

Allá en la cumbre, esa Diosa
que sus alas siempre agita
y a todas partes ansiosa
sus miradas precipita,

ceñida de brillo y gloria
que alumbran la inmensidad
se apellida la Victoria,
diosa de la actividad.

ZOILO-TERSITES

¡Llego a buen tiempo! ¡De todos
yo tengo mal que decir!

Pero hoy Madama Victoria
es el blanco que escogí.
Con su par de blancas alas
ser se cree un serafín
y que basta darse vuelta
para ganar un país;
de lo que es digno de fama
el juzgar me toca a mí.
Lo que es alto, lo que es recto
curvo y profundo decir
es mi vida y así solo
puedo sentirme feliz.

El Heraldo

¡Que este bastón, andrajoso,
te responda pues así!
Retuércete, hazte un ovillo.
¡Como el feo enano vil
torna en bola sus jorobas!
¡Qué extraña cosa! El bolín
se convierte en huevo, se hincha
y en dos se llega a partir
dando a luz a dos mellizos;
la víbora que sutil
se desliza por el polvo
y el murciélago rüin
que se levanta hacia el techo;
para juntarse entre sí
salen fuera: ¡no quería
entre ellos verme yo a mí!

Murmullos de la Multitud

—¡A bailar pues! ¿Qué te pasmas?
—¡No! Querría ya estar fuera.

—¿No sientes, de los fantasmas
que nos circundan, la hilera?
—Sobre mí algo anda zumbando.
—Aunque ninguno hay herido.
—Todos están tiritando.
—Bien necia la broma ha sido.
—Los tontos eso han querido.

El Heraldo

Desde que heraldo me hicieron
en las máscaras de hoy día,
las puertas observo atento
para todas las desdichas
alejar de vuestros goces:
yo no despego la vista
y más por las ventanas temo
que se entre alguna cuadrilla
de burladores fantasmas
de cuyo arte y brujerías
no supiera yo libraros.
Sospecha el Pigmeo inspira;
¡allá la gente se agolpa!
Debo lo que significan
las figuras exponeros.
Mas en vano yo querría
lo que no entiendo explicaros
si por vos no se me auxilia.
¿No veis, por entre la turba,
un rico carro que tiran
cuatro caballos y hiende
sus olas sin dividirlas?
Los grupos se desvanecen;
al lejos se ven mil chispas
y celajes brilladores

en montón se precipitan
como de linterna mágica.
¡Lugar! ¡Me pasma su vista!

Un Niño, *que rige el carro.*
Tened corceles las alas,
obedeced a la brida
como obedecéis ligeros
cuando mi mano os aguija.
¡Honremos estos lugares!
Ved, mirad cómo se apiñan
todos los admiradores.
¿Por qué el heraldo no grita
antes que nos alejemos,
según su empleo lo obliga,
nuestro nombre y cualidades?
Siendo solo alegorías
tú bien debes conocernos.

El Heraldo
¡Si nombrarte no sabría
puedo al menos describirte!

El Niño Cochero
¡Prueba pues!

El Heraldo
Está a la vista
que eres muy bello y muy joven.
La adolescencia me indica
tu cuerpo; mas las mujeres
hombre hecho te creerían.
Paréceme de esos novios

que por su casta se inclinan
tan solo a las seducciones.

El Niño Cochero
¡Adelante! Del enigma
dinos la última palabra.

El Heraldo
¡Esas tan negras pupilas
que relámpagos disparan!
Las guedejas renegridas
realzadas por las joyas.
Esa bella capa rica
que del hombro al pie te baña
en púrpura y pedrería
tal vez diérante el aspecto
sospechoso de una niña;
pero tú para con ellas
siempre tu valor tendrías
aunque ellas tal vez pudiesen
enseñarte la cartilla.

El Niño Cochero
¿Y éste que, como en un trono,
lujoso en el coche miras?

El Heraldo
Por su riqueza y dulzura
un rey semeja y gran dicha
tiene quien su gracia alcanza
libre por siempre de cuitas.
Para aliviar infortunios
sus ojos todo escudriñan

y más que en todos sus bienes
en dar pone su alegría.

El Niño Cochero
No basta eso; exactamente
describirlo necesitas.

El Heraldo
Tal dignidad no se dice;
si la redonda y tranquila
faz como la luna llena
y las rosadas mejillas
que debajo del turbante
endiamantado rebrillan.
¡Y ese garbo de la capa!
Pero su gracia, ¿quién pinta?
¡Cual Señor todos lo acatan!

El Niño Cochero
Es Pluto a quien apellidan
dios de la Riqueza; él mismo
a hacer viene una visita
al Emperador que tanto
lo anhela.

El Heraldo
Bueno es nos digas
de ti también el qué y cómo.

El Niño Cochero
Soy la Disipación misma
y quizá con otro nombre
me conozcas, Poesía:
un poeta que es perfecto

cuando sus bienes disipa.
Soy muy rico y las riquezas
de Pluto igualan las mías;
sus festines y sus danzas
por mí se adornan y animan
y lo que él mismo no tiene
mis manos siempre prodigan.

El Heraldo

Bien te sienta la jactancia;
mas obras se necesitan.

El Niño Cochero

Haciendo una castañuela
todo en torno luce y brilla.
Ved ahí un collar de perlas.
(Continúa dando vuelta y haciendo castañuelas.)
Tomad joyas de oro lindas
para las orejas y el cuello,
ricos peines, diademitas,
los anillos más preciosos;
y además también llamillas
derramo de tiempo en tiempo
que se encienden do se fijan.

El Heraldo

¡Cómo la turba se lanza
y con qué furor se apiña!
¡Al repartidor ya estrujan!
Derrama las pedrerías
como en sueño y en la sala
por ellas bregan y lidian.
¡Mas qué nuevas artes veo!
Quien ase con más codicia

ve que todas sus riquezas,
premio amargo, se disipan.
Rómpese el collar de perlas,
mil escarabajos pican
las manos al pobre diablo
que lejos de sí los tira
y en torno de su sien le zumban.
Otros, mariposas lindas
asen en vez de preseas.
El picarón nos prodiga
solo lo que semeja oro.

El Niño Cochero

Tú las máscaras explicas,
mas no cuadra a tal heraldo,
en la naturaleza íntima
escudriñar de los seres
que eso quiere mejor vista.
Sin ofenderte, a ti solo,
señor, mi voz se dirija.
(Vuelto hacia Pluto.)
¿No me diste estos caballos
que a los vientos desafían?
¿No los rijo yo a tu gusto?
¿No estoy donde tú querías?
¿Para ti no gané osado
la palma que nos envidian?
Siempre que por ti lidiara
en la lucha tuve dicha.
¿Mi arte y mano no tejieron
los lauros que en tu sien brillan?

Pluto

Si es necesario, con gusto

mi voz aquí lo atestigua:
eres el alma de mi alma.
Mis deseos tú anticipas
y más rico que yo tú eres.
Yo te tengo en tal estima
que por ti el laurel prefiero
aun a las coronas mías.
Sepan todos que en ti, mi hijo,
tengo el alma complacida.

El Niño Cochero, *a la turba.*

Ya mis mayores riquezas
doquier visteis esparcidas;
en esta y en la otra frente
brotar hice una llamita
que salta del uno al otro.
Para o rauda se desliza
y luciendo corto trecho
rara vez llega hasta arriba;
mas para muchos concluye
antes que vean que brilla.

Cháchara de Mujeres

En el coche está sentado
ciertamente un charlatán;
mas vese otro esqueletado
por falta de agua y de pan:
ya ni aun siente el desgraciado
los pellizcos que le dan.

El Flaco[1]

Yo, el género femenino

[2] La avaricia (*geig*) en alemán es del género masculino.

¡nunca, nunca pude ver!,
y por eso no me quieren.
Yo Avaricia me llamé
mientras la habitación nuestra
cuidar supo la mujer:
mucho entraba y no salía
nada; ¡todo andaba bien!
Por alcancías y cajas
me afanaba yo y tal vez
eso era un vicio. Mas ora,
el ahorrar no es a fe,
una moda en las mujeres.
Como el tramposo se ve
con más deseos que pesos,
se encuentra en un santiamén
el marido viendo deudas
y deudas por donde quier;
la mujer y sus amantes
derrochan a tutiplén
en manjares y licores
con que se sacia el tropel
de los vanos cortejantes;
yo por todo esto a mi vez
mucho más aprecio el oro;
y, por todo eso, también.
Del género masculino
yo soy: ¡el Avaro veis!

El Jefe de las Mujeres

Entre sí los dragones dense y quiten;
todo al fin es engaño, es ilusión.
Este a los hombres hace que se irriten;
sin eso harto incómodos ya son.

Las Mujeres, *en masa*

Ya tendrás lo que mereces.
¡Alambre, palo filudo!
¡Castiguemos sus sandeces!
Hechos de leña y engrudo
son los dragones horribles.
¡Seamos con él terribles!

El Heraldo

¡Por mi vara, haya sosiego!
Pero no hay necesidad
de mí; pues, ganando espacio,
empiezan a desplegar
sus dobles alas los monstruos.
Con cólera sin igual
los escamados dragones
arrojan fuego voraz;
huye tímida la turba;
desierto queda el lugar.

(Pluto baja del carro.)

¡Qué majestuoso desciende!
Se mueven, a su señal,
los dragones y a sus plantas
colocan con ansiedad
la caja repleta de oro:
¡portento como este no hay!

Pluto, *al Niño Cochero.*

Libre estás de tu carga tan pesada;
vuela franco al instante a tus esferas.
¡Estas no son! La multitud enfada
con sus mil y mil formas chocarreras,
do un sol alumbra, de pureza lleno;
donde tu alma en sí misma se recrea;

allá, en la soledad, donde lo bueno
brilla y lo bello, allá tu mundo crea.

El Niño Cochero

Tu digno embajador yo me proclamo
y cual pariente muy cercano te amo.
Donde tú estás impera la abundancia;
donde yo estoy, ven todos gran ganancia.
Y el hombre, en su vivir vario y estulto
vacila en dar a ti o a mí su culto.
Vida de ocio tus fieles se consiguen
y quietos nunca están los que me siguen.
Mis actos, en las sombras yo no encubro,
con solo respirar ya me descubro.
¡Adiós! Tu orden me llena de contento;
mas vendré, si me llamas, al momento. *(Sale como vino.)*

Pluto

¡Abramos el tesoro!
Con el bastón toquemos esta chapa.
De los vasos de bronce, sangre de oro
deja fluir, abriéndose, la tapa.
Derretir amenazan las vasijas
diademas y cadenas y sortijas.

Gritos Alternativos de la Multitud

—Las riquezas se difunden,
de la caja desbordando.
—Vasos de oro ya se funden;
las monedas van rodando.

—Ver saltar tanto ducado
llena mi alma de consuelo.

—Lo que tanto he deseado
rueda en montón por el suelo.

—¡Vaya! No seamos tontos:
se enriquece el que se abaja.
—Nosotros, cual rayos, prontos
nos asimos de la caja.

El Heraldo

¿Qué es eso, locos? ¿Qué es eso?
Todo ello no es más que burla.
Por hoy, de deseos basta.
¿Qué os darían, se os figura
plata y oro verdaderos?
Para vos, dádivas sumas
serían piezas de cobre,
que igual a la verdad ruda
creéis cualquier apariencia.
¿La verdad os preocupa?
Necios errores tan solo
vuestro trabajo acumula.
Pluto de máscaras, vamos.
¡Échame de aquí esta turba!

Pluto

Porque es propia para el caso,
préstame la vara tuya.
La meto en el caldo hirviendo,
Máscara, temed la tunda,
¡ved cómo chisporretea!
Y, sin compasión alguna,
con esta vara, ascuas hecha,
quemaré a todo el que no huya
y ya mi tarea empiezo.

GRITA Y TROPEL

—¡Que nos matan! ¡Nos chamuscan!
—¡No me sujete, vecino!
—Salga quien pueda. —Ya muchas
chispas me saltan al rostro.
—La vara ardiente me abruma.
—Todos estamos perdidos.
—¡Atrás, atrás la apretura!
—¡Si alas tuviera volara
para salir de esta turba!

PLUTO

El círculo ya ensanchóse
sin quemar persona alguna.
Al miedo todos cedieron;
pero, para que no cunda
disturbios, tenderé un lazo
que, sin verlo, ate a la turba.

EL HERALDO

¡Gran obra hiciste y las gracias
debo a tu Majestad suma!

PLUTO

Aun es menester paciencia,
pues amargan otras bullas.

LA AVARICIA

Por fin ya se ha despejado
toda esa masa confusa,
donde, cual siempre sucede,
la primera fila buscan
las mujeres por saciar
curiosidad importuna.

No he perdido enteramente
el lustre de la hermosura.
Y una mujer que es bonita
¡pardiez! ¿a quién no le gusta?
Hoy, pues, que nada me cuesta
requebraré con holgura
alguna gentil muchacha,
como en esta turbamulta
si las palabras se entienden
es fácil que se confundan,
voy a expresarme por gestos
y espero que bien me surta.
Si pies y manos no bastan,
apelaré a alguna burla.
Cual greda usaré del oro
pues que todo lo trasmuta.

El Heraldo

¿Qué hace ese loco? ¿Cabría
ingenio en tanta flacura?
Entre sus manos, el oro
en masa se cambia y nunca,
por más que haga, toma formas.
Si a esas damas se insinúa,
dando gritos huir quieren
de su chocante figura;
temo que el tuno, el decoro
no respete como se usa
mas si así fuese bien presto
tendrá pruebas muy seguras
de mi vara que aquí hay alguien
que lo mira y que lo escucha.

PLUTO

No ve lo que nos amaga;
déjalo con sus locuras:
no tendrá tiempo bastante
para hacer las farsas suyas;
la necesidad a veces
más que la ley es robusta.

ALBOROTO Y CANTO

De los valles y la altura
raudo el tropel se apresura;
no se puede sujetar:
a Pan, al gran Pan adoran,
saben los que otros ignoran
y al centro quieren entrar.

PLUTO

¡A vos y a vuestro Pan os reconozco!
Juntos muy grandes cosas habéis hecho;
lo que no todos saben yo conozco
y os brindo este lugar aunque es estrecho.

¡Ojalá que os acorra feliz sino!
Maravillas habían de las mayores;
cuál será, no sabéis, vuestro destino
y, cierto, no habéis sido previsores.

CANTO DESCOMPASADO

Entre gente que está relumbrando
toscos vienen, groseros se encuentran
y veloces corriendo y saltando
con pie firme en el círculo se entran.

Los Faunos

Crespa la frente
que orla la encina
ya se avecina,
de faunos tropa riente.
Por sus guedejas,
como alfileres
salen sus finas orejas.
Su ancha faz, su nariz chica
con las mujeres
no perjudica;
cuando su pata callosa
franco entrega,
la más hermosa
al Fauno un baile no niega.

Un Sátiro

Con sus piernas sólidas
el sátiro vivo
y sus pies de chivo
saltando se viene
y sobre las cúspides
su vista entretiene.
Y lleno de júbilo,
libre el aire aspira
y con desdén sumo
a los hombres mira
que creen estólidos,
entre nieblas y humo
de valles y ciénagas,
gozar de la vida;
mientras él impávido
su ojo embebece
en la tan querida

sierra que a sus órdenes
tan solo obedece.

Los Gnomos

Allí llega la grey chica
que andar por pares no quiere.
Vestida de musgo, rauda
sus claras llamitas mueve,
con las ágiles luciérnagas
afanosos van y vienen.

Cirujanos de las rocas
hacemos algunos bienes
sajando los montes altos
y sus venas que enriquecen
el metal amontonando,
decimos con voz solemne:
¡felicidad! y lo decimos
de corazón porque siempre
amigos del hombre somos.
Mas el oro a la luz viene
casi solo para premio
de ladrones y alcahuetes
como el hierro para el uso
de los que sangre apetecen.
El que los tres mandamientos
descuidado menosprecie,
lo mismo hará con los otros
y si mil males suceden
no es culpa nuestra; por esto,
cual nosotros, sed pacientes.

Los Gigantes

Sí; los hombres silvestres se les llama

pero en el Harz se les conoce y ama;
desnudos y robustos, como de antes,
se acercan todos juntos los gigantes:
por bastón, una higuera deshojada;
una manta de ramas bien colchada,
de la cinta a los pies su cuerpo tapa;
¡bah! es una guardia cual no tiene el Papa.

LAS NINFAS, *en coro, cercando al gran Pan.*
En el gran Pan, el mundo
todo se representa:
¡vedlo ya aquí!

Con rostro el más jocundo,
en la danza violenta
¡cercadlo así!

Muy bueno aunque es adusto
quiere que tengan gusto
todos: ¡sí! ¡sí!

Cuando en una azul gruta
velando silencioso
plácido está

en su quietud disfruta
el canto melodioso
que el aire da.

Y mientras que se mece
el arroyo aparece
y muge y va.

Cuando su sueño toma
ni la hoja se menea
en derredor;

con sano y puro aroma
el aire mudo orea
a su señor

y la Ninfa traviesa
se duerme quieta y cesa
todo estridor.

Mas cuando de repente
su bronca voz resuena
cual voz del mar,

al héroe más valiente,
de espanto el alma llena
y hace temblar

al mundo que se aflige.
¡Demos a quien nos rige
gloria y altar!

DIPUTACIÓN DE LOS GNOMOS, *al gran Pan.*

Varilla mágica guía
por el laberinto donde
en tenues hilos se cría
el metal que el globo esconde:

vuelven bóveda sombría
las montañas nuestras artes
y tú, esparciendo alegría,
franco, tesoros repartes.

Y al fin y al cabo una fuente
descubrimos milagrosa.

La riqueza más ingente
promete ella generosa.

Todo esto serán pobrezas
si ampararlas no consientes.
Tú das vida a las riquezas
para dicha de las gentes.

PLUTO, *al Heraldo.*
Tenemos que prepararnos
a ver impávidos hoy
cuanto sobrevenir pueda.
No te falta a ti el valor.
Atrocidad habrá pronto
tal vez cual nunca se vio
y para negarla el siglo
o historia alzarán la voz;
por eso harás en una acta,
de todo, fiel relación.

EL HERALDO, *tomando el bastón que Pluto tiene en la mano.*
A Pan llevan los pigmeos
a la llamarada atroz
que brota del hondo abismo
y otra vez en él se hundió
dejando abierta una boca
llena de sombras y horror.
El gran Pan está sereno
en el llameante crisol
y alegre de tal milagro
perlas arroja en redor.
¿Cómo fía en tales seres?
Para mirar se agachó,

sus barbas dentro se hundieron,
un barbilampiño estoy
mirando. ¿Quién será? Vaya
su mano me la ocultó.
¡Oh! ¡Qué desgracia! Las barbas
hechas ascuas al redor
vuelan y encienden diadema
y cabeza y corazón,
convirtiendo en horno el aire.
A apagarlo el bullidor
tropel corre pero a todos
alguna llama alcanzó
y con su empeñó las llamas
cobran más animación,
y confundidas se enredan
en el fuego asolador
amedrentadas las máscaras.
Pero ¿qué terrible voz
yendo va de boca en boca?
¡Qué inmensa consternación!
¡Oh noche por siempre infausta!
Mostrará el próximo sol
lo que no creerá nadie
pero ¡ay! —«El Emperador»
—gritar oigo también sufre
en la horrenda confusión».
¡Oh! ¡Si tan funesta nueva
nos fuese cierta, por Dios!
Maldito, maldito sea
quien tal cosa aconsejó
para echarnos sin remedio
a la muerte más atroz.
Juventud, ¿no sabrás nunca
¡ay! poner limitación

a tus goces y alegrías?
Poder, igual al vigor
de tu omnipotencia, ¿nunca
será la austera razón?
La madera arde; la llama
lengüeteando ya subió
y al edificio amenaza
entera conflagración.
Ya colmóse la medida
del más inmenso dolor.
¡Nadie puede ya salvarnos!
Mañana alumbrará el sol,
¡ay, las cenizas que fueron
el imperial esplendor.

PLUTO

¡Basta de espantos! ¡La calma
vuelva ya! ¡Con el bastón
sagrado golpea el piso
que resuene atronador!
¡Y tú, ancho, espacioso ambiente
llénate de fresco olor!
Y para cubrir la escena
de tanta desolación
preñadas de frescas brisas
neblinas trae veloz.
Fluid, corred nubecillas
sosegadas; el calor
apagad en vuestros pliegues;
que vuestro pie juguetón
cargado de fresco aroma
puede pisar sin dolor
tal apariencia de llamas.
Si hay espíritus que son

nuestros enemigos, cedan,
de nuestra magia, a la voz.

JARDÍN DE RECREO

Sol naciente. El Emperador, con su Corte; hombres y mujeres; Fausto y Mefistófeles, decente, pero no lujosamente vestidos a la moda, están arrodillados.

FAUSTO
¿Señor, perdonas el fingido incendio?

EL EMPERADOR, *haciéndoles señas para que se levanten.*
Tener quisiera muchas de esas chanzas.
Súbito vime en coruscante esfera
y yo, casi ser Pluto imaginaba;
vi, en las tinieblas, como negras rocas
en mil luces arder. Por sus gargantas,
veía fulgurar y retorcerse,
impetuosas, a miles, rojas llamas
que juntándose en bóveda de fuego,
a lamer alcanzaron las más altas
torres que en el espacio se perdían
por columnas de fuego entrelazadas,
moverse vi del pueblo, las hileras,
que en círculos inmensos se apiñaban
gritando ¡Viva! como lo hacen siempre.
Conocí de mi Corte algunas caras;
y entre los resplandores y alborotos,
ser me creía rey de salamandras.

MEFISTÓFELES

¡Y lo eres, gran Señor! Todo elemento,
tu majestad sin límites acata.
Probaste ayer del fuego la obediencia;
si en lo más fuerte de la mar te echaras,
pronto verías fúlgido extenderse
firme lecho de perlas a tus plantas,
y las flexibles verdëantes olas
la más preciosa bóveda formaran,
siendo tú el centro, con su roja espuma.
Palacios brotarán de tus pisadas,
gran Señor y, por ti, tuvieran vida,
saltando de contento las murallas.
Por festejarte, de la mar los monstruos
sumisos llegan y el dintel no pasan.
Dando pavor, el tiburón bosteza.
Trisca el dragón de espléndidas escamas,
y tú, ledo sonríes. Nunca supo
encantarte tu Corte con tal gracia
ni con tanto fervor; y no por eso
te privarán de lo que más agrada;
pues se acercan curiosas las Nereidas
a la por siempre fresca, rica estancia.
Las madonas, muy lentas, y las niñas,
como los peces, ágiles y hurañas;
sábelo Tetis, y al Peleo nuevo
sus manos y su boca se regalan.
¡Después, viene el asiento en el Olimpo!

EL EMPERADOR

Las regiones del aire, si te cuadran,
te las dejo; harto pronto allá se sube.

MEFISTÓFELES

Ya en ti la tierra, su Señor aclama.

EL EMPERADOR

¿De las *Mil y una noches*, qué, bien mío,
pudo traerte aquí? Si a Scherezada
en ingenio semejas, te aseguro
serás mi favorito. Siempre que haya,
como sucede, de aburrirme el mundo,
has de quitarme el tedio con tu charla.

EL CHAMBELÁN, *entrando a prisa.*

No puedo, Majestad, decirte nunca
una dicha mayor que ésta que embarga
mi mente de contento, en tu presencia.
Pagóse toda cuenta y de las garras
de nuestros usureros nos libramos.
Pasaron ya mis infernales ansias,
y ni en el cielo habrá más alegría.

EL JEFE DEL EJÉRCITO, *llega en seguida, también aprisa.*

Pagáronse los sueldos y se acaba
de enganchar el Ejército de nuevo;
gozoso está el soldado, y lo acompañan
mozas y mercaderes en su gozo.

EL EMPERADOR

¡Cómo, de gusto, el pecho se os ensancha!
¡Qué alegre rostro! ¡Cómo entráis de prisa!

EL TESORERO, *juntándose a los otros.*

¡Díganlo los autores de obra tanta!

Fausto

Dar cuenta de ello al Canciller atañe.

El Canciller, *se adelanta lentamente.*

¡Harto, harto felices son mis canas!
¡Oíd! Y ved esta hoja prestigiosa
que, en tales bienes, nuestras cuitas cambia. *(Lee.)*
«Sépanlo todos. Vale mil coronas
este papel y su valor afianzan
infinitos tesoros escondidos
en tierras del Imperio. Se trabaja
para extraer muy pronto las riquezas
que han de cubrir las sumas expresadas».

El Emperador

¡Monstruoso engaño! Un crimen ya sospecho.
¿Quién, quién, mi firma aquí falsificara?
¿Tal atentado está quizás impune?

El Tesorero

Recuerda que firmó tu mano sacra,
anoche. Del gran Pan, papel hacías,
y así, conmigo el Canciller te hablara:
«Con tu mayor placer, el bien del pueblo
harás al punto si tu nombre estampas».
Escribiste tu firma y en la noche,
por mil artistas fue centuplicada.
Para que a todos llegue el beneficio,
ordenamos que bonos se estamparan
de diez, de treinta, de cincuenta y ciento.
¡No sabes cuán feliz el pueblo se halla!
Ve la ciudad, cuán antes semimuerta,
¡qué alegre y viva está! ¡Cómo se afana!
Aunque siempre tu nombre alegró a todos,

nunca con tanto amor lo pronunciaran.
Ya no hay nada que hacer; en estos signos
cada cual cree ver su venturanza.

El Emperador

¿Esto para mis gentes vale el oro?
¿Así Corte y Ejército se pagan?
Puesto que así es, ¡seguid, aunque me asombre!

El Chambelán

Se han expendido con presteza tanta
que, por más que se hiciera no podrían
volverse a recoger. Con oro y plata,
honran en su escritorio los cambistas
cada bono, aunque, es cierto, con rebaja.
Con esto compran pan y vino y carne;
medio mundo parece solo en zambras
querer pensar, y el otro medio, solo
en ostentar flamantes, ricas galas;
varea el mercader y el sastre cose.
«¡Viva el Emperador!», todos exclaman
en las tabernas, donde hierven juntos
manjares y licores y algazara.

Mefistófeles

Aquel que en un paseo solitario,
recibe de una bella las ojeadas
a través de abanico refulgente,
las recibió por lo que de él aguarda,
pues dádivas de amor, para favores
más valen que el ingenio y que la labia.
No hay ya el engorro de cargar su bolsa;
dentro del seno los billetes andan
y con los amorosos se maridan;

devoto, del Breviario, entre las páginas
los pone el sacerdote; y el soldado,
por más ágil estar en la batalla,
del ceñidor, alivia sus riñones,
la Majestad excuse, si tan alta
obra llega a bajar a pequeñeces.

FAUSTO

Las inmensas riquezas soterradas
en tus reinos no pueden calcularse,
el más osado pensamiento abarca
apenas tal tesoro; y a su monto
la fantasía nunca, por más que haga,
podrá llegar en su ardoroso vuelo;
pero a las más perspicuas de las almas,
a las que van al fondo, siempre infunde
lo infinito, infinita confianza.

MEFISTÓFELES

Más cómodo es que el oro y que las perlas,
el papel, y en contar, tiempo no pasa;
no hay que andar señalando ni pensando,
y a gusto, en vinos o en amor se cambian.
Muy pronto está el cambista a dar apenas,
y si nada, con que algo caven, basta.
Para que los billetes se amorticen,
las copas y cadenas se rematan
y quedan los incrédulos mohínos,
que tanto nuestros actos censuraban.
Una vez el papel hecho costumbre,
se le preferirá al oro y plata.
Y desde hoy, en las tierras imperiales,
abundarán billetes, oro, alhajas.

El Emperador

Tanto bien el Imperio a vos os debe
y al gran servicio igualará la gracia.
El interior del suelo ya os confío
y os hago así de los tesoros guarda.
Sabéis do los depósitos abundan
y vos solo daréis orden de cava.
Estad acordes, jefes de mi erario;
vuestro empleo llenad con arrogancia:
do el mundo superior e inferior se unen
allí está, en la unidad, la venturanza.

El Tesorero

Ya no habrá entre nosotros más disputas:
el brujo por colega bien me cuadra. *(Sale con Fausto.)*

El Emperador

Los que de mí reciban hoy regalos,
me han de decir cuál es el uso que hagan.

Un Paje, *entrando.*

¡Yo compraré muy lindas buenas cosas!

Otro, *lo mismo.*

¡Yo compraré para mi amor alhajas!

Un Camarero, *tomando.*

¡Yo doble beberé del mejor vino!

Otro, *lo mismo.*

¡En mi jubón los dados ya me saltan!

Un Barón, *con impaciencia.*

¡Rescataré mis tierras y castillos!

Otro, *lo mismo.*
Como otras sumas, ¡la pondré en el arca!

El Emperador
Queda anhelos oír de nuevos actos;
son vidrio, al que os conoce, vuestras almas.
Y por más que nadéis entre tesoros,
lo que fuisteis ayer, seréis mañana.

El Bufón, *entrando.*
¡Dadme uno a mí, ya que sembráis favores!

El Emperador
¿Resucitaste? ¿Beber más aguardas?

El Bufón
No entiendo el tal papel de brujería.

El Emperador
No es raro, pues mal siempre lo emplearas.

El Bufón
No sé qué hacer, viendo caer alguno.

El Emperador
¡Cógelos! Para ti tampoco faltan. *(Sale.)*

El Bufón
¿Y será cierto? ¿Mías cinco mil coronas?

Mefistófeles
¿Has resucitado, odre con dos patas?

El Bufón

Suéleme suceder, mas, como hoy, ¡nunca!

Mefistófeles

Tanto te alegras, que el sudor te baña.

El Bufón

Este andrajillo, di, ¿vale dinero?

Mefistófeles

Con él puedes saciar gaznate y panza.

El Bufón

¿Puedo comprar también tierra y ganado?

Mefistófeles

¡Cómo no! Si tú ofreces lo que valgan.

El Bufón

¿Y castillo con bosque, y peces y aves?

Mefistófeles

Será de ver, cual gran señor, tu facha.

El Bufón

¡Yo dormiré en mis fincas esta noche! *(Sale.)*

Mefistófeles, *solo.*

¡Y dirán que al bufón ingenio falta!

GALERÍA OSCURA

Fausto y Mefistófeles.

MEFISTÓFELES

¿A qué a la tenebrosa galería
traerme? ¿Innumerables ocasiones
de broma y alegría
no ofrecen, de la Corte las regiones?

FAUSTO

¿A qué preguntas sueltas?
Más cumplidor has otras veces sido;
tantas idas ahora y tantas vueltas
son para no cumplir lo prometido.
En tanto el camarero
me acosa a cada instante
y para acrecentar mi dura pena
ansía el Emperador tener delante
a Paris con Helena.
Quiere mirar en forma bien visible
de mujeres y de hombres el modelo.
Hagamos lo posible
por contentar su anhelo
¡y pronto, que faltarle es desacato!

MEFISTÓFELES

Tú fuiste muy ligero
en eso prometer, casi insensato.

FAUSTO

Efectos de tus artes, compañero,
solo en ello diviso:

nosotros rico hicímoslo primero
y hoy que lo divirtamos es preciso.

MEFISTÓFELES

Lo crees hacedero,
pero hay una pendiente inaccesible
y pretendes la cosa más ajena
de nosotros: serás tal vez risible
porque tú, audaz, te metes
la aparición a prometer de Helena
como si te costase
no más que hacer millares de billetes.
Lo que es de brujas y visiones, pase;
y de enanos también con sus cabezas
bien raras y mohínas;
mas las niñas del Diablo, aunque bellezas,
nunca podrán pasar por heroínas.

FAUSTO

¡Volvemos otra vez al viejo cuento!
Contigo nada hay fijo y solo piensas
en poner siempre a todo impedimento
y en exigirme nuevas recompensas.
Cuatro palabras, creo,
bastan para que cumplas mi deseo.

MEFISTÓFELES

Nada puedo yo hacer con los paganos;
esa gente en su infierno propio mora.
Mas medios sé que no saldrante vanos.

FAUSTO

¡Oh! ¡Dilos sin demora!

MEFISTÓFELES

Mal de mi grado, ahora
te revelo oscurísimos arcanos.
En soledad inmensa, do no hay huellas
de tiempo ni lugar, viven en sombras
unas diosas; ¡espanta el hablar de ellas!
¡Son las Madres!

FAUSTO, *espantado.*

¡Las Madres!

MEFISTÓFELES

¡Qué! ¿Te asombras?

FAUSTO

¡Las Madres! ¡Es un nombre bien extraño!

MEFISTÓFELES

Y ellas lo son también. Son unas diosas
de vosotros los hombres ignoradas
y aun a nuestros mismos labios enojosas.
Para ir a sus moradas
tendrás que hundirte al fondo del abismo,
pues precisas hicístelas tú mismo.

FAUSTO

¿Y adónde va la senda?

MEFISTÓFELES

¡No la hay! Irás do nunca hombre alguno
pisó y donde jamás pisar entienda.
Vía es por la cual nadie ha preguntado
y por la cual hacerlo es importuno.
¿Te crees preparado?

No habrá que abrir ni chapas ni cerrojos.
Mirarás soledad que te rodea
doquier gires los ojos.
Di, ¿del vacío tienes una idea?

FAUSTO

No habías menester tantas sentencias:
a brujas eso huele;
con tales existencias
harto alterné y me duele.
¿No aprendí, no enseñé siempre el vacío?
Si yo hablaba de un modo razonable
en el instante, al pensamiento mío,
contradicción venía insoportable;
así por evitar contrariedades
me iba a las más silvestres soledades
y al fin por no vivir de tal manera,
solo y sombrío, a Satanás me diera.

MEFISTÓFELES

Y aunque la mar cruzaras
en esa inmensidad anonadado,
venir ola sobre ola tú miraras
y aun viéndote de muerte amenazado,
podrías algo ver. En las regiones
del mar luego aplacado,
delfines juguetones
vieras, y nube, y sol y luna y astros;
pero en esa región siempre vacía,
de nada verás rastros;
tus pasos no podrás tú mismo oírte;
ni habrá nada de firme de qué asirte.

FAUSTO

Hablas como el más sabio mistagogo

que de sus catecúmenos se mofa;
aunque si bien las cosas te interrogo
es diferente la estofa
pues mandasme al vacío
para que aumente el arte y poder mío.
Que sea, tú pretendes,
yo el gato que te saque las castañas:
¡bien!, ¡sea como entiendes!
Mas, de tu misma nada, en las entrañas,
hallar el todo espero.

MEFISTÓFELES
Te doy mis parabienes
del modo más sincero,
pues das muy buena prueba
de lo que al Diablo conocido tienes;
¡mira, esta llave lleva!

FAUSTO
¡Esta tan miserable!

MEFISTÓFELES
Cuando la asgas dirás si es despreciable.

FAUSTO
¡Crece! ¡Da resplandor! ¡Relampaguea!

MEFISTÓFELES
¡Ya ves cuánto con ella se posee!
Ella tu dirección sabrá indicarte
y en donde están las Madres colocarte.

FAUSTO, *estremeciéndose.*
¡Las Madres! De escucharlo me da miedo.
¿Qué nombre es este que yo oír no puedo?

MEFISTÓFELES

¿Ya tanto tú has perdido
que una palabra nueva así te turbe?
¿Oír tan solo quieres lo ya oído?
¡No! Nada te conturbe
por extraño que suene:
tiempo ha que a ti, tejido de extrañezas,
a más portentos habituado tiene.

FAUSTO

De insensible no anhelo las proezas;
que del mortal, el dote más precioso
es poder recelar; por más que el mundo
se torne el sentimiento doloroso,
en el dolor se goza más profundo.

MEFISTÓFELES

¡Húndete pues! ¡Remóntate! Podría
decirte, lo uno y otro se conforma.
Anda, camina a la región vacía,
libre de toda corporal forma;

alégrate en lo nunca imaginado;
como las nubes, tú verás la esfera:
mas al mover la llave ten cuidado
que el cuerpo no te hiera.

FAUSTO, *exaltado.*

Nueva fuerza apretándola ya siento
y para empresas grandes cobro aliento.

MEFISTÓFELES

Del fondo en los horrores,
habrá trípode ardiendo

a cuyos resplandores
a las Madres terribles irás viendo
que están, unas sentadas,
otras en movimiento, separadas.
Formas, transformaciones,
el eterno elemento
del activo y eterno pensamiento,
arquetipos de todas las creaciones
ondulan en perpetuo movimiento:
las Madres no te ven, que ven las Diosas
solamente los tipos de las cosas.
Cobre ánimo tu pecho
pues tu peligro es grave
y camina, hacia el trípode, derecho
y dale con la llave.

(Fausto hace un imperioso imponente ademán con la llave.)

MEFISTÓFELES, *contemplándolo.*

¡Así! ¡Bien! ¡Muy bien hecho!
El trípode cual siervo te obedece;
a tus pasos las nubes se franquean,
la fortuna te mece
y antes, estás de vuelta, que te vean.
Una vez que tú aquí lo hayas traído
evocarás los héroes y heroínas
del seno del olvido
siendo el primero tú que haya podido
cosas ejecutar tan peregrinas.
Creciendo los prodigios
con tu poder inmenso
y mágicos prestigios
dioses se tornarán nubes de incienso.

FAUSTO

¿Y después?

MEFISTÓFELES

En hundirte todo estriba:
y podrás solo hacerlo patëando
y así también te volverás arriba.

(Fausto patea y se hunde.)

MEFISTÓFELES

¡Veremos si la llave
aprovecharle sabe!
Curioso de ello quédole esperando.

SALA BIEN ILUMINADA

El Emperador y los Príncipes; la Corte, agitada.

EL CAMARERO, *a Mefistófeles.*

La escena de los Espíritus
aun debiéndonos estáis
y bien podéis darla pronto
que aguarda Su Majestad.

EL CHAMBELÁN

Pregunta ansioso por ella;
no su cólera imperial
despertéis pues imprudentes.

MEFISTÓFELES

Eso fue ya a preparar

mi socio que bien conoce
cómo de vencerse habrá,
mudo en su laboratorio,
tamaña dificultad;
que, para el alto tesoro
de la belleza mostrar
se quiere la arte suprema,
magia sobrenatural.

El Chambelán

No importan nada las artes
de que vos necesitáis;
verse anhela satisfecho
el albedrío imperial.

Una Rubiecita, *a Mefistófeles.*

¡Señor, una palabrita!
Mire usted, señor, mi faz;
aunque la ve limpia ahora
así en verano no es, ¡ay!,
que entonces mil rojas manchas
me la vienen a empañar
ensuciando mi albo cutis
y causándome gran mal.
¡Un remedio!

Mefistófeles

Mucha lástima
que tan fúlgida beldad,
a sus gatitos overos,
llegue, en mayo, a semejar.
Desoves de rana, lenguas
de sapo usted hervirá
y a la luz de luna llena

lo hará todo destilar;
y en viniendo la menguante
úntese la limpia faz
y al llegar la primavera
las pintas no asomarán.

UNA MORENA

Junto a vos todos se apiñan;
¡un remedio a mí me dad!
Este pie muerto me impide
la danza y aun el andar
y hasta hago la reverencia
sin la gracia natural.

MEFISTÓFELES

¡Permita mi pie lo pise!

LA MORENA

¡Se permite eso no más
que entre los enamorados!

MEFISTÓFELES

Niña, en mis pisadas hay
significación más alta.
Cada cosa con su igual
se cura: pies los pies curan
y es así con lo demás.
¡Vamos! ¡Atención! No gritos
lancéis.

LA MORENA, *gritando.*

¡Me quemo! ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!
¡Su pisada es la de un potro!

MEFISTÓFELES

Y con eso sana está.
Puede ya ahora a su gusto
en raudas danzas triscar
y en el festín hacer señas
con los pies a su galán.

UNA SEÑORA, *llegándose.*

Son inmensos mis dolores
dadme paso, por piedad.
Lo más íntimo del pecho
me roe el acerbo mal;
hasta ayer él en mis ojos
vía su felicidad,
con usted habló y de entonces
me negó su dulce faz.

MEFISTÓFELES

El caso es grave; pero oye,
anda canta, de él detrás
y este carbón agarrando,
una raya has de trazar
en mangas y manto y hombros;
en su pecho él sentirá
púas del remordimiento.
Luego el carbón tragarás
sin beber agua ni vino:
y esta noche a suspirar
ha de venir a tu puerta.

LA SEÑORA

¿Y veneno en ello no hay?

MEFISTÓFELES, *airado.*

¡Respete lo que se debe!
Sin mí irías, en verdad,
muy lejos por el carbón;
solo se halla en un lugar
en donde encender la hoguera
es nuestro continuo afán.

UN PAJE

Estando yo enamorado,
me desdeñan por mi edad.

MEFISTÓFELES, *aparte.*

Ya no sé yo a quien escuche.
(Al paje.)
En muy niñas no pongáis
vuestra dicha; las maduras
apreciaros os sabrán.
(Apiñándose otros.)
¡Qué confusión! ¡Qué alboroto!
¡Vaya, todavía más!
A salir de tanto apuro
usaré al fin la verdad
que es el peor de los medios,
harto duro es el afán.
¡Oh, Madres, soltad a Fausto!
(Mirando alrededor.)
La Corte agitada está
y las luces en la sala
dan opaca claridad.
Con decoro las hileras
al lejos veo cruzar
corredor y galerías
en la sala principal,

conteniéndolos apenas,
ya todos juntos están.
Los anchos muros se cubren
con tapices en donde hay
armas, esquinas y nichos.
No son de necesidad
aquí los viejos conjuros,
pues los Espíritus, creo,
como en su casa estarán.

SALÓN PRINCIPAL

Iluminación no muy resplandeciente, el Emperador y la Corte en sus puestos.

EL HERALDO

Mi oficio de anunciar lo que se pasa,
me embrollan los Espíritus hoy día.
Pienso en vano; a sus actos misteriosos,
de la razón las reglas no se aplican.
Prontos están ya los asientos; su ojo
ya nuestro Emperador al muro fija,
esperando, en los lienzos, ver las guerras
que en los tiempos heroicos sucedían.
Junto a Su Majestad, todos, en cerco,
en las banquetas sólidas se apiñan
y, a la hora de los duendes, un amante
junto consigue estar de su querida.
Asomar los Espíritus ya pueden
que está la gente acomodada y lista. *(Trompetas.)*

El Astrólogo

¡Comience, al punto, el drama! Así lo manda
Su Majestad. ¡Que el muro se divida!
No hay estorbo; la magia obra y los lienzos,
como pasto del fuego, se disipan;
la pared se divide, se da vuelta,
un gran teatro a aparecer principia
y yo subo al proscenio, circundado
de luces misteriosas que en él brillan.

Mefistófeles, *asomándose de debajo de la concha del apuntador.*

Ser soplón fue del Diablo siempre el arte
y hoy un triunfo es fuerza que consiga.
(Al Astrólogo.)
¡Tú conoces el curso de los astros
y bien seguir podrás, las voces mías!

El Astrólogo

Veo alzarse un macizo, antiguo templo,
por obra de pasmosa maravilla.
Como Atlante que el cielo soportaba,
de sus columnas, álzanse las filas;
la inmensa mole sostener bien pueden
pues dos, en edificio, sostendrían.

El Arquitecto

No lo alabara yo si antiguo fuese
que no gusto de tantas tonterías.
Lo tosco llaman noble, lo inservible,
grande; cuanto mejor, cual flechas finas,
no son columnas que a los cielos se alzan.
Sin límite ni fin, la aguda ojiva

eleva el alma y nadie negar puede
que un edificio así nos edifica.

El Astrólogo

Emplead con respeto los instantes
que los astros os dan; y ley, reciba
vuestra razón, del arte de la magia.
Después, cruce la osada fantasía,
sin freno, las magníficas regiones.
¡Lo que anheláis, tenéislo a vuestra vista,
cuanto más imposible, más creíble!
(Al otro lado del proscenio se levanta Fausto.)

El Astrólogo

Traje sacerdotal, la sien ceñida
de diadema preciosa, trae el Mago;
que acabe lo empezado con fe y dicha.
Sale con él, un trípode, del fondo
y ya nubes de incienso me extasían.
Va a bendecir a las sublimes obras
y dichoso será cuanto se siga.

Fausto, *con majestad.*

En vuestro nombre, Madres[2], cuyo solio
se asienta en las regiones infinitas
do vivís, aunque juntas, solitarias.
Siempre ágiles, las formas de la vida,
sin que vivan, las sienes os circuyen.
Lo que una vez ya fue, siempre allí gira
con todo su esplendor porque es eterno;

[2] Nombre de ciertas divinidades mitológicas que no han dado poco que hacer a los comentadores del *Fausto* y las cuales pueden considerarse como las matrices de los seres que existen, real o aparentemente.

omnipotentes repartís, al día,
su tienda, y su alta bóveda, a la noche;
unas ase, quien quiere grata vida,
el Mago audaz otras formas busca.
Y con la profusión en que él confía
lo que cada uno anhela, muestra osado.

El Astrólogo

¡Con la llave escandente o maravilla!
Llegó a tocar la copa, y al momento,
ya se levanta una sutil neblina
que cual las nubes se transforma en olas,
se ensancha, redondea, se limita,
se junta y se separa. ¡Obra es maestra
esta que los Espíritus fabrican!
Ellos, música forman si se mueven,
no sé cómo, secreta melodía
se difunde con tonos placenteros
cuando ellos pasan. Las columnas mismas
y el triglifo resuenan y aun el templo
todo entero paréceme que trina.
Abájase el vapor y de entre el piso,
hermoso, un joven, muéstrase a la vista.
Mi oficio acaba viendo uno tan bello,
¿quién, el nombre de Paris, necesita?

Primera Señora

¡Qué flor de juventud en él encanta!

Segunda Señora

¡Es cual fresco durazno su piel fina!

Tercera Señora

¡Qué bien trazados sus carnosos labios!

Cuarta Señora

¿Bebiera usted en copa tan bonita?

Quinta Señora

¡Es buen mozo, mas fáltale elegancia!

Sexta Señora

¡Si fuese más pulido, ganaría!

Un Caballero

Todo huele a pastor. No tiene nada
de un rey, ni nada de modales finos.

Otro Caballero

¡El joven es gentil, medio desnudo!
¡Yo lo viera con casco y con loriga!

Una Señora

¡Con qué gracia se sienta y qué abandono!

Un Caballero

¡Qué bien usted en sus brazos se hallaría!

Otra Señora

¡Con qué tacto, en la sien, la mano apoya!

Un Camarero

¡Tosquedad, en la Corte nunca vista!

La Señora

¡Siempre encontráis qué censurar, señores!

El Camarero

¡Tosco rascarse, cuando el Rey lo mira!

La Señora

Representa y se cree solo su alma.

El Camarero

La farsa, aquí, tiene que ser pulida.

La Señora

Dulce, el sueño, al hermoso lo ha cogido.

El Camarero

¡Va a roncar, y la cosa será linda!

Una Señora Joven, *encantada.*

¡Se alza nube de incienso perfumada
que toda mi alma inunda de alegría!

Una Señora de Más Edad

¡Ese aroma sutil que nuestras almas
penetra, viene de él!

Una Señora Más Vieja

Es la exquisita
flor de la juventud que se difunde
en el aire, cual célica ambrosía.

Helena aparece.

Mefistófeles

¡Era ella! Mi entusiasmo no despierta,
aun cuando sea, en gracias, harto rica.

El Astrólogo

Más, no tengo que hacer; y como honrado,
fuerza es que lo confiese y que lo diga.
Ni llegando a tener lenguas de fuego,

tal hermosura ¿cómo elogiaría?
Siempre, además, cantóse la belleza,
fuera de sí arrebata a quien visita
y es el que la posea el más dichoso.

FAUSTO

¿Tengo aún ojos? ¿Y en olas cristalinas,
se derrama la fuente de belleza?
¡Mi atrevimiento paga tanta dicha!
¡Qué estrecho y deleznable me era el mundo!
¡Qué otro, mi sacerdocio lo delínea!
¡Ora es gustoso, sólido y estable!
¡Acábase el aliento de mi vida
si alguna vez, de ti se cansa mi alma!
La beldad que me dio tantas delicias
reflejada en la luna del espejo
sombra era de belleza tan divina.
De ti son, de ti son todas mis fuerzas;
tuya es, de mi pasión, la esencia misma.
¡Tú eres mi amor, mi culto, mi delirio!

MEFISTÓFELES, *desde la concha.*

¡Téngase usted que, del papel, se olvida!

UNA SEÑORA DE MÁS EDAD

Es esbelta de cuerpo, bien formada,
sí, pero tiene la cabeza chica.

UNA SEÑORA MÁS JOVEN

Jesús, ¡qué pie! ¡No puede ser más tosco!

UN DIPLOMÁTICO

¡Oh! ¡Yo he visto princesas tan bonitas;
hermosa es de los pies a la cabeza!

UN CORTESANO

¡Con qué tiento, al que duerme se aproxima!

LA SEÑORA

¡La bella imagen del garzón la afea!

UN POETA

A él, la belleza de ella lo ilumina.

LA SEÑORA

¡Como en los cuadros, Endimión y Luna!

EL POETA

¡Bien! La Diosa parece que se digna
hasta él bajar, para beber su aliento.
¡Ay! ¡Le besó! ¡Colmóse la medida!

UNA DUEÑA

Delante tanta gente, ¡qué locura!

FAUSTO

¡Don funesto al garzón!...

MEFISTÓFELES

¡Oh! ¡Nada diga!
Deje al espectro que haga lo que guste.

UN CORTESANO

Él despierta y ligera se retira.

LA SEÑORA

Ella, con gran razón, observa a todos.

El Cortesano
Lo que le pasa al joven maravilla.

La Señora
A ella lo que está viendo no la asombra.

El Cortesano
¡Con qué gracia, mirándolo, ella gira!

La Señora
Ella, a darle lecciones, ya comienza;
todos los hombres, en iguales lizas,
siempre unos bobos son, porque cada uno,
ciego, que es el primero, se imagina.

Un Caballero
¡Qué gentileza y majestad en todo!

La Señora
Insolente mujer, ¡qué grosería!

Un Paje
¡De buena gana, en lugar de él me viese!

El Cortesano
¿Quién no cayera en esa red tan linda?

La Señora
La alhaja, muchas manos ha corrido,
y el dorado ya sucio nos lo indica.

Otra Señora
Desde diez años, va corriendo el mundo.

El Caballero

Cada uno, siempre, a lo mejor se inclina,
yo bien me avengo con tan bellas sobras.

Un Erudito

La veo faz a faz; mas si es la misma,
la auténtica, lo afirmo, está aún en duda.
Casi siempre el presente nos desvía
a la exageración y así me atengo,
yo, tan solo a las páginas escritas;
leo allí que, por bella, la admiraron
los barbicanos que en Ilión había;
y esto también aquí muy bien que cuadra:
¡no soy joven y encántame su vista!

El Astrólogo

No como niño, como un héroe osado,
la abraza y ella, apenas, débil, lidia;
en sus robustos brazos la levanta.
¿Se la roba, tal vez?

Fausto

¡Loca osadía!
¡Te atreves! ¿No oyes? ¡Tente! ¡Eso es ya mucho!

Mefistófeles

¡Pero tú solo, tal escena, animas!

El Astrólogo

Pues por lo acontecido, esta comedia
Rapto de Helena yo la llamaría.

FAUSTO

¡Qué rapto! ¿Nada soy, nada aquí puedo?
¿Esta llave, en mis manos, no se mira?
¿A través de horrorosas soledades
hasta firme región, no fue mi guía?
Aquí, en la realidad, tengo mi planta
y aquí, el genio con genios, audaz lidia,
y de ese doble reino se apodera.
Antes tan lejos, cómo, aquí, se mira.
Si la salvo, por siempre yo la guardo.
¡Osemos! Madres, Madres, ¡sed propicias!
Quien la ve, carecer no puede de ella.

EL ASTRÓLOGO

¿Qué haces, Fausto? La agarra ya con ira
y la figura se oscurece toda.
Vuelve la llave al joven; ¡se la aplica!
¡Ay de nosotros todos! ¡Qué desgracia!

(Explosión. Fausto queda yaciendo en el suelo. Los Espíritus se deshacen en vapor.)

MEFISTÓFELES, *echándose al hombro a Fausto.*

Y héteme aquí, después de tanta grita,
teniendo que cargar mi loco a cuestas:
¡tal pena al mismo Diablo dañaría!

(Tinieblas y tumulto.)

ACTO SEGUNDO

ESTRECHO CUARTO GÓTICO

Bóvedas altas, en otro tiempo el de Fausto;
sin cambio alguno.

MEFISTÓFELES, *saliendo de detrás de una cortina. Al levantarla y mientras mira para atrás divísase a Fausto extendido en un lecho antiguo.*

¡Yace aquí el infelice que encadena
el amor más extraño que haya sido!
Aquel a quien paralizara Helena
no volverá tan pronto a su sentido.
(Mirando alrededor.)
¡Oh! Nada entre estos muros,
ni un ápice ha cambiado;
quizás están los vidrios más oscuros
y se han las telarañas aumentado;
la tinta se ha secado
y amarillo el papel ya se tornara,
mas en su sitio, todo sigue, en suma,
y aún se ve aquí la pluma
con la que Fausto al Diablo se obligara.
De sangre, una gotita
aún dentro del cañón está pegada;
pieza tan exquisita

fuera, de un colector bien apreciada.
También está, colgante
del viejo gancho, la raída bata
que me recuerda al joven estudiante,
quien hoy por comprenderme se maltrata.
Oh capa abrigadora,
tomándote ya viéneme la idea
de ser magíster y alegrarme ahora
como todo el que viste esta librea.
Por lo pronto, los sabios han probado
que hace tiempo que el Diablo ya ha pasado.

(Sacude la pelliza y salen escarabajos y otros insectos.)

CORO DE LOS INSECTOS

Bien vengas, bien vengas,
oh viejo patrón;
en nuestro contento
ves nuestra afición.
De a una en silencio
nos plantaste ahí,
y ahora por miles,
padre, henos aquí;
sus tramas oculta
el pícaro infiel,
y al aire se muestra
más fácil aunque él,
toda la polilla
que oculta una piel.

MEFISTÓFELES

¡Oh! ¡Cómo satisfecha
mi alma contempla esta creación reciente!
Sembrando, con el tiempo, se cosecha.

Si sacudo la bata nuevamente,
otro ejército del golpe se aprovecha.
Volad pues todos y en cien mil rincones,
escondeos, queridos:
ya en esos antiquísimos cajones,
en esos pergaminos mohecidos,
en las rendijas de ese viejo tarro
o en la cuenca de aquella calavera.
En tanta suciedad y tanto barro
ha de ser para siempre duradera
la más rara quimera.
(Se envuelve en la pelliza.)

¡Vieja bata, otra vez ven a embozarme!
Héteme de Maestro nuevamente,
pero de nada sirve así nombrarme:
¿para que se me acate, acaso hay gente?

(Tira la campana que produce un penetrante y retumbante sonido al cual tiemblan las paredes y las puertas se desvencijan).

El Fámulo, *viniendo por la larga y oscura galería.*
¡Vaya un son tan tremendo!
El suelo tiembla, el muro bambolea;
por los crujientes vidrios, estoy viendo
cómo relampaguea;
salta el piso y lanzada,
con el barro la cal cae abundosa
y se abre nuestra puerta acerrojada
por fuerza misteriosa.
¡Qué horror! ¡Allí un gigante!
¡Con la bata de Fausto se levanta!
Al verle su semblante,

tiritando yo arrójome a su planta.
¿Huiré? ¿Me quedaré? ¡Trance espantoso!

MEFISTÓFELES, *haciéndole señas.*
¡Venga! ¡Sé que su nombre es Nicodemus!

EL FÁMULO
Oh señor poderoso,
ese es mi nombre. ¡Oremus!

MEFISTÓFELES
¡No hay para qué!

EL FÁMULO
Alegría
tengo por ser de usted ya conocido.

MEFISTÓFELES
Yo bien sé que tú estudias todavía,
aunque ya encanecido.
No pudiendo otra cosa,
en estudiar el erudito sigue
cual se hace presurosa,
casucha de baraja,
hacer por fin la suya no consigue,
¡ay! por más que el espíritu trabaja.
Mas tú, maestro, el hombre más profundo,
el doctor Wagner que veneran tanto,
es el sabio mayor de todo el mundo.
A él hoy se debe cuanto
aumenta nuestra ciencia
y explica de este globo la existencia.
Ansioso se avecina

a oírlo quien de sabio quiere el medro;
solo él, desde su cátedra, ilumina,
él usa de las llaves cual San Pedro
y él su medida a todo determina.
Más que todos él brilla y resplandece;
nadie iguala su nombre
y ante él aun Fausto mismo se oscurece,
que ha sido Wagner quien le dio renombre.

El Fámulo

Señor, usted dispense
si yo le contradigo;
no es exacto que Wagner así piense.
Pues fue, de la modestia, firme amigo.
El desparecimiento siempre oscuro
del gran doctor a comprender no alcanza
y de su vuelta, aguarda, muy seguro,
consuelo y esperanza.
El cuarto, como en tiempo de Fausto era,
todavía está intacto
y a su viejo amo espera;
yo oso apenas entrar con mucho tacto.
¿Qué hora anuncia ya el cielo?
Ver creí que los muros oscilaban.
Que umbrales arrancábanse del suelo
y cerrojos saltaban:
si así no hubiese sido
no habría usted aquí entrar podido.

Mefistófeles

¿Dónde el sabio está, amigo?
¡Llévame a él o venga aquí contigo!

El Fámulo

¡Oh! ¡Que son sus mandatos muy severos!
Quebrantarlos yo no oso;
en la mayor quietud, meses enteros,
dado a la magia, vive silencioso.
De los sabios tal vez el más pulido,
bien por un carbonero, ahora pasa;
todo su rostro tiene ennegrecido,
y, de soplar, los ojos como brasa.
Así espera y anhela
y el son de las tenazas le consuela.

Mefistófeles

¡Negarme a mí jamás podrá la entrada!
¡No! ¡No! Soy justamente
quien puede darle ayuda muy preciada
en su empresa eminente.
(Sale el fámulo y Mefistófeles se sienta con gravedad.)

Apenas me acomodo como debo
y ya se acerca un huésped conocido;
pero él es esta vez de lo más nuevo;
lindes ni vallas tiene el atrevido.

Un Bachiller, *precipitándose por el corredor.*

¡De par en par, hoy la puerta!
Esto me promete a mí
no será persona muerta
la que está viviendo aquí
y que llorando y sufriendo
se dé por muerta viviendo.

A estos muros, los arrimos,
para estar en pie, no bastan

y si pronto no salimos
con sus ruinas nos aplastan.
Yo no paso por miedoso
pero ir más adentro no oso.

Mas, ¿qué veo? ¿Aquí no ha sido
donde, en tiempo ya pasado,
vine triste y encogido,
colegial recién entrado?
¿Dó, fiándome de ese viejo,
su burla creí consejo?

Ellos, con los pergaminos,
mintieron lo que sabían
y amargando nuestros sinos,
en su saber no creían.
¿Qué? ¡Dentro de la celdilla
se columbra uno en la silla!

Ya me acerco y ¡cosa rara!
con su bata está sentado
tal como yo le dejara.
En ropón tosco embozado,
porque a oscuras me quedara
tal vez fue de mí admirado;
pero ahora, es otra cosa:
¡hoy veremos quién más osa!

Oh respetable anciano,
si los turbios raudales del Leteo,
vuestra cabeza, calva cual la mano,
no bañaron, tendréis algún recreo
en ver aquí delante,

un antiguo estudiante
al azote académico obediente.
Lo mismo que os dejé, yo ahora os veo;
mas yo, muy otro soy, muy diferente.

MEFISTÓFELES

Me alegra oír cómo el señor se explica.
No os creí poca cosa:
la larva, la crisálida ya indica
la futura pintada mariposa.
Tenía gusto usted en ver sujeta
su cabellera blonda.
¿No usaba antes coleta?
Ahora lleva usted frente redonda.
Tiene fisonomía muy resuelta,
mas deje el aire hinchado
cuando dé, a casa, vuelta.

EL BACHILLER

Aquí mismo nos hemos encontrado;
mas, de la era que corre
tenga el señor cuidado
y sus vocablos equívocos ahorre
que todo me parece muy cambiado.
Se burló usted del joven inocente
y sin estorbo hacía
lo que nadie, insolente
osara impune hoy día.

MEFISTÓFELES

Cuando, a la juventud, la verdad pura
se dice, los ilusos
la oyen con amargura;
mas pasa el tiempo y siéntenla confusos

por acerba experiencia
en su propio pellejo;
y creyendo que todo es propicia ciencia
risueños dicen «¡Era un tonto el viejo!»

El Bachiller

¡O quizás un bribón! ¿Habrá maestro
que la verdad nos diga
de sopetón con tacto poco diestro?
Cada cual ya refuerza, ya mitiga,
con cara blanca o seria,
a los ingenuos niños la materia.

Mefistófeles

Para aprender hay su estación; y miro
que usted ya, de enseñar está en estado;
de algunos soles, en el breve giro,
experiencia muchísima ha ganado.

El Bachiller

¡Experiencia! ¡Tan solo espuma y lodo!
No sigue, del espíritu la senda.
Confiese usted que todo
lo sabido no vale que se aprenda.

Mefistófeles, *después de una pausa.*

Tiempo ha me parecía
lo mismo. Yo era un loco;
que soy, como otros, necio, cada día
descubro poco a poco.

El Bachiller

¡Oh! ¡Instante placentero!
¡Vaya algo de admirable!

Usted es, de los viejos, el primero
que encuentro razonable.

MEFISTÓFELES
Cavando tras tesoros escondidos,
saqué solo carbones remolidos.

EL BACHILLER
¡Vamos! ¿Vale más, dígalo de veras,
su cráneo que esas huecas calaveras?

MEFISTÓFELES, *con buen humor.*
¿Que eso es casi grosero usted no siente?

EL BACHILLER
Cuando se adula, en alemán, se miente.

MEFISTÓFELES, *quien se ha venido cada vez más adelante del proscenio, con su silla de ruedas dirigiéndose al público.*
Falta aire aquí, tengo la luz perdida;
¿entre vosotros hallaré guarida?

EL BACHILLER
Por cierto que me agrada
ver cómo, por ser algo, brega alguno
cuando ya uno no es nada
y en tiempo inoportuno.
La sangre sola es toda nuestra vida:
dónde es pues más activa.
¿Qué, de los mozos, en la edad florida?
Energía continua, sangre viva,
de la vida, otra vida nacer hace.
Todo se agita, algo a la luz parece;

lo débil se deshace,
lo bueno se engrandece.
¿Qué hacéis mientras ganamos medio mundo?
Burlar, soñar y en lúgubres afanes,
pesar, forjar con aire muy profundo
planes y siempre planes.
Fiebre a que el frío añade mucha pena
es la vejez; por cierto
aquel que haya pasado la treintena
para mí es como un muerto.
Tal vez, sí, mejor fuera
que en tiempo se os matara.

MEFISTÓFELES
El diablo, a tan sincera
y gran verdad, ¡qué reprender no hallara!

EL BACHILLER
Diablo no puede haber, si yo no quiero.

MEFISTÓFELES, *aparte.*
¡Tal vez verás muy pronto que te oprime
su pata, majadero!

EL BACHILLER
¡Esta es la más sublime
misión de juventud! El universo
no existiera si yo no lo creara;
yo saqué el sol del mar y su diverso
aspecto, yo a la luna dibujara;
y entonces mi camino alumbró el día
mientras que verdeando todo el suelo
con flores me reía.
Desparramóse el esplendor del cielo

a un gesto mío en la primera noche.
¿Quién, de turbas impuras,
listas siempre al reproche,
os rompió las tan toscas ligaduras?
Yo libre, cual mi genio lo conoce,
mi luz interna placentero sigo
y sumergido en el más hondo goce
yo, rápido prosigo,
luz célica mirando
y las tinieblas tras de mí dejando. *(Vase.)*

MEFISTÓFELES

Sigue con fatuidad tan peregrina.
Como a ti esta verdad te molestara;
¿quién tiene idea grande o bien mezquina
que ya un antepasado no pensara?

Mas todo esto a nosotros no nos daña
pues que pronto será muy otro el sino.
Por más que el mosto hierva en forma extraña
al fin da siempre vino.
(A los más jóvenes de la platea que no aplauden.)

Oís con frialdad lo que yo os hablo,
niños, y no con rabia llego a verlo;
pensad tan solo que es muy viejo el Diablo.
¡Bien! ¡Ya envejeceréis para entenderlo!

UN LABORATORIO

Al uso de la Edad Media; grandes aparatos inservibles destinados para fines fantásticos.

WAGNER, *en el fogón.*

Haciendo retemblar los grasos muros,
de la campana, escúchanse los sones;
más no puede durar la incertidumbre
de mi gran esperanza: ya colores
animan las tinieblas, y en el frasco,
algo fulge cual vívidos carbones;
sí, como el más magnífico carbunclo,
lanza en la oscuridad sus resplandores.
¡Blanca y clara luz brilla! ¡Al cielo plegue
que mi gusto mayor no se desplome!
¡Oh Dios! ¿Quién la puerta así golpea?

MEFISTÓFELES, *entrando.*

¡Quien bienes os desea y os conoce!

WAGNER, *con ansiedad.*

¡También os los deseo en este instante!
(Bajo.)
El aliento tened y vuestras voces,
porque una obra muy grande se está haciendo.

MEFISTÓFELES, *más bajo.*

¿Qué es, pues, lo que hay?

WAGNER, *más bajo.*

¡Que se está haciendo un hombre!

MEFISTÓFELES

¿Un hombre? ¿Y dónde el par de enamorados,
en esta cueva lóbrega se esconde?

WAGNER

La moda de engendrar que antes se usaba,
yo declaro una falta inútil, torpe.
El tierno punto en que la vida surge,
la alma fuerza que atrae a sus regiones,
sabiendo desechar o asimilarse
cuanto lejano o próximo es conforme
a su naturaleza, ya ha perdido
todos, todos sus velos; si en sus goces
solo piensa la bestia, el mortal debe,
en adelante, por sus grandes dones,
un origen tener más puro y alto.
(Vuelto al fogón.)
¡Ved! ¡Brilla! Fundamentos hay mayores
para esperar que si de mil materias
por mezcla —pues está en la mezcla el toque—
la materia del hombre componemos
y bien la amalgamamos en crisoles:
según las reglas, la obra se consigue.
(Vuelto otra vez al fogón.)
¡Se efectúa! La masa, de colores
cambia y mi convicción más y más crece.
Los arcanos incógnitos e inmobles
que ponderaban de naturaleza,
nosotros demostramos a los hombres;
lo que ella, en otra edad, organizaba
¡se ve hoy cristalizar aquí por mi orden!

MEFISTÓFELES

Quien mucho vive, mucho siempre aprende
y no habrá novedades que le asombren.
¡Oh! ¡Yo he visto, en mis largas correrías,
también cristalizadas poblaciones!

WAGNER, *que siempre ha estado atento al frasco.*

¡Sube, fulge, se hacina, ya está hecho!
Locos son, al nacer, proyectos nobles;
mas de hoy en adelante, será fuerza
que el azar solo a risa nos provoque
y ese cráneo que debe pensar, justo,
hará después también más pensadores.
(Contemplando extasiado el frasco.)
Suena el cristal por impulso amigo,
se enturbia, aclara: ¡todo está en el orden!
Veo moverse, en muy bonita forma,
un gracioso hombrecito dentro el bote.
¿Qué más queremos ni más quiere el mundo?
Ya el grande, hondo secreto se conoce;
oíd esos sonidos que bien luego
en una voz, en lengua se disponen.

HOMÚNCULUS, *en el frasco a Wagner.*

¿Cómo va, padrecito? ¡No, no es burla!
¡Estréchame a tu seno y no me tomes
muy fuerte que el cristal se haría trizas!
Pues este, de las cosas es el lote;
basta a lo natural, el mundo apenas;
lo artificial, para que vida logre,
exige espacio corto y encerrado.
(A Mefistófeles.)

¿Y cómo aquí, bribón de los bribones?
Cuando sea ocasión te daré gracias.
Aquí, la buena suerte te nos pone;
yo, como soy, tengo que ser activo
y ya quisiera estar en mil labores:
acortarme tú puedes el camino.

WAGNER

¡Otra palabra más! Viejos y jóvenes
me avergonzaban siempre con problemas
tal cual, el de saber cómo, en el hombre,
se pueden avenir el cuerpo y alma.
Uniéndose con tales eslabones
que inseparables nos parecen cuando
viven, solo causándose dolores,
mientras duran aquí. ¡Siendo pues esto!...

MEFISTÓFELES

¡Detente! Esta cuestión es menos torpe;
¿por qué, esposa y esposo tan mal viven?
Nada, al fin, sacarás de esas cuestiones,
aquí hay que hacer y es lo que quiere el chico.

HOMÚNCULUS

¿Qué hay que hacer?

MEFISTÓFELES, *señalando a una puerta del costado.*

¡A mostrar lo que eres, ponte!

WAGNER, *contemplando siempre el frasco.*

¡Cierto que eres el niño más hermoso!

(Ábrese la puerta del costado y vese a Fausto tendido en una cama.)

HOMÚNCULUS, *asombrado.*

¡Cosa grave!

(Záfase el frasco de manos de Wagner, se cierne encima de Fausto y lo alumbra.)

HOMÚNCULUS

¡Rodéanlo mil goces!
Las más bellas mujeres van desnudas
por limpias aguas en espeso bosque;
¡oh! ¡qué escena! Distínguese entre todas
una que nace de héroes o de dioses.
Poniendo el pie en las claras olas leves,
mitiga el fuego de su cuerpo, noche...
Pero, ¿qué estruendo de movidas alas,
qué pasos, los cristales tersos rompen?
Tímidas van huyendo las doncellas;
la Reina sola, majestuosa, inmoble,
ve, con gusto y orgullo femeninos,
que un cisne, rey de todos, manso acorre,
a sus rodillas se encadena y quieto
allí se queda en deleitoso goce...
De repente, levántase una niebla
y cubre, con densísimos vapores,
la más gustosa escena.

MEFISTÓFELES

¡Cuánto siento
que no lo cuentes todo! ¡Grandes dotes
tienes de fantasía! ¡Nada veo!...

HOMÚNCULUS

No lo extraño. Nacido, tú, en el norte,
criado en las nieblas de la edad aciaga,
madre de caballeros y de monjes,

tú no puedes tener la vista libre
y es tu única mansión negros vapores.
(Mirando en torno suyo.)
Si éste, pues, se despierta, otros pesares
vendrán y muerto lo veréis del golpe.
Fuentes y cisnes y desnudas niñas
eran todos sus sueños; ¡qué de goces
saborearía allí! Yo, el más tranquilo,
no me tengo. ¡Llevémoslo, señores!

MEFISTÓFELES
¡Me agrada el viajecito!

HOMÚNCULUS
En la batalla,
el guerrero, la niña en los salones
están en su lugar. Pensando en ello
veo que hoy toca justamente Noche
Clásica de Walpurgis y allí puede
se hallen medios que vuelvan a este pobre
a su elemento.

MEFISTÓFELES
¡Yo nunca tal oyera!

HOMÚNCULUS
¿Y cómo lo oirías? Tú conoces
solamente románticos espectros;
mas es fuerza también que se acomoden
a lo clásico, espectros verdaderos.

MEFISTÓFELES
Diga, ¿la expedición será hacia dónde?
¡Los colegas antiguos no me petan!

HOMÚNCULUS

Del noroeste, te placen las regiones,
pero hoy hacia el sudeste navegamos.
En gran llano el Peneo libre corre,
y míranse, en sus húmedos recodos,
los árboles y arbustos de sus bordes,
allí Farsalia vieja y nueva vese,
coronando la cumbre de los montes.

MEFISTÓFELES

¡Ay! ¡Aparta! ¡Ese campo de batalla
de esclavos y tiranos, no me nombres!
Me atedia: pues apenas han concluido
cuando ya nuevas lides se disponen,
y nadie echa de ver que son juguetes
de Asmodeo que sopla sus rencores;
que por la libertad es el combate
dicen, pero bien visto, se conoce
que lidian solo esclavos contra esclavos.

HOMÚNCULUS

Su ser contradictorio, deja al hombre;
cada cual se defiende como puede
y a viejo llega si no muere joven.
¿Cómo éste sanará, no es el asunto?
Prueba, si algún remedio tú conoces;
si no, confía su destino a mi arte.

MEFISTÓFELES

Se podría tomar disposiciones,
pero del paganismo los cerrojos
a mis esfuerzos con tesón se oponen.
¡Nunca mucho valiera el pueblo griego!
Mas sabe deslumbrar con sus colores

y a todas luces, y a pecados gratos,
arrastra los humanos corazones;
los nuestros gustan siempre de las sombras.
Vamos, ¿qué hay, pues, que hacer?

HOMÚNCULUS

Tú no eres torpe
y si te hablo de brujas de Tesalia,
más no habrás menester explicaciones.

MEFISTÓFELES, *burlando.*

¡Las brujas de Tesalia! ¡He preguntado
mucho por ellas! El pasar sus noches
con ellas, no es muy grato según creo,
mas, ¡probemos!

HOMÚNCULUS

¡El manto, pues, dispone
para llevar envuelto al caballero!
Como antes os sirviera de transporte,
hoy servirá también. ¡Yo iré alumbrando!

WAGNER, *con angustia.*

¿Y yo?

HOMÚNCULUS

Quedas aquí para mayores
y sorprendentes cosas. Será bueno
que viejos pergaminos desarrolles
que unas los elementos de la vida,
siguiendo ciertas sabias prescripciones
y que hecho esto, después, uno por uno,
tú con habilidad los acomodes.
El *qué* medita y mucho más el *cómo*

y corriendo del mundo las regiones,
tal vez yo encuentre el rasgo de las eñes.
Luego se alcanza el fin, y premios dobles
tales esfuerzos ganan: larga vida,
salud, oro tendrás, fama y honores
y ciencia y aun virtud quizás de yapa.
¡Adiós!

WAGNER, *dolorido.*

El corazón ¡ay! se me encoge.
¡Adiós! ¡Que no te vuelva a ver yo temo!

MEFISTÓFELES

¡Ea! pronto, del Peneo, a los bordes;
¡el primo es hombre grave!
(A los espectadores.)
Y al fin siempre
los que hicimos sus leyes, nos imponen.

NOCHE CLÁSICA DE WALPURGIS

LOS CAMPOS DE FARSALIA

Tinieblas.

ERICTO

A la terrible fiesta de esta noche,
como antes, vengo Ericto la sombría
no tan atroz cual me pintan siempre
los poetas con hórridos colores...

¡Ya se ve! ¡En sus elogios y censuras
inagotables son!... Con blancas tiendas
rebrilla todo el valle como rastros
de la más espantosa y triste noche
que con tanta frecuencia se repite
y se repetirá ¡ay! eternamente...
Nadie quiere ceder a otro el imperio
y el que por la violencia lo conquista
no lo cede y domina por la fuerza.
Quien regir menos sabe sus pasiones
es quien la voluntad de su vecino,
a su capricho, gobernar pretende.
Aquí se vio, para perpetuo ejemplo,
cómo a uno fuerte otro más fuerte ataca
y de la santa libertad se rompe
la espléndida guirnalda; y la sien ciñen
del torvo vencedor, los yertos lauros.
Pompeyo aquí soñó sus grandes glorias;
César allí aguaitaba las señales
esperadas. Trabóse la batalla
y el mundo sabe quién obtuvo el triunfo.
Rojas fogatas arden y llamean;
un reflejo de sangre derramada
exhala el suelo y del fulgor extraño
de la noche, atraída se reúne
la legión de las griegas tradiciones,
en torno a cada fuego incierto tiembla
o se sienta tranquila alguna antigua
fabulosa figura de otros tiempos...
La luna, aunque no llena, refulgente
se levanta en el cielo, derramando
su suave resplandor por todas partes;
la ilusión de las tiendas se disipa
pero azules llamean las fogatas.

Mas, sobre mí, ¿qué extraño meteoro?
Luz recibe y da luz corporal bulto.
Olfateo algo vivo. Mas no es bueno
que a vivientes me acerque pues les daño;
me da esto mala fama y odios trae.
Ya se bajan aquí. Yo me retiro. *(Aléjase.)*

(Los viajeros en el aire.)

HOMÚNCULUS
Por sobre llamas y hogueras
bien puedes revolotear;
vense en valles y laderas
miles de espectros cruzar.

MEFISTÓFELES
Espanto causando veo,
tal como en el norte pasa,
más de un espectro bien feo;
como allá, aquí estoy en casa.

HOMÚNCULUS
¿Uno largo tú no viste
muy aprisa se escurrir?

MEFISTÓFELES
Parece que estaba triste
de, en el aire, vernos ir.

HOMÚNCULUS
¡Déjalo! Tú, caballero,
puesto en la tierra aquí sea
y en sí volverá ligero
pues la fábula desea.

FAUSTO, *al tocar el suelo.*

¿Y ella?

HOMÚNCULUS

Nosotros lo ignoramos,
mas de quien nos lo diga no faltamos,
ve y pregúntalo luego,
antes de amanecer, de fuego en fuego.
El que osado, de ver las Madres viene,
nada que temer tiene.

MEFISTÓFELES

Aquí tengo mi parte
mas lo mejor que puedo aconsejarte
es que cada uno vaya por su lado,
solo, a sus aventuras entregado.
Para vernos después, chico, tu lumbre,
haciendo un estallido, nos alumbre.

HOMÚNCULUS

¡Así suena, así brilla!

(El cristal suena e ilumina con vivacidad.)

¡Ea! ¡Id de maravilla en maravilla!

FAUSTO, *solo.*

¿Dónde está? No preguntes ya por ella...
Si aquí no se estampó su planta bella,
si esta no es la ola que en su nave choca,
este es el aire que aspiró su boca.
¡Por bien extraño giro
aquí en Grecia me miro!
Sentí al instante el suelo do pisaba;
cierto divino aliento me abrazaba
y de mi sueño despertar me veo

un vigoroso Anteo
y como aquí, reparo,
junto se encuentra todo lo más raro.
Preciso es que escudriñe con sosiego
por entre tanto fuego. *(Aléjase.)*

EN LO ALTO DEL PENEO

MEFISTÓFELES, *huroneando a su alrededor.*
Después de haber los fuegos recorrido,
me encuentro enteramente aquí perdido;
desnudos casi todos se divisa
y si algo tiene alguno, es la camisa;
impúdica es la Esfinge
y no más castidad el Grifo finge
y con su pelo o pluma relumbrante
se muestran por detrás y por delante...
Algo en nuestro interior hay de indecente
mas lo antiguo yo encuentro muy viviente;
bueno fuera vestir según la moda
pronto, esta gente toda,
y sería muy justo
amoldarla por fuerza a nuestro gusto.
¡Oh, tropa repugnante!
Pero estando delante,
yo debo comedido
hacerles el saludo más cumplido.
¡Felices días a las damas bellas
y a los ancianos ínclitos con ellas!

UN GRIFO, *regañando*[3].

¡Grifos es la voz justa!
Oírse llamar viejo a nadie gusta
y sepa que las voces se dirigen
siempre según su origen.

MEFISTÓFELES

Pero agrada, no hay duda,
el cambiarlas si a medro nos ayuda.

EL GRIFO, *como antes y sigue siempre así.*

Y así se nos explica
que ello se alaba más que se critica;
agarre uno doncella, oro, corona,
la fortuna al que lo hace siempre abona.

LAS HORMIGAS, *de las de la especie colosal.*

Pues ya que habláis de oro,
diremos que juntamos un tesoro
y de él una vez dueñas
lo escondimos en cuevas y entre peñas;
pero los arismaspes nos miraron
y hoy se ríen de cómo nos robaron.

EL GRIFO

¡Confesar su delito les haremos!

LOS ARISMASPES

La noche no permite esos extremos;
quedar puede a mañana
pues nuestra pretensión no saldrá vana.

---

[3] En este diálogo hay un juego de palabras (*Greisen Greifen*) que no se puede traducir.

MEFISTÓFELES, *quien se ha sentado entre las esfinges.*
Todo, todo lo entiendo
y, como en casa, aquí me voy sintiendo.

UNA ESFINGE
Da cuerpo a los sonidos
que hieran tus oídos,
¡para que te conozca di tu nombre!

MEFISTÓFELES
Con muy diversos me apellida el hombre.
Decid, ¿ningún inglés por aquí se halla?
Para ir hurgando campos de batalla,
cascadas admirando
y clásicas ruinas celebrando
ostentan tal coraje
que este fuera fin digno de su viaje.
En el viejo proscenio me exhibieron
siempre como *Old Iniquity.*

LA ESFINGE
Eso hicieron,
¿por qué?

MEFISTÓFELES
¡No sé ni tengo de ello rastros!

LA ESFINGE
Sea pues así. ¿Entiendes de los astros?
Dime, ¿el momento actual te satisface?

MEFISTÓFELES, *mirando al cielo.*
Astro tras astro nace;
la media luna espléndida ilumina

y junto a mi vecina,
en paz y muy contento,
con tu piel de león yo me caliento.
Lanzarse hasta allá arriba es para nada;
déjate pues de enigma y de charada.

La Esfinge

Un enigma entablas
si de ti mismo tú hablas.
Trata de comprenderte
viendo en esto tu suerte:
«Preciso al hombre bueno como al malo,
para el uno, vil palo,
para el otro, compañero,
en proyecto, de loco majadero,
y lo uno como lo otro es a porfía
para que alegre Júpiter se ría.»

Primer Grifo, *regañando.*

¡Me aburre!

Segundo Grifo, *regañando más fuerte.*

¿Cuál será, pues, su deseo?

Ambos

Aquí no pertenece ese tan feo.

Mefistófeles, *de un modo brutal.*

¿La uña del huésped crees que no agarra
como tu aguda garra?
¡Pruébalo!

La Esfinge, *con dulzura.*
Estáte quieto:
pronto el irte de aquí será tu objeto.
Tú, alegre te hallarás entre tus gentes
mas, si no yerro, aquí bien no te sientes.

Mefistófeles
Eres, vista de arriba, apetitosa.
Mas, de abajo, la bestia es espantosa.

La Esfinge
Vienes a hacer, malvado, penitencia.
Nuestras patas no atacan la decencia:
no perteneces a las filas nuestras
tú que esa pata de caballo muestras.
(Las Sirenas preludian en lo alto.)

Mefistófeles
¿El nombre de esas aves
que se columpian en las ramas, sabes?

Las Esfinges
¡Guárdate! Que a los mejores ha perdido
ese aire entretenido.

Las Sirenas
¡Dejad, dejad olvidadas
maravillas que dan penas!
Venimos acompañadas
de armoniosas cantilenas
como sienta a las sirenas.

LAS ESFINGES, *haciéndole burla en el mismo tono.*
¡Bajen para que las veas!
En las hojas han metido
sus serras sucias y feas
con que te verás herido
si a su canto das oído.

LAS SIRENAS
¡Es odio y envidia solo!
Los placeres más supremos
que se hallan de Polo a Polo
nosotras los recogemos
y dichas siempre tenemos
en la tierra y en el mar
para el que nos viene a hallar.

MEFISTÓFELES
Estas las novedades son en donde
un tono corresponde
siempre con la garganta y con la cuerda;
de gorjeos ya a mí no se me acuerda;
y aunque bien las orejas me restriegan
al corazón no llegan.

LAS ESFINGES
¡De corazón tú no hables, majadero!
Una bolsa de cuero
arrugada le sienta
mucho más a tu faz amarillenta.

FAUSTO, *entrando.*
Esta extraña visión cómo me place.
De esta rareza algo de grande nace,

ya preveo un destino venturoso:
¿dónde me lleva mundo tan grandioso?
(Señalando a las Esfinges.)
Con estas, otro tiempo, Edipo hablara;
(Señalando a las Sirenas.)
Ulises ya por estas se amarrara;
(Señalando a las Hormigas.)
por estas, un tesoro era formado;
(Señalando a los Grifos.)
por estos, era intacto conservado.
Herido yo me siento
de nuevo y puro aliento.
¡Cuánta grande figura,
cuánta grande memoria aquí fulgura!

MEFISTÓFELES

De ellas huyeras con disgusto, antaño,
mas te placen hogaño
porque donde se busca a la querida,
la misma fealdad es bienvenida.

FAUSTO, *a las Esfinges.*

Calmad mi aguda pena,
¿alguna de vosotras viera a Helena?

LAS ESFINGES

En su tiempo no fuimos
las últimas, bajo Hércules morimos;
pero de Quirón puedes informarte;
venir por esta parte
suele el día presente
y quizá lo que él te diga te contente.

LAS SIRENAS

¡Oh! ¡Nada te faltaría!
Como Ulises se detuvo
con nosotras y se estuvo
siempre lleno de alegría,

nosotras las envidiadas
te sabremos mucho amar
si vienes a las moradas
que tenemos en el mar.

LAS ESFINGES

Noble, a sus seducciones,
por nada te abandones
y en vez que como a Ulises se te ligue
nuestro consejo sigue:
con tal que a Quirón veas,
sabrás lo que deseas. *(Fausto aléjase.)*

MEFISTÓFELES, *enfadado.*

¿Qué será tan insólito aleteo?
Tan raudos vuelan que yo nada veo
y unos yendo tras otros en hilera,
el mejor cazador no los siguiera.

LA ESFINGE

A borrasca de invierno semejante,
que Alcides el pujante
hiere apenas con flechas tan temidas
son los Estimfalidas.
Y bien se acuerda su graznido manso
con su pico de buitre y pie de ganso,
ellos pudieran entre nuestras gentes
pasar como parientes.

MEFISTÓFELES, *como intimidado.*
Con ellos algo más, silbor despide.

LA ESFINGE
Eso no os intimide,
que son tan solamente
las cabezas de la hórrida Serpiente
de Lerna, que del tronco separadas
todavía se creen animadas.
Mas, ¿por qué estáis molesto
haciendo tanto gesto?
¿A dónde vais? ¡Ea! ¡Esperad un poco!...
El Coro aquel, veo, os ha vuelto loco.
¡Vamos, no os detengáis! Idos a prisa
y recibid su tan gustosa risa.
Son las Lamias, niñas muy gustadas,
risueñas, descaradas,
como a los toscos sátiros les gusta,
un pie de chivo allí no las asusta.

MEFISTÓFELES
Si vuelvo, ¿siempre aquí os encontraría?

LA ESFINGE
Sí. Métete en la alegre compañía.
Como egipcias estamos habituadas
a llevarnos, por siglos sosegadas,
y así sin falta alguna
reglamos el andar del sol y luna;
al pie de las Pirámides estamos
y juzgar esperamos
a todas las naciones;
y las inundaciones

la paz, guerra ni nada
puede evitar jamás nuestra mirada.

EN LA PARTE INFERIOR DEL PENEO

El Peneo, roodeado de aguas y Ninfas.

EL PENEO

Moveos, espadañas,
con débiles murmurios
y voz siempre flexibles.
Y trémulos arbustos,
traed los rotos sueños
entre vuestros susurros.
Mas huracán tronante
despiértame importuno
turbando misterioso,
del agua, el cristal puro.

FAUSTO, *llegando al río.*

Si bien oigo, tras de estos
espesos, verdes muros
de entrelazadas hojas,
humana voz escucho.
Parlera la corriente,
siguiendo va su curso
y en cháchara gustosa
va el aire vagabundo.

LAS NINFAS, *a Fausto.*

Mejor te sintieras

si aquí recostado
refrigerio dieras
al cuerpo cansado,
y así consiguieras
solaz anhelado:
con nuestros cantares
huirán tus pesares.

FAUSTO

¡Despierto estoy! ¡Oh! Sigan
tan célicos trasuntos
pasando y repasando
ante mis ojos turbios;
tanto prodigio y pasmo
me tienen ya confuso.
¿Son sueños? ¿Son recuerdos?
Feliz otro tiempo hubo
que tuve tantos goces
por entre los arbustos
movidos mansamente,
cruzando sus oscuros
y frescos laberintos.
Deslízanse en su curso
las aguas dando apenas
suavísimo susurro.
De todas partes vienen
cien manantiales, juntos,
formando cristalinos
el baño más profundo,
de niñas, cuerpos blancos
en sus cristales húmedos
refléjanse y en ellos
deleites mil apuro.
Alegres, bulliciosas

se bañan a su gusto;
audaces van nadando
o páranse en un punto
y al fin lid de agua trábase
con grita y con tumulto.
Bastarme deberían
los goces aquí juntos,
mas siempre me lanzo a otros
que al lejos me figuro.
Penetran mis miradas
del bosque en lo profundo
y oculta entre las hojas
la Reina ya columbro.
¡Oh, maravilla! Cisnes,
desde el recinto oscuro,
vienen acá nadando
con majestuoso impulso.
¡Cómo sus testas mueven
y pico en grato grupo
y ledos se adelantan
flotando con orgullo!...
Más altivo y soberbio
hay entre todos uno
que rápido bogando
atrás deja al concurso;
sus plumas se le hinchan
y en el raudal profundo
pintando olas sobre olas
avánzase robusto
hasta el sagrado sitio...
Aquí y allí difusos
los otros van nadando
con su plumaje fúlgido
y en lid brillante luego

espantan todo el grupo
de tímidas doncellas
que olvidan, con el susto,
la Reina, por ganarse
pronto lugar seguro.

LAS NINFAS

¡Dad todas oído!
El plan se estremece
y el bronco sonido
el eco parece
de la uña ligera
de corcel brioso.
¿Quién nuevas nos diera
de él que presuroso
esta noche el mensaje les trajera?

FAUSTO

Paréceme que tiembla
la tierra en lo profundo,
al golpe de los cascos
de un corcel. ¡Qué vislumbro!
¿Querrá mi buena suerte
hoy darme tanto gusto?
¡Oh, sin igual prodigio!
Adelántase seguro
airoso un caballero
que oprime con orgullo
corcel blanco cual nieve...
Su rostro ya columbro:
el hijo es de Filira,
¡honor y prez del mundo!

¡Para, para, Quirón, que hablarte tengo!

QUIRÓN

¿Qué hay?, ¿qué hay?

FAUSTO

¡Detente pues!

QUIRÓN

¡No me detengo!

FAUSTO

¡Pues llévame contigo!

QUIRÓN

¡Monta! Di al punto, amigo,
¿a dónde quieres ir? Puedo pasarte,
si tú quieres, del río a la otra parte.

FAUSTO, *subiendo.*

¡Donde quieras! Seréte agradecido
siempre hombre esclarecido
que maestro se llama
de un pueblo de héroes cuya inmensa fama
los nobles Argonautas empezaron
y los vates unísonos cantaron.

QUIRÓN

¡Por hoy eso no vale!
Palas como Mentor aun bien no sale.
Al fin cada uno vive a su manera
como si nunca aleccionado fuera.

FAUSTO

Al médico que sabe las felices
virtudes de las plantas y raíces;

al que al paciente da salud o calma,
abrazo en cuerpo y alma.

QUIRÓN
Si junto a mí, herían un guerrero,
consejo, ayuda dábale certero;
pero mi arte divino,
en brujas, a parar, y frailes, vino.

FAUSTO
A la mayor grandeza así tú alcanzas:
huyendo de alabanzas,
modesto esparces bienes, quitas males
como si todos fuesen tus iguales.

QUIRÓN
¡Oh! Según el elogio tú preparas,
bien, a pueblos y reyes, adularas.

FAUSTO
Confesarásme sin que vano tú andes
que de tu tiempo viste a los más grandes,
que en hazañas con ellos competiste
y que con semidioses exististe.
Dentro de esas figuras,
¿cuál, como la más grande, conjeturas?

QUIRÓN
Cada Argonauta era,
en su círculo, eximio a su manera;
y las prendas que al uno realzaban,
las faltas de los otros compensaban.
Los Dioscuros triunfantes siempre salen
donde belleza y juventud más valen;

coraje, abnegación, de los Boreades
son las más prominentes cualidades.
De sesudos, juiciosos pareceres
es el fuerte Jasón, grato a mujeres;
sensible y pensativo, con su lira,
a todos, su alma grande, Orfeo inspira;
Linceo, el penetrante, guiar sabe,
por mil peligros, la sagrada nave.
Los riesgos, con la unión así se acaban:
¡lo que el uno hace, los demás lo alaban!

FAUSTO

¡Y nada, nada de Hércules dijiste!

QUIRÓN

No irrites mi dolor; ¡ay de mí, triste!...
A Apolo yo jamás aún visto había
ni a Marte ni a Mercurio conocía,
cuando a mis ojos vino
lo que ensalzan los hombres cual divino.
Rey naciera y es fuerza que se arroben
cuantos contemplan a tan bello joven,
a su hermano obediente
y a la mujer más bella y eminente;
nunca otro igual engendrará este suelo
y no, no es Hebe quien lo eleva al cielo;
por él, en vano, cánsanse las bocas,
por él, en vano, lábranse las rocas.

FAUSTO

Por más que los artistas se atormentan
nunca en su pompa, nunca lo presentan.
Del hombre bello hablaste y más sublime;
algo de la más bella también dime.

QUIRÓN

Belleza mujeril no dice nada,
que a menudo es imagen muy helada;
es por mí cual belleza conocida
la que brota placer y brota vida.
La bella es en sí misma venturosa:
la gracia victoriosa
a todos enajena
como la que llevé, ¡sin par Helena!

FAUSTO

¡Llevástela tú! ¿Cómo?

QUIRÓN

¡Sobre este mismo lomo!

FAUSTO

¡Para más asombrarme,
la dicha de este asiento también darme!

QUIRÓN

¡Como tú, ella me asía la guedeja!

FAUSTO

¡Ya la razón me deja!
Dime cómo, ¿en qué arreo?
Que ella es, ella, mi único deseo.
¿De dónde la llevaste y ¡ay! a dónde?

QUIRÓN

Muy bien a tal pregunta se responde;
su hermanita robada,
fuera por los Dioscuros rescatada
de entre unos forajidos;

estos que no se dan aún por vencidos
se juntan y detrás se precipitan;
el paso ya les quitan,
de Eleusis, los pantanos;
vense allí detenidos los hermanos
y yo nadando paso;
ella en mí, monta al paso
y mis húmedas crines agarrando
me sigue acariciando
y ya después, por el servicio, grata
con dulce faz me trata
y la voz más juiciosa,
¡oh! ¡cuánto era gentil!, ¡cuánto era hermosa!

FAUSTO

¡No más que de siete años!...

QUIRÓN

Engañado un filólogo, a engaños
a ti también te induce;
la mujer se conduce,
en la mitología, por su idea;
el poeta la crea
según los resultados que apetece;
a ser mayor no llega, no envejece
y, siempre de beldad que nos arroba,
de joven se la roba
y años muchos después a amarle obliga;
¡en fin, al vate ningún tiempo liga!

FAUSTO

Ni tampoco encadena
tiempo ninguno a Helena,
fuera del tiempo ¡oh dicha harto rara!

Por eso, en Fere, Aquiles la encontrara
así, su amor logrando,
contra el destino infando.
¿Y no usaré yo, ansioso, de violencia
para dar a ese dechado la existencia?
A ese ser sempiterno
tan grande como tierno,
por igual de los Dioses engendrado,
y tan digno de amor como elevado.
Tú antes la viste; yo la he visto ahora,
hermosa, encantadora
y ansiada como bella;
mis sentidos, mi ser yo tengo en ella;
y a tal imperio cedo,
que vivir sin lograrla ya no puedo.

QUIRÓN

Hombre extraño, encantado estás como hombre
mas no es raro te asombre
este reino de Espíritus: afable
es para ti el instante y favorable,
pues cada año un momento
a Manto me presento;
a la hija de Esculapio soñadora
que al padre siempre implora
para que, por salvar la fama suya,
los médicos instruya
y guíe de tal suerte
que, con menos audacia, den la muerte.
Es la mejor Sibila;
no habladora, benéfica, tranquila
y si ella sus raíces te aplicara,
yo creo te sanara.

FAUSTO

¡Sanar, sanar no quiero!
¡Está mi ingenio entero!
Y si eso fuera dable
sería yo cual todos miserable.

QUIRÓN

¡Anda a la fuente de salud, sagrada!
Bájate pronto, estamos en la entrada.

FAUSTO

Por este lodazal y noche triste,
¿a dónde me trajiste?

QUIRÓN

Aquí, batalla recia,
se dieron Roma y Grecia
entre el Peneo y el Olimpo eterio
por el más gran Imperio
que en la arena concluye.
El burgués grita: «¡Triunfo!» y el Rey huye.
Al rayo de la clara
luna, el eterno templo allí repara.

MANTO, *soñando adentro.*

De un corcel la pisada
hace sonar la tierra consagrada;
¡semidioses nos llegan!

QUIRÓN

¡Sí, si a vernos tus ojos no se niegan!

MANTO, *despertando.*

¡Bienvenido! ¡Cumplir nunca te hostiga!

QUIRÓN

¡Tu templo siempre incólume te abriga!

MANTO

¿Jamás tu pie reposa?

QUIRÓN

Mientras vives tranquila y silenciosa
me place a mí la vida vagabunda.

MANTO

Quieta, sí, porque el tiempo me circunda.
¿Y éste?

QUIRÓN

De esta noche, el torbellino
lo trajo a mi camino;
su juicio se enajena
y loco quiere conseguir a Helena
sin columbrar por dónde se comience;
¡las más famosas, esta cura vence!

MANTO

¡Me inspira amor quien lo imposible anhela!
(Quirón va ya muy lejos.)
¡Entra aquí, atrevido y te consuela!
Esta oscura, fumosa galería
al Tártaro te guía;
y, de Olimpo, a la Corte respetada,
secreta tiene entrada.
Aquí hace tiempo se ocultara Orfeo,
mejor que él, pronto colma tu deseo. *(Bajan.)*

EN LA PARTE SUPERIOR DEL PENEO

Como antes.

LAS SIRENAS

¡Echaos al Peneo!
Nadar aquí conviene
y hacer bien con cantares
a la infelice gente.
¡Salud no hay sin el agua!
Vamos en tropa alegre
corriendo al mar Egeo,
centro de mil placeres. *(Temblor de tierra.)*

Las olas espumantes
sobre sí mismas vuelven
y páranse en su lecho;
el suelo se estremece,
bulle el agua y humean,
trizados de repente,
las márgenes y el fondo.
Huyamos que no puede
a nadie este prodigio
ser de dichosa suerte.

A las marinas fiestas,
oh huéspedes alegres,
volemos allá donde
las olas resplandecen
e hinchándose tranquilas
red a la orilla tejen;
donde la clara luna
alumbra doblemente

y en su rocío santo
empapa nuestras sienes.
Allá la vida es libre,
aquí el suelo se mueve
llenándonos de espanto;
¡fuera quien es prudente!
Recelos y terrores
solo este sitio tiene.

SEÍSMOS, *en lo profundo gruñendo y refunfuñando.*
Mis esforzados hombros
al fin todo lo vencen,
y así llegando arriba
resistir nadie puede.

LAS ESFINGES
¡Qué horrendos movimientos
y ruidos se suceden!
¡Qué horribles sacudones
todo el suelo conmueven
y en contrarios esfuerzos
luchando, lo estremecen!
¡Tortura insoportable!
Pero inmóviles siempre
aquí nos quedaremos
aun cuando se rompiesen
los diques del infierno
y él hasta aquí viniere.

Prodigiosa una bóveda
se alza y un viejo vese,
el mismo que otro tiempo,
por endulzar la suerte
de triste fugitiva,

brotar hiciera de entre
las turbias olas, Delos.
Tiesos los brazos fuertes,
en arco las espaldas
con sus esfuerzos, tiene
de un Atlas la apariencia;
y suelo y tierra y césped
y ciénaga y arenas
y piedras y planteles
que bordan nuestras márgenes
al aire alzando viene,
cruzando el quieto valle
gran grieta ya aparece;
cariátide estupenda
que el peso nunca vence
infatigable eleva
el torso solamente,
que lo demás en tierra
aun escondido tiene
cargando en sus espaldas,
de rocas, masa ingente.
Pero hasta ahí tan solo
llegan tales reveses
pues las Esfinges toman
ya su lugar solemnes.

SEÍSMOS

Yo tan solo el autor fui de todo;
bien, al fin, lo podéis confesar:
¿sin temblores y tantos estragos
mostraría, este mundo, beldad?

¿Cómo en lo alto, estarían los montes,
del magnífico y límpido azul

si, a grandioso y sublime paisaje,
no los alza mi sola virtud?

Con los hijos del Caos pujantes,
mi gran fuerza también se probó
y pudimos jugar, cual se juega
con pelotas, con Osa y Pelión.

Nos cansamos jugando furiosos
con el ansia y ardor juvenil
y cual gorro bifurco pusimos
el Parnaso sobre ambas al fin...

Con el coro de Musas felices
vive Apolo en tan grata mansión
y de Jove y de todos sus rayos
yo también sustentáculo soy.

Con monstruosos esfuerzos ahora
hoy me lanzo de la cavidad
y pretendo a una nueva existencia,
habitantes alegres llamar.

Las Esfinges

¡Antiquísimo, cierto! Se creyera
lo que aquí ya ha salido
si por nosotros visto no se hubiera
cómo del mismo légamo ha nacido.

Espeso bosque por allí se extiende;
prontas muévense roca sobre roca.
A tal cosa una esfinge nunca atiende:
de nuestro asiento nadie nos derroca.

GRIFOS

En pepas y hojas el oro
veo en las grietas brillar.
Que no os roben tal tesoro;
¡sus! ¡Hormigas a excavar!

CORO DE LAS HORMIGAS

Pues los gigantes
alzan el suelo
síganlos pronto
los pies ligeros.
¡Ea!, ¡al trabajo!
En tales tiempos
aun las migajas
tienen su precio.
Aun lo más mínimo
descubrid presto
escudriñando
los agujeros.
En la faena
poned empeño
y las montañas
no os den recelo.
¡Bien está! ¡Y venga
el oro adentro!

GRIFOS

¡Póngase el oro en montones!
Nuestra garra allí pondremos
y así de viles ladrones,
sin llaves, lo guardaremos.

PIGMEOS

Un puesto, sin saber cómo,
hemos tomado por fin.
No nos preguntéis ¿de dónde?,
pues que ya estamos aquí.
Para llevar vida alegre
es bueno todo país;
si se hiende alguna roca
veréis al pigmeo allí.
Cada par listo se afana
y es muy ágil y gentil.
No sé si en el paraíso
también eso fuera así.
Aquí gracias a nuestro arte
cada uno es lo más feliz
y a Oriente y Occidente
la Tierra engendra sin fin.

DÁCTILOS

Si en una noche sola
los chicos nacer deja,
pronto aun a los más chicos
les hallará pareja.

EL MÁS VIEJO DE LOS PIGMEOS

¡Pronto, a sus puestos
es el deber!
¡Pronto, a la obra!
¡La rapidez
supla a la fuerza!
Tiempo hay que os dé
el listo herrero
armas y arnés

para un ejército
en pie poner.

Y vos, hormigas,
yendo en tropel,
muchos metales
siempre traed.
Pequeños Dáctilos,
vos cuidaréis
de leña seca
aquí poner.
La pira juntos
atizad bien
creando llamas
y cuidad que
salgan carbones
para encender.

El Generalísimo

Con flechas y arco
¡ea!, ¡acorred!
En ese estanque
id a correr
las muchas garzas
que allí se ven
tan orgullosas;
¡id de una vez!
Todos unidos
vamos en tren
de guerra prontos
para vencer.

Las Hormigas y los Dáctilos

¿Quién nos salvará?
¿Quién lo hará, quién?
Tan pronto el hierro
no hacemos ver
cuando cadenas
forjan con él.
Para soltarnos
aún tiempo no es
y así flexibles
por eso sed.

Las Grullas de Íbico

¡Gritos de muerte y quejidos!
¡Qué angustioso aletear!
¡Qué sollozos, qué alaridos
nos vienen aquí a alcanzar!

La sangre el lago enrojece;
todas cadáveres son
y de la garza perece
en ignominia el blasón.

De estas enemigas fieras
sabeos siempre guardar,
oh vosotras compañeras,
peregrinas de la mar.

Vengadnos; que nuestra injuria
por siempre la vuestra sea;
no ahorréis sangre ni furia;
¡guerra eterna a tal ralea!

(Graznando dispérsanse por los aires.)

MEFISTÓFELES, *en la llanura.*

Siempre a las brujas del norte
conducir supe a mi agrado;
pero, con estos espectros
extranjeros, yo no me hallo.
Uno en Blocksberg no se pierde
y bien sale en todo caso;
Madama Ilse por nosotros
la guardia hace en su peñasco
y en sus alturas *Enrique*
alegre se está gozando.
Los roncadores al yermo
dan con su ronquido espanto,
pero todo lo que se hace
queda hecho para mil años.
Pero aquí, ¿quién está cierto
de que no se hará pedazos
el suelo sobre que pisa?
Por ameno valle vago
y de repente se enalza
un monte sobre mi llano,
no un gran monte es cierto, pero
bastante alto sin embargo
para ocultar mis Esfinges...
Por aquí aun va serpeando
fuego y con su luz las llamas
dan al valle aspecto raro...
Todavía pasa en baile
haciéndome mil halagos
esa tropa juguetona
que a amar anda convidando.
¡Vamos! Sí, pero con tiento,
a agarrar acostumbrados

en cualquiera parte, siempre
queremos agarrar algo.

LAS LAMIAS, *tirando a Mefistófeles hacia ellas.*
¡Pronto más lejos
y más veloz!
Hay después tiempo
y hay ocasión
para hacer cuanto
juzgue mejor.
Es tan gustoso
traer a nos
algún antiguo
duro bribón;
sus pies son plomo
con el temor
y viene apenas
a la expiación
con mil tropiezos,
llanto y dolor.
Así se arrastra
cuando veloz
nuestra banda huye
que lo halagó.

MEFISTÓFELES, *quedándose tranquilo.*
¡Maldita suerte! ¡Ludibrio
tan solo de los engaños!
Llega uno a viejo, pero
¿quién, pues, llega a ser sensato?
Ya de ti, loco, ¿bastante,
bastante no se burlaron?
Toda esta gente, por cierto,
es menos que un estropajo;

cuerpos muy bien revestidos,
rostros muy bien afeitados,
donde quiera que se toquen
no se encuentra nada sano:
¡todo es pudrición tan solo!
Lo sabemos, lo tocamos
y cuando suena la gaita,
todos, todos sin embargo
en el baile nos metemos.

LAMIAS, *deteniéndolo.*
Quieto se está meditando;
para que no se nos huya
por el frente circundadlo.

MEFISTÓFELES, *adelantándose.*
En la red de incertidumbres,
loco, no te pierdas, ¡vamos!
Porque si no hubiesen brujas,
¿quién diablos sería Diablo?

LAMIAS, *con la mayor gracia.*
Al héroe rodeemos todas;
por alguna, enamorado,
al fin latirá su pecho.

MEFISTÓFELES
A cierta luz, yo reparo
que parecéis niñas lindas
y vuestra censura no hago.

EMPUSA, *entrando de prisa.*
¡Ni la mía hagáis tampoco!
¡Oh! ¡Recibirme dignaos!

LAMIAS

De más está entre nosotras
y nos es, en todo, embarazo.

EMPUSA, *a Mefistófeles.*

¡Salud de su prima Empusa,
su amiga de Pata de Asno!
¡Salud al querido primo
el de Pata de Caballo!

MEFISTÓFELES

Cuando yo solo creía
encontrarme con extraños,
héteme ya que me encuentro
con parientes bien cercanos;
lo mismo es siempre: parientes
del Harz a la Hélade hallamos.

EMPUSA

Yo sé obrar muy decidida;
cuando quiero, formas cambio
y púseme, en honra suya,
esta cabecita de asno.

MEFISTÓFELES

Noto que aquí el parentesco
tiene gran significado;
mas suceda lo que quiera,
¡no acepto la testa de asno!

LAMIAS

Deja esa sucia que espanta;
lo que hay de bello y de grato,

lo más lindo y más gustoso
se disipa a su contacto.

MEFISTÓFELES

De estas primitas cenceñas
y tiernas yo sospecho algo
y tras la tez sonrosada
recelo horrorosos cambios.

LAMIAS

¡Prueba, pues, que muchas somos!
¡Ase! Y si es feliz tu mano
sacarás el mejor lote.
¿Qué dice ese alegre canto?
Eres pobre pretendiente
que haces rueda como el pavo
contoneándote orgulloso...
Ya a nuestras filas ha entrado:
¡máscaras fuera, y recíbanos,
como somos, en sus brazos!

MEFISTÓFELES

Elegíme la más bella... *(Abrazándola.)*
¡Ay de mí! ¡Que es seco palo! *(Agarrando a otra.)*
¿Y ésta?... ¡Qué cara tan fea!

LAMIAS

¿Mejor mereces acaso?

MEFISTÓFELES

Me agarraré la chiquita...
Deslizóse cual lagarto
de entre mis dedos, y sierpes
son esos cabellos lacios.

Pero, en fin, aquella larga
agarraremos en cambio...
¡De cabeza, sirve el puño
del bastón que me he agarrado!
¿A dónde ir?... Hay una gorda
que tal vez me dé buen rato;
¡es la última tentativa!
Cuerpo bien fofo, bien graso
cual los que los orientales
pagan a precios muy altos...
¡Ay! ¡Pártese en dos la bola!

LAMIAS

¡Volad, flotad, separaos!
Rodead en negras bandas,
rápidas como los rayos,
a ese vástago de brujas
que hasta aquí entrar ha logrado.
Nuestros círculos, seguros
no son, pero dan espanto.
¡Sin ruido volad, murciélagos!
Y aun sale sin mucho daño.

MEFISTÓFELES, *sacudiéndose.*

Por lo visto, yo, en prudencia,
no he hecho muchos adelantos;
en el Norte y aquí, absurdos,
y aquí como allá, bien malos
los espectros y sin gusto
las gentes como sus bardos.
Esta es una mascarada
cual la que siempre danzamos.
Linda cara asía y era
el más horrendo espantajo...

¡Con gusto yo me engañara
si más durase el engaño!
(Entrándose por entre las rocas.)

¿Dónde estoy? ¿De aquí cómo irme?
Donde vi camino llano
veo ora monstruosidades;
no vi ningún embarazo
y todo es ahora quiebras.
Subo inútilmente y bajo
en busca de mis Esfinges
y a mis Esfinges yo no hallo.
No me creía tan tonto;
¡que así me hayan levantado
todo un cerro en una noche!
Estas muestras, sí, proclamo
de buenos brujos que tienen
su Blocksberg siempre a la mano.

OREAS DE ROCA NATURAL

Está mi vieja montaña
en su primitivo estado.
Subid y honrad la aspereza
del más nuevo y joven vástago
del Pindo. Yo vi así inmóvil
a Pompeyo derrotado.
Aquí las sombras se borran
al cacareo del gallo.
Muchos cuentos de esa clase
brotar, nacer he mirado
pero también al instante
en nada se disiparon.

MEFISTÓFELES

Oh, dignísima cabeza
que sombrean troncos altos
de encina, yo te saludo.
De luna, el fulgor más claro
no penetra en tus tinieblas...
Pero una luz va brillando,
no muy viva, por el bosque.
¡Vaya! ¡Lo que hace el acaso!
Es Homúnculus y ¿a dónde
vas de camino, muchacho?

HOMÚNCULUS

Yo vuelo de sitio en sitio
y fuera más de mi grado
nacer, en el buen sentido,
mi vidrio haciendo pedazos
de impaciencia. Mas lo visto
hasta aquí me causó espanto.
Después de todo, y yo de esto
solo en confianza te hablo,
a dos filósofos sigo
que dicen a cada paso:
«¡La madre naturaleza!»
Perderles no quiero el rastro,
porque ellos el ser terrestre
deben de conocer harto
y así aprenderé cuál sea
de mi vida, al fin, el blanco.

MEFISTÓFELES

¡Haz eso por ti tan solo!
Do se ven espectros raros
el filósofo bien vive

y, por cientos, para agrado,
los crea al mismo momento,
su favor y arte mostrando.
Tú no adquirirás tu juicio
sin errar a cada paso
y pues que nacer ya quieres
sea por tu propia mano.

HOMÚNCULUS

¡Gracias! Los buenos consejos
no son hoy de despreciarlos.

MEFISTÓFELES

¡Anda, pues! En otra parte
volveremos a explicarnos. *(Sepáranse.)*

ANAXÁGORAS, *a Tales.*

¡Oh!, tu tenacidad ceder no quiere;
¿serán precisas aun mayores pruebas?

TALES

Fácil la ola se inclina a todo viento,
mas se retira de la dura piedra.

ANAXÁGORAS

¡Solo el fuego es origen de esta roca!

TALES

¡La vida en la humedad no más se crea!

HOMÚNCULUS, *entre ambos.*

Permitidme marchar a vuestro lado,
pues a la vida yo salir quisiera.

ANAXÁGORAS

¿En una noche, Tales, tú del lodo
harás brotar montaña como es esta?

TALES

No se ciñe ni a días ni a momentos,
en su viviente acción, naturaleza;
según su ley, cada figura forma
y no usa, ni en lo grande, de violencia.

ANAXÁGORAS

¡Aquí la uso! Plutónica energía,
densos vapores que su fuerza inmensa
chocan la débil costra de este suelo,
rasgaron dando al monte su existencia.

TALES

De eso, ¿cuáles serán los resultados?
¡Él allí está! Y cierto es buena muestra.
En tal disputa se malgasta el tiempo
haciendo mofa de las gentes cuerdas.

ANAXÁGORAS

Pronto, el monte brota Mirmidones,
que de las rocas vivan en las grietas,
y pigmeos, hormigas, pulgarcillos
y otras cosas, activas si pequeñas.
(A Homúnculus.)
Por lo grande jamás tú te afanaste;
viviste siempre en cárcel bien estrecha;
si tú puedes al mando acostumbrarte,
yo haré, de Rey, te ciñan la diadema.

HOMÚNCULUS

¿Qué dice Tales?

TALES

Yo nada te aconsejo;
pequeña acción la pequeñez engendra;
con lo grande, lo chico se engrandece;
ve, mira, esa, de grullas, nube negra.
Amenaza a la gente sublevada
y con el Rey también lo mismo hiciera.
A los pobres pigmeos hieren, matan
con sus agudos picos y sus serras;
ya se columbra el hórrido destino.
A las garzas que hacían una fiesta
en dulce paz, mató tremendo crimen;
mas la lluvia de muerte, una cosecha
de venganzas al punto brotar hace,
de los parientes el furor despierta
y sed de la cruel sangre de pigmeos.
Lanza, yelmo y broquel, ¿para qué emplean?
¿De qué sirve al pigmeo su penacho?
¡Los dáctilos y hormigas la lid dejan!
¡Ya el ejército oía y medroso huye!

ANAXÁGORAS, *después de una pausa; con solemnidad.*

Lo que hay en las entrañas de la tierra
pude hasta aquí alabar; en este trance
me dirijo a las límpidas esferas...
A ti que no caducas y que tienes
tres nombres y figuras; a ti, eterna,
clamo en el infortunio de mi pueblo.
¡Hécate, Luna, Diana! Tú que llenas
de brío el corazón y das al alma

juicio y que, poderosa, mas serena,
brillas, abre tus simas tenebrosas
y exhibe, sin encantos, tu potencia. *(Pausa.)*

¡Oh! ¡Muy pronto mis súplicas se oyeron!
¿Y mi ruego tal vez, naturaleza
perturbó en esas cumbres elevadas?
Siempre más y más grande ya se acerca
el ovalado trono de la Diosa
que por grande y tremendo el ojo aterra.
Su esplendor en lo oscuro se enrojece...
¡Ah! ¡No te acerques más, que destruyeras,
oh disco amenazante, mar y playas!
¿Sería, pues, verdad que de tu senda
te desviaran, con mágicos cantares,
de Tesalia, las torvas hechiceras?
¿Que te arrancaran daños espantosos?...
La débil media luna se sombrea,
la oscuridad se rasga de repente
y en rayos y relámpagos revienta.
¡Qué fragor! ¡Qué silbido! En la borrasca,
sonantes, rayo y trueno se entremezclan.
Ante tu trono, humilde yo me postro...
¡Perdóname! ¡Yo atraje esa fiereza!
(Échase de bruces.)

TALES

¡Este hombre, lo que pasa, ni ve ni oye!
No me explico yo bien lo que acontezca,
pero sus sensaciones no he tenido.
Confieso no entender las cosas estas;
mas, como antaño en el lugar que suele,
la luna está meciéndose muy leda.

HOMÚNCULUS

Pero mira al lugar de los pigmeos:
puntiagudo está el monte que antes era
redondo. Un espantoso ruido forma,
de la luna al caer, la inmensa piedra
despachurrando a todos sin cuidarse
que amigos o enemigos ellos sean.
Pero la habilidad, con gusto alabo,
que solo en una noche activa crea
por la ancha superficie y por el fondo
tan grande laboreo.

TALES

¡Asombros deja!
Costó solo pensarlo. ¡Que se vaya
tal progenie! Bueno es que rey no fueras.
Vamos, del mar, a las alegres danzas
que allí prodigios se honran y se esperan.

(Aléjanse.)

MEFISTÓFELES, *trepando por el lado opuesto.*

¡Vaya! Yo que trepar tengo
por estas pendientes rocas
y por las tiesas raíces
de estas encinas añosas.
En mi Harz siempre sombrío,
buena pez el aire aroma
y a más un poco de azufre...
Pero de tan buenas cosas
no hay rastros casi en los griegos;
por eso quisiera ahora
saber cómo mantendrían
las llamas devoradoras
y las penas infernales.

LAS DRÍADAS

Sabio entre tus compatriotas
serás, pero aquí gran juicio
en ti, por cierto, no asoma.
En tu país, tú no debes
tener puesta la memoria
ni las sagradas encinas
adorar como allá adoran.

MEFISTÓFELES

Con dolor siempre se piensa
¡ay! en lo que se abandona.
Y lo que éramos costumbre
en Edén se nos transforma.
Pero dime, ¿en esa cueva,
qué es eso que entre las sombras
en tres pliegues se acurruca?

LAS DRÍADAS

¡Son las Fórcidas! Osa
ir a su sitio y hablarlas
si tanto horror no te agobia.

MEFISTÓFELES

¡Por qué no! ¡Veo y me pasmo!
Aunque tenga vanagloria,
es preciso confesarlo,
nunca faz tan horrorosa
vi nunca. Y muy atrás dejas
nuestras más horribles formas...
Por mirar esta tríada,
¿veránse acaso más hórridas
las no rechazadas culpas?
Al umbral de las más hondas

moradas de nuestro infierno
no hay imágenes tan torvas;
y se miran en la tierra
de la belleza y se loan
como antiguos monumentos...
¡Se mueven, silban, se tornan
los murciélagos-vampiros,
en busca de mi persona!

FÓRCIDAS

Dadme el ojo, oh mis hermanas,
para ver quién entrar osa
en nuestro templo.

MEFISTÓFELES

¡Excelencia!
Permitid me acerque y coja
de vos triples bendiciones.
Cierto, soy para vosotras
tan solo un desconocido,
mas, si no yerro, me abona
un lejano parentesco.
Las deidades de más nota
yo he visto y ante Ops y Rea
doblé frente respetuosa
y, ayer o anteayer, el gusto
tuve de ver, en persona,
las Parcas vuestras hermanas;
mas, nada como vosotras
nunca vi; yo callo al veros
y el regocijo me arroba.

FÓRCIDAS

A este Espíritu parece
que la inteligencia sobra.

MEFISTÓFELES

Yo no sé explicarme cómo
ningún poeta os elogia.
Decidme, ¿cómo esto sucede?
Nunca vuestra faz hermosa
vi copiada y vos debierais,
de los cinceles ser la obra;
¡y no Palas, Juno o Venus!

FÓRCIDAS

Tranquilas viviendo y solas
en profunda noche, nunca
pensamos en tales cosas.

MEFISTÓFELES

¿Cómo pensarais? Tan lejos
del mundo, viviendo en sombras
a nadie veis, nadie os mira.
Debierais vivir en otras
partes donde en igual sitio
se ostentan el arte y pompa;
donde, cada día, un héroe,
del mármol, a vida brota;
donde...

FÓRCIDAS

Calla, no las ansias
nos incitéis. ¿Qué se logra
con que mejor lo sepamos?
Nacidas entre las sombras,

criadas en perpetua noche,
a todos somos ignotas
y aun casi a nosotras mismas.

MEFISTÓFELES

Nada digo a tal historia;
pero yo sé que uno mismo,
si quiere, a otro se transporta.
Un ojo y un diente bastan
para vuestras tres personas
y no a la Mitología
un mal fuera que vosotras
en dos a las tres juntaseis
y a mí la tercera copia
me prestaseis corto tiempo.

UNA DE LAS FÓRCIDAS, *a las otras.*

¿Qué os parece? ¿Os acomoda?

LAS OTRAS

¡Bueno! ¡Mas sin diente ni ojo!

MEFISTÓFELES

Lo mejor no se me otorga;
mas, ¿de qué modo, la imagen
perfecta vuestra se logra?

UNA DE LAS FÓRCIDAS

Cierra un ojo y el colmillo
luego saca de la boca
y de perfil tanto, tanto
semejarás a nosotras
que pasarás por hermana.

MEFISTÓFELES

¡Sea, pues! ¡Sea en vuestra honra!

FÓRCIDAS

¡Sea así!

MEFISTÓFELES, *apareciéndose de perfil como Fórcida.*

¡Al hijo del Caos
cata aquí en completa forma!

FÓRCIDAS

Como a las hijas del Caos,
todos, culto, nos otorgan.

MEFISTÓFELES

¡Oh vergüenza! ¡Hermafrodita
van a apellidarme ahora!

FÓRCIDAS

Esta nuestra hermana cuarta,
qué bonita es y qué hermosa.
De dos ojos y dos dientes
disponemos.

MEFISTÓFELES

Que me esconda
es preciso porque diera
miedo a la diablada toda. *(Sale.)*

ENSENADA ROCOSA DEL MAR EGEO

La Luna fija en el cenit.

SIRENAS, *recostadas en las rocas,*
tocando la flauta y cantando.

Si antes, en noches hórridas,
atrájote el encanto
de brujas de Tesalia
que a todo daba espanto,
¡oh luna, con su horror!

Ahora mira plácida,
del cielo vasto y frío
y sobre el mar que yérguese
lanza de luz un río
que ahogue su terror.

Aquí, llenas de júbilo,
oh diosa, nos divisas
y siempre, luna fúlgida,
a ti, siervas sumisas,
pedimos tu favor.

NEREIDAS Y TRITONES, *como monstruos marinos.*

De las cavernas, rápidas
salid, seres marinos,
que los agudos trinos
sacuden el ancho mar.

De la borrasca huímonos
a sitios sosegados
y henos aquí arrastrados
por célico cantar.

Mirad cómo magníficos,
tanta gentil presea
de engaste el más espléndido
a todos nos arrea
con oro y con rubí.

¡A vos, todo debémoslo!
Trajisteis gran tesoro
causando mil naufragios
con el cantar sonoro;
de esta ensenada lúgubre
los genios sois así.

SIRENAS

Sabémoslo. Ya impávidos
los peces atraviesan
el mar y se embelesan
en goces sin temer,

de vuestras filas móviles,
los grupos tan preciados,
si son más que pescados
queremos hoy saber.

NEREIDAS Y TRITONES

Antes que aquí viniéramos
muy bien lo calculamos;
hermanos, ¡ea, vamos
con toda rapidez!

Hoy solo necesítase
excursioncita nueva
para completa prueba
que somos más que pez. *(Aléjanse.)*

SIRENAS

A Samotracia, rápidos
van con los aquilones;
de los Cabiros místicos,
en las altas regiones,
¿qué irán pues a emprender?

¡Son dioses! ¡Siempre incógnitos!
Ellos mismos viviendo
se están reproduciendo
y nunca, jamás sábese
cómo y cuál es su ser.

Graciosa, luna plácida,
¡oh, quédate en tu altura!
Benigna pues protégenos
dándonos noche oscura
contra el amanecer.

TALES, *en la playa a Homúnculus.*

Gusto, al viejo Nereo, de llevarte;
su caverna, de aquí, lejos no está
aunque tiene bien dura la cabeza
y mira con horror la humanidad;

colérico es, mas todos le respetan;
cuando descubre sabio el porvenir
acátanlo y a muchos hizo bienes.

HOMÚNCULUS

¡Llamemos! ¡Vidrio y llama han de servir!

NEREO

¿Es voz humana la que estoy oyendo?
¡Cómo me hierve de ira el corazón!
¡Afanarse por ir hasta los dioses
y verse siempre siendo lo que soy!

Mucho ha que como un dios yo descansara,
mas quise siempre lo mejor hacer,
y si miro a los actos realizados
es cual si nada realizara bien.

TALES

Viejo del mar, en ti todos se fían;
sin nada, oh sabio, no nos dejes ir.
Mira esta llama con aspecto humano,
¡toda se entrega a tu consejo, a ti!

NEREO

¡Consejo! ¿Cuándo lo apreciará el hombre?
Para sabia palabra oídos no hay
y aunque se le censuren sus acciones
continúa en sus vicios cada cual.

Con qué ternura no advertí yo a Paris
de no arrebatar a otro su mujer;
en la ribera desoyó soberbio
lo que del porvenir yo le anuncié;

el aire humeando, sangre en anchos ríos,
fuego doquier y muerte y destrucción
y el fin de Troya en ritmo embalsamada.
Pasmo dando a los hombres y pavor,

fue burla del audaz, la voz del viejo,
su crimen tuvo Troya que expiar:
cadáver gigantesco, en él, del Pindo,
las águilas cebándose aún están.

A Ulises no anunció los duros lances
del Cíclope y de Circe el tosco ardid.
La ligereza de los suyos todos
y su tardar, ¿sacó provecho al fin?

Después de ser ludibrio de las olas
el mar a playa amiga lo llevó.

TALES

Eso atormenta al sabio, pero nunca
jamás se cierra al bien su corazón,
la menor gratitud lo satisface
y no se acuerda del que ingrato fue.
No te pedimos poco; este muchacho,
por el modo mejor, quiere nacer.

NEREO

¡No me enturbiéis mis más gustosos ratos
que hoy yo me siento de muy buen humor!
Gracias del mar, mis hijas, las Doridas
deben venir llamadas por mi voz.

Ni el Olimpo ni el globo no tuvieron
tal belleza y gentil agilidad;
del dragón al caballo de Neptuno
pasan con el más plácido ademán;

blanquizca, elevándose su espuma
las olas conmuévense de amor:

en la concha de Venus refulgente
ya Galatea viene en su esplendor;

quien desde que el suelo dejó Cipris,
adorada es en Pafos cual deidad.
Y así posee la más bella el templo,
el carro y el amor de la ciudad.

Odio en el corazón, ira en los labios,
no sientan hoy al paternal placer;
id a Proteo y preguntadle cómo
se nace y se transforma uno también.
(Aléjase yéndose hacia el mar.)

TALES
Con este paso, nada hemos ganado;
si hallamos a Proteo ya verás
cómo se nos escurre y si se para,
de pasmo y confusión nos llenará.
Mas como necesitas sus consejos,
hacia su casa habremos pues de andar. *(Aléjanse.)*

SIRENAS, *en lo alto de las rocas.*
¿Qué es lo que a verse llega
el piélago cruzando?
Cual vela que se pliega
al viento suave y blando,

transfiguradas vemos
las diosas de la mar.
¡Al punto allá bajemos
sus voces a escuchar!

NEREIDAS Y TRITONES

Lo que vamos llevando
dará a todos placer,
el ojo deslumbrando
luce el ancho broquel.
¡Ved! Dioses os traemos;
¡himnos alzad doquier!

SIRENAS

Pequeñas de figuras,
mas grandes de poder,
salvadores de náufragos,
dioses que edad oscura
adorara al nacer.

NEREIDAS Y TRITONES

Los Cabiros traemos
a fiesta de alma paz;
en donde obrar los vemos
será siempre magnánima
de Neptuno la faz.

SIRENAS

Vamos tras vuestra huella;
cuando vosotros veis
que una nave se estrella,
con mano siempre enérgica
los hombres protegéis.

NEREIDAS Y TRITONES

A tres solo trajimos;
no nos quiso, colérico,
el cuarto, acompañar;
y de él también supimos

que él obligado víase
por todos a pensar.

SIRENAS

Un dios a un dios extraño
es pura necedad;
de todos ellos témase
la cólera y el daño
y se ame la bondad.

NEREIDAS Y TRITONES

¡Son propiamente siete!

SIRENAS

¿Dó están pues los demás?

NEREIDAS Y TRITONES

Responder no compete
a nosotros; conócelo
el Olimpo quizás;
también allí el octavo
en quien nadie pensó
está. Sea benéfico
a aquel que como esclavo,
sus gracias anheló.

Estos incomparables
más lejos siempre van;
lo que jamás alcánzase,
con ansias inefables
queriendo siempre están.

LAS SIRENAS

Nada nos importuna
do Dios y altares son;

en el sol y en la luna
su premio, igual al mérito,
recibe la oración.

NEREIDAS Y TRITONES

Nuestro nombre, elevado
al cielo se verá
porque hemos preparado
esta fiesta, quizá.

SIRENAS

A los antiguos héroes,
por sus grandes victorias,
no faltan nunca glorias
ni gran admiración;
los Cabiros, vos ganasteis;
aquellos, el Toisón. *(Repítese en coro.)*

TODOS

Los Cabiros, vos ganasteis;
aquellos, el Toisón.
(Las Nereidas y los Tritones siguen adelante.)

HOMÚNCULUS

Esos monstruos estoy contemplando
cual vasijas de barro muy sucio:
en sus bordes los sabios quebrantan
con furor sus caletres tan duros.

TALES

Eso buscan. El moho tan solo
da a medallas el precio y el gusto.

PROTEO, *sin ser visto.*
¡Viejas fábulas cuánto me agradan!
Más creíbles si menos en uso.

TALES
Oh Proteo, ¿dó estás?

PROTEO, *hablando como ventrílocuo de cerca o de lejos.*
¡Yo aquí! ¡Mira!

TALES
Yo tu antiguo burlar no censuro.
Mas, a amigos ahórrales bromas;
me hablas tú de un lugar que no es tuyo.

PROTEO, *como desde lejos.*
¡Adiós pues!

TALES, *bajo a Homúnculus.*
¡Cerca está! ¡Brilla claro!
Más que un pez es curioso el astuto
y, cualquiera que sea su forma,
a él la llama es un cebo seguro.

HOMÚNCULUS
Lanzaré yo más luz pero el vidrio
es preciso cuidar siempre mucho.

PROTEO, *en forma de un gigantesco galápago.*
¿Qué difunde tan gratos fulgores?

TALES, *ocultando a Homúnculus.*
¡Bien! Si verlo más cerca es tu gusto

lo obtendrás con muy poco trabajo;
basta que hombre te muestres al punto.
Con licencia, se ve, de nosotros,
lo que ahora tenemos oculto.

PROTEO, *en gallarda figura.*
¡Los ardides muy bien tú conoces!

TALES
¡Cambiar formas es siempre tu júbilo!
(Descubre a Homúnculus.)

PROTEO, *pasmado.*
¡No vi nunca un pigmeo luciente!

TALES
Por consejos, recorre este mundo
pues quisiera nacer. Por él mismo
he sabido, y con esto me ofusco,
que él a medias tan solo naciera.
No le falta, es verdad, don alguno
del Espíritu, pero no tiene
materiales, visibles recursos.
Hasta ahora ese vidrio tan solo
le da peso y tendría el más sumo
regocijo en ganar cuerpecito.

PROTEO
Que eres hijo de virgen, no dudo,
porque aun antes de ser tú ya fuiste.

TALES, *bajo.*
¡Otro lado hay más crítico y mucho!
Pues tal vez que será hermafrodita.

PROTEO

Atendido el anhélito suyo,
serále eso un auxilio. No es tiempo
de pensar ni de hablar muy sesudos;
¡en el mar es preciso que empieces!
Uno empieza en el océano tan profundo
por ser chico y se traga al más chico
por comida con júbilo sumo;
poco a poco se crece y bien pronto
se completa el más célico busto.

HOMÚNCULUS

Sopla un aire bien suave y me place
respirar este aroma tan puro.

PROTEO

Ya lo creo; y después, gentil niño,
sentirás todavía más gusto
en la estrecha Península donde
los vapores se enalzan fecundos;
las materias que tanto anhelamos
en montón ya flotando columbro.
¡Vamos pues!

TALES

¡Yo también!

HOMÚNCULUS

¡Oh, de Espíritu
proceder misterioso y oscuro!

Los Telquinos de Rodas, montados en Hipocampos y Dragones Marinos, blandiendo el tridente de Neptuno.

En Coro

Nosotros forjamos el fuerte tridente
con el cual Neptuno aplaca la mar.
Si el Tonante nubes hinchadas consiente
replica Neptuno con bronco bramar;
y como serpea el rayo terrible,
vese ola tras ola de lo hondo saltar,
y por más que dure la lid tan horrible
se va en las honduras por siempre a acabar;
como hoy nos dio el cetro, por eso con júbilo
podemos, gozosos, risueños estar.

Sirenas

Vos, a Helios consagrados,
del claro día envidiados,
con salud todos seáis
los que a la luna, callados,
acatamiento otorgáis.

Telquinos

Oh, Diosa adorable que en lo alto siempre oyes
gustosa las loas que a tu hermano dan;
a la feliz Rodas, atenta tú escuchas,
que siempre le eleva gozoso Peán.

Cuando empieza el día, mirándonos brilla
con ojos de fuego henchidos de amor;
montañas, ciudades, las olas y orilla
placen al Dios llenas de gracia y fulgor.
Se borra la bruma, un rayo rebrilla
y la isla se muestra con todo esplendor.

El Dios allí vese en mil variedades,
ya joven, gigante, benigno y gentil.
Nosotros, sí, fuimos lo que a las Deidades
primero acordamos humano perfil.

PROTEO

¡Que himnos canten y grandes loores!
Los sagrados, del Sol, resplandores
a las piedras iguales no son.
Sin cesar, muertas formas fundiendo,
y en el bronce mezcladas las viendo,
que es fecunda imaginan su acción.

¿Tanto orgullo en qué al cabo concluye?
Dioses eran de mucha altivez...
Un temblor viene al fin, los destruye
y fundidos se ven otra vez.

Como sea, la marcha del mundo
es tan solo combate iracundo
que no llega jamás a su fin.
Mejor la agua a la vida le prueba:
a las aguas eternas te lleva
en sus hombros, Proteo-Delfín. *(Transfórmase.)*

¡Hecho está! Tú verás pronto cómo
lo que quieres vendrá a resultar;
en mis hombros ahora te tomo,
te desposo al vivífico mar.

TALES

¡La creación recorriendo en tu vuelo
grado a grado remonte tu anhelo!

¡Listo está para rápida acción!
Moveráste según sabias normas
y pasando por miles de formas,
de ser hombre tendrás ocasión.
(Homúnculus monta sobre Proteo-Delfín.)

PROTEO
Ven resuelto a la fría llanura
que tú allí vivirás con holgura,

con placer moveraste tú allí.
Lo más alto, envidioso no veas
porque, cuando al fin hombre tú seas,
concluirás, y ¡ay! entonces de ti.

TALES
En su edad ser un hombre virtuoso
es ser algo de noble y honroso.

PROTEO, *a Tales.*
¡De tu especie, oh buen Tales, quizás!
Un momento tal vez uno dura;
en región de las sombras, oscura
hace siglos y siglos que estás.

SIRENAS, *en las rocas.*
¿Qué nubes numerosas
la clara luna cúbrennos?
Palomas amorosas
con alas, cual luz, nítidas,
las que las forman, son.

Ha Pafos enviado
todas sus aves férvidas;

la fiesta se ha colmado;
toda es placer y júbilo
y luz y animación.

NEREO, *a Tales, que entra.*
Llamó un viajero nocturno
esta luna, una ilusión;
mas nosotros los Espíritus
tenemos a nuestro turno
la única buena opinión:

son palomas que volando
por sobre el túrgido mar
van, entre perlas y nácares,
a mi hija acompañando
según normas antiquísimas,
con prodigioso volar.

TALES
Cual mejor por mí es tenido
lo que al buen hombre conviene
cuando en quieto y grato nido
como un santo se mantiene.

PSILOS Y MARZOS, *en caballos, vacas y carneros marinos.*
En las cavernas de Chipre
que el Dios del mar nunca cubre
y que Seísmos en sus rocas
macizas jamás sacude,
como en los antiguos tiempos,
envueltas por el perfume
suave del aire, guardamos
respetuosas siempre inmune

de Venus el carro; y cuando
la noche blanda bulle,
en él llevamos por entre
las olas que mansas mugen
la nueva prole invisibles,
la hija que iguales no sufre;
no nos intimidan águilas,
alados leones, cruces
ni lunas; ni que allá arriba
moren, manden o se muden
nos importa; ni que a muerte
unos coléricos luchen
ni que semillas y pueblos
en nada se desmenucen.
Llevar a nuestra ama bella
solamente nos incumbe.

SIRENAS

Con pies medidos, rápidos
junto al carro, tranquilas,
formando estrechos círculos,
revueltas o ya en filas
venid y os acercad
robustas Nereidas;
si enérgicas siempre plácidas
o vos, tiernas Doridas,
a Galatea, copia
materna, presentad;
serias cual las que póstranse
ante los inmortales,
pero llenas de gracia
tal como las mortales
de espléndida beldad.

DÓRIDAS, *en coro pasando delante de Nereo, todas en sendos delfines.*

Tu luz, oh Luna, imploramos
para estos grupos gozosos.
Pues humildes hoy mostramos,
al padre, nuestros esposos. *(A Nereo.)*

Son niños que defendimos
de la mar embravecida;
entre juncos los pusimos
para que cobrasen vida;

y con besos ardorosos
pagarán nuestros cuidados,
por ti sean los hermosos
con cariño saludados.

NEREO

Es doblada ganancia tener
en piedad a la vez un placer.

DÓRIDAS

Toda nuestra dicha otórganos
si ensalzas, padre, esta acción;
y por premio, pues, consiente
que estrechemos siempre jóvenes
sus pechos eternamente
contra nuestro corazón.

NEREO

De tal presa debéis alegraros;
llegue el mozo por vos a hombre ser;
pero yo no podría acordaros
lo que solo es de Jove el hacer.

El tenaz, firme amor no aconsejan
esas olas que os saben mecer;
si una vez esos gustos os dejan
en la playa queredlos poner.

DÓRIDAS

Lindos niños cuánto os quisimos;
mas nos vamos a separar;
eterna constancia pedimos
y no nos la quisieron dar.

JÓVENES

Si como nos habéis tratado
nos debierais aun de tratar,
por haber tal dicha gozado
¡no queremos mayor gozar!

(Galatea, en el carro de nácar se acerca).

NEREO

¡Eres tú mi alborozo!

GALATEA

¡Oh delfines, parad!
¡Padre mío, qué gozo!
¡Me encadena esta vista en verdad!

NEREO

¡Ya pasan adelante
en revuelta feral confusión!
¡No los para un instante
la interior y cordial emoción!

¡Si, ay, a ellos me juntara!
Una sola mirada de amor,
¡ah!, cuántos no endulzara
momentos de dolor.

TALES

¡Gloria, gloria de nuevo!
Conmovido yo llevo

dentro el alma belleza y verdad...
Todo, todo del agua nos viene;
todo el agua conserva y mantiene.
Mar, tu acción siempre viva nos dad.

Si nubes no enviaras,
si arroyos no arrojaras,

si no hicieras los ríos girar
y al torrente su lecho profundo,
¿en qué montes y llanos y mundo
vendrían a parar?

Se mantiene por ti, se renueva
la vida universal.

ECO, *coro de todo el círculo entero.*

¡Tú eres de vida nueva
perpetuo manantial!

NEREO

Ya vuelven vacilantes
y no vienen como antes;
para el júbilo en actos mostrar,
ya se forman en grandes hileras

y las tropas inmensas, ligeras
revuelven sin cesar.
Pero en la muchedumbre,
cual de un astro la lumbre,

Galatea yo miro esplender,
en su trono de perla
¡cómo place en la turba entreverla!
Se dejan conocer

aunque siempre tan lejos
sus límpidos reflejos

siempre llenos de vida y placer.

HOMÚNCULUS
Cuanto yo aquí ilumino
es bello y peregrino

en esta pura humedad.

PROTEO
En las aqueas regiones,
de los más gratos sones
tu luz tendrá beldad.

NEREO
¿Qué nuevo misterio en medio la fila
se muestra a los ojos? ¿Por qué su esplendor
junto a Galatea da llama tranquila?
¿Por qué a sus pies, calma, frenética oscila
cual si la moviese impulso de amor?

TALES

Homúnculus es solo, de Proteo traído...
Los síntomas miro de fuerte anhelar;
yo temo el esfuerzo y el triste quejido;
será contra el rico dosel destruido:
¡ya relampaguea, se va a derramar!

SIRENAS

¿Cuál ígneo prodigio las olas alumbra
que lanzan mil chispas chocando entre sí?
Vacila, fulgura, se apaga o vislumbra;
ya sombras y cuerpos refulgen aquí
y en torno con llamas ya todo relumbra;
¡oh autor de este mundo, gloria Eros a ti!

¡Gloria a la mar! ¡Gloria a la ola
que en santo fuego fulgura!
¡Gloria al agua! ¡Gloria al fuego!
¡Gloria a la rara aventura!

TUTTI

A las auras rumorosas
y cavernas misteriosas,

¡gloria, eterna gloria dad!
Y vosotros elementos,
todos los cuatro contentos
vuestro culto aquí mirad.

ACTO TERCERO

DELANTE DEL PALACIO DE MENELAO EN ESPARTA

Entra Helena y el coro de troyanas prisioneras.
Pantalis, directora del coro.

HELENA

Blanco de tanta crítica y elogio,
yo, Helena, de la playa a que arribamos,
vengo ebria todavía con el móvil
balance de las olas erizadas
que, gracias a Neptuno y por la fuerza
de Euros, desde los llanos de la Frigia,
nos pudieron traer al patrio puerto.
Allí, con sus guerreros más valientes
hoy celebra la vuelta Menelao.
Recíbeme benévola, alta casa
que mi padre elevó junto a la cuesta
cuando volvió del Monte de Belona;
tú que eras, siendo niña alegre junto
con Clitemnestra, con Cástor y Pólux,
la más rica mansión de toda Esparta.
Grata, puertas de bronce, yo os saludo.
Abriendo vuestras hojas que benignas
al huésped convidaban, presentóse
a mí, la preferida de entre muchas,
refulgente mi novio Menelao,
abríos hoy también para que llene,
cual fiel esposa, los mandatos suyos.

Yo quiero entrar y atrás se quede todo
lo que hasta aquí turbara mis destinos,
pues desde que pasé yo sin recelo
este umbral, cumpliendo ritos sacros
en visitar el templo de Citeres,
y que allí me asaltara el raptor Frigio,
han sucedido muchas, muchas cosas
que en contarse los hombres se complacen
mas que no puede oír nunca con gusto
quien es, del cuento exagerado, objeto.

El Coro

No desdeñes, mujer la más bella,
poseer la ventura más grande.
A ti sola te fue concedida
la belleza que a todo oscurece.
Orgullosos caminan los héroes
porque escuchan sonar su renombre,
pero inclina su cuello el más rudo
a la bella que todo lo vence.

Helena

¡Basta! Juntos vinimos con mi esposo
y él, sola a la ciudad me adelantara,
me ordenó mas no sé con qué intenciones.
¿Vengo yo como esposa? ¿Como reina?
¿Vengo como hostia del pesar amargo
del Rey y de los largos infortunios
de los griegos? ¡Ignoro todavía
si rescatada fui o si fui presa!
Porque los inmortales me otorgaron
harto dudoso el nombre y el destino.
De la hermosura serios compañeros
que en este mismo umbral aún me acompañan

y me miran con gesto amenazante;
rara vez en los cóncavos bajeles
mi esposo me miró; ni nunca, nunca
me dijo una palabra cariñosa;
sentado frente a mí, de torvos planes
parecía ocupado. Y cuando apenas
tocábamos, de Eurotas, las orillas
sinuosas y los picos de los buques
delanteros la tierra saludaban,
como de un dios movido así me dijo:
«Aquí, por su orden bajarán mis huestes
y de ellas yo haré alarde en estas playas;
mas tú sigue adelante por la margen
bella y fecunda del sagrado Eurotas,
por las herbosas y húmedas praderas
los corceles rigiendo hasta que llegues
al llano hermoso, fértil y ancho campo
donde Lacedemonia se levanta
circundada de montes altaneros.
En la regia mansión de enhiestas torres,
entra y revisa todas las esclavas
que yo dejé y la vieja aya juiciosa;
esta te muestre todos los tesoros
que tu padre legara y que yo mismo
acrecentar, en paz y en guerra, supe.
Tú, todo hallarlo deberás, en orden,
porque es un privilegio de los Reyes,
al volver a su casa, hallar en ella
en el mismo lugar lo que dejaron
pues que, cambios hacer, no puede el siervo.»

El Coro

Regocija tu pecho y tu vista
en los siempre aumentados tesoros;

esas bellas preseas, ociosas
allí yacen creyendo ser algo,
pero tú, entra las llama a la vida
y verás cómo se alzan ligeras.
¡La belleza me encanta luchando
con las perlas, el oro y rubíes!

HELENA

Y su voz imperiosa continúa:
«Cuando vieres que en orden está todo,
toma trípodes tantos cuantos creas
necesarios y todas las vasijas
que requiere sagrado sacrificio;
el caldero, las pateras y fuentes
el agua pura del sagrado puquio
esté en ánforas altas y esté pronta
la seca leña que se enciende luego.
Por fin, no falte un buen cuchillo agudo
y quede lo demás a tu cuidado.»
Así habló y a partir él me aguijaba
sin indicarme ningún ser viviente
que él dar quiera en ofrenda a nuestros dioses.
Esto da que pensar pero no importa;
quede todo a los dioses reservado
que lo que determinan realizan
y bien o mal al hombre le parezcan,
de soportarlo no se exime nunca.
Muchas veces el hacha, el victimario
alzó contra la bestia cabizbaja
y completar no pudo el sacrificio
porque la intervención se lo impidiera
de una deidad o próximo enemigo.

El Coro

Cavilar, el futuro no te haga;
oh Reina, con buen ánimo,
sigue adelante.
Bien y mal, imprevistos al hombre
cogen y hieren,
y aun somos siempre incrédulos
a sus anuncios.

Se quemó nuestro Ilión y doquiera
vimos muerte, misérrima muerte;
¡y no estamos hoy sirviéndote
siempre gozosas!
Contemplando el azul deslumbrante
y mirándote a ti, las más bella
del mundo, ve, sentímonos
quietas, felices.

Helena

Mas, haya lo que hubiere, debo, al punto,
entrar en el Palacio que tras tanto
pesar y tanto afán y gran deseo
hoy se ofrece a mi vista no sé cómo.
Mis pies no suben ágiles las altas
gradas como en mi infancia las subían.

El Coro

Lejos de vos, oh míseras
hermanas prisioneras,
lanzad vuestros dolores;
ahora sed partícipes
del gran placer de Helena,
vuestra feliz señora
que, tras tardanzas lúgubres,

a la mansión paterna
vuelve hoy con pie gozoso.

Load a las benéficas
deidades que las dichas
devuelven o regalan.
Aquel que es libre ciérnese
encima de los males
cual con alas robustas,
mientras, deshecho en lágrimas,
tiende el preso los brazos
del muro de su cárcel.

Pero deidad solícita
asió a la desterrada
y, de entre Ilión ardiendo,
aquí piadosa trájola
a la mansión paterna
de nuevo guarnecida,
tras de numerosísimos
placeres y quebrantos,
para gustar el júbilo
que ofrecen los recuerdos
de su niñez florida.

PANTALIS, *como directora del coro.*
Dejad, del canto, la gustosa senda
y hacia la puerta dirigid la vista.
¿Qué hay, hermanas? ¿La Reina aquí no vuelve
agitada y con planta presurosa?
¿Qué hay, gran Reina? ¿Qué pudo, en los salones
de tu palacio, darte desagrado
en vez de bienvenida? No lo ocultas,

pues que el enojo mírase en tu frente.
Un noble enojo junto con asombro.

HELENA, *quien ha dejado las hojas de la puerta abiertas conmovida.*

A la hija del gran Jove vulgar miedo
no asienta, ni tocarla puede nunca
del espanto la mano fría y lisa;
pero el horror que morando siempre
en el regazo de la vieja noche,
multiforme, cual nube coruscante,
salta de las entrañas de los cerros,
el pecho puede conmover del héroe.
Así, horrendos los genios de la Estigia
se muestran hoy al quicio del Palacio
que, huésped despedido, me retiro
de la mansión tan grata y anhelada.
Mas, quienes quiera que seáis, oh genios,
aquí, a la luz del sol aguardaos firme.
Yo haré pronto cumplir el sacrificio
y una vez el hogar purificado
¡al Rey saludará como a la Reina!

LA DIRECTORA DEL CORO

Di a tus humildes siervas, oh señora,
que en torno están de ti, lo acontecido.

HELENA

Lo que yo vi, veréis con vuestros ojos
si su figura la caduca noche
a tragar no volviera en el instante
en su profundo y prodigioso abismo.
Mas también os lo digan mis palabras:
no bien pisaba el atrio del Palacio,

cuando ya me asombré del gran silencio
de los desiertos, tristes corredores.
Ningún ruido de gente que se afana
oí ni a nadie veía darse prisa
y ni siervas y ni aya aparecieron,
que en otro tiempo afables saludaban
a los recién venidos. Cuando me hube
aproximado, del hogar, al centro,
vi, junto al tibio resto del rescoldo,
una mujer sentada sobre el piso,
gigantesca, velada y en semblanza.
No de estar adormida, mas pensando,
con imperio, al trabajo yo la incito
creyendo fuera el aya que mi esposo,
como prudente, hubiérase dejado;
ella, envuelta y sentada sigue inmóvil;
y al fin, tiende, a mi enojo, su derecha
con el gesto ordenándome que salga
del hogar y la sala; yo me vuelvo
airada y me apresuro a la tarima
donde se eleva ricamente ornado
el tálamo bien cerca del tesoro;
el monstruo elévase del suelo
e imperioso impidiéndome el camino,
con su flacura, su grandor y el torvo
y sangriento mirar, la más extraña
figura ofrece que toda me confunde.
Mas vanamente yo hablo: la palabra
es para trazar formas impotente,
¡allí, vedla! ¡Salir a la luz osa!
¡Ah! Le resistiremos con ventajas
hasta que venga el Rey. A los odiosos
abortos de la noche, Febo, amigo

de la belleza, en los abismos hunde
o con su fuerte mano los domina.

(Una Fórcida, aparece en el umbral entre las puertas.)

El Coro

Aunque ondean mis bucles brillantes
en mis sienes, yo mucho he vivido;
¡qué de horrores yo vi, qué de muertes
cuando Troya, en la noche terrible,
al fin cayera!

En el hosco lidiar polvoroso
de las huestes yo oí que los dioses
furibundos gritaban y el eco
de la horrenda discordia cruzando
hacia los muros.

¡Ay! De Ilión las murallas estaban
aún en pie; mas las llamas ardientes
extendiéndose rápidas iban
abarcando a los soplos del viento
la adormida ciudad, con sus lenguas
devoradoras.

Pasar vi por el humo y el fuego
a deidades terribles y airadas,
prodigiosas figuras que hienden
gigantescas los negros vapores
a que el fuego prestaba, por ratos,
fúlgido brillo.

¿Tal desorden yo viera o mi mente
azorada inventó tales rasgos?

No sabré yo jamás decidirlo;
pero sé que mis ojos ven ora
tanto horror, que pudiera yo misma
aun palparlo si el miedo y espanto
no me apartaran.

¿De las hijas de Fórcida, cuál eres?
De esa estirpe tan solo te juzgo;
¿tú quizás, de esos monstruos nacidos
con un diente y un ojo tan solo
que entre sí por su turno se prestan
eres alguno?

Monstruo, ¿puedes a Febo mostrarte
compitiendo con tanta belleza?
¡Ea!, avanza que él nunca lo feo
mira como jamás miró su ojo
lóbregas sombras.

Pero nuestro sombrío destino
a nosotras mortales obliga
a mirar con dolor tales monstruos,
pues lo horrendo despierta más fuerte
el anhelo jamás satisfecho
de la belleza.

Maldiciones tan solo recibe
de nosotras y amargas censuras;
maldiciones solo oye de boca
de las gentes que hicieron felices,
dioses benignos.

FÓRCIDA
Viejo es el dicho pero es cierto siempre:

el pudor y belleza no andan juntos
por el verde sendero de la tierra;
en ambos, un rencor muy arraigado
hace que donde quiera que se encuentren
se vuelven el uno a la otra las espaldas
y cada cual más vivo continúa
su camino; el pudor, adolorido,
pero más insolente la belleza
hasta que al fin, del Orco, la profunda
noche a los dos se traga, si domarlos
no logró la vejez. Y os digo, ahora,
a vos, las orgullosas e insolentes:
os encuentro a las grullas semejantes
que en estridentes bandas como nubes
pasan sobre nosotros arrojando
sus crujientes graznidos y atrayendo
hacia ellas, del viajero las miradas;
ellas siguen su marcha y él la suya;
bien: ¡con nosotras se verá lo mismo!
¿Quiénes sois vos que, Ménades furiosas,
ebrias alborotáis el real Palacio?
¿Y ladráis, cual los perros a la luna,
a la fiel mayordoma de la casa?
¿Acaso imagináis que a mí se oculta
de qué progenie sois? ¡Pobre ralea
que la guerra engendró y nutrió la sangre!
Tú, lujuriosa, tú, tan seducida,
¡cómo ya seductora! Vos las fuerzas
enerváis del burgués y del guerrero.
Al veros, antojóseme un enjambre
de cigarras que raudas se abalanzan
y cubren todas las verdeantes mieses.
¡Devoradoras de extranjera carne!
¡Gusanos insaciables de los brotes

de todo bienestar! ¡Sois mercancía
que se conquista, vende o cambalacha!

HELENA

Quien censura a las siervas, en presencia
de la señora, ataca sus derechos
porque a ella sola le atañe lo loable
loar y castigar lo reprensible.
A más, contenta estoy con los servicios
que me prestaron mientras duró el cerco
y la ruina de Troya y el gran viaje
en que tantos pesares soportamos
estrechándonos más las penas nuestras.
De mis siervas aquí, lo mismo espero;
lo que es el siervo no, mas cómo sirve
pregunta solo el amo. Sella el labio
pues y no más con mofa, las reprendas.
Si la mansión del Rey, en vez del ama
bien guardaste hasta aquí, será tu gloria;
pero ya que ella llega, te retira.
No el justo premio tórnese en castigo.

FÓRCIDA

Conminar a sus siervas es un fuero
que por su gran prudencia bien merece
la noble esposa del feliz Monarca
querido de los dioses, pues tú llegas
a cobrar el lugar de Reina y ama.
Coge las riendas y domina y toma,
además de nosotras, el tesoro.
Pero, ante todo, a mí, la más antigua,
líbrame de la banda bulliciosa
de estas que, junto a ti, hermoso cisne,
no son más que unos gansos contrahechos.

La Directora del Coro

¡Cómo la fealdad, cómo resalta
cerca de la belleza!

Fórcida

¡Cuán imbécil
se ve la necedad junto al buen juicio!

(De aquí en adelante replican las del coro saliendo del grupo de una en una).

Corista Primera

¡De Erebo habla y la noche, padres tuyos!

Fórcida

¡Tú, de Scila tu hermana verdadera!

Corista Segunda

¡En tu genealogía abundan monstruos!

Fórcida

¡Ve tú al Orco a buscar tu noble estirpe!

Corista Tercera

¡Son para ti, los que allí viven, niños!

Fórcida

¡Ve y al viejo Tiresias enamora!

Corista Cuarta

¡Fue el alma de Orión nieta de tus nietos!

Fórcida

¡Te nutrieron con estiércol las Harpías!

CORISTA QUINTA
¿Con qué nutres flacura tan cuidada?

FÓRCIDA
¡No con la sangre de que estás sedienta!

CORISTA SEXTA
¡Tú, cadáver, cadáveres persigues!

FÓRCIDA
¡Tu boca muestra dientes de vampiro!

LA DIRECTORA DEL CORO
¡Con decirte quién eres te la tapo!

FÓRCIDA
¡Nómbrate primero y no habrá enigma!

HELENA
No airada sino triste, yo intervengo
prohibiendo denuestos y altercados,
pues nada es más dañino para el jefe
que la discordia que en secreto punza
sus fieles servidores; porque entonces
el eco de sus órdenes no vuelve,
en actos realizados, al instante,
sino que inútilmente resonando,
con las disputas, muere en el vacío
a pesar de sus iras. Y hay más que esto.
En desfrenada cólera vosotras
aquí habéis evocado tremebundas
e infelices imágenes que tanto
me agobian que, a pesar del patrio suelo,
al mismo Orco me siento arrebatada.
¿Es recuerdo, ilusión lo que me incita?

¿Fui todo eso? ¿Lo soy? ¿Seré yo siempre
el espantajo y el ensueño vago
de aquellos destructores de ciudades?
Las niñas se estremecen, mas tú, vieja,
que serena estás, ¡háblame con juicio!

FÓRCIDA

Quien sus vicisitudes se recuerda
durante largos años, sueño cree
el favor más excelso de los dioses.
Mas tú, tanto y sin fin favorecida,
solo viste en la móvil existencia,
del amor los anhelos y encendiste
el valor de los hombres más audaces;
terco, ávido, asióte siendo niña
como Hércules, después, fuerte y hermoso.

HELENA

Tímida niña de diez años era
cuando al fuerte de Afidno me llevara.

FÓRCIDA

Pronto librada por Cástor y Pólux,
los héroes por tu amor rivalizaron.

HELENA

Mas todo mi favor, yo lo confieso,
ganó Patroclo, imagen del Pelida.

FÓRCIDA

Mas tu padre te diera a Menelao,
el osado pirata y buen esposo.

HELENA

La hija le dio y también con ella el reino,
y nació del connubio luego Hermiona.

FÓRCIDA

Mas mientras él en Creta combatía,
a ti te vino el más hermoso huésped.

HELENA

¿Esa casi viudez por qué acordarme
y el que nació de allí, mal espantoso?

FÓRCIDA

La expedición a mí, cretense libre,
me impuso la cadena y servidumbre.

HELENA

Él te hizo mayordoma y entregóte
la fortaleza y todos sus tesoros.

FÓRCIDA

Que tú dejaste por Ilión la fuerte
y los goces de amor inagotables.

HELENA

¡No hables de goces! Males infinitos
harto inundaron corazón y frente.

FÓRCIDA

Mas, dicen que te vieron, doble copia
a un mismo tiempo, en Troya y en Egipto.

HELENA

No la locura así te descarríe;
no sé yo ahora mismo quién yo sea.

FÓRCIDA

Y añaden que saliendo de las sombras,
se unió contigo Aquiles amoroso,
quien te amara a pesar de los destinos.

HELENA

Yo, imagen, me junté con él, imagen.
Fue un sueño y las palabras ya lo dicen.
Ya yo desvanecer me siento ahora
y a mí misma no soy más que una imagen.
(Cae en brazos de medio coro.)

EL CORO

¡Cállate! Calla,
tú me miras y que hablas hiriendo.
De tu boca de un diente horrorosa
fluye el espanto,
cual de abismo tremendo que se abre
brota la muerte.

Porque el malvado
que se viste apariencia bondadosa,
como el lobo en la piel de la oveja,
más me horroriza
que el trifauce, terrible Cerbero.

Acongojadas
aguaitamos el cómo y el cuándo
se deshagan las artes malignas
que hizo este monstruo
que brotó del abismo entre llamas.

En vez de darle,
con palabras suaves de olvido,

un consuelo a las penas sufridas
mueves, malvada,
no lo bueno, lo peor de otros tiempos
y entenebreces,
con las sombras del hoy, la alma lumbre
de la pura y gentil esperanza
que a brillar empezaba gozosa
en el futuro.

Calla, calla, que el alma de Helena,
ya dispuesta a partir, aquí quede
y no se detenga
esta forma de todas las formas,
la más bella y más puro dechado
que el sol alumbra.
(Recóbrase Helena y colócase otra vez en el medio.)

FÓRCIDA
De entre los nubarrones pasajeros
brota, oh sol esplendente de este día,
que velado arrobaba y deslumbrante
ahora nos domina con su brillo.
Con tu ledo mirar ves cómo el mundo
se desvuelve ante ti. Si me censuran
por fea, bien conozco la belleza.

HELENA
Vacilante yo salgo del vacío
que vi a mi alrededor en el desmayo
y quisiera gustar de algún reposo
porque estoy fatigada; mas bien sienta
a reinas y varones contenerse
y su brío esforzar en los peligros.

FÓRCIDA

Si te muestras en toda tu grandeza,
tu beldad admiramos y tus ojos
dicen que mandas; ¡dinos tus mandatos!

HELENA

Para purgar vuestra insolente riña
id y preparad en el instante
la víctima que el Rey tiene ordenada.

FÓRCIDA

Todo está pronto; pátera, hacha aguda,
trípode y lo preciso para incienso
y aspersiones; mas muéstranos pues la hostia.

HELENA

¡No me la dijo el Rey!

FÓRCIDA

¿No? ¡Qué desgracia!

HELENA

¿Pues qué calamidad a ti se ocurre?

FÓRCIDA

¡Esa víctima, Reina, eres tú misma!

HELENA

¿Yo?

FÓRCIDA

¿Y éstas?

EL CORO

¡Oh dolor!

FÓRCIDA

¡La hacha os espera!

HELENA

¡Tal horror presentía, ay de mí, triste!

FÓRCIDA

¡Me parece tu suerte inevitable!

EL CORO

¿Qué va a ser de nosotras? ¡Desdichadas!

FÓRCIDA

Ella perecerá de noble muerte;
pero vosotras, en la larga viga
que soporta ese techo, como tordos
en trampa patearéis una tras otra.

(Helena y el Coro, pasmadas y espantadas quedan en un grupo significativo y bien preparado.)

¡Espectros!... Como estatuas quedáis yertas,
medrosas de alejaros de este día
que ni siquiera es vuestro. Los mortales,
tal como vos, espectros, no renuncian
con gusto al esplendor del sol sublime;
pero, ni por los ruegos ni por nada,
nadie, del fin se salva y aunque todos
lo sepan, a poquísimos les place.
En fin, vos moriréis. ¡Manos a la obra!

(Da una palmada y al punto aparecen en la puerta figuras enanas embozadas que ejecu-

tan con rapidez las órdenes conforme se les van dando.)

Venid sombríos monstruos, como bolas,
a revolcaros en inmensos males;
colocad el altar de cuernos de oro;
poned al borde el hacha refulgente;
llenad de agua las ánforas que mucha
exigirán los charcos de la sangre;
cubrid el polvo con la alfombra rica
para que, como Reina, se arrodille
la víctima y después, muy bien envuelta,
aunque ya sin cabeza, con decoro
se le dé, cual conviene, sepultura.

La Corista Principal

La Reina se ha quedado seria y triste;
las niñas se doblegan como el heno
segado; la más vieja yo de todas
creo deberte hablar a ti, más vieja.
Tú tienes experiencia, mucho juicio
y no nos ves con malas intenciones,
aun cuando algunas locas te ofendieran.
¡Dinos cómo pudiéramos salvarnos!

Fórcida

Muy pronto dicho está; solo depende
de la Reina salvarse y vos con ella.
Mas pronta decisión es necesario.

El Coro

¡Sabia Sibila, venerable Parca,
mantén cerradas las tijeras de oro
y la salud y el día nos anuncia!
Porque sentimos tímidos, temblantes,

nuestros débiles miembros que quisieran,
más que morir, después de loca danza,
en brazos descansar de los amores.

HELENA

¡Deja que se lamenten! Yo no siento
miedo sino dolor; mas si tú sabes
cómo salvarnos, te seré yo grata.
Al experimentado y al que es sabio
lo imposible es, a veces, hacedero.
¡Habla y dinos si hay medios de salvarse!

EL CORO

¡Habla pronto! Di pronto, ¿cómo libres,
¡ay!, quedaremos de la horrible cuerda
que tal como el collar más espantoso
amenaza ceñir nuestras gargantas?
Ya nos vemos sin vida, sin aliento
si tú, Rea, gran Madre de los Dioses,
de nuestras crudas penas no te dueles.

FÓRCIDA

¿Paciencia para oír tendréis el modo?
Las historias son largas y diversas.

EL CORO

¡Sí, que mientras oigamos, viviremos!

FÓRCIDA

El que en su casa permanece siempre
y guarda sus tesoros y los muros
de su mansión, solícito repara
contra el diente del tiempo y de la lluvia,
ese, larga, tendrá, felice vida;

pero el que criminal el santo quicio
pasó una vez con fugitiva planta,
ese, al volver, el sitio antiguo encuentra,
si no ya destruido, muy cambiado.

HELENA

¿A qué vienen sentencias tan sabidas?
¡Si algo quieres narrar, no nos enfades!

FÓRCIDA

Es tan solo una historia, no un reproche.
Robando Menelao, audaz remaba
de rada en rada y enemigo a todas
las islas y riberas embestía,
volviendo a casa con botín precioso.
Ante Troya gastó diez largos años
y no conozco cuántos en su vuelta;
pero, ¿qué es del famoso y del sublime
Palacio de Tindáreo y de su imperio?

HELENA

¿Tanto en ti la censura se ha incrustado
que sin hacer alguna, el labio no abres?

FÓRCIDA

Todo ese tiempo el campo montañoso
que se eleva hacia el norte tras de Esparta
teniendo a sus espaldas el Taigeto
de donde, vivo arroyo, rueda Eurotas
por entre cañas resbalando al valle
para dar alimento a vuestros cisnes,
quedó desamparado; y en los montes,
una atrevida raza se ha asentado
que de la noche címbrica, procede,

levantando almenadas fortalezas,
desde donde, a su gusto, da tormento
a toda la campiña y habitantes.

HELENA

¿Eso hicieron? ¡Dijérase imposible!

FÓRCIDA

¡Tiempo tuvieron, que hacen sus veinte años!

HELENA

¿Tienen jefe? ¿Son banda de ladrones?

FÓRCIDA

No, ladrones no son; tienen un jefe
y aunque él me llevó allá, mal de él no hablo.
Todo pudo tomar y contentóse
con pocos donativos, que él tributos
no los llamaba.

HELENA

Di, ¿cuál es su aspecto?

FÓRCIDA

No es malo. A mí me gusta que es un hombre
vivo, audaz, bien formado, inteligente
como muy pocos entre griegos se hallan.
A su gente, de bárbara motejan,
mas tan feroz no habrá, Reina, ninguno
que antropófago sea como fueron
muchos de aquellos héroes ante Troya
me inspiró su grandeza, confianza.
¡Oh! ¡Si vos misma vierais su castillo!
Cuan otro de la tosca sillería

de vuestros padres que sin regla alzaban,
cual Cíclopes con fuerzas ciclópeas,
brutos peñascos sobre rocas brutas;
allí todo es esbelto y arreglado.
¡Miradlo por de fuera! Hacia los cielos
fúlgido cual acero, terso sube;
ni el pensamiento aun escalarlo puede,
y por dentro, espaciosos grandes atrios
rodeados de edificios primorosos
de toda clase. Allí se ven columnas
y arcos de forma y porte diferentes,
balcones, galerías y blasones.

EL CORO
¿Qué son blasones?

FÓRCIDA
Como a Áyax vos visteis
llevar en su broquel sierpes unidas,
los siete torvos jefes contra Tebas,
significantes símbolos mostraban
todos en sus broqueles, se veían
luna y estrellas en oscuro cielo
y Diosa, escala, héroe, tea, espada
y cuanto a las ciudades amedrenta.
De sus abuelos heredadas, tienen
pintadas tales formas nuestros héroes;
allí hay leones, águilas, con ellos
garra y pico y después, alas, corceles,
cuernos, colas de pavo y también barras
azules, rojas, blancas, de oro y negras.
Semejantes imágenes tapizan
los inmensos salones, como el mundo,
espaciosos. ¡Qué bien allí bailarais!

El Coro

¿Hay también, dinos, buenos bailadores?

Fórcida

¡Excelentes! Lozanos, rubios mozos
que exhalan juventud. En otro tiempo
tal aroma exhalara Paris, cuando,
cuando muy cerca estaba de la Reina.

Helena

A tu oficio: di la última palabra.

Fórcida

Con un sí, tú la dices y al instante
segura te verás en el castillo.

El Coro

¡Di ese sí y juntas todas nos salvemos!

Helena

¿Habré de recelar que Menelao
males tan horrorosos me prepare?

Fórcida

¿Has olvidado cómo a tu Deifobo,
hermano del ya muerto bello Paris,
horrible mutiló porque a ti, viuda,
él te obligara a ser su concubina?
Cortole orejas y nariz; y espanto
a todos daba el mutilado tronco.

Helena

¡Cierto que lo hizo y por mi causa lo hizo!

FÓRCIDA

Por su causa, contigo hará lo propio;
no se comparte la belleza nunca
y el que la poseyó completamente
una vez, la destruye antes gustoso
que permitir con otro dividirla.
(Trompetas a lo lejos, el Coro se apiña.)

FÓRCIDA

Cual se clava en oído y en entrañas
el fuerte agudo son de las trompetas,
así los celos clávanse en el pecho
del hombre que jamás olvidar sabe
lo que tuvo y perdió y hoy no posee.

EL CORO

¿No oyes las trompetas? ¿Y no ves las armas?

FÓRCIDA

¡Bien vengas, Rey, mi cuenta está ya pronta!

EL CORO

¿Pero y nosotras?

FÓRCIDA

Vuestro sino os dije;
ved cómo moriréis que no hay remedio
que daros pueda, en este trance, ayuda. *(Pausa.)*

HELENA

Del peligro más próximo salgamos.
Sí, tú eres un mal genio, lo presiento,
y recelo que en mal el bien conviertes.
Pero, ante todo, vamos al castillo;

lo demás, lo sé yo; lo que la Reina
quiere guardar en su escondido seno,
sea, a todos, arcano. ¡Vieja, guía!

El Coro

¡Oh! ¡Con qué gusto
rápidas vamos!
Tras de nosotras
queda la muerte.
Y alza, delante,
fuerte almenado
sus altos muros
inaccesibles;
que nos protejan
cual los de Troya
que ¡ay! por astucias
solo cayeron.

(Espárcense nieblas que encapotan el fondo y la delantera como parezca mejor.)

El Coro

¿Cómo? ¿Qué es esto?
Mirad, hermanas,
¿un sol sereno
no relucía?
Trémulas salen
varias mil nieblas,
del raudal santo
del puro Eurotas;
margen amena
que orlan los juncos
y libres cisnes
que tan airosos
nadan en tropas,

ya no la vemos.
¡Mas broncos sones
oigo lejanos!
Muerte, nos dicen
que nos anuncian.
¡Ay!, no se cambien
esos recursos
para librarnos,
en instrumentos
solo de ruina
para nosotras,
como los cisnes,
de alto pescuezo,
bellas y blancas
y ¡ay!, ¡ay! de aquella
hija de un cisne.
¡Ay!, ¡ay!, ¡mil veces
infortunadas!

Todo cubrióse
ya con la niebla,
¡ya no nos vemos!
¿Qué hay? ¿Caminamos?
¿Trémula, apenas
pisando el suelo
va nuestra planta?
¿Nada ves? Mira,
¿Hermes no rige
nuestro camino?
¿Su caduceo
no ves que luce?
¿No nos rechaza,
con torvo enojo,
a las odiosas

grises figuras
vanas, inquietas
que andan vagando
por las regiones
siempre vacías
de los infiernos?

Todo sombrío de repente queda
sin esplendor y cenicienta flota
y aléjase la niebla. Ya, a los ojos,
libres, claros, ofrécense unos muros.
¿Es un atrio? ¿Son fosos? No sé, pero
en todo caso es bien terrible, hermanas.
¡Estamos presas, sí, como antes, presas!

ATRIO INTERIOR DEL CASTILLO

Rodeado de fantásticos y primorosos edificios de la Edad Media.

LA CORISTA PRINCIPAL

¡Ligeras e insensatas, verdadero
retrato de mujer! Siempre pendientes
del momento, ludibrio de los cambios
de la dicha y desdicha, sin que nunca
sepáis sufrir serenas ni una ni otra.
Contradiciéndoos todas en desorden
solo sabéis en el placer y pena
chillar, reír, siempre, en el mismo tono.

¡Callad!, y humildes esperad que ordene
de ella y nosotras como quiera el ama.

HELENA

Pitonisa, ¿dó estás? Quien quiera seas
preséntate en el lóbrego castillo.
Si has ido acaso, al héroe prodigioso,
a anunciar mi venida, preparando
cortés recibimiento, te doy gracias;
mas, luego a su presencia me conduce;
mi peregrinación concluir anhelo,
lo que anhelo es tan solo algún reposo.

LA CORISTA PRINCIPAL

En vano miras en rededor, oh Reina;
despareció la tan ingrata imagen
quedándose tal vez en esas brumas
de cuyo seno, no sé cómo, todas,
ligero y sin andar, aquí vinimos.
Quizá en el laberinto perdida anda
de la maravillosa fortaleza
en busca del Señor a quien querría
tributar, como a príncipe, saludo.
Pero ve, allá arriba, con premura,
en ventanas, balcones y portales,
se afana numerosa servidumbre
que anuncian recepción de un noble huésped.

EL CORO

¡Mi corazón se regocija, hermanas!
¡Ved esa tropa de gentiles mozos
que acompasada y con tranquila planta,
muévese en orden!

¿Cómo? ¿A qué voz en sus hileras forma
con tanta gracia y armonía tanta
ese de bellos, numerosos pajes,
célico grupo?

¿Qué más admire? ¿El tan airoso porte,
la linda frente y cabellera blonda
o esas mejillas sonrosadas como
muelles duraznos?

De buena gana yo mordiera en ellos;
pero yo sé que, en circunstancias tales,
llenan la boca, ¡oh tremebunda idea!
¡Solo cenizas!

Mas aquí vienen
los más gentiles;
¿qué es lo que traen?
Gradas del trono,
silla y alfombra,
velo y ornatos
de los más ricos;
nubes haciendo,
airosos flotan
sobre la frente
de nuestra Reina
y convidada
ella ya ocupa
el rico solio.
¡Ea! ¡Acercaos!
Sobre las gradas
formad en filas
diciendo alegre
¡gloria y más gloria

a quien recibe
con tanto gusto
y cortesía!

(Todo lo que el Coro dice va sucediendo a medida que lo dice.)

(FAUSTO, *después que escuderos y pajes han descendido en larga hilera, aparece en el primer piso con el traje de corte de caballero de la Edad Media y baja lentamente con dignidad).*

LA CORISTA PRINCIPAL, *contemplándole con atención.*
Sí, como hacen los dioses a menudo,
no han prestado la forma prodigiosa,
majestad halagüeña y faz amable.
Por corto tiempo a este hombre tendrá siempre
un buen éxito en todo; en la batalla,
como en amor con las mujeres bellas.
Es, cierto, superior a muchos otros
muy ponderados que miré yo misma.
Con lenta, grave y respetuosa marcha,
el Príncipe se acerca, ¡mira, oh Reina!

FAUSTO, *entrando con un hombre encadenado a su lado.*
En lugar del saludo más solemne,
de la más respetuosa bienvenida
que mereces, yo tráigote, Señora,
engrillado este siervo que no haciendo
él su deber, me hizo faltar al mío.
Arrodíllate aquí y a la más alta
de las damas, tú mismo di tu culpa.
Noble Señora mía, este es el hombre
que puesto en la atalaya mirar debe

con ojo cuidadoso en el espacio
del cielo y de la tierra, para, al punto,
anunciar al castillo cuanto cruce
el valle montañoso, bien ya sea
una grey o un ejército; pues la una
hemos de proteger, lidiar al otro.
Y hoy, ¡cuánta negligencia!, tú apareces;
no te anuncia y a huésped tan sublime
no pude hacer la recepción debida.
Expiado ya habría, con su sangre,
su crimen espantoso; mas tú sola
darás penas o perdón, como te plazca.

HELENA

Pues de juzgar y de mandar, la augusta
dignidad tú me otorgas, aunque sola
sea para probarme, como creo;
de juez ejerceré la ley primera,
escuchando al culpado. ¡Bien, pues, habla!

LINCEO, *el centinela de la torre.*

Dejad la mire de hinojos;
que yo viva o que yo muera,
esclavo soy de los ojos
de mujer tan hechicera.

Yo espiaba hacia el oriente,
ansioso, la luz del día,
y, por magia, de repente,
el sol hacia el sur salía.

Mis miradas, a sí atrajo,
y en vez del monte y llanura,
en vez de lo alto y lo bajo,
vía solo su hermosura.

De ser mis ojos seguros
cual los del lince se alaban,
mas como en sueños oscuros,
por ver, en vano bregaban.

En la noche en que me dejan,
no veo ninguna cosa;
nieblas flotan y se alejan
y de ellas nace esta Diosa.

Ojo y alma fijé luego
en tan suave claridad
y yo, pobre, quedé ciego
con la espléndida beldad.

Me olvidé de mis deberes
siendo vigía en la almena;
pero si matarme quieres,
su beldad la ira enfrena.

HELENA

No debo castigar el mal que yo hice.
¡Ay de mí! ¡Funestísimo destino!
Ver que, por mí, los hombres se enloquezcan
y que, a poco olvidados, ya no guarden
respeto alguno a sí ni a sus deberes.
En rapto, seducción, combates vime,
aquí y allá arrastrada por los héroes,
semidioses y dioses y aun demonios.
Yo, al mundo conmoví ya una y más veces
y acumularse veo en mi camino
miserias, sin cesar, sobre miserias.
Libre este, pues, se vaya; no la infamia
castigue al que los dioses descarriaron.

FAUSTO

Pasmado veo, oh Reina, cómo arrojas
tus tan certeras flechas y que hieres;
al arco y al herido también veo;
unas tras otras en mí ellas se clavan
y donde quiera sus sonantes plumas
me parecen cruzar estos espacios.
¿Qué soy ahora? Mis más fieles, vuelves
rebeldes; inseguras, mis almenas,
y así recelo que mis tropas sigan
a la nunca vencida y noble dama.
¿Y qué, sino entregarte mi persona
con cuanto soñé mío, ya me resta?
Permite pues que humilde yo, a tus plantas,
por Señora te aclame a ti que el trono
y dominio ganaste con mostrarte.

LINCEO, *con una caja y hombres que lo siguen trayendo otras.*

Ya de vuelta me ves, Señora;
que lo mires, el rico implora
y mirándote él ya se siente
mendigo y príncipe igualmente.

¿Qué era yo antes? ¿Qué soy hoy día?
¿Cuál será la obligación mía?
Estos ojos que tanto alaban,
en tu asiento, solo se clavan.

Acabó todo en occidente
cuando vinimos del oriente
caminando en muy larga hilera
sin que el uno de otro supiera.

Cae el primero, otro se lanza,
el tercero enristra la lanza;
el coraje y bríos se prueban
y los muertos en haz se elevan.

Embestimos, acometemos,
de todo dueños nos hacemos
y donde a mi placer yo mando,
mañana otro andará robando.

¡Qué visión! Todo se atropella;
la mujer, uno ase más bella,
otro, un toro y entre sí fieles,
distribúyense los corceles.

Espiando andaba yo listo
lo más raro que se haya visto
y aquello de que otro era dueño
yo miraba cual sucio leño.

Los tesoros solo persigo
y con ojos fijos los sigo,
las bolsas y cajas preciadas,
de vidrio son a mis miradas.

Gran riqueza es pues así mía
por el oro y la pedrería.
Mas tu pecho ornar solo puede,
la esmeralda que a todo excede.

Son delante tus labios puros,
el coral y el nácar oscuros;
al rubí que el miedo estremece
tu mejilla lo empalidece.

A tus plantas que tanto adoro
deposito el mayor tesoro;
ve a tus pies la presa opulenta
de más de una guerra sangrienta.

Más que las que a darte aquí vengo,
en mi casa riquezas tengo,
y por ir pisando en tu senda,
montes de oro, diera en ofrenda.

Cuando apenas subes al trono,
parias dándote sin encono,
el poder, la riqueza y ciencia
se doblegan a tu Excelencia.

Los tesoros que de mil modos
yo gané sean tuyos todos;
lo que me era de tan grave precio
por ti ahora lo menosprecio.

Se deshizo cuanto tenía,
humo fue la riqueza mía;
con mirada que diga amor,
¡ah! devuélvele su valor.

FAUSTO

Aleja ese botín ganado en lides
y ve tú, sin censura mas sin premio
es en vano ofrecerle alguna parte,
pues el castillo todo, todo es suyo.
Ve y en orden apila los tesoros,
de esplendor nunca visto, luego danos
la más sublime imagen. Como cielo
cristalino las bóvedas fulguren

y muéstranos de vida inanimada,
ameno paraíso; que floridas
alfombras sobre alfombras se desvuelvan
dando a su leve pie mullido suelo
y encuentre su mirada el más fulgente
brillo, no deslumbrante, mas divino.

LINCEO

Lo que el amo ahora aquí ordena
lo hará el siervo sin mayor pena;
imperiosa en todas domina
hermosura tan peregrina.
Los soldados están tranquilos,
las espadas, todas sin filos.
¡Ante el lindo, gentil dechado
está el sol frío y empañado
y ante tanta gracia y belleza
nada son poder y riqueza! *(Sale.)*

HELENA, *a Fausto.*

Yo quisiera hablarte, mas primero
aquí, a mí lado ven. Porque este sitio
llama al Señor y el mío me asegura.

FAUSTO

Permite que de hinojos, gran Señora,
yo te tribute aquí, pleito homenaje.
Permite que la mano que me eleva
hasta tu altura, bese yo sumiso
y confírmame como consejente
de tu imperio sin lindes conocidos,
ganándote conmigo, en mi persona,
adorador y siervo y centinela.

HELENA

Muchos prodigios veo y oigo muchos;
estoy pasmada y preguntar querría;
pero saber quisiera, antes de todo,
por qué el hablar de ese hombre resonaba
al mismo tiempo raro y tan afable;
cada palabra a la otra se acomoda
y apenas una llega a nuestro oído
viene otra y acaricia a la primera.

FAUSTO

Si nuestro hablar te agrada, nuestro canto
que llena el corazón y los oídos
un deleite será que te extasíe.
Lo mejor es hablar entre nosotros,
pues lo provoca el diálogo y lo incita.

HELENA

Di, pues, ¿cómo hablaré tan bellamente?

FAUSTO

Muy fácil es si el corazón lo siente;
cuando de anhelo el pecho se extasía
se buscará.

HELENA

¡Quien parta la alegría!

FAUSTO

El mañana ni ayer el alma apura
y es el presente...

HELENA

¡Toda la ventura!

FAUSTO

Es prenda, galardón, tesoro, arcano;
¿quién me dará confirmación?...

HELENA

¡Mi mano!

EL CORO

Que afable corresponda
al dueño del castillo
la Reina, no nos llama
a hacer de ella la crítica;
¡ay! presas aún estamos
como después que Troya
cayó y en nuestro viaje
tantas veces nos viéramos.
Mujeres habituadas,
del hombre, a los amores,
no eligen que tan solo
los juzgan y conócenlos.
Quizá cerdosos faunos,
como pastores crespos,
se acercan de repente
y de los cuerpos trémulos
cual amos se apoderan...
Hombro con hombro juntan,
rodilla con rodilla
y más y más acércanse
juntando cariñosos
sus manos y en los ricos
cojines de su trono
gozosos ya colúmpianse.
La Majestad no teme
sus más secretos goces,

con insolencia insigne,
mostrar a todo el público
indigno de respeto.

HELENA

Tan lejos y tan cerca yo me siento
y con verme a tu lado me contento.

FAUSTO

Yo tiemblo, mi voz calla conmovida;
es un sueño sin tiempo ni medida.

HELENA

Siendo otra, creo haber yo ya vivido,
y mi alma a la tuya entretejido.

FAUSTO

Tu raro sino no hurgue tu conciencia;
es deber, aunque corta la existencia.

FÓRCIDA, *entrando precipitadamente.*

Deletreando la cartilla
de amor, bien galanteaos
y tiernos acariciaos;
mas no es tiempo advertid
con lejanos ecos broncos
anuncian clarines roncos
¡ay! vuestra suerte infeliz.
Menelao, con su gente,
se acerca aquí diligente;
¡preparaos a la lid!
Cual Deifobo mutilado
espiarás tú, desgraciado,
favor de dama gentil.

Colgada esta grey temblante
a filo de hacha cortante,
ha en el altar de lucir.

FAUSTO

¡Qué osadía! Venir aquí sin orden;
ni en los peligros gusto de violencia.
Una nueva funesta afea siempre
aun a los mensajeros más hermosos
y tú, monstruo el más feo, solo gustas
malas nuevas traer. Mas, por ahora,
nada conseguirás y vanamente
hieres el aire. Aquí ya no hay peligros
y si lo hubiese fuera vano amago.

(Llamadas, explosiones de las torres, clarines y cornetas, música bélica, marcha de un poderoso ejército.)

FAUSTO

A mil héroes verás, en hileras,
reunidos, bullendo de ardor;
quien las guarda valiente, ese solo,
de las damas, merece el favor.

(A los jefes que se adelantan separándose de sus columnas.)

Miro en vos, el coraje tranquilo
de que el triunfo seguro es el fin,
juventud, flor hermosa del norte,
vos, de oriente, frondoso jardín.

Con el fúlgido acero ceñida,
a la tropa invencible se ve;

se adelanta y la tierra retiembla;
brama el trueno si mueve su pie.

Descendimos, en Pilos, a tierra;
ya no existe el añoso Nestor;
y los Reyes pigmeos destroza,
del ejército, el noble valor.

De estos muros, al punto, se huya
Menelao y echándose al mar
allí puede, según su destino
y su gusto, vagar y robar.

Según manda la Reina de Esparta,
grandes duques nombrados seréis;
a sus pies poned montes y valles
y, por vuestro, el Imperio tendréis.

De Corinto, la rada defiende,
oh germano de audaz corazón,
y la Acaya abundante en hoyadas,
de ti, godo, tendrá protección.

A Elis vaya el ejército franco;
el sajón, en Misena ha de estar;
de la Argólida eleve el renombre,
el normando y domine la mar.

A exterior dirigiendo sus fuerzas
cada cual vivirá tranquilo y fiel;
pero a todos, Esparta domine,
de la Reina, acatado dosel.

Ella a todos gozar ve tranquilos
de la tierra que en ello halla el bien
y vosotros halláis, a sus plantas,
luz y ley y derecho también.
(Fausto desciende, los jefes forman un círculo alrededor de él para oír de más cerca sus órdenes.)

El Coro

Quien la más bella para sí quiere,
diestro, ante todo, busque sus armas;
con la lisonja bien se conquista
lo más sublime sobre la tierra,
pero tranquilo no se posee.
Contra reptiles que la seducen,
contra ladrones que se la roban,
sepa guardarla.

Príncipe grande creo por eso
al que nos rige, pues supo, juntos,
ver a los fuertes siempre sumisos.
A los mandatos de su prudencia,
fieles los cumplen por su prez propia;
como a su jefe, trae a ellos mismos
esta conducta grande ganancia
y alto renombre.

¿Quién podrá nunca, de entre sus manos
arrebatarla? A él pertenece,
solo a su genio que hábil bien supo,
en el castillo, bravo guardarla,
con pared alta, y en la llanura,
con sus soldados.

FAUSTO

Los dones a los jefes concedidos
—a cada uno gran tierra— los encuentro
tal vez muy abùndantes y extendidos;
pero de ellos seremos siempre el centro.

Y rivales serán en protegerte,
oh Península, a ti que el mar hostiga
y que con la cadena menos fuerte
de colinas de Europa tienes liga.

De las tierras que el sol bello ilumina
será esta más que todas venturosa:
la conquistó mi Reina peregrina
fijando en ella su mirada hermosa.

Cuando brotó de entre las cañas vanas
del Eurotas, envuelta en rayos rojos,
a su madre sublime y sus hermanas
deslumbró el vivo fuego de sus ojos.

Esta tierra sumisa se te ofrece
con su vega risueña y seductora;
¡al terreno que a ti te pertenece,
a tu patria prefiérela, Señora!

Si de sus montes la empinada cumbre
sufre, del sol, la flecha entumecida,
cada peñasco de verdor relumbre
y allí halle la ágil cabra su comida.

Fuente y arroyos en raudal descienden
y quiebras, faldas, prados ya verdean,

de entre las cien colinas se desprenden
los dispersos rebaños que blanquean.

Va solo, con prudencia y mesurado
el buey hasta la orilla de alto muro
y le ofrece su abrigo preparado,
abierto en grutas, el peñasco duro.

Pan lo protege y en el espacio blando
de húmeda oscuridad, las ninfas danzan
y, más altas regiones anhelando,
apretados los árboles se lanzan.

¡Antiguos bosques son! Se alza la encina
y a su capricho, su ramaje entrega;
lleno de savia el plátano se empina
libre hacia el cielo y con su peso juega.

Para el niño y la grey, la selva oscura,
cual madre, tibia leche distribuye;
sabroso fruto donde quier madura
y del tronco horadado, la miel fluye.

La dicha, cual los bienes paternales,
se hereda aquí; risueños todos viven;
son, en su puesto, todos inmortales
y solo goces y salud reciben.

Hasta poder ser padre, pura rueda
la vida, así, del joven inocente;
nos pasmamos y siempre en duda queda
si son deidades u hombres solamente.

Para el pastor, Apolo se transforma;
a uno de ellos iguala a su belleza;
de los mundos, la unión, luego se forma
si libre puede obrar naturaleza.
(Sentándose junto a ella.)

Así a mí y así a ti nos es la vida:
no haya pasado, a nuestros ojos, vivo.
¡Del Dios más grande, siéntete nacida,
que eres tan solo del mundo primitivo!

¡No deben encerrarte largos fosos!
En juventud eterna y rubicunda
prometiéndonos días deliciosos,
junto de Esparta, Arcadia nos circunda.

Al sitio más ameno, fuerza es, bajes,
que con tales venturas te recrea.
Nuestros tronos se cambien en follajes;
como de Arcadia, nuestra dicha sea.

EL PROSCENIO CAMBIA ENTERAMENTE

Contra una hilera de grutas de piedra se apoyan cerrados cenadores. Umbroso bosque alrededor del muro de rocas que lo circundan. No se divisan ni Fausto ni Helena. El Coro yace disperso, durmiendo.

FÓRCIDA

No sé cuanto ha que las doncellas duermen
ni tampoco si sueñan lo que he visto

claro yo misma con mis propios ojos.
Despertémoslas pues. Todas pasmadas
las niñas quedarán y las muchachas
que adentro están sentadas igualmente
cuando vean prodigios tan creíbles.
¡Arriba! ¡Sacudid vuestros cabellos!
¡No pestañeéis tanto y escuchadme!

EL CORO

Habla pues, cuenta, cuéntanos lo que haya
de prodigioso porque oír queremos
más gustosas aquello a que negamos
toda creencia y porque nos fastidia
estar siempre mirando duras rocas.

FÓRCIDA

¿Ya fastidio y abrís recién los ojos?
Sabed que en estas cuevas, estas grutas,
espesas enramadas, se guarecen,
cual dos enamorados de un idilio,
quietos nuestro Señor y la Señora.

EL CORO

¿Allí dentro?

FÓRCIDA

Del mundo separados,
en su servicio, solo a mí consienten.
A su lado yo estaba, pero fija
la vista en otra parte como sienta
a quien con la confianza tanto se honra.
Yo andaba de aquí allá, siempre buscando
las raíces o musgos o cortezas

como que soy experta en sus virtudes
y ellos, en tanto, se quedaban solos.

El Coro

Hablas como si hubieran allí dentro
vastísimas regiones: prados, bosques,
arroyos, mares. ¡Oh, qué cuentos forjas!

Fórcida

¡Oh, no tal, inexpertas! Hay adentro
abismos insondables. Muy atenta
yo iba de sala en sala y de atrio en atrio
cuando una risotada repentina
resonó en las vacías soledades.
Y saltar veo un niño del regazo
de la dama al del hombre y nuevamente
pasar del uno al otro; las caricias,
los locos juegos del amor, los gritos
y risas de placer que se responden
me ensordecen. Sin alas, veo un genio
desnudo que va, al Fauno semejante,
mas sin nada de bestia, dando saltos
sobre el sólido suelo y a quien este,
al aire, rechazándolo, levanta,
hasta que al tercer salto el techo toca.
Acongojada, grítale la madre:
«¡Salta a tu gusto, mas no vueles, hijo,
que te está prohibido el libre vuelo!»
Y el padre, con dulzura le repite:
«La fuerza que te lanza al aire yace
toda en la tierra; con el pie la toca
y, como a Anteo, te dará más bríos.»
Brinca así entre las peñas escarpadas
y, como una pelota, va saltando

de pico a pico sobre los abismos;
mas de repente cae y uno de estos
tememos que haya sido su sepulcro.
La madre se lamenta y la consuela
el padre, mientras triste alzo mis hombros.
Pero, ¿qué nueva aparición? ¿Acaso
hay tesoros allí? Ya fulguroso
carga manto que flores mil esmaltan;
lucientes borlas de sus brazos cuelgan;
gayas cintas flamean en su pecho;
tiene en su mano la dorada lira;
como un pequeño Febo se adelanta
sereno hasta la margen del abismo
y quedamos atónitas. Sus padres,
de júbilo se abrazan amorosos,
mas, ¿qué brillo refulge en su cabeza?
Es difícil decir lo que refulge;
es la diadema de oro y es la llama
que corona al Espíritu invencible.
Y se mueve y en gestos y ademanes
al futuro Maestro de lo bello,
anuncia el niño en cuyos miembros bullen
activas las eternas melodías;
y así lo escucharéis y veréis pronto
en la mayor admiración hundidas.

El Coro

¿Prodigio lo llamas,
o monstruo cretense?
¿Jamás has oído
palabra poética
que enseña y encanta?
¿Ni nunca escuchaste,
de Jonia ni de Hélade,

las viejas historias
de dioses y de héroes?
Aprende que todo
cuanto hoy acontece
es solo eco triste
del tiempo magnífico
de nuestros abuelos.
Tu historia no iguala
a la gentil fábula,
más cierta y creíble
que la verdad misma,
de Maya, cantándonos
la vida de su hijo.

Tropel de amas locas,
haciendo alboroto,
al lindo y robusto
infante hermosísimo
envuelve en pañales
y ricas mantillas
que agracian profusos
adornos espléndidos.
Mas ya él con su fuerza
y astucia desata,
de entre las prisiones,
sus miembros elásticos
echando la capa
que ruda lo oprime
cual la mariposa,
rota su crisálida,
sus alas despliega
y rauda, su vuelo,
del sol, a los rayos,

por el azul fúlgido,
briosa se lanza.
Así él tan ligero
que ser aun pudiera
el genio benigno
de todos los pícaros
que buscan fortuna,
con su arte y su maña
muy bien lo confirma.
Al Rey del océano
le roba el tridente;
a Marte mismo hurta
ladino la espada;
a Apolo aun impávido
el arco y las flechas;
como las tenazas
al fuerte Vulcano;
del mismo gran Júpiter,
no fuese que el fuego,
los rayos robara;
en lid a Cupido
derriba de súbito
y roba aun a Venus,
que tierno acarícialo,
del seno, su cinto.

(Suena de la gruta, melódica y encantadora música de arpas. Nótanlo todas y pronto parecen profundamente conmovidas. Desde aquí hasta la pausa indicada se oye siempre la bien concertada música.)

FÓRCIDA

Oíd sones tan graciosos;
de la fábula os librad.

Vuestros dioses numerosos,
como muertos, olvidad.
Para que a entenderos valga
más alto fin se ha de hallar;
preciso es del alma salga
lo que en el alma ha de obrar.
(Retírase hacia las rocas.)

EL CORO

Si monstruo, esos sones tiernos
tienen para ti virtud,
sollozar pueden hacernos,
como vueltas a salud.

No iguala el sol lisonjero,
del alma, la irradiación;
lo que niega el mundo entero
se halla en nuestro corazón.

HELENA, FAUSTO Y EUFORIÓN, *en el traje arriba descrito.*

EUFORIÓN

Vos oís con alborozo,
del infante, la canción;
si bailo os salta de gozo
el paterno corazón.

HELENA

El amor a dos reúne
para dicha terrenal;
mas después un tercero une
para dicha divinal.

FAUSTO

Entonces nada anhelamos;
tú eres mía y tuyo soy;
y así estrechados estamos
¡ojalá siempre como hoy!

EL CORO

Con la aparición del niño
se reúne en este par,
de mucho tiempo, el cariño;
¡oh ventura de envidiar!

EUFORIÓN

¡Dejen que salte,
dejen que brinque!
Raudo elevarme
por aires libres
es el anhélito
que me urge a mí.

FAUSTO

Mide tus fuerzas,
frena tu audacia;
no te acontezcan
tristes desgracias
que el hijo quítennos
que salta así.

EUFORIÓN

Mas ya no quiero
tocar el piso;
suelten mis dedos;
pelo y vestidos

sueltos ya déjenme
que míos son.

HELENA

¡Oh, de quien eres
guarda memoria!
Si no te tienes,
¡ay!, nos destrozas
la que alcanzáramos
célica unión.

EL CORO

Temo que pronto,
pronto deshágase
la reunión.

HELENA Y FAUSTO

¡Pon freno alguno,
por amor nuestro,
a esos impulsos
supraterrenos!
¡Quieto y pacífico
déjate ver!

EUFORIÓN

¡Bien! Obedézcoos
vuestro querer.
(Serpeando entra el Coro y arrastrándolo a la danza.)
Me lleva ora más rápido
tanta beldad.
Decid, ¿va bien la música
y báilase a compás?

HELENA

Muy bien. Haz pues, artístico,
en filas a las jóvenes,
raudas danzar.

FAUSTO

¡Si acabado, ya hubiérase!
Este vano espectáculo
me da pesar.

Euforión y el Coro, bailando y cantando se mueven en hileras entrelazadas.

EL CORO

Cuando los brazos mórbidos
bello remueves,
tus bucles brotan fúlgidos,
luz si los mueves;
cuando tu pie tan rápido
huye la tierra,
en torno, el grupo súbito
todo se cierra
y así el objeto ganaste
de tu ambición.
Nuestras almas, oh niño,
tuyas ya son. (Pausa.)

EUFORIÓN

Gamos ligeros
seréis vosotras;
a nuevo juego
venid pues todas;
sed vos los ciervos;
yo, el cazador.

El Coro

Para tomarnos
no te apresures,
darte los brazos
es lo más dulce
que apetezcamos,
¡oh lindo amor!

Euforión

¡Ea! ¡A la oscura
selva y quebradas!
Lo que sin lucha
fácil se alcanza
no es un placer;
tan solo gústame
lo que en lid férvida
se ha de vencer.

Helena y Fausto

¡Qué bulliciosa alegría!
No hay mesura que esperar;
se oye, como mil tropas,
valle y bosques resonar.
¡Qué alboroto y gritería!

El Coro, *entrando precipitadamente de una en una.*

Atrás nos dejó corriendo
y de todas se mofando,
la más ligera cogiendo
se alejó de nuestro bando.

Euforión, *trayendo a una niña joven.*

Aquí, con brazo robusto,
esta traigo por mi gusto.

Me complazco cuando estrecho
un agreste, huraño pecho
y a labios doy, desdeñosos,
los besos más cariñosos
porque mi querer en esto
y mis fuerzas manifiesto.

LA NIÑA

¡Suéltame! Bajo este manto
fuerte un Espíritu vive
y la voluntad por tanto,
de nadie, freno recibe.

¿Me crees en gran extremo?
¡Mucho tu brazo acomete!
Ten y verás que te quemo,
insensato, por juguete.
(Incéndiase y lánzase en llamas para arriba.)

LA NIÑA

Ven, sígueme al aire vano;
sígueme a la gruta oscura;
el blanco que erró tu mano,
si lo puedes, te asegura.

EUFORIÓN, *sacudiéndose las últimas llamas.*

¡Afuera de estas peñas
y estos espesos árboles
que mi juventud cercan,
de lucha y riesgos, ávida;
allá braman tormentas
allá ruge el océano
y aquí solo me llegan

ecos lejanos; vámonos
a oírlos de más cerca!
(Va subiendo cada vez más arriba por sobre los peñascos.)

HELENA, FAUSTO Y EL CORO
¿Igualar quieres los gamos?
¡Ay! ¡Tu caída tememos!

EUFORIÓN
¡Más alto siempre subamos!
¡Más lejos, siempre miremos!

Do estoy, yo sé muy bien.
En la isla estoy de Pélope,
en medio de la tierra
que cariñoso encierra
el globo y mar también.

EL CORO
Entre peñascos y árboles
no te demores;
luego a buscar irémonos
frutos y flores.
Las laderas espléndidas
donde uvas e higos
perfuman con su bálsamo,
de tu mansión pacífica,
sean testigos.

EUFORIÓN
¿Con la paz ya se sueña?
Sueñe quien tal podrá.

¡Guerra! es la voz de seña.
¡Victoria! ¡El fin será!

El Coro

Quien se apresura
en paz por combatir,
toda ventura
ha visto ya morir.

Euforión

Al que crió este suelo
con peligros muchísimos,
libre, siempre sereno
y de su sangre pródigo,
no turbarán los ruegos
jamás su ardoroso ánimo
y él a su vez,
cual tantos otros héroes
tendrá su prez.

El Coro

Ved cuánto, cuánto ha subido
y pequeño no parece.
De acero y bronce vestido,
victorioso resplandece.

Euforión

Sin muros y sin rastrillo,
nadie de nada se asombre;
es el más fuerte castillo
el firme pecho del hombre.
Para que vuestras personas
nunca sientan la opresión,
armaos todos impávidos;

veréis que hembras, amazonas,
y que niños, héroes son.

El Coro

¡Al cielo sube rápida
la santa Poesía!
Y estrella siempre espléndida
luce en la lejanía
y siempre, su acento óyese
con gusto y alegría.

Euforión

¡Como niño yo no he aparecido
y el garzón armado aquí llega!
Con su mente que ardor inflama
se ha, a fuertes y libres, unido,
en la torva y cruda refriega.
¡Adelante!,
que brillante
la senda se abre de la fama.

Helena y Fausto

Recién en la vida vuelas,
apenas de un día dueño
y en las alturas que anhelas
no vence el dolor tu empeño.
¿Ya olvidas, niño,
nuestro cariño?
¿La grata unión es un sueño?

Euforión

¿Ois cómo en el mar retruena?
Los valles replican tronando
y en olas o campiña amena,

tropa con tropa encarnizada
en lid horrenda están lidiando
y es de suerte
que la muerte
es ley de todos acatada.

HELENA, FAUSTO Y EL CORO

¡Qué horrenda cosa! ¡Qué espanto!
¿La muerte te es un deber?

EUFORIÓN

¿Y lejos estaré en tanto?
¡No! Su riesgo he de correr.

HELENA, FAUSTO Y EL CORO

¡Peligros inminentes!
¡Destino cruento!

EUFORIÓN

¡Ya dos alas fulgentes
nacerme siento!
¡Allá, allá he de llegar!
¡Oh, dejadme volar!

(Échase al aire, sus vestidos lo sostienen un instante; su cabeza irradia y va dejando un rastro de luz.)

EL CORO

¡Ay! ¡Ícaro, nuevo Ícaro!
¡Crudo pesar!

(Un bello joven cae a los pies de los padres; créese ver en el muerto una fisonomía conocida, pero la parte corpórea desaparece al punto; la aureola se eleva al

cielo en forma de cometa y el vestido, manto y lira quedan yaciendo en el suelo.)

HELENA Y FAUSTO

¡Pronto al reír síguese
acre llorar!

EUFORIÓN, *voz de la profundidad.*

En la región sombría,
¡ay!, solo, madre mía,
no me quieras dejar. *(Pausa.)*

EL CORO, *canto funéreo.*

No, nunca estarás tú solo
pues creemos conocerte.
¡Ay!, con tu funesta suerte
llora todo corazón.
Y envidiando tu destino
te lamentamos apenas;
que horas turbias o serenas
vieron tu canto y valor.

De antiguos padres nacido
para terrestre ventura,
la flor de juventud pura
te viste ¡ay! arrebatar;
alma que el mundo abarcaba
con sus penas y placeres
fuiste el amor de mujeres,
vate el más original.

Pero impetuoso corrías
libre el mundo turbulento
y te alejaste violento

de costumbres y de ley;
mas, al fin, tus nobles prendas
te libraron del abismo;
pretendiste al heroísmo
y no lo pudiste hacer.

¿Quién lo puede? Duda triste
que el destino siempre emboza,
cuando sangrando solloza
en silencio una nación.
Pero lanzad nuevos cantos,
no más os agobie el duelo;
otros brotan en el suelo
que una vez los engendró.
(Completa pausa. Cesa la música.)

HELENA, *a Fausto.*
En mí se cumple la sentencia antigua:
que la dicha y belleza nunca duran
mucho tiempo unidas. Están rotos
ya el lazo del amor y el de la vida;
y yo, a ambos lamentando, ¡adiós! les digo
por postrer vez echándome en tus brazos.
A mí y mi hijo nos toma Proserpina.
(Abraza a Fausto; lo corpóreo desaparece; traje y velo se le quedan a él en los brazos.)

FÓRCIDA, *a Fausto.*
Ten firme los despojos que te quedan.
No sueltes el vestido, que de su orla
penden muchos demonios que querrían
llevarlo a los abismos. ¡Ten bien fuerte!
Ello no es la Deidad que tú perdiste
pero es cosa divina. Te aprovecha

de favor tan excelso y en el puro
éter te mantendrá mientras tú vivas
lejos de lo común. ¡Adiós, amigo!
Lejos de aquí, ya a vernos volveremos.
(Los vestidos de Helena se ensanchan en nubes que envolviendo a Fausto lo levantan y lo llevan por el aire.)

FÓRCIDA, *recoge del suelo el vestido, manto y lira de Euforión, se adelanta en el proscenio y levantando en alto los despojos dice*:
¡Es siempre dicha el encontrarlo!
Aunque ha la llama concluido,
no tiene el mundo que llorarlo,
yo, aquí, bastante he recogido.

A hacer poetas y por cientos
fundan los gremios en Europa;
si no les presto sus talentos,
al menos darles puedo la ropa.
(Siéntase al pie de una columna en el proscenio.)

PANTALIS
¡Ea, muchachas! Roto está el ensalmo
que nos forzó con sus arteras mañas
a tanta confusión y tanta bulla
que nos atolondraba las orejas
y que perder nos hizo los sentidos.
¡Al Tártaro bajad! Con paso grave
ya abajo descendió nuestra señora;
sigan sobre sus huellas las esclavas
hasta verla delante el insondable.

El Coro

Bien se encuentran do quiera las Reinas;
aun soberbias en tronos se enalzan
con los suyos y amigas son siempre
de Proserpina.

Mas nosotras, cruzando las tristes
extendidas praderas de adelfas
donde al álamo esbelto se junta
sauce estéril, ¿qué goce tendremos?
Como espectros vagar lamentosas,
como tristes murciélagos torvos,
dando chillidos.

La Corista Principal

¡Quien no se conquistó nombre ni anhela
alcanzar lo sublime, pertenece
solo a los elementos; ea, idos! ¡Idos!
Tengo sed de juntarme con mi Reina;
también, como los méritos, nos sabe
la lealtad guardar nuestra persona. *(Sale.)*

Todas las Coristas

A luz fuimos devueltas, es cierto;
si personas no somos que sientan
ya tampoco volvernos no pueden
nunca a la nada.

Los Espíritus tienen en ella
un derecho y también en nosotras
uno tiene la eterna y viviente
naturaleza.

Primera Parte del Coro

A los murmurios de las densas ramas
que rivalizan en sus himnos suaves
convidando a las fuentes de la vida,
de hojas y flores, los flotantes grupos,
en trisca alegre, todas adornemos.
Apenas cae el fruto, hombres, greyes
gozosos, en tropel se precipitan
a cogerlo y nos doblan sus cervices
cual delante los dioses primitivos.

Segunda Parte del Coro

Nos apegamos al espejo terso
que en estas rocas fúlgido rebrilla
y con sus olas grato nos adula;
aquí se junta al trino de las aves
el son de la zampoña melodiosa;
si la terrible voz de Pan retumba
halla al punto respuesta que es acorde;
a susurros, susurros acompañan
y si el trueno suena, respondemos
con estridentes truenos fragorosos
que estremeciendo al mundo lo ensordecen.

Tercera Parte del Coro

Hermanas, como somos más volubles
nosotras seguiremos el arroyo
porque esas tan espléndidas colinas
que allá lejos refulgen nos encantan.
Cada vez más profundo, serpeando
iremos con recodos susurrantes
bañando las campiñas y dehesas
como el bello jardín de la familia.
De cipreses, allí copos esbeltos

que al éter suben, del país señalan
la amena playa y cristalinas olas.

Cuarta Parte del Coro

Id a donde queráis; ledas nosotras
la colina cercamos susurrando
donde la vid verdea junto al tronco;
allí, afanoso al viñador miramos
trabajar todo el día y no desmaya
porque no sea el éxito seguro.
Con la azada y pala, ya aporcando,
podando y amarrando pío ruega
a los dioses y al Sol antes de todos.
Del fiel siervo muy poco, Baco el muelle,
se cuida, entre pámpanos tendido
o en la caverna fresca reclinado
jugando con el fauno más jocundo.
Para su embriaguez y sus ensueños
lo suficiente en la bien fresca gruta,
tiene en ánforas, odres y vasijas.
Todos, todos los dioses contribuyen,
y Helios, antes de todos, con el aire,
humedad, luz, calor, a que las uvas
en profesión maduren ayudadas
por el buen viñador que hace la vida
circular en los pámpanos y troncos;
crujen canastas, cubos chapalean,
las angarillas gimen, avanzando
todos al gran lagar do les aguarda,
del rudo pisador, la danza alegre;
y las santas, jugosas, cristalinas
uvas allí revientan y, espumantes,
al reventarlas saltan y fermentan.
Y ya el oído atruenan los platillos

y címbalos de bronce pues se muestra
Dionisos al mortal sin sus misterios;
detrás de él llegan los de pies de cabra
que a sus iguales persiguiendo vienen
y entre todos camina la orejuda
montura de Sileno el ingenioso.
Todo pudor los Sátiros desprecian;
los sentidos confusos tambalean
y gritos las orejas ensordecen.
Van caminando a tientas todos ebrios
en busca de las tazas y repletas
están ya las cabezas y las panzas;
uno que otro se duele pero sigue
creciendo el alboroto que los odres
se vacían para echar el mosto nuevo.

(Cae el telón. Fórcida pónese en pie como si fuese un gigante, en el proscenio, deja el coturno, echa para atrás máscara y velo y muéstrase como Mefistófeles para, en tanto cuanto fuese necesario, comentar en el epílogo la pieza.)

ACTO CUARTO

ALTA MONTAÑA

Cumbre peñascosa de una serranía. Una nube pasa por encima, se para, se abaja en una meseta sobresaliente y se parte en dos.

FAUSTO, *saliendo de ella.*

Contemplando a mis pies, los más profundos
solitarios abismos, piso el borde
de estas cumbres, después de haber dejado
la nube, carro mío que tan ledo,
por mar y tierra me trajera, siempre
cruzando por regiones luminosas.
Lenta, no bruscamente se retira
de mí y en un ovillo transformada,
hacia oriente camina, mientras mi ojo,
admirado y atónito la sigue.
Cambiando formas, al marchar, se parte,
se recoge y figura toma. ¡Cielos!
¡No me engaña la vista! Ya diviso,
sobre cojines que el sol brillante dora,
tendida una mujer, de gigantesca
mas divina semblanza. Cual trasunto
de Juno, Leda, Helena, con qué gracia,
con cuánta majestad, flotar la veo.
Pero ¡ay, ya se deshace!, y en oriente,
ancha y amontonada, cual lejano
monte de nieve, deslumbrante irradia

el gran sentido de mis breves días.
Pero aún, bien tenue, halagüeña, fresca,
mi frente y pecho, envuelve niebla dulce;
trémula, poco a poco, realza al cielo,
se recoge. ¿La imagen de los bienes
que extasiaron mis años juveniles
a engañarme vuelve hoy? Los antiguos
tesoros de mi pecho se abren todos;
amorosa la aurora, en ledo vuelo,
me muestra las miradas inefables
que una vez sentidas y guardadas,
a la más rica joya entenebrecen.
La preciosa figura se da sola,
más realce a sí misma y más belleza,
no se disipa: por el éter sube
y lo mejor de mí, consigo arrastra.

(Una bota de siete leguas aparece. Otra, inmediatamente después. Sale de ellas, Mefistófeles. Las botas siguen adelante a toda prisa).

MEFISTÓFELES

¡Esto es adelantarse! Ahora, dime,
¿qué se te ocurre? Bajarte así, en medio
de amenazantes, horrorosas rocas.
Como que aquí está el fondo del infierno.
Conozco el sitio, pero no me place.

FAUSTO

¡Los que acostumbras, increíbles cuentos,
vuelves a ensartar!

MEFISTÓFELES

Cuando —y no ignoro

yo el por qué— cuando Dios, desde los cielos,
nos arrojó al abismo más profundo,
do arden llamas eternas; en el centro
de tanto resplandor, nos encontramos
mucho más que algo incómodos, por cierto.
A jadear y toser, de todas partes,
empezaron los diablos y el infierno
llenárase de azufre y otros ácidos
que engendraron un gas, a cuyo esfuerzo,
por más que fueran sólidas, las costras
de la tierra, en pedazos se rompieron;
y de esta suerte, lo que hoy es la cumbre
era tan solo el fondo en otros tiempos.
Las muy sabias doctrinas que nos vuelven
lo inferior, superior, su fundamento
tienen allí. Nosotros nos salimos
de ese horno maldecido; gran misterio,
y muy patente que más tarde solo
vendrán a comprender todos los pueblos.

FAUSTO

De dónde ni por qué, jamás pregunto,
cuando los montes majestuosos veo.
Naturaleza fúndase en sí misma:
ella dio redondez al globo nuestro;
de hondonadas y cumbres gusta y alza,
cual roca en roca, cerro sobre cerro;
en llanura convierte las colinas,
sus contornos, dulcemente relamiendo;
crecer, entonces, verdëar las plantas
vese; y para tener tales contentos,
bulla ni ruidos ella necesita.

MEFISTÓFELES

¡Pronto dicho! Paréceos que en ello
no hay duda; no obstante, de otro modo,
se expresan los testigos del suceso.
Presente estaba yo cuando el abismo
hinchárase y lanzara de su seno
las llamas en raudal estrepitoso;
cuando Moloch, con su martillo, lejos
tirará los escombros de los montes,
las rocas entre sí todas uniendo.
De ahí que inmensas moles aun asombren
la tierra sin que nadie tenga acierto
a explicar el poder que las lanzare.
Al ver dó está el peñasco, comprenderlo
no puede el sabio y dice avergonzado
la impotencia real del pensamiento;
el vulgo solo, el vulgo lo comprende
y sin jamás dejar el buen sendero,
amaestrado por la edad, afirma
que es una maravilla que diciendo
está el poder de Satanás; y que siempre,
tropezando en su fe, va el viajero
entre picos y puentes de los diablos.

FAUSTO

Saber que explicación y pensamiento
puede al Diablo inspirar naturaleza,
es una cosa que con gusto veo.

MEFISTÓFELES

Sea lo que ella sea, ¿qué me importa?
Que el Diablo estuvo allí, eso es lo cierto.
Nada de grande sin nosotros se hace:
ruido, fuerza y absurdo, he ahí el sello

que todos reconocen. Pero hablando,
al fin, ahora, como un hombre cuerdo,
¿di si esta superficie no te gusta?
Aquí ves a tus pies, ricos inmensos
«los imperios del mundo con sus glorias».

MEFISTÓFELES

Mas, descontentadizo, ¿tú, deseos,
no tendrás?

FAUSTO

¡Sí, uno grande y adivina!

MEFISTÓFELES

Difícil no será. Para contento
estar yo, buscaría ciudad grande
que fuese nido para mucho pueblo;
que tuviese torcidas callejuelas,
torres altas, mercados bien estrechos
do abundasen col, rábano y cebolla;
los banquillos, también, de carnicero,
do las moscas adoban los asados,
no habían de faltar; y tú, en ellos,
actividad y hedor tendrías siempre;
calles y plazas grandes, después de eso
donde pasee gente de alta alcurnia
y en fin, alrededores halagüeños,
sin puertas ni barreras que fastidian.
En continuo, ruidoso movimiento,
a caballo y en coche, atravesando
la ciudad que semeja un hormiguero,
¡gozaría yo mucho, al mirar siempre
tributárseme innúmeros y excelsos
homenajes!

FAUSTO

¡No basta a contentarme!
Creeré dicha que se aumente el pueblo,
se nutra bien, se eduque y civilice...
Y rebeldes, criar, es el fin de ello.

MEFISTÓFELES

Después, por gusto, artista, edificara
un palacio en el sitio más ameno:
colinas, prados, bosques y llanuras
en hermosos jardines convirtiendo,
allí, tortuosas sendas, bellas sombras,
cascadas y torrentes que del cerro
se lanzan juguetones cruzarían
el campo verde, igual al terciopelo,
y mientras el decoro majestuoso
se ostenta así, en lugares más secretos,
podránse oír y ver mil pequeñeces
que causarán placeres de otro género.
Preparado ya todo, haría entonces
edificar, con el mejor arreglo,
lindas, cómodas casas para aquellas
mujeres más hermosas; y mi tiempo,
pasará en soledad encantadora,
muy bien acompañado y muy contento.
Cuando dije mujeres, lo declaro
una vez para siempre, que dije eso
porque solo en plural pienso en las bellas.

FAUSTO

¡Gusto de un necio rey! ¡Malo y moderno!

MEFISTÓFELES

¿No se adivinarán esas tus ansias?

¡Nobles, sublimes que serán, por cierto!
¿Cerniéndote tan cerca de la luna,
a ella te llevarían tus anhelos?

FAUSTO

¡De ninguna manera! Nuestro globo
ofrece vasto campo a grandes hechos;
algo de admirable puede hacerse
y para la obra sóbrame el aliento.

MEFISTÓFELES

¿Quieres fama alcanzar? ¡Bien ver se deja,
Fausto, que es de heroínas tu abolengo!

FAUSTO

¡Son riqueza, poder lo que ambiciono!
La acción es todo y es la fama un eco.
¡Humo, nada!

MEFISTÓFELES

Y vendrán después los vates
para cantar tus glorias, en los necios,
con locura, locuras atizando.

FAUSTO

¡Nunca alcanzó hasta allá tu pensamiento!
¿Qué sabes tú de lo que anhela el hombre?
¿De lo que necesita, con tus secos
viles instintos, puedes saber nada?

MEFISTÓFELES

¡Se haga tu voluntad! Tus devaneos
muéstrame, pues, con todos sus alcances.

FAUSTO

Yo contemplaba el mar azul y terso,
cuando, airado, lo miro de repente,
que se hincha, se amontona en torre y luego
se abaja chicoteando con sus olas
la playa que tragar quiere en su seno.
Tal vista me irritó como a alma libre
que aprecia en lo que valen los derechos.
Subleva los humores y enfurece
la soberbia abusando de sus medios.
Creí que era accidente; mas me fijo
y parar, recular las olas, veo,
orgullosas de su obra y aun a poco,
volver a repetir el mismo juego.

MEFISTÓFELES, *a los espectadores.*

Cien mil años habrá que yo conozco
tales cosas; en ellas nada hay nuevo.

FAUSTO, *continuando con pasión.*

Para esterilizarlo, va más campo
cada vez abarcando el mar inmenso;
se hincha y crece y se encrespa y ya triunfante
cubre la yerma faja de terreno,
las olas, de su fuerza, hacen alarde
y ¿qué dejan allí? ¡Nada! ¡Y, ay, eso
me agobia y desespera! ¡Fuerza bruta,
ay, de los indomables elementos!
Mi alma no se somete; se alza y dice:
¡Aquí luchemos y venzamos esto!
¡Y se habrá de vencer!, porque aunque tantas
y tantas olas lance en sus esfuerzos,
siempre en cada colina el mar se aplaca;
y por más que alborótese soberbio,

una pequeña altura lo repele,
basta una cavidad para atraerlo.
Mis planes tracé al punto y a ti toca
proporcionarme ese placer intenso
de ver que retroceda el mar pujante;
que sus olas, en lindes más estrechos
se encierren, replegándose humilladas.
Sin pensarlo, te dije mi deseo;
pues que ya lo conoces, ¡satisfazlo!

(A lo lejos, a la derecha y detrás de los espectadores, se oyen tambores y música de guerra.)

MEFISTÓFELES

¡Muy fácil es! ¿No oyes tambores, lejos?

FAUSTO

¡Otra vez guerra que al prudente enoja!

MEFISTÓFELES

¡Paz o guerra, lo que hace el hombre cuerdo
es aprovechar bien las circunstancias;
se acecha, se prepara el buen momento
y se ase la ocasión, al pasar, Fausto!

FAUSTO

¡Ahórrame enigmáticos consejos!
¡Vaya! ¡Explícate! ¿Qué hay?

MEFISTÓFELES

No se me oculta
que el buen Emperador está en aprietos;
cuando nosotros, con riquezas falsas,
le dejamos tesoro bien repleto,
todos le eran muy fieles. Él, que el trono

muy joven ocupó, creyó, sincero
mas no hábil, que podían maridarse,
siempre gratos, el goce y el gobierno.

FAUSTO

¡Muy grave error! El que mandar pretende,
en el mando ha de ver su dicha y cielo,
voluntad soberana viva en su alma,
mas sea, para todos, un misterio;
lo que al amigo fiel se cuchichee,
asombrando a los hombres, esté ya hecho.
Tan solo así el más digno es el más grande:
¡quede el gozar para el común del pueblo!

MEFISTÓFELES

¡Tal no pensó! Gozaba y entretanto,
caía, hecho pedazos, el Imperio:
chicos, grandes, allí todos se odiaban,
los hermanos, con actos los más negros,
se perseguían; los castillos, guerra
se daban entre sí; todos los pueblos
se atacaban; nobleza y populares
ardían en rencor; luchaban ciegos
de odio, obispo, Cabildo y feligreses;
todo era enemistades, ira y celos.
Se mataba en la iglesia y extramuros.
¡Ay, del buen mercader y el vïajero!
La audacia así crecía y era entonces
vivir, defenderse... ¡Pobre reino!

FAUSTO

¡Así, después de mil vicisitudes,
levantándose aquí y allá cayendo,
rueda, en ruina y escombros el Estado!

MEFISTÓFELES

Contra tal situación, nadie lamentos
hace oír, porque todos buscan y hallan;
si no su dicha, campo a sus esfuerzos.
Pícaros y haraganes ven su gusto
en esa confusión, no así los buenos
que se ponen de pie, se juntan, dicen:
«¡El que orden nos dé y paz, ese es Rey nuestro!
Forzoso es que Emperador nos elijamos
porque el actual no puede o quiere hacerlo;
se regenerará pronto la patria
entre el brillo y acción de un mundo nuevo.
¡La paz se juntará con la justicia!»

FAUSTO

¡Eso me huele a frailes!

MEFISTÓFELES

Frailes fueron
los que bienes y panza aseguraron,
pues eran siempre los que más provecho
de todo consiguieran. Bendecido,
apenas empezó el levantamiento
triunfante prosiguió y hoy ya aquí viene
el pobre Emperador, amigo nuestro,
a librar, quizá, el último combate.

FAUSTO

¡Porque era bondadoso yo lo siento!

MEFISTÓFELES

No hay que desesperar mientras se vive.
Veamos si de este valle tan estrecho
le sacamos; que libre de este apuro;

tendrá cómo parar los demás riesgos.
El dado es caprichoso. Los vasallos
no faltarán si triunfa en el encuentro.

(Suben a la serranía central y contemplan la posición de los ejércitos en el valle. Se oye de abajo atambores y música de guerra.)

MEFISTÓFELES

Está la situación bien calculada.
Si le ayudamos, triunfa por completo.

FAUSTO

¿Qué se conseguirá? ¡Fantasmas! ¡Sombras!
¡Trapantojos!

MEFISTÓFELES

No: golpes estratégicos
para ganar batallas; y no lo olvides
mientras que tu gran fin vas persiguiendo:
si del Emperador se salva el trono,
presentaráste y obtendrás en feudo,
por su servicio, las inmensas playas.

FAUSTO

Ya tantas otras cosas tú me has hecho
que bien puedes ganar este combate.

MEFISTÓFELES

No; ¡lo ganarás tú! Que en tal momento,
tú mandarás en jefe.

FAUSTO

¡Linda cosa
que entrase yo a ordenar lo que no entiendo!

MEFISTÓFELES

El Estado Mayor obrando solo
dejará al general, siempre a cubierto.
Disparates de guerra ha muchos años
que los he visto; y a formar consejo
capaz de decidir, saco yo ahora
los hombres primitivos de estos cerros.

FAUSTO

¿Qué es lo que miro con feroces armas?
¿Acaso has sublevado a los mineros?

MEFISTÓFELES

No, esa es la quintaesencia del apuro.

Entran los Tres Valientes.

MEFISTÓFELES

Mis auxiliares vienen. El aspecto
de todos, por edad, armas y traje,
es distinto y te irá muy bien con ellos.
(A los espectadores.)
Cada cual gusta la golilla y armas,
orgulloso ostentar de caballero
y los harapos siendo alegoría,
os habrán de placer aun más por eso.

MATA-MUCHOS, *joven, armado a la ligera y de traje charro.*

Si alguno se me atreve, temerario
mi puño ahogará su atrevimiento.
Y si otro se me viene, cual gallina,
cuando huya lo asiré de los cabellos.

AGARRA-PRONTO, *maduro, bien armado, ricamente vestido.*

Las riñas sin caudal son una farsa
en que se pierde tristemente el tiempo;
siempre para agarrar anda muy listo,
mas para lo demás, pide consejo.

APRIETA-FIRME, *viejo, con armas pesadas y sin capote.*

¡De esa manera no se gana mucho!
Gran riqueza disípase ligero,
corriendo al par del río de la vida.
Tomar es algo y mucho, por supuesto;
pero mucho mejor es conservarlo:
¡guardar tu propiedad bien sabe un viejo!

(Bajan más abajo los tres juntos.)

EN EL PRIMER CORDÓN DE CERROS

De abajo se oyen atambores y música de guerra. Ábrese la tienda del Emperador.

El Emperador, el General en Jefe, los guardias.

EL GENERAL EN JEFE

Fue buena resolución
la de aquí reconcentrarnos;
y creo que habrá de darnos
el triunfo, tal elección.

EL EMPERADOR

Ya lo veremos. El pecho
me roe la retirada.

El General en Jefe

¡Dad, Príncipe, una mirada
a nuestro flanco derecho!

Como escogido el terreno,
no es abrupta la ladera;
pero tampoco, a carrera
se deja subir. Es bueno

a toda nuestra maniobra;
malo, a la contraria gente;
de suerte que fácilmente
nuestra caballería obra,

mientras que, medio escondidos,
en grupos, listos quedamos.

El Emperador

No sé si muy bien estamos,
mas sí que hoy serán medidos,

del coraje, los quilates.

El General en Jefe

Se extiende en esta llanura
la falange, muy segura
de ganar nuestros combates.

¡Las picas están brillando
al sol! ¡Qué bellos perfiles
los del cuadro! Y están miles
solo en hazañas pensando.
Podéis, Príncipe, la fuerza
de la masa calcular

y ella nos ha de ayudar
a que el hado, el curso tuerza.

El Emperador
Que es admirable te acuerdo,
estas tropas mucho valen.

El General en Jefe
Los que, en valor, sobresalen
ocupan el flanco izquierdo,

y a loarlos nada es bastante.
La angostura, donde esplende
tanto acero, se defiende
con esa roca gigante.

Allí se habrán de estrellar
los enemigos violentos
en combates muy sangrientos.

El Emperador
Me parece ver pasar

mis parientes inhumanos
que, mientras me saqueaban,
con jactancia se llamaban
mis tíos, primos y hermanos.

Robando fuerzas al trono
y al cetro, se dividieron
y el Estado destruyeron
por saciar su vil encono;
¡y hoy unidos se sublevan
contra mí! ¡Incierta la turba,

al principio, se conturba,
después, va donde la llevan!

El General en Jefe
Un mensajero que enviamos
baja, por fin, con noticias
y ojalá nos grite: «¡Albricias!»

El Primer Mensajero
Con felicidad entramos,

a fuerza de arrojo y de arte;
donde quiera nos metimos
y, sin ventajas, salimos,
señores, de toda parte.

Prestaban el juramento
muchos, pero nada hacían
y mientras tanto cundían
los peligros y alzamiento.

El Emperador
Nada es el deber ni honor;
el conservarse a sí mismo
es regla del egoísmo.
No hay familia ni hay favor.

¡Y no pensáis, miserables,
que el incendio a vos alcanza!

El General en Jefe
¡Otro mensajero avanza
con aires no favorables!

El Segundo Mensajero

Al principio, sin temblor,
vimos seguir la corriente
del pueblo, mas de repente
se alza un nuevo Emperador.

Luego por sus derroteros,
lleva una turba engañada;
después todos, en manada
lo siguen como carneros.

El Emperador

Un Anti-Emperador, hoy,
más que a mal me viene a bien;
si hay enemigo, también
siento que Emperador soy.

El arreo de soldado
que usé, de peligros falto,
será hoy a fin muy más alto,
cual debe serlo, empleado.

Las fiestas y los torneos,
por espléndidos que fueran,
satisfactorios no me eran,
pues. faltaba, a mis deseos,

el peligro; cuando más
me latía el corazón
porque aquellos juegos son
símil de la guerra. ¡Atrás,

hoy no me hubiera quedado,
haciendo heroicas proezas,

si de bélicas fierezas
no me hubieseis alejado!

Pero si la semejanza
de la lid me daba bríos,
hoy que hay enemigos míos,
se verá hasta dónde alcanza

la fuerza de esta mi mano;
hoy las glorias que soñara
yo ganaré y se repara
el tiempo que perdí insano.

(Acaban de alistarse los Heraldos que van a desafiar al Anti-Emperador. Entran Fausto, armado y con la visera medio caída, y los Tres Valientes, armados y vestidos como ya se ha dicho.)

FAUSTO

La previsión ha sido justa y creo
que a mal no se tendrá nuestra llegada.
Sabes, oh Emperador, que los que habitan
los montes reflexionan y siempre andan,
de la naturaleza, los misterios
estudiando; no es raro, pues, si alcanzan
su secreto. Los genios que los valles
dejan, se placen más en las montañas.
Entre el gas de metálicos olores,
allí obran, por las grietas subterráneas
y tortuosas buscando algo de nuevo
que es el instinto que domina su alma;
con separar, probar, reunir siempre,
figuras transparentes ellos labran
por sus ágiles dedos; y en su espejo

y su silencio que no rompe nada
contemplan los sucesos numerosos
que sobre el haz de nuestra tierra pasan.

El Emperador

Ya te he oído y te creo, mas ¿a qué esto?

Fausto

El gran brujo de Norcia, a quien se llama
el Sabino, te ofrece sus servicios.
La desgracia feroz que te amagaba
le dijeron el fuego y con sus lenguas
y la gran pira que con secas rajas
y pez y azufre ardía chispeante;
ni hombre, ni Dios, ni Diablo, nada, nada
te podía salvar, que las cadenas,
ante la Majestad, rotas saltaban.
Era la obra de Roma; pero él, cauto,
a ti solo atendía y tu desgracia,
de sí mismo olvidado, las estrellas
y el abismo de contino indaga;
y él nos mandó servirte diligentes.
Muy grande es el poder de la montaña;
allí, naturaleza irresistible
toda su acción despliega a la que llaman
los estúpidos frailes brujería.

El Emperador

Cuando risueños huéspedes las salas
llenan en día alegre, se les mira
con gran placer; ¡cuánto mayor nuestra alma
sentirá al ver un hombre generoso
que se viene a ofrecer en la hora aciaga
en que inciertos están nuestros destinos!

No saquéis vuestro acero de su vaina
en este gran momento en que pelean
tantos miles en contra y por mi causa.
Ved cómo quien el trono y cetro anhela,
por si ganarlos sabe en la batalla
y ¡ese que contra mí se ha levantado
y que señor de este país se jacta,
con ejército y Corte, a mis esfuerzos
se desvanecerá como un fantasma!

FAUSTO

No harías bien en arriesgar tu vida
por grandes aun que fueran tus hazañas.
El yelmo, con su temple y su cimera,
protege la cabeza que amenazan
los golpes enemigos. ¿Qué los miembros
podrán si la cabeza una vez falta?
Si duerme, todos caen; si la hieren,
a todos hieren, como todos andan
bien cuando no padece. Sabe el brazo
usar de su derecho cuando guarde
con el escudo el cráneo; y pronta y fuerte,
su obligación sabe cumplir la espada,
parando firme y repitiendo golpes:
¡no queda ocioso el pie y ágil se planta,
tras la lucha, en el cuello del vencido!

EL EMPERADOR

¡Ojalá que trocase yo en peana
de mis pies, su cabeza tan altiva!

LOS HERALDOS, *volviendo.*

Poco honor y atención nos tributaran;
cuando el noble cartel de desafío

anunciamos, reían y exclamaban:
«El tal Emperador es solo un eco
y ya cuando de él se hable, si es que se habla,
se dirá como en cuentos: Hubo un tiempo.»

FAUSTO

Como a pedir de boca se preparan
las cosas para ti. Ya el enemigo
viene y los tuyos, con valor aguardan;
di que ataquen, ¡propicio es el momento!

EL EMPERADOR

Yo no soy jefe,
(Al General en jefe.)
y aquí está quien manda.

EL GENERAL EN JEFE

¡Avance la derecha! Y al empuje
de los nuestros, ¡recule toda el ala
izquierda del contrario, cuesta abajo!

FAUSTO

Permite que este bravo, sin tardanza,
se coloque en las filas y que muestre
hoy de cuánto es capaz en la batalla.
(Señalando a la derecha.)

MATA-MUCHOS, *adelantándose.*

El que me mire al rostro, nunca, nunca,
de volver a intentarlo, tendrá ganas;
con la cabeza que le cuelgue al hombro,
pagará el que me vuelva las espaldas;
y si tus hombres, mientras hiero y mato,

quietos no dejan el acero y masa,
¡al enemigo ahogará su sangre! *(Sale.)*

El General en Jefe
¡Detrás del centro la falange brava
acometa y destroce al enemigo
algo a derecha, do ya ceja el ala!

Fausto, *al que está en medio.*
¡Pues este bravo tus mandatos siga!

Agarra-Pronto, *adelantándose.*
Al valor imperial se debe el ansia
de saqueo juntar, dando por blanco,
del Anti-Emperador, la tienda y plata.
¡No se pavoneará mucho en su solio,
que yo con la falange voy en marcha!

Saquea-Aprisa, *vivandera que se aferra a él.*
Aunque las bendiciones no tengamos,
en él yo y él en mí vemos el alma;
porque se enoja y compasión no tiene,
es la mujer para el botín más apta.
¡Que venga el triunfo y todo es permitido! *(Sale.)*

El General en Jefe
En contra nuestra izquierda se abalanza,
como lo calculamos, su derecha;
a su ímpetu se oponen, cual muralla,
los nuestros, defendiendo el paso estrecho.

Fausto, *guiñando hacia la izquierda.*
¡Un bravo con los otros también vaya!

AGARRA-FIRME, *adelantándose.*

¡No habrá cuidado por el flanco izquierdo!
Bien, donde estoy, la propiedad se guarda;
ese es mi timbre y aun los rayos mismos
no arrancarán lo que mi mano agarra. *(Sale.)*

MEFISTÓFELES, *viniendo de arriba.*

Ved cómo de entre los picudos riscos
hormiguean y vienen hombres de armas
que defienden los pasos y que forman
con sables y broqueles y corazas
muro de hierro y la señal esperan.
(En voz baja al que está en el secreto.)
No hay a qué preguntar de dónde salgan.
No tardé en vaciar las armerías
donde, a pie y a caballo, se ostentaban
como si aun fueran dueños de la tierra,
por jactarse, soberbios, de gran fama,
paladín, rey, emperador; mas ora,
conchas de caracol no más, ¡y vanas!
Donde los duendes se escondían dando
vida a la Media-Edad y su importancia;
mas sean lo que fueren, ¡hoy nos sirven!
(En voz alta.)
¡Ved cómo se enfurecen y se atacan
con sus aceros! Hechos trizas, flotan
los estandartes que en el aire se alzan,
ya veis es gente que aún está sedienta
de poder intentar otra batalla.
(Terrible estallido de trompetas, en lo alto,
y visible vacilación en el ejército enemigo.)

FAUSTO

Se enturbia el horizonte; apenas brilla
uno que otro esplendor de roja llama;
todo se ve color de sangre; roca
y bosque y hasta el cielo se amalgaman
a tanto horror.

MEFISTÓFELES

Resiste la derecha
pero el gigante Mata-Muchos anda
muy ocupado.

EL EMPERADOR

Vi tan solo un brazo,
al principio; después, más de diez se alzan;
de un modo natural, eso no ocurre.

FAUSTO

¿Nunca oíste de nieblas que flotaran
en costas de Sicilia? A mediodía,
cerniéndose en el aire y reflejadas
por no sé qué vapores, aparece,
señor, una visión bastante rara:
se ven flotar aquí y allá ciudades
y jardines que suben y que bajan,
como cuadros que en el aire se disipan.

EL EMPERADOR

¡Pero da que pensar! Todas las lanzas
relampaguean; y ágiles, contemplo
en las de la falange danzar llamas.
Parece que de espíritus es obra.

FAUSTO

Ciertas naturalezas ya acabadas,
aun siendo espirituales, se nos muestran;
los Dioscuros, a quienes imploraban
todos los marineros, aquí hoy hacen
sus últimos esfuerzos.

EL EMPERADOR

Tu palabra
me explique a quién debemos que bondosa
naturaleza estos milagros haga.

FAUSTO

¿A quién otro que al noble y gran maestro
que te protege? Le irrita la amenaza
de tu enemigo y él salvarte quiere,
aun cuando todo pierda en la demanda.

EL EMPERADOR

Con vítores mi imperio saludaron
y con seguir la inspiración de mi alma,
yo pude, más de un bien, hacer a muchos,
el clero, es cierto, me miró con rabia
porque yo no amparé sus pretensiones.
Hoy el bien que efectué y en circunstancias
como estas, ya corridos tantos años,
¿vendría a ser, de gran contento, causa?

FAUSTO

La generosidad cuantiosos frutos
nos reditúa; ¡al cielo la vista alza!
Me parece que quiere dar un signo.

El Emperador

En suprema región se cierne un águila
y airado un grifo va en su seguimiento.

Fausto

Lo creo buen agüero; el grifo se halla
en la mitología. ¿Cómo nunca
con un ave real rivalizara?

El Emperador

Trazando grandes círculos se siguen,
estréchanse y feroces ya se atacan
haciéndose pedazos.

Fausto

Ve, ya el grifo
molido, acribillado, con su cauda
de león muy caída, dentro el bosque
se arroja y ocultándose se salva.

El Emperador

Aunque me asombre, acepto tal augurio.

Mefistófeles, *hacia la derecha.*

Oía ya el enemigo y nuestras armas
sobre su ala derecha lo arrempujan
y su orden y su plan se desbaratan.
Nuestra falange, por derecha dobla,
cual rayo en lo más débil ya se clava.
En horrorosa lid, los combatientes
se estrellan, luchan como en la borrasca
se revuelcan las olas espumosas.
¡Nada hay más hermoso y la batalla
es a nuestro favor!

El Emperador, *a la izquierda de Fausto.*

¡Mira! Yo creo
que mis tropas vacilan; no adelantan.
Piedras no vuelan; los peñascos bajos,
ganados, y en los altos, ya no hay guardias.
El enemigo, atravesando el paso,
quizá, a los nuestros, numeroso avanza.
¡Consecuencias de medios poco buenos!
¡Ay de mí! ¡Son vuestras artes, todas vanas! *(Pausa.)*

Mefistófeles

¿Qué traerán mis dos correos-cuervos?
Temo que las noticias sean malas.

El Emperador

¿Qué significan las siniestras aves?
Las vi volar de aquellas rocas altas,
donde es la lid más cruda y más confusa.

Mefistófeles, *a los cuervos.*

¡Llegaos a mi oído! Siempre salva
aquel a quien vosotros dais consejos.

Fausto, *al Emperador.*

Sabes que las palomas, de lejanas
tierras, al nido y los polluelos vuelven:
tal es el caso. Si la paz consagra
al servicio palomas-mensajeras,
la guerra cuervos-mensajeros manda.

Mefistófeles

¡Mal sino! Nuestros héroes, en apuros,
defendiendo las peñas, todos se hallan.
Domina el enemigo las alturas

y si logra forzar esa garganta,
en situación perversa nos veremos.

El Emperador

¡Vuestras artes me burlan y me engañan!
Desde que en vuestra red caí, de espanto
sobrecogido estoy.

Mefistófeles

¡Valor! ¡No es nada!
¡Paciencia y barajar! Al acabarse,
siempre arrecia la lid. Las necesarias
medidas ya dicté, por mis correos.

El General en Jefe, *que ha llegado entretanto.*

Mucho he sentido ver que te fiaras
de estos porque jamás, en los hechizos,
dicha firme se halló. Yo la batalla
no puedo dirigir. Si la empezaron,
que la acaben. ¡Renuncio!

El Emperador

Pero aguarda
a que me halague un tanto la fortuna;
ese torvo extranjero, con su cara
y sus cuervos-correos, me intimida.
(A Mefistófeles.)
¡No debo darte el mando, pero manda
y sácanos de apuro; después venga
lo que viniere!

(Se entra a la tienda con el General en jefe.)

MEFISTÓFELES

El tal bastón no cuadra
a nuestro gusto, siendo medio y signo
de poder, de la cruz, aun algo guarda.

FAUSTO

¿Qué hay que hacer?

MEFISTÓFELES

¡Ya hecho está! Mis primos negros,
pronto al lago volad de la montaña
y, en mi nombre, pedid a las ondinas
que envíen apariencias de las aguas.
Ellas, por artificios mujeriles,
del ser, el parecer muy bien reparan.
Y el uno por el otro, todos toman. *(Pausa.)*

FAUSTO

Nuestros cuervos, con lengua cortesana,
habrán hablado; ya el milagro empieza.
¡De cuántas secas rocas, frescos saltan,
raudos y grandes chorros! ¡Venceremos!

MEFISTÓFELES

¡Van bien! ¡Aun los más fuertes ya se espantan!

FAUSTO

Los torrentes sonantes, de alto abajo,
se precipitan y del fondo saltan,
doblado su raudal; un ancho río
se extiende ya por la meseta llana
y remugiendo y espumeando, al valle
por grados cae y su amplitud abarca.
¿Qué puede en contra, heroica resistencia?

El pujante recital barrerla amaga
en su curso, y yo mismo me intimido
de tal inundación.

MEFISTÓFELES

No veo nada
de aquesas apariencias que a los ojos
de los mortales solamente engañan.
En verdad que el portento me divierte;
creyendo que se ahogan, se abalanzan
a la fuga, muchísimos, y gestos,
mientras que corren por la tierra plana,
hacen como si a nado, se salvaran.
¡Ya todo es confusión! *(Vuelven los cuervos.)*
Vuestros elogios
haré al Maestro y si queréis la fama
de maestros ganar para vosotros,
id a la forja ardiente, donde labran
los pigmeos, las piedras y metales,
sin cansarse jamás. En vuestra charla,
pedidles fuego vivo y bullicioso,
como han de menester las circunstancias.
Cualquier noche de estío, pasajeros
relámpagos, nos trae y luces fatuas;
pero no se ven siempre, aun pido,
relámpagos, centellas que en las charcas
o los bosques se apaguen chirriando.
Sin daros gran molestia, a vuestra entrada,
primero rogaréis y ordenad luego.

(Salen los cuervos. Sucede lo que Mefistófeles ha anunciado.)

MEFISTÓFELES

¡Tiniebla espesa, al enemigo caiga!
¡Todo incierto sea, y descarriados,
los deslumbre de súbito, luz rara!
Todo ello está muy bien. Mas todavía,
ruido horroroso que agregar, nos falta.

FAUSTO

Las armaduras huecas de las cuevas,
al aire libre, vida y bríos ganan;
allí se oye chasquido estrepitoso
que las orejas maravilla y cansa.

MEFISTÓFELES

¡Muy bien! Ya es imposible sujetarlos:
como en la Media Edad, de tanta fama
se escucha el combatir de paladines.
Brazales y escarcelas lucha traban
como los gibelinos con los güelfos,
implacables, siguiendo sus batallas,
el odio, de sus dueños, heredado,
muestran y lejos se oye su algazara.
Al fin, como en las fiestas infernales,
el odio de partido fuerte se alza
y pone el colmo al miedo que, terrible,
cual voz de Satanás el valle espanta.

(Tumulto de la batalla en la orquesta, el cual viene a acabar con una animada marcha militar.)

TIENDA DEL ANTI-EMPERADOR

Trono, rica decoración.
Agarra-Pronto y Saquea-Aprisa.

SAQUEA-APRISA
¡Somos los primeros!

AGARRA-PRONTO
Nunca
el cuervo a correr nos ganó.

SAQUEA-APRISA
¡Cuánto tesoro! ¡Perpleja
en cómo he de obrar, estoy!

AGARRA-PRONTO
¡No sé qué agarrar, pues veo
tanta joya, tal primor!

SAQUEA-APRISA
Esa colcha bien me viene,
que algo duro es mi colchón.

AGARRA-PRONTO
¡Qué rica estrella! ¡Si muchas
iguales tuviera yo!

SAQUEA-APRISA
A ese manto de brocato,
cuanto soñé es inferior.

AGARRA-PRONTO, *tomando las armas.*
Pronto se hace. No hay quien sufra,

de éstas, el golpe feroz.
Guardaste mucho y aun nada
de bueno hay en tu bolsón.
Deja todo; tomar una
de esas cajas es mejor,
en cuyo vientre se encuentra
el dinero que debió
pagar el pre del soldado.

SAQUEA-APRISA
¡No la puedo, es peso atroz!

AGARRA-PRONTO
¡Agáchate y yo pondrételo
en los lomos!

SAQUEA-APRISA
¡Ay por Dios!
¡Este peso me desloma!
(Cae la cajita y se abre.)

AGARRA-PRONTO
¡Allí está el oro en montón!
¡A asegurarlo bien ligero!

SAQUEA-APRISA, *encuclillándose.*
¡Asegurándolo ya estoy
en mis faldas!

AGARRA-PRONTO
¡Basta y corre! *(Se levanta.)*
¡El delantal se rompió!
Y por donde vas, desparramas
el oro que es un dolor.

LOS GUARDIAS DE NUESTRO EMPERADOR

En este sitio sagrado,
¿qué hacéis? ¿Tan osados sois
que intentáis, los tesoros,
robar del Emperador?

AGARRA-PRONTO

Su parte de botín lleva
el que en la guerra lidió;
esa es la usanza y no hacemos
otra cosa, aquí, los dos.

LOS GUARDIAS

Con nosotros no se puede
ser soldado y ser ladrón
y aquel que servir pretende
bien a nuestro Emperador,
ha de ser un hombre honrado.

AGARRA-PRONTO

Años ha se conoció
esa honradez, cuyo nombre
suena así: contribución.
Todos, como del oficio,
gente de bríos y honor,
sabemos pedir la bolsa.
(A Saquea-Aprisa.)
¡Vaya! Muévete, por Dios,
que aquí bien vistos no somos. *(Salen.)*

EL PRIMER GUARDIA

Dime, ¿por qué a ese bribón
no darle su merecido?

El Segundo Guardia

No sé; mas se disipó
toda mi fuerza, mirando
a ambos, como a una visión.

El Tercer Guardia

No veía con mis ojos,
que, después de un resplandor,
casi me quedé sin vista.

El Cuarto Guardia

Como a mí me sucedió,
también sin poder decirlo.
¡Qué bochorno tan feroz
durante la tal jornada
de lucha y agitación!
Caer se ve, y levantarse,
los hombres entre ese horror,
y doquiera que se hiriese,
era muerto, ¡por quién soy!,
un contrario a cada golpe,
los ojos, como un crespón,
cubríame y luego vino
aquella música atroz
de sonidos discordantes
y después la confusión
en que continuara todo,
de tal suerte, ¡vive Dios!,
que aquí nos encontramos
sin saber cómo ocurrió.

Entran El Emperador y Cuatro Príncipes
Los guardias se alejan.

EL EMPERADOR

¡Bien! El triunfo me deja satisfecho;
triste ya el enemigo huyó deshecho;
aquí están, del traidor, lleno el tesoro,
vacío el trono, envuelto en sedas y oro
como a mi dignidad cuadra, cercado
de tanto noble y muy leal soldado.
Yo aguardo, de los pueblos, la embajada,
ya al Imperio volvió la paz ansiada;
se acata mi poder con alegría;
si hubo en nuestra batalla brujería,
a nos se debió el triunfo verdadero,
que del azar se sirve el buen guerrero.
Piedras lanza el azul que se conmueve;
sobre nuestro enemigo, sangre llueve.
Voz terrible del cerro se levanta
que nos alienta cuando a él lo espanta;
he ahí todo. El vencido, de su suerte,
maldice; el vencedor loa al Dios fuerte
que lo auxilia y a quien, sin ordenarlo,
ve millones de voces alabarlo.
Mas, por el caso extraño, vuelvo pío,
siempre grato, la vista, al pecho mío.
Un rey joven, su tiempo bien emplea,
que los años, al fin, le dan idea
del precio y del sentido del momento;
de ahí viene que abrigo el pensamiento
de a vosotros poneros a mi lado,
en la casa, la Corte y el Estado.
(Volviéndose al primero.)

Del ejército, el orden, las maniobras
y el triunfo fueron, Príncipe, tus obras.
Para que hagas en paz lo necesario,
te elevo a Mariscal hereditario.

El Mariscal

En lo interior, tan solo se ha ocupado
tu ejército hasta aquí; cuando, pasado
haya nuestra frontera, a defenderte
la persona y el trono, entonces verte
querremos en las fiestas preparadas
por manos que blandieron las espadas.
¡Desnuda y esplendente alzo la mía,
Señor, en tu servicio y compañía!

El Emperador, *al segundo.*

Quien es, de gracia y de bravura, largo,
de mi Gran Chambelán reciba el cargo,
que no es de poco peso; porque, siendo
el superior de los que están sirviendo,
habrá de conciliar los altercados
que arman y nos pervierten los criados.
Tu ejemplo sea en adelante norma
como se manda y sirve en buena forma.

El Gran Chambelán

Bien, al amo servir, trae favores.
Muy atento seré con los mejores
y aun a los malos yo no haré perjuicio:
siempre verás, tranquilo y de buen juicio.
Con tus ojos, Señor, mi alma penetras
y en ellos, de mi dicha, hallo las letras.
¿A tan gran fiesta ha de alcanzar mi mente?
Cuando a la mesa, vayas refulgente,

te pasaré la palangana de oro,
el anillo te tendré, noble tesoro,
y refrigerio allí tendrán tus manos,
como yo en esos ojos soberanos.

El Emperador

A fiestas inclinado, hoy no me siento;
mas bueno es no privarnos de contento.
(Al tercero.)
Por mi Gran Trinchador, a ti te elijo:
de ti dependerá cuanto prolijo
trabajo ha de exigir la mesa nuestra;
según el tiempo y mes, tu mano diestra
sabrá escoger manjares regalados.

El Gran Trinchador

Ese es el principal de mis cuidados;
y ayune yo, mientras no encuentre o haga
un buen plato que a ti te satisfaga.
Bien arreglada la cocina tuya,
no habrá lugar ni habrá estación que influya
en ella; tú no anhelas lujo y brillo
sino que lo más sano y más sencillo.

El Emperador, *al cuarto.*

Pues se trata de fiestas y de vino,
a Copero Mayor yo te destino.
Cuida que en mi bodega, numerosos
se vean los licores más famosos;
y tú, ten siempre la mayor mesura
aunque te incite la ocasión impura.

El Copero Mayor

Si se tiene, en el joven, confianza,

este, antes que se crea, a hombre alcanza.
Ya yo, en un gran banquete, me imagino:
¡con qué arte, con qué lujo, con qué tino
la mesa arreglo, a vuestros ojos, grata,
jarros mostrando y vasos de oro y plata!
Antes que todo, copa muy hermosa
de Venecia, te escojo que rebosa
de noble vino que allí gana fuerza
sin que la embriaguez el juicio tuerza;
se tiene en tal tesoro fe segura,
¡pero a más que eso alcanza tu mesura!

EL EMPERADOR

Lo que le he dado, en este instante grave,
cada uno de vosotros, bien lo sabe;
mas la boca imperial, al hacer dones,
necesita de ciertas condiciones:
de un pliego y una firma. Ya allí veo
al hombre que nos cumpla este deseo.
(El Arzobispo Gran Archicanciller entra.)

EL EMPERADOR

Cuando con arte el arco se concluye
en su llave, ya nada lo destruye.
¡He ahí los cuatro Príncipes! Lo que era
de Corte y casa, fue atención primera;
séalo, ahora, el bien de nuestro Estado;
por eso, un quinto se pondrá a su lado;
por el poder, sobresalir debiendo,
yo, vuestras propiedades, más extiendo
con las de aquellos que me hicieron guerra;
no solo os doy tanta y hermosa tierra,
más derecho también, según los casos,
por sucesión, por compra, por traspasos,

de ensanchar sus deslindes. También quiero,
a cada uno, en su feudo, justiciero,
siendo vuestra sentencia inapelable;
y aun otro privilegio más notable:
el imponer gabelas, censos, pechos
y además ejercer esos derechos,
que a mí solo pertenecen, en las minas,
las casas de moneda y las salinas,
para, mi gratitud, bien probaros.
¡He querido hasta el trono casi alzaros!

El Arzobispo

Cada cual como yo te lo agradece.
La tuya, en nuestra fuerza, también crece.

El Emperador

A vosotros los cinco, nobles, regios,
quiero dar aun más altos privilegios.
Yo vivo y en vivir me regocijo;
pero, de tantos ascendientes, hijo,
no puedo menos que mirar muy triste,
cómo pasa y perece cuanto existe.
De deudos habré, al fin, de separarme
y entonces habéis, mi sucesor, de darme;
coronadle y ponedle en altar santo
y acabe en paz lo que fue lid y espanto.

El Gran Canciller

A ti, humildes, Monarca sin segundo,
ves los primeros príncipes del mundo;
mientras haya en las venas hidalguía,
cuerpo seremos que tu mano guía.

El Emperador

Y para conclusión, tal pensamiento
redúzcase a debido cumplimiento.
Libres recibió francos vuestros feudos
mas no se han de partir en vuestros deudos;
y uno, el hijo mayor tan solamente,
herede lo que os doy y lo acreciente.

El Gran Canciller

Por dicha del país y nuestro sino,
demos tan noble ley al pergamino;
el sello y escritura son tarea
de la Cancillería, vuestra sea
solo el autorizarlo.

El Emperador

¡Separarnos
ya podemos y todos alegrarnos!
(Retíranse los príncipes seculares.)

El Príncipe-Eclesiástico, *quédase y habla en tono patético.*

Oíste al Canciller que se retira;
oye al Obispo a quien el cielo inspira.
Su corazón paterno, por ti llora.

El Emperador

¿Qué puede entristecerte en esta hora?

El Arzobispo

¡Con qué amargura, tu cabeza amiga
veo, con Satanás, en mala liga!
Firme ves ya tu trono que se asienta,
pero es a Dios y al Papa eso una enfrenta.

Cuando éste sepa lo que aquí ha pasado
se pondrá en pie para juzgarte airado
fulminando tu imperio; que él no olvida
que en tu coronación diste salida
a ese brujo y así, para desgracia
del mundo, el primer rayo de la gracia,
por ti cayó en la frente del Maldito.
Hoy, pues, para purgar ese delito,
haciendo la debida penitencia,
da, a la Iglesia, una parte de tu herencia:
de los collados, do tu tienda estaba,
en donde auxilios Satanás te daba
y oías su palabra mentirosa,
arrepentido, haz fundación piadosa.
Los cerros y las selvas, todos cuantos
se alzan al cielo o tienden verdes mantos;
las lagunas, en peces abundantes;
los muchos riachuelos, que sonantes
y culebreando al llano se despeñan;
el valle, cuyos límites diseñan
aquellos, con su cumbre o su verdura;
el otero y el bosque y la llanura,
sea todo, a la Iglesia, consagrado.
Hable así tu dolor y tu pecado
encontrará perdón.

El Emperador

Mucho me aflige
mi culpa; y solo tú seas quien fije,
de esta gran concesión, los aledaños!

El Arzobispo

El infausto lugar, donde tamaños
pecados cometiste, luego sea

dedicado al Señor. Miro, en idea,
las paredes brotar; los rayos de oro
del sol alegran ya el extenso coro;
el creciente edificio, en cruz, se parte;
alárgase la nave y, con mucho arte,
se eleva entusiasmado a los creyentes;
estos, por el gran pórtico, a torrentes
se lanzan a la iglesia que se llena;
en valle y cerro, la campana suena,
de la alta torre que señala al cielo,
y todo ardiendo en fervoroso anhelo.
Ya llega el penitente y vida nueva
halla en el templo y mil venturas prueba.
De la consagración —sea cuanto antes—
el día llegue y nunca, más brillantes,
otros tendrás.

EL EMPERADOR

¡Si mi piedad esa obra
anuncia y a mí me limpia, basta y sobra!
¡Ya que mi alma se eleva estoy sintiendo!

EL ARZOBISPO

Cual Canciller, la conclusión pretendo.

EL EMPERADOR

Que el documento extiendas es muy justo;
hazlo y lo firmaré con mucho gusto.

EL ARZOBISPO, *después de haberse despedido, vuelve desde la puerta.*

Para la obra, también darás, yo pienso,
y por siempre, primicia, diezmo y censo;
puesto que el digno y el mejor servicio

exige grandes gasto y sacrificio.
También, de tu peculio, algún dinero
darás para que acabe más ligero
nuestra obra en un lugar tan apartado.
A más se ha menester, por de contado,
madera, cal, pizarra. El acarreo
lo hará el pueblo, que siempre su deseo
pone en ello, siguiendo la enseñanza
que el púlpito le da. ¡Cuánto no alcanza
el que sirve, a la Iglesia, dignamente!

El Emperador

Grande el pecado fue con que esa gente
bruja me carga y ya por culpa suya
a pique estoy que el Reino se concluya.

El Arzobispo, *volviendo otra vez, con profundísimas cortesías.*

Diste, Señor, las playas del Imperio
a uno, objeto de tanto vituperio,
y alcanzará la excomunión a ese hombre,
si, al Cabildo Eclesiástico, en tu nombre,
no ordenas que se den diezmos y pechos.

El Emperador, *con gesto de enojo.*

Todos esos terrenos no están hechos,
como que son del mar.

El Arzobispo

Cuando se tiene
títulos y paciencia, el tiempo viene.
Con tu promesa simple me acomodo.

El Emperador, *solo.*

¡Pronto tendré que dar mi Imperio todo!

ACTO QUINTO

CAMPO

Baucis y Filemón.

EL PEREGRINO

¡Estos son los mismos tilos,
en la fuerza de su edad,
que, después de tantos viajes,
aquí vuelvo a contemplar!

Este es el sitio, la choza
que me ocultara allí está,
cuando me arrojó a las playas
horrorosa tempestad.

Mis huéspedes, yo quisiera
ver y, con amor filial,
bendecir las viejas manos
con que me sentí aliviar.

¡Eran, ay, gentes piadosas!
¿Llamo?... ¡Felices seáis!
Teniendo aun hoy el contento
de la generosidad.

BAUCIS, *muy viejecita.*

¡Oh viajero, no hagas ruido,
mi esposo durmiendo está!

Que al viejo trae buen sueño
el asiduo trabajar.

El Peregrino
¿Madre, eres tú, di, la misma
a quien gratitud cordial
debo por lo que tu esposo
y tú hicisteis años ha?
¿Ese tú, Baucis, que mi yerta
boca logró reanimar? *(Entra el marido.)*

¿Tú, Filemón, que a las olas
arrancaste mi caudal?
Vuestra luz, vuestra campana,
en la horrenda oscuridad,
para mí salvación fueron,
un favor y un talismán.

¡Dejad que salga y contemple
el ilimitado mar;
que, en oraciones, exhale,
de mi pecho, la ansiedad!
(Adelantándose hacia el arenal.)

Filemón, *a Baucis.*
Ve a poner la mesa, donde
más alegre el huerto está.
Que corra y tema, creyendo
que lo que ve no es real.
(Siguiendo al peregrino.)

Filemón, *estando ya al lado del peregrino.*
Allí, donde os azotaron,
hoscas, las olas del mar,

trasunto del paraíso,
ese huerto contemplad.

Débil con mis muchos años,
ya yo no podía más;
y las olas campo ganan
mientras mis fuerzas se van.

Pero buenos operarios,
sus diques vienen a echar.
Con ellos poniendo a raya
la marina potestad;

prados, bosques, villas, todos
entre sí, emulando están.
¡Ven, antes que el sol se ponga
de su belleza a gozar!

Por allí cruzan navíos;
en la noche, anclan acá;
las aves saben su nido
y los buques su lugar.

Lo que ocupaban las olas
en la azul inmensidad,
hoy ves que gentes activas
numerosas llenarán.

Los tres sentados junto a la mesa, en el jardín.

BAUCIS, *al peregrino.*
¿Mudo, ni un solo bocado,
aunque hambriento, gustarás?

FILEMÓN

Conozca por ti el portento
que anhela el saber quizá.

BAUCIS

Sí, fue portento y me tiene
siempre llena de ansiedad,
pues las cosas no pasaron
de manera bien legal.

FILEMÓN

¿Por qué, al donarle estas playas,
había el Rey de faltar?
¿Anunciándolo, un heraldo
no anduvo con son tenaz?

Aquí cerca, ya plantadas
tiendas y chozas están,
y pronto, entre aquellas vegas,
un palacio se alzará.

BAUCIS

De día, en vano trabajan
los siervos el arenal,
juntando a la pala y pico,
de sus cantos el compás;
pero, en la noche, allí donde
se ve llamitas flotar,
a la mañana siguiente,
se alza un dique. Ello, en verdad,
a muchos cuesta la vida;
a veces se oye, en la noche,
del tormento, triste el ¡ay!
Donde fulgores, a miles

se ve cruzando la mar,
se encuentra por la mañana
hondo y tranquilo un canal.

Impío, el dueño codicia
nuestra pobre propiedad;
y es preciso ser humilde
aunque él se porte muy mal.

FILEMÓN

¡Pero ofrece, en otras tierras,
un sitio que vale más!

BAUCIS

¡Como en tu cerro, no fíes
en suelo quitado al mar!

FILEMÓN

Vamos a nuestra capilla
y podremos, desde allá,
ver bien esos arreboles
que oscureciéndose están.
¡Vamos a orar y entreguémonos,
de Dios, a la voluntad!

PALACIO

Extenso jardín; un gran canal en línea recta.
Fausto, ya muy viejo, paseándose meditabundo.

LINCEO EL ATALAYA, *con bocina.*

Se hunde el sol y los botes postreros
a la rada acaban de entrar.
Un gran buque, con rumbos certeros
miro a punto de entrar al canal.

Gallardetes se ven placenteros,
vergas, palos, tranquilos ya están.
Ya seguro de viento y mar fieros,
mercader, en buen puerto anclarás.
(Se oye tañer la campanita del arenal.)

FAUSTO, *estallando de cólera.*

¡Ay!, cómo me hieres, tañido maldito,
cual si la obra fueres de alguna traición;
mi Reino, a mis ojos es grande, infinito;
mas siento, a mi espalda, vil limitación.

Esos acres ecos me causan suplicio,
diciendo con quiénes yo parto el poder,
¡los tilos umbrosos, el negro edificio,
la vieja capilla, no puedo obtener!

Y si salgo fuera, por dar a mi enojo
la paz, torvas sombras me espantan de allí;
¡ay, esa es espina que tengo en el ojo!
¡Oh, quién me llevara muy lejos de aquí!

EL ATALAYA, *como más arriba.*

¡Qué contento el navío pintado,
con la brisa, en el puerto ya entró!
¡Cómo viene de cosas cargado!
¡Cuánto cesto y costal y cajón!
(Magnífico buque, ricamente cargado con toda clase de productos de tierras extrañas.)

Mefistófeles y los Tres Valientes.

CORO

¡Al fin se arriba
tras tanto afán!
¡El amo viva
y el capitán!
(Saltan del buque, sacando a tierra las mercancías.)

MEFISTÓFELES

De nuestro viaje aquí el afán se acaba,
con gusto si es que el amo nos alaba,
con dos buques, no más, de aquí salimos,
y a la rada con veinte ya hoy volvimos:
lo que se hiciera en la campaña nuestra
de grandioso, la carga lo demuestra.
¡Da el mar al alma, libertad, potencia
y en él nadie se cuida de prudencia!
Solo se necesita mano lista;
como el peje, la nave se conquista.
Una vez que uno, más de tres obtiene,
la cuarta, sin disputa, pronto viene,
y la quinta no hará que el río tuerza,
pues el derecho es de quien es la fuerza.
No el cómo, solo el qué busca la gente.
Navegación no existe ciertamente;

guerra, comercio, robo, tríada rara,
eso sí, y que ninguno ya separa.

LOS TRES VALIENTES

¡Ni prez ni gracias!
¡Gracias ni prez!
¡Cual si trajésemos
solo hediondez!
Pone una cara
de mala ley;
¡quizás oféndanle
premios de Rey!

MEFISTÓFELES

No esperéis, hartos,
más galardón,
que ya tomasteis
vuestra porción.

LOS TRES VALIENTES

Eso era solo
por el ritual;
a todos désenos
porción igual.

MEFISTÓFELES

A la alta sala,
todo subid;
la presa espléndida,
bien reunid.
Y tal riqueza,
llegando a ver,
quedará atónito
y en su placer,

quizás entonces,
cual deseáis,
fiestas innúmeras
todos tengáis.

Los pajarracos
no llegan hoy;
tendrán sus plácemes,
por quien yo soy.
(Llévanse la carga.)

MEFISTÓFELES, *a Fausto.*
¡Con frente seria, con mirar sombrío,
ves y escuchas tu suerte y poderío!
Tu alta sabiduría se corona;
a la playa, el mar se une y aficiona;
en su lomo, las olas, a las naves,
rápidas llevan cual si fuesen aves.
En tu palacio, con tender la mano,
al mundo entero, abarcas, soberano.

De este sitio empezara y aquí estuvo
la primera mansión; fue como un tubo
este canal do bogan tantos remos,
Tu alto saber, la industria y los extremos
de los tuyos, ganaron esta tierra,
de aquí...

FAUSTO
¡Maldito «aquí»! Como una sierra
ese «aquí» me lacera. Yo expresarlo
puedo a ti, mas no puedo soportarlo;
de mi dura aflicción te hago testigo,
¡y me avergüenza cuando te la digo!

Partir deben los viejos, al momento;
sus tilos necesito para asiento,
sin esos pocos árboles de nada
me sirve el mundo poseer. Me agrada
pensar que, desde allí, conseguiría,
de uno en otro, hacer una arquería;
dar al ojo más bellos horizontes
contemplando en los llanos y en los montes
gran prueba de la humana inteligencia
y confirmar con arte y con prudencia
cumplidas mis más nobles ambiciones,
el suelo en que haga el pueblo, sus mansiones.
¡Y así nos damos la peor tortura!
Lo que falta lloramos en la hartura
el son de la campana, ese perfume
de los tilos me aflige, me consume;
el capricho de quien todo lo puede,
ante esa arena, quebrantado cede.
¿Esta congoja, quién de mí retira?
¡Si esa campana suena, ya ardo en ira!

MEFISTÓFELES

Que te amargue la vida una molestia,
¿quién te lo niega? Y si no son de bestia
sus orejas, ¿a quién no desespera
el son de esa campana majadera?
Y el maldito bim-bom, con negro velo
atenebrando el más sereno cielo,
se mezcla en todo caso y toda cosa,
desde el baño primero hasta la fosa
como si en su compás tuviera empeño
de decir que la vida es vano ensueño.

FAUSTO

La ruda resistencia, el egoísmo
nos acibaran todo; el triunfo mismo,
de suerte que nos mata la fatiga.

MEFISTÓFELES

¿Qué te estorba? ¿No quieres ya que siga
tu colonización?

FAUSTO

Pero para ello
se necesita el jardincito bello
que envidiando yo estoy a aquella gente.

MEFISTÓFELES

Se la saca y la premia ricamente
en otra parte y tras la fuerza habida,
¡buena hallará, mucho mejor, su vida!
(Silbando con fuerza.)

Entran los Tres Valientes.

MEFISTÓFELES

Pronto efectuad lo que el Señor os mande
y se os dará la fiesta más en grande.

LOS TRES VALIENTES

Nos puso el amo nada buena cara;
justo es que con gran fiesta nos pagara.

MEFISTÓFELES, *a los espectadores.*

Lo que hoy sucede trae a la memoria,
del campo de Nabod, la antigua historia.

LINCEO EL ATALAYA, *cantando en la garita del castillo.*

Para ver naciera,
mirar es mi oficio
y el mundo contemplo,
con gusto, de aquí.
La luna y estrellas,
el bosque y el gamo,
yo veo, de lejos
o cerca de mí.

Así veo, en todo,
la eterna belleza
y en todo yo encuentro
placer celestial.
¡Lo que visteis antes,
felices, mis ojos,
fuera lo que fuere,
no tiene rival! (Pausa.)

¡No solo para ver gozos
estoy en este alto muro,
veo que, de entre las sombras,
amaga horrendo infortunio!

Las chispas, brillando, saltan
sobre los tilos copudos
y más y más crece el fuego,
de los aires, al impulso.

¡Ay! ¡Ya arde la pobre choza
que tanto tiempo allí estuvo!

¡Ha menester pronto auxilio
y no se le da ninguno!

¡Ay! Los pobres viejecitos,
viviendo en perpetuo susto
del incendio son su presa.
¿Habrá contraste más duro?

Las llamas pintan de rojo
la choza y su negro musgo.
¿Salvarán los pobrecitos
de ese infierno furibundo?

Entre las hojas serpean
los rayos; y los desnudos
troncos arden, crujen, caen,
con estridor, todos juntos.

¡Que a tanto alcancen mis ojos
para ver tal infortunio!
Cayendo en la capillita,
los troncos tumban sus muros.

Las llamas ya están lamiendo
ansiosas el techo agudo;
¡jardín, casa, templo, todo
está envuelto en llama y humo!
(Larga pausa. Canta.)

De cuanto a nuestras vidas,
otro tiempo diera gusto,
los siglos que raudos pasan
no nos dejan rastro alguno.

FAUSTO, *mirando, en el balcón, hacia el montecillo.*

¿Qué lamento armonioso se escucha?
Voz y tonos iguales no son.
Mi atalaya se queja y en lucha
por mi envidia, conmigo yo estoy.

Desparezcan los muros y tilos,
en cenizas, ya todos de allí;
y con alma y con ojo tranquilos,
se verá un horizonte sin fin.

Ya yo veo, habitando su nueva
bella casa a ese viejo y buen par;
¡de quién soy, su mansión será prueba;
largos días allí gozarán!

MEFISTÓFELES, *junto con los Tres Valientes desde abajo.*

A todo correr venimos,
aunque no hubo de salir
la cosa como queríamos;
pero ¡alcanzado está el fin!
Una y otra vez golpeamos
sin respuesta conseguir;
empujón y empujón dimos
y la puerta ¡siempre así!
Ruido, voces y amenazas
y nadie nos quiso oír.
Por eso, pues, sin demora
los arrojamos de allí.
De puro miedo, sin vida
cayó el parcito feliz;
y un forastero que estaba

dentro y quiso combatir,
rodó también por el suelo;
durante la fiera lid,
algunas brasas saltaron,
señor, y hétenos aquí
que se arde toda la paja
y se quema el infeliz
trío como en una hoguera.

FAUSTO

¡En vuestro ahínco servil,
mis palabras no escuchasteis!
¡Trueque y no rapto ruin
era lo que yo quería!
Maldito, odiado por mí,
el crimen que cometisteis
entre vosotros partid.

EL CORO

El antiguo refrán siempre
tiene uno que repetir:
obedece muy sumiso
a tu superior y si
te mantienes y te portas
con firmeza varonil,
quedarás en la estacada.
¡Juguete, juguete, al fin! *(Salen.)*

FAUSTO, *en el balcón.*

Se anubla el cielo y el fuego
decrece, se va a extinguir,
cierto airecillo que espanta,
el humo trae hasta mí.

¡Orden imprudente que otros
cumplen de un modo infeliz!...
Pero ¿qué es lo que, cuál sombra,
flota en el aire sutil?

MEDIANOCHE

Cuatro mujeres viejas entran.

LA PRIMERA

Penuria me llamo.

LA SEGUNDA

Yo, Culpa.

LA TERCERA

Yo, Cuita.

LA CUARTA

A mí me apellidan la Necesidad.

LAS TRES, *a un tiempo.*

¡Cerrada la puerta, adiós la visita!
¿En casa de un rico no habrá cómo entrar?

LA PENURIA

Yo sombra me vuelvo.

LA CULPA

Me torno yo en nada.

La Necesidad

Con gesto de rabia me miran a mí.

La Cuita

Los muros, hermanas, os niegan la entrada;
pero por la llave, la Cuita entra así.

(Desaparece la Cuita.)

La Penuria

¡Dejad este sitio, oh viejas hermanas!

La Culpa

Yo junto a vosotras por siempre estaré.

La Necesidad

Tras vos yo ya llevo mis plantas livianas.

Las Tres

¡Qué de nubes solo, y no astros se ven!
¡Atrás, atrás, pronto! Con paso bien fuerte,
ya llega otra hermana... Ya llega la Muerte.

Fausto, *en el palacio.*

Cuatro venían, tres no más salieron;
no pudo comprender la mente mía
lo que ellas se dijeron;
Necesidad, sonaba el nombre de una...
Después, Muerte seguía.
Voces huecas, visiones
flotaban en la atmósfera sin luna.
Aun a ensayar mis fuerzas no he llegado
sin sujetarme a malas condiciones.

Si pudiese la magia de mi mente
alejar y si tuviera ya olvidado
tanto conjuro, tanto odioso nombre;
si ante ti, oh gran natura, fuere dado
ser hombre solamente,
ya valdría la pena de ser hombre.

Y yo fuilo, fuilo antes que me hundiese
en sombras tenebrosas
y a mí mismo y al mundo maldijese
con frases criminosas.
Ya el aire está tan lleno de visiones
que nadie sabe si evitarlas pueda;
cuando un día risueño
viene a alegrar los tristes corazones,
la noche los enreda
en las telas de araña de un ensueño.

De la pradera, rebosando dicha,
volvemos, y al oír graznar un ave,
preguntamos ¿qué anuncia? ¡Una desdicha!
De la superstición, dentro del manto,
uno, cómo vivir casi no sabe:
¡todo es magia y encanto
y cuando uno se encuentra
en su alcoba, domínalo el espanto!
Cruje el postigo y nadie, nadie aun entra.
(Sorprendido.)
¿Hay alguien por ahí?

LA CUITA

¡Con sí, respondo!

FAUSTO

¿Quién eres?

LA CUITA

¡Aquí estoy!

FAUSTO

¡De aquí, te aleja!

LA CUITA

Cómodo es el lugar en que me escondo.

FAUSTO, *al principio encolerizado, después con calma y para sí.*

¡Ya tus conjuros deja!

LA CUITA

Aunque no se le sienta,
al corazón penetra mi zumbido
y bajo de mil formas se presenta
mi gran poder temido.
Con mi compaña cuenta,
en tierra o mar, el hombre;
siempre se me halla aunque sin ser buscada
y maldecida soy como adulada.
¿Direte que, de Cuita, danme el nombre?

FAUSTO

Por el mundo he pasado yo a carrera,
tratando de dar gusto a mis antojos;
si un placer harto grato no me fuera
allí lo abandonaba;
y aquel que me huía,
lo miraron huir, quietos mis ojos.

Lo que un deseo mío tan solo era
al punto se efectuaba
y otro deseo, luego renacía
que al momento también se realizaba;
así, con un poder tan peregrino,
ha sido esta mi vida
tan solo un torbellino,
violento, omnipotente;
pero hoy, después de tan veloz corrida,
va con paso más tardo y más prudente.
Conozco bien la tierra
y sé que toda vista hacia ese cielo,
por siempre se nos cierra.
¡Loco quien, en su anhelo,
allá sus ojos débiles levanta
y, tras las nubes, sueña
que flotan sus iguales!
Firme, asiente la planta,
y ha de saber que a impávidos mortales,
su secreto, el mundo enseña:
que él, en la eternidad, no necesita
andar siempre vagando.
Lo que él conoce, asirlo también puede,
siga senda prescrita
por esta tierra y cuando
espíritus lo vayan asediando,
sin alterarse, en su camino quede;
si ir más allá procura,
en el cambio de dicha y de tormento,
probará la amargura
¡ay! de sentirse siempre descontento.

La Cuita

Aquel a quien poseo,
del mundo, no se cura;
que baje vapor feo
de eterna noche oscura,
que salga el sol o se hunda en el ocaso,
él, con sanos sentidos
siempre entenebrecidos,
no puede poseer ni aun hacer caso,
del tesoro más grande que lo halaga.
Pena y goce le son pura manía
y en medio la abundancia, de hambre muere;
que sea dicha o plaga,
siempre la ha de aplazar para otro día;
y cuando, actual invítalo el futuro,
resolverse él no quiere.

Fausto

¡Calla!, que tu presa
no soy yo, de seguro.
¡Con solo oírte, ya la calma pierdo!
¡Vete! La sandia letanía esa
enloqueciera aun al mortal más cuerdo.

La Cuita

A ir o a venir, él nunca se resuelve;
y en medio del camino más trillado,
incierto se revuelve
con paso vacilante;
siempre, más desgraciado
se cree a cada instante
y el mundo, al revés viendo,
para sí y los demás, siempre tedioso,
cansado y jadëante,

la vida va siguiendo
sin llegar nunca a verse
en noble movimiento o en reposo
y sin desesperar ni someterse,
ese rodar constante,
ese partir penoso,
el deber repugnante;
ya la serenidad o displicencia
la semisomnolencia
a que el mal despertar va siempre junto,
lo clavan en un punto
y le dan, de un infierno, la presencia.

FAUSTO

¡Así al hombre tratáis, feas arpías!
A sus ojos sedientos,
volvéis los quietos y no malos días,
en apretada red de sufrimientos.
Yo sé que, de vosotros
el gran poder, no sin luchar se evita;
yo sé que, por nosotros,
el lazo espiritual jamás se trunca;
¡mas tu autoridad, Cuita,
que crecer poco a poco solicita,
no acataré yo nunca!

LA CUITA

¡Pruébalo, cuando yo, de tus umbrales
huyo veloz y maldición te lego!
¡Lo son toda su vida los mortales,
Fausto, al fin de la tuya, sé, pues, ciego!
(Le echa un aliento.)

FAUSTO, *cegado.*

La noche más y más quiere espesarse
pero dentro, luz clara resplandece;
lo que idee, muy pronto ha de acabarse;
la voz del amo solo se obedece.
¡Arriba, siervos! ¡Todos, presto, arriba!
¡Mi bello pensamiento,
hoy día, la mano última reciba!
Alerta cada cual y apresurado,
agarre su instrumento;
¡realícese, al punto, lo trazado!
Al orden riguroso,
y a los buenos esfuerzos, nunca vanos,
se sigue siempre el premio más hermoso.
Acabando el designio más grandioso,
una alma basta a un millón de manos.

GRAN VESTÍBULO DEL PALACIO

Antorchas.

MEFISTÓFELES, *como mayordomo delante de todos.*

¡Pronto, al trabajo! ¡Ea!
¡Lémures temulentos
que habéis formado vuestra vida fea
con los músculos, huesos, tegumentos!

LOS LÉMURES, *en coro.*

Ya nos tenéis a mano;
y como medio oímos,
hemos de recibir un ancho llano.

Las agudas estacas todas vimos;
lista, para medir, está la cinta.
¿Por qué se nos llamó? No lo sabemos,
a fe, de una manera bien distinta.

MEFISTÓFELES

No se trata de artísticos extremos;
sino que cada cual obre a su modo;
el más largo, a lo largo bien se extienda
y en airëar el pasto otro entienda
si en ello haya acomodo.
Hacer un cuadrilongo como se ha hecho
siempre a nuestros abuelos: ¡he ahí todo!
Ir del palacio al ataúd estrecho
fue y es la conclusión, no bienvenida,
de lo que llaman vida.

LOS LÉMURES, *cavando, con gestos grotescos.*

Allá en mi juventud, mucho amara,
así como vivía;
grata, creo, la cosa, todavía;
doquiera que el contento resonara,
las piernas me bailaban de alegría.

Hoy, la pícara edad, con su muleta,
me hiere y me derrumba;
como ningún cerrojo la sujeta,
topo y caigo en la puerta de la tumba.

FAUSTO, *saliendo del palacio y tocando los postes de la puerta.*

¡Cómo me alegra el ruido de la azada!
A mí, la turba sus esfuerzos rinde;

la dividida tierra,
conmigo mismo está reconciliada
y ya, a las olas linde,
y a la ancha mar, con fuerte lazo, cierra.

MEFISTÓFELES, *aparte.*
¡Por nosotros no más, tú te molestas
con tanto y tanto dique!
Que así des la más grande de las fiestas
al Diablo de las aguas, está a pique.

¡De todos modos, ya tú estás perdido!
Los mismos elementos
se nos han reunido
para en nada tornar tus monumentos.

FAUSTO
¡Mayordomo!

MEFISTÓFELES
¡Presente!

FAUSTO
Para nuestras faenas,
junta más y más gente;
anímala por goces y por penas;
paga, atrae, agarra diligente.
Desea, cada día, mi alma ansiosa
saber cómo se alarga nuestro foso.

MEFISTÓFELES, *a media voz.*
Si yo creer a mis recuerdos oso,
se hablaba no de foso, y sí más de fosa.

Al pie del monte extiéndese un pantano
que, cuanto hemos ganado, lo inficiona;
con desecar ese funesto llano,
mi magnífica empresa se corona.
Así, a muchos millones,
entrego campo abierto,
no muy seguro, es cierto,
pero bien propio a mil operaciones
del hombre diligente.
Feraz, verde campiña,
de creación reciente,
donde el rebaño cómodo se apiña
así como la gente,
viviendo con la industria y el trabajo
que hicieron esta tierra.
Es verdadero Edén lo que está bajo
amparo de estos muros;
mas, fuera de ellos, guerra
tenaz, embates duros
hará la mar furiosa
y cuando ella taladre un agujero,
la gente industriosa
acudirá a taparlo muy ligero.
Comprender y apreciar, hoy me parece
los místicos dictados
de la sabiduría:
la vida y libertad, aquel merece
que firme se las gana cada día.
Así, de riesgos siempre circundados,
en niñez y vejez, los moradores
toda su vida pasan ocupados
en múltiples labores.
¡Eso yo ver quisiera!

Libre con hombres libres, los placeres
gozando de una vida la más bella,
entonces sí que al tiempo yo dijera
¡detente que tan bello y grato me eres!
¡De mi vivir, la huella
no se hundiría entonces en la nada!
¡Con solo el pensamiento
de dicha tan grandiosa y elevada,
feliz, feliz me siento!

(Fausto cae de espaldas; los Lémures lo sujetan y lo tienden en el suelo.)

MEFISTÓFELES

Ninguna dicha ni placer le basta
y tras formas cambiantes,
todas sus fuerzas gasta;
al último, al peor, al más vacío
de todos sus instantes,
el pobrecillo detener desea;
del que se resistió, para ser mío,
tanto y tanto, la edad se enseñorea.
Y al suelo lo trae,
¡ya se para el reloj!...

EL CORO

¡Sí ya se para!
Se queda en el silencio más cumplido
y se cae el puntero.

MEFISTÓFELES

¡Ya se cae
y todo está concluido!

El Coro

¡Ya pasó!

Mefistófeles

¡Ya pasó! Necio embolismo.
¿Por qué pasó? ¡Y eso y la pura nada
son, por mi fe, lo mismo!
La eterna creación, tan alabada
en frase no muy corta,
¿qué da, qué nos importa?
Toda cosa que ha sido aquí creada,
en el no-ser aborta.
«¡Ya pasó!» ¿Qué de bueno allí se lee?
Ello es como si nunca hubiera sido,
sin embargo que andando al retortero,
cual si viviese, bien se pavonee;
y por esto, varón muy entendido,
al eterno vacío yo prefiero.

DEPOSICIÓN EN LA SEPULTURA

Lémur, *solo.*

¿Quién levantó, tan sin tino,
esta casa, en su faena?

Los Lémures, *en coro.*

Huésped de traje de lino,
no te dará ello gran pena.

LÉMUR, *solo.*

Y está muy mal amoblada,
sin sillas ni aparadores.

LOS LÉMURES, *en coro.*

Para poco fue alquilada:
son muchos los acreedores.

MEFISTÓFELES

¡Allí está el cuerpo, ya va a volar el alma;
aquí, el pacto firmado con su sangre!...
Mas, por desgracia, medios hoy abundan
para, al Diablo, las almas arrancarle.
Tropiezos sobran en las viejas vías;
de las nuevas, no somos comensales;
para hacer hoy lo que yo hacía solo,
necesito de buenos auxiliares.
¡Todo así va mal! En viejos usos
ni en derecho uno puede ya fiarse.
Otro tiempo, en el último suspiro,
salía el alma y ¡zas! le echaba el guante,
como el gato a la rata. Pero ahora,
para dejar el pútrido cadáver,
cual si estuviese cómoda y gustosa
en las sombras, el alma dengues hace;
tantos que para echarla son precisos
los elementos con tenaz combate.
Un ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿dónde? solo alcanzo
tras de mucho sufrir y de agitarme.
Su rapidez, la muerte ya ha perdido
y del «¿sí?» no se cuida casi nadie.
¡Ay, cuántos cuerpos muertos saboreaba
que yo vi, pronto, vivos levantarse!
(Haciendo fantásticos gestos de conjuro.)

¡Señores de torcido y recto cuerno,
progenie de los genios infernales,
pronto acudid! Doblad ya vuestros bríos
y los fuegos traed que eternos arden
en el infierno y enlazad, con ellos,
a todos, según rango y dignidades;
lo que habéis de hacer en esta lucha
no será tan pesado en adelante.
(Tremenda boca del infierno se abre a la izquierda.)
Crujen los dientes; de la horrible boca,
río de fuego, a borbotones, sale;
y entre el vapor que lo oscurece todo,
solo diviso llamas coruscantes.
La marea de fuego va subiendo
y ya los condenados, por salvarse,
se echan a nado; pero pronto vuelven,
rotos bajo los dientes colosales
de la hiena, a su ardiente y triste senda.
¡Qué de horrores se ven en todas partes!
¡Tanto terror en tan pequeño espacio!
Muy bien, para espantar a los mortales,
hacéis en mostrar esto; de otro modo,
quizá, sueño, mentira lo llamaren.
(A los diablos gordos de cuernos cortos y rectos.)
¡Vamos, vosotros de mejillas de ascuas,
venid acá, panzudos badulaques!
¡Gordos con el azufre del infierno,
oh, para arder, nunca tendréis iguales,
con vuestro cuello corto, tieso y duro!
Ved, algo como fósforo brillante
luce aquí y es la almita, alada Psiquis,
que una vez que las alas se le arranquen,
muestra ser un gusano nauseabundo;
mi marca le pondré y a los raudales

del fuego la arrastráis en el momento.
¡Odres, vuestro deber es que se aguante
en la baja región, bien que se dude
si el habitar allí mucho le agrade.
El ombligo prefiere siempre el alma,
cuidad que ella de allí no se os arranque.
(A los diablos flacos de cuernos largos y retorcidos.)
¡Vos, oh bufones, agitaos todos!
¡El espacio llenad, jefes gigantes!
¡Tended los brazos, afilad las garras,
ved que la fugitiva no se os pase!
Muy mal se encuentra en el antiguo nido,
y el genio, para subir, ha de dejarle.

Gloria en lo alto, a la derecha.

MILICIA CELESTE

¡Celestes mensajeros,
al hombre perdonando,
la tierra reanimando,
el vuelo proseguid!

En todo, gratas huellas
de amor y de consuelo,
mientras seguís el vuelo,
alegres esparcid.

MEFISTÓFELES

Disonancias escucho, y chirridos
que se juntan a odiada y vil luz;
los muñecos, medio hombres, medio hembras,
a los cuales se da la virtud
de ser siempre queridos y amados,
son los que hacen aqueste runrún.

Vos sabéis que, en las horas peores
que nos diera el furor del Querub,
al mortal, guerra y ruina juramos;
ahora estos encuentran quietud
en lo que es nuestra rabia y venganza.

¡Encubriendo su rostro en la luz,
ya se acercan que así muchas veces
nos burlaron con simple actitud!
Nuestras armas, usar ellos saben;
diablos son con disfraz y capuz,
¡la derrota sería infamante!
¡Defendamos, salvad mi ataúd!

CORO DE ÁNGELES, *que derraman rosas.*
¡Rosas deslumbrantes
que amor derramáis,
botones rozagantes
que activos germináis!

Rompiendo vuestros vínculos
la vida conceded;
para animar la atmósfera,
floreced, floreced.

MEFISTÓFELES, *a los satanases.*
¿Encogerse, agacharse, es decente?
¡De pie firme, miradlos tirar!
¡Cada mozo, en su puesto, al instante!
Con la lluvia de flores, creerán
que se enfríen los diablos ardiendo
ya las flores las veis chamuscar
derretirse al aliento! ¡Y ahora,
tosedores, tosed! ¡Uf! ¡No más!

Vuestro aliento la banda intimida.
¡No tan recio! ¡La boca cerrad!
¡Oh! ¡Soplasteis muy fuerte! ¡Que nunca
verdadera mesura tengáis!
Se chamuscan no solo, se cuecen,
arden, flotan y vense acercar
con sus fuegos terribles, letales.
¡Apretaos y firmes estad!
¡Ya acabó tanto brío! Los diablos
aquí husmean ardor no infernal.

LOS ÁNGELES

Las flores venturosas,
las llamas jubilosas
derraman el amor;
a célicas primicias
preparan con delicias
un noble corazón.
¡Palabras verdaderas,
rutilantes esferas,
sempiternos ejércitos,
doquier luz y esplendor!

MEFISTÓFELES

¡Maldición! ¡Vaya, vaya, qué tontos!,
de cabeza los veo andar yo;
los palurdos, girando, más de uno,
al infierno se va de rondón.
¡Que les siente el gran baño de fuego!
En mi puesto, yo firme aquí estoy.
(Agitándose para librarse de las rosas flotantes.)
¡Fuegos fatuos, atrás! Aunque alumbres
con tal fuerza tú, pobre esplendor,
gelatina asquerosa solo eres,

que un instante su forma tomó.
¿Por qué flotas? ¿No vaste? En mi nuca
pez y azufre me dan escozor.

LOS ÁNGELES, *en coro.*

Lo que no os pertenece,
debéis siempre evitar;
lo que el alma oscurece,
no debéis soportar.

Para reñir pujantes,
virtud se ha de adquirir;
amor, a los amantes,
solo ha de dirigir.

MEFISTÓFELES

En un fuego, más fuerte que el nuestro,
todo entero me siento ya arder.
¡Más que el otro, este fuego me quema!
Por mí propio, hoy día ya sé,
infelices amantes, qué penas,
cuando os tratan con acre desdén,
devoráis, expiando, sedientos,
las sonrisas de bella mujer.

¿También yo? Mi ojo allí se está fijo,
aunque estamos en guerra. ¿Por qué?
Tal objeto, otro tiempo volvía,
pura rabia, mi sangre y mi hiel.
¿Algo extraño me habrá penetrado?...
Hoy empiezo a mirar, con placer,
tanto joven hermoso y afable;
maldecirlos ¿por qué ya no sé?

¿Quién el loco será en lo futuro,
si me dejo yo así enloquecer?
¡Los muchachos rosados que odiaba,
en verdad me parecen, hoy, bien!

Bellos niños, decidme ¿por deudo
no contáis al muy noble Luzbel?
¡Sois tan lindos, tan lindos que, a besos,
os quisiera yo, a todos, comer,
me sois gratos; feliz ya me juzgo
con tan solo mirar vuestra tez;
muchas veces haberos mirado
se me antoja; y por eso, también,
tan a gusto me hallo hoy, ¡como nunca!
¡Acercaos en bello tropel
viendo afables mis dulces anhelos!
¡Más hermosos, más, más, cada vez
os contemplo; acercaos queridos
para mí suaves ojos tened!

LOS ÁNGELES

Si hacia delante vamos,
tú te alejas. ¿Por qué?
¡Cerca de ti ya estamos
y atrás mueves tu pie!

(Los ángeles, girando en rondas, se apoderan de todo el espacio.)

MEFISTÓFELES, *que se ve arrinconado en el proscenio.*

Censuráis a los diablos, vosotros
que sois diablos cual nunca yo vi;
pues con ese cuerpito y ese aire,
todos, hombre y mujer seducís.
¡Qué maldita aventura!... ¿Este, acaso,

es de amor elemento sutil?...
¡Todo me ardo, me quemo y sintiendo
tanto fuego no sé qué es de mí!
¡Oh! ¡Bajad de la altura en que, ledos,
vuestras alas moviendo, os cernís;
con un aire más grato y mundano,
menëad ese talle gentil!
¡Mal no os sienta ese gesto tan serio!
Mas quisiera miraros reír
porque estoy muy seguro que fuere
el más grande placer para mí.
¡Vuestra risa ha de ser cual aquella
que, con labios de perla y carmín,
al mirarse, se dan los amantes!
¡Ello está hecho si el labio fruncís!...
Pero mira tú, mozo más largo,
tú me encantas; por cierto que a ti
no te cuadran los aires frailescos;
y ya es tiempo, querido, por fin,
de mirarme con ojos lascivos.
Bien podíais, desnudos, venir
más decentes, amigos, pues esa
gran camisa de opaco matiz,
la moral, más ofende que ampara...
¡Darse vuelta!... De atrás ya los vi...
¡Incitaran al cuerpo más frío,
la piel blanca y el talle gentil!

CORO DE LOS ÁNGELES

A cielos increados,
llamas de amor volad,
y ya, a los condenados
los sane la verdad;
redímame gozosos

de toda iniquidad,
para ser venturosos
en la gran unidad.

MEFISTÓFELES, *conteniéndose.*
¿Qué es de mí? De chichones cubierto,
heme aquí convertido en un Job
que de él mismo se espanta y que, cuando
se contempla, ya gana un blasón
porque logra mirar y no tiene,
en su antigua progenie, temor.
¡Pero, al fin, esas partes del Diablo,
las más nobles, salvar pude yo!
Al pellejo se pegan de firme
estas brasas del fuego de amor.
¡Se apagaron las llamas dementes
y les echo eternal maldición!

CORO DE LOS ÁNGELES
Santa llama querida,
mecido en tu vaivén,
siente el mortal, su vida
dichosa por el bien.

Y todos ya seguros
alzaos y cantad.
¡Los aires están puros
noble alma, respirad!
(Se elevan, llevando la parte inmortal de Fausto.)

MEFISTÓFELES, *mirando alrededor de sí.*
Pero, ¿cómo? ¿Se fueron? ¡Y he sido
el juguete del bando pueril!
Hacia el cielo ya suben alegres

aguantando su ansiado botín.
¡El sepulcro atisbaban, por eso!
El tesoro mayor para mí
me quitaron: esa alma elevada
que, por pacto, me dio el porvenir,
me han birlado los niños traviesos.
¿Quién habrá, mi querella, de oír?
¿Quién me hará la debida justicia?
¡Diablo viejo, engañarte, ay, así!
Y bien, tú lo mereces y siempre
ya has de ser más y más infeliz.
Como un tonto, tan solo yo he obrado;
¡tras de tanto manejo sutil,
alcanzar resultado tan pobre!
¡La lujuria vulgar, la más ruin,
y amoríos absurdos al Diablo
atacaran y echaron de aquí!
Y si al viejo machucho ocupara
necedad tan extraña y pueril,
no es menor la locura de aquellos
que, a la postre, son dueños de sí.

YERMOS DE LAS MONTAÑAS

Santos anacoretas repartidos en las faldas del monte y establecidos en las grutas.

EL CORO Y EL ECO

Se agita el bosque trémulo;
la roca firme está;

los troncos, reuniéndose,
formando un cuerpo van;
ola tras ola lánzase;
puesto, el abismo da;
amigo, el león pónese
los sitios a rondar;
parias, rindiendo espléndidas
con brío sin igual
pero humildoso y ávido,
del amor, al altar.

PATER EXTATICUS, *flotando de arriba a abajo.*
¡Ventura sempiterna,
lazo ardiente de amor,
ansia de vida eterna,
inefable dolor!

¡Oh flechas, traspasadme!
¡Oh lanzas, presto herid!
¡Oh rayos, fulminadme!
¡Oh clavas, me destruid!

¡En nada desparezca
lo que es forma y calor,
radiante resplandezca
astro eterno de amor!

PATER PROFUNDIS, *región ínfima.*
Cual los peñascos hallan sus apoyos
sobre el profundo abismo que yo veo;
cual corren espumantes mil arroyos
dejando nube de aguas en trofeo;

cual esbelto se lanza, en el ambiente,
el árbol por la fuerza que en sí cabe,

así es, así el amor omnipotente
que criarlo todo y mantenerlo sabe.
Oigo a mi alrededor bronco murmullo
cual si bosques y rocas olearan,
y a las campiñas, veo, con orgullo
descender el raudal que desearan;

el rayo nuestra atmósfera golpea
por librarla de miasmas y veneno;
son ángeles de amor que al Dios que crea
nos anuncian activo siempre y bueno.

¡Mi alma inerte arranque del tormento
al Espíritu en lazo estrecho y duro;
ven, oh Dios, a aplacar mi pensamiento,
a iluminar mi corazón oscuro!

PATER SERAPHICUS, *región intermedia.*
¿Qué risueño vapor matutino,
entre el bosque se mira flotar?
¿Lo que vive allí dentro adivino?
Es de niños, angélico aduar.

CORO DE LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS
Dinos, Padre, hacia dónde marchamos,
quiénes somos tú dinos también;
muy felices aquí nos hallamos;
para todos el Ser es un bien.

PATER SERAPHICUS
Bellos niños, cuya alma y sentidos
no alcanzaron sus alas a abrir,
vuestros padres os vieron perdidos
cuando al cielo se os hizo subir.

En quereros no tengo segundo
y por eso, acercaros queréis;
de los rudos caminos del mundo,
vos, felices, ni rastro tenéis.

A mis ojos que el orbe están viendo,
niños bellos, al punto os entrad;
desde allí, sus pupilas moviendo,
esta hermosa comarca mirad.
(Los toma dentro de sí.)

Ved el bosque, las rocas, el río
que se lanza con tanto fragor,
acordando en su raudo desvío,
el camino que es senda de horror.

NIÑOS BIENAVENTURADOS, *desde adentro.*
Es sublime mirar lo que vemos
pero es triste, espantoso el lugar
y aquí dentro medrosos tememos:
¡oh buen Padre, querednos dejar!

PATER SERAPHICUS, *dándose al vuelo.*
Remontad a mayores alturas;
sin saberlo creced y creced;
la presencia de Dios a las puras
almas hace tan grande merced.

Las que viven el éter más claro
se alimentan con este licor;
convertida en el goce más raro,
la visión renaciente de amor.

Coro de los Niños Bienaventurados, *cerniéndose en las cumbres más altas.*

Haciendo ronda gozosa,
vuestras manos cruzad;
y en frase religiosa,
lo que sentís cantad.

Por Dios bien instruidos,
gran fe tener debéis;
al que adoráis rendidos,
muy pronto miraréis.

Los ángeles que Flotan en la Más Alta Atmósfera, *llevando la parte inmortal de Fausto.*

La noble alma sube al cielo,
libre de sus enemigos;
al que es de sublime anhelo,
siempre le somos amigos;

y si el amor en su vida
se mezcló, le dan cordiales,
la más dulce bienvenida,
las falanges celestiales.

Los Ángeles Más Jóvenes

Por las Santas Penitentes
que, amantes, echaban rosas,
triunfamos, y de esas gentes
desprendimos, lid grandiosa,
alma de las más fulgentes.

Ante el ejército tierno,
huyen las huestes de horror,
sintiendo, en vez del dolor

del acostumbrado infierno,
las torturas del amor.

Con ser viejo y avezado,
Satanás, Satanás mismo
se ha sentido lacerado;
¡gran triunfo sobre el abismo
es el que hemos alcanzado!

LOS ÁNGELES, *más completos.*
Tristes restos terrestres
tenemos que llevar
y aunque fueran de amianto,
puros no son asaz.
Cuando los elementos,
la fuerza espiritual
hacia su centro atrae,
ángeles fuertes no hay
que las dobles esencias
consigan separar;
¡amor, amor eterno
solo es quien lo podrá!

LOS ÁNGELES MÁS JÓVENES
Cual nubes, en los picos,
ora se dejan ver;
se mueven poco a poco,
ardiendo en brillantez.
Deshechas esas nubes,
las filas, ya se ven
de venturosos niños
en fúlgido tropel,
que libres de la tierra
con sin igual placer,

de los primores gozan
y de la esplendidez
de un mundo más grandioso;
para aplacar su sed,
vaya ese mundo dándoles
la nueva y grata miel,
que abra y prepare su alma
al sumo, único bien.

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS

Con gusto venir vemos
esta gentil crisálida
porque en ella obtenemos
promesa angelical.
¡Romped sus ligaduras!
¡Miradle, grande, espléndido!
¡Goce las auras puras
de vida celestial!

DOCTOR MARIANUS, *en la celda más alta y más fulgente.*

¡Vasto es el horizonte;
el alma aquí sublímase!
Mujeres, lleva al monte,
esfuerzo volador.

¡La noble intercesora,
orlada de astros fúlgidos,
del cielo, la Señora,
revela ese esplendor! *(En éxtasis.)*

Del mundo, Reina adorable,
permite que, en la azul tienda

de los cielos, tu inefable
misterio lea y comprenda.

Pía acepta lo que tanto,
del hombre el pecho enternece,
y que, en ansia de amor santo,
respetuoso, a ti te ofrece.

Si lo quieres, invencibles
son, a tu voz, nuestras almas;
y al momento, bonancibles
se ponen si tú las calmas.

¡Virgen y Madre perfecta
tan digna de adoración!
¡Reina, para nos, electa,
de divina condición!

En torno suyo apíñanse,
cual nubes transparentes,
las ledas penitentes,
con dulce contrición.

Sencillas almas trémulas,
sus plantas abrazando,
su atmósfera anhelando,
demandan el perdón.

A ti, la intacta, la pura,
jamás se le prohibió
que espere el alma segura,
tu gracia, porque pecó.

El alma débil, apenas
si se puede, allá, salvar.
¿Quién, del mundo, las cadenas,
por sí logra quebrantar?

¿Cuán fácil no desfallece
el pie sobre el liso suelo?
¿Quién es el que no enloquece
si lo instiga ardiente anhelo?

Mater Gloriosa, flota alrededor.

CORO DE LAS PENITENTES

¡Subiendo a la altura
de eterna región,
los ruegos escúchanos,
Virgen, fuente pura,
de gracia y perdón!

MAGNA PECATRIX

Por el amor que mi llanto,
hizo correr de mis ojos,
a los pies de tu Hijo Santo,
dando al fariseo enojos;

por el frasco que expidiera
perfume tan apreciado;
por la suave cabellera
que enjutara el pie sagrado...

MULIER SAMARITANA

Por el pozo, do abrevara
su grey, Abraham Pastor,

por el vaso que aplacara
los labios del Redentor;

por la pura, rica fuente
que allí siempre está manando,
abundosa, en su corriente
el universo abarcando...

María Ægyptiaca
Por el sitio consagrado,
do a Cristo se colocó;
por el brazo que, apiadado,
de la puerta me alejó;

por la larga penitencia
que en el desierto cumplí;
por la sagrada sentencia
que en la arena yo escribí...

Las Tres Juntas
Tú que, a pecadoras graves,
no deniegas tu bondad
y, a arrepentidas, sabes
premiar con la eternidad,

concede a esta alma virtuosa
que una vez no más falló,
perdón, oh Virgen graciosa;
pecar, ella no creyó.

Una Poenitentium, *llamada antes Margarita y que se acerca al grupo.*
¡Virgen divina,

tu faz inclina
hacia mi felicidad!

¡Vuelve el amante,
hoy ya distante
de los males de otra edad!

Los Niños Bienaventurados, *acercándose en movimientos circulares.*

En miembros recios y ágiles
ya este nos sobrepasa;
si no es la fuerza escasa,
el premio se obtendrá.

Precozmente alejósenos
del coro de la vida;
él, su ciencia aprendida
a todos nos dará.

La Penitente, *antes llamada Margarita*

Por los ángeles nobles rodeado,
ese apenas cobró la razón
y ya elévase al grupo sagrado,
anhelando otra vida y mansión.

¡Ved cual rompen sus miembros ya francos
las amarras del mundo servil;
y entre pliegues etéreos y blancos
bella se alza su edad juvenil!

¡Oh! Permite le dé mis lecciones;
con la nueva y gran luz, ciego está.

MATER GLORIOSA

¡Ven! Te eleva a más altas regiones
y anheloso tras ti seguirá.

DOCTOR MARIANUS, *orando prosternado.*

Los tiernos y amorosos
que os veis en forma fúlgida,
para haceros dichosos,
su bella faz mirad.
Cada uno, en toda cosa,
solo en servirte empléese,
¡Oh Virgen, Madre, Diosa,
tennos, tennos piedad!

CHORUS MYSTICUS

Todo lo pasajero
es solamente un símbolo;
se torna en hacedero,
lo inaccesible, aquí.
Lo que el hombre mezquino
no alcanza, aquí cúmplese;
lo eterno femenino
elévanos tras sí.

FINIS

ÍNDICE

Indicaciones preliminares para la lectura de la segunda parte de *Fausto* 7

ACTO PRIMERO

Comarca amena 63
Corte imperial 67
Gran sala 79
Jardín de recreo 118
Galería oscura 127
Sala bien iluminada 134
Salón principal 139

ACTO SEGUNDO

Estrecho cuarto gótico 151
Un laboratorio 163
Noche clásica de Walpurgis 171
En lo alto del Peneo 175
En la parte inferior del Peneo 184
En la parte superior del Peneo 196
Ensenada rocosa del Mar Egeo 222

ACTO TERCERO

Delante del palacio de Menelao en Esparta 245
Atrio interior del castillo 274
El proscenio cambia enteramente 292

Acto Cuarto

Alta montaña 315
En el primer cordón de cerros 328
Tienda del Anti-Emperador 347

Acto Quinto

Campo 361
Palacio 366
Noche oscura 372
Medianoche 376
Gran vestíbulo de palacio 383
Deposición en la sepultura 388
Yermos de las montañas 398

De esta edición de *Fausto II* de Johann Wolfgang Goethe, se han compuesto seiscientos ejemplares numerados. La edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editorial e Imprenta DESA S.A. (Reg. Ind. 16521), General Varela 1577, Lima 5, Perú, el 12 de noviembre del 2003. La edición se imprimió en papel bond alisado de 120 gramos en caracteres de Garamond Light de 12 y 13 puntos y estuvo al cuidado de Cecilia Moreano y Ricardo Silva-Santisteban.

EJEMPLAR N° 419

EL MANANTIAL OCULTO

1. Edith Södergran. *Sombra del porvenir* (Agotado)
2. Percy B. Shelley. *Epipsychidion* (Agotado)
3. Xavier Abril. *La rosa escrita* (Agotado)
4. *Upanishads* (Agotado)
5. Edgar Allan Poe. *El Cuervo* (Agotado)
6. César Moro. *La poesía surrealista* (Agotado)
7. Raúl Deustua. *Un mar apenas* (Agotado)
8. Rainer Maria Rilke. *Elegías de Duino* (Agotado)
9. Zhang Kejiu. *Sobre un sauce, la tarde* (Agotado)
10. Novalis. *Himnos a la noche. Cánticos espirituales* (Agotado)
11. César Moro. *Prestigio del amor* (Agotado)
12. Umberto Saba. *Casa y campo. Trieste y una mujer* (Agotado)
13. José Bermúdez de la Torre y Solier. *Telémaco en la isla de Calipso* (Agotado)
14. Guillaume Apollinaire. *Bestiario o Cortejo de Orfeo* (Agotado)
15. Emilio Adolfo Westphalen. *Falsos rituales y otras patrañas.* (Agotado)
16. William Shakespeare. *Poemas y sonetos* (Agotado)
17. Li Tai Po. *El bosque de las plumas* (Agotado)
18. Carlos Germán Belli. *¡Salve, Spes!* (Agotado)
19. *El Libro de Job* (Agotado)
20. Enrique Peña Barrenechea. *El silencio que nos nombra* (Agotado)
21. Rafael Alberto Arrieta. *Sonetos ingleses* (Agotado)
22. Enrique Bustamante y Ballivián. *Poesía brasileña* (Agotado)
23. Martín Adán. *A la Rosa* (Agotado)
24. *Himnos homéricos*
25. Bay Juyí. *La canción del laúd*
26. Ezra Pound. *Personæ*
27. Carlos Oquendo de Amat. *5 metros de poemas*
28. Giacomo Leopardi. *Cantos*
29. Arthur Rimbaud. *Iluminaciones*
30. Alexander Pope. *El robo del bucle*
31. Javier Sologuren y Carlos Germán Belli. *Poesía italiana del siglo XX*
32. Constantino Cavafis. *Obra poética completa*
33. Pablo Guevara. *Hotel del Cuzco*
34. Matsuo Basho. *Sendas de Oku* (Agotado)
35. Jorge Nájar. *Poesía contemporánea de expresión francesa*
36. Johann Wolfgang Goethe. *Fausto I*
37. Johann Wolfgang Goethe. *Fausto II*